

se

Marilynne Robinson
Gilead



Gilead es un pequeño pueblo de Iowa, apenas un puñado de casas dispuestas a lo largo de unas pocas calles, tiendas, un elevador de grano, una torre del agua y la vieja estación del tren. Las generaciones se suceden en una vida en apariencia apacible que se organiza alrededor de las comunidades religiosas. A través de una extensa carta que el reverendo John Ames escribe a su hijo de siete años para que éste la lea una vez él haya muerto, Marilynne Robinson narra con mano maestra el orden y la nada aparentes de la comunidad. Pero en cualquier grupo humano, como en la consciencia de cualquier hombre, basta escarbar un poco para que afloren las limitaciones y las bajezas que los pueblan. Con una voz luminosa e inolvidable, John Ames abre su alma, elucubra acerca de la soledad, la guerra, la pérdida de la fe, la redención, los celos, para descubrirnos la condición humana y conseguir transmitir el milagro de la existencia. Porque *Gilead* es, en sí misma, una esplendorosa celebración de la vida, pero también un fiel retrato de la América profunda dominada por la religiosidad y por la ignorancia de todo lo que sucede unos kilómetros más allá.

De gran intensidad poética, *Gilead* atesora la desnuda sencillez y la serena y abrumadora belleza de las obras que logran perdurar en el tiempo. Publicada por vez primera en lengua castellana, *Gilead* mereció el premio Pulitzer 2005 y el National Book Critic Circles Award y consolidó a Marilynne Robinson como una de las narradoras más imponentes y de mayor calidad de la actual narrativa norteamericana.



Marilynne Robinson

Gilead

ePub r1.2

Rob_Cole 10.02.2020

Título original: *Gilead*
Marilynne Robinson, 2004
Traducción: Montserrat GurguÍ & Hernán Sabaté Vargas
Retoque de cubierta: Atonic

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: Atonic (r1.0)
ePub base r2.1



*Para John y Ellen Summers,
mis queridos padres.*

*Mis agradecimientos a,
Ellen Levine, Katharine Stall y Earle McCartney.*

Te lo dije anoche, que quizá me marche algún día, y tú preguntaste adónde y yo dije, a la casa del Señor, y tú dijiste, por qué, y yo dije, porque soy viejo, y tú dijiste, a mí no me pareces viejo. Y pusiste tu mano en mi mano y dijiste, no eres muy viejo, como si con eso quedase zanjada la cuestión. Te dije que tu vida podía ser muy diferente de la mía y de la vida que has tenido conmigo y que eso sería una cosa maravillosa, pues hay muchas maneras de vivir una buena vida. Y tú dijiste, eso ya me lo ha dicho mamá, y luego añadiste, ¡no te rías!, porque creías que me estaba riendo de ti. Levantaste la mano y me pusiste los dedos en los labios y me miraste con esa expresión que no he visto nunca en nadie, salvo en tu madre. Es una suerte de orgullo furioso, muy apasionado y severo. Después de haber sufrido una de esas miradas, siempre me sorprende un poco descubrir que no se me han chamuscado las cejas. Las echaré de menos.

Es ridículo pensar que los muertos echen algo de menos. Si cuando leas esto ya eres un hombre hecho y derecho —mi intención al escribir esta carta es que la leas entonces—, hará mucho que me habré marchado. Ya sabré casi todo lo que hay que saber sobre estar muerto, pero seguramente me lo reservaré para mí. Así parece que son las cosas.

No sé en cuántas ocasiones me han preguntado cómo es la muerte, a veces cuando quien quería saberlo estaba a un par de horas apenas de averiguarlo por sí mismo. Ya cuando era muy joven, me lo preguntaba gente mayor, de la edad que yo tengo ahora: me cogían las manos y me miraban a los ojos con sus viejos ojos turbios, como si estuvieran seguros de que yo lo sabía y quisieran obligarme a que se lo contara. Yo les decía que era como ir a casa. En este mundo, no tenemos casa, les decía, y luego volvía carretera arriba hasta este viejo lugar y me preparaba una cafetera y un emparedado de

huevo frito y escuchaba la radio, cuando la tenía, no pocas veces a oscuras. ¿Te acuerdas de esta casa? Espero que un poco, sí. Yo me crié en rectorías. He vivido en ésta casi toda mi vida y he visitado muchas otras, porque los amigos de mi padre y la mayor parte de nuestros parientes también vivían en rectorías. Por aquel entonces, cuando pensaba en ello —lo cual no ocurría demasiado a menudo—, consideraba que ésta era la peor de todas, la más deprimente y la más asolada por las corrientes de aire. En fin, tal era mi estado de ánimo, a la sazón. En realidad, es una buena casa vieja, pero entonces yo estaba absolutamente solo en ella y eso hacía que me resultase extraña. Entonces no me sentía a gusto en el mundo, eso es cierto. Ahora, sí.

Y ahora dicen que me falla el corazón. El médico ha utilizado el término «*angina pectoris*», que tiene un sonido teológico, como «*misericordia*». Bueno, a mi edad, estas cosas son de esperar. Mi padre murió de viejo, pero sus hermanas no vivieron mucho, en realidad. Así pues, no puedo sino estar agradecido. Lo que lamento es no tener casi nada que dejaros a ti y a tu madre. Unos cuantos libros viejos que nadie más querría. Nunca he ganado dinero digno de mención y jamás he prestado atención al que tenía. Lo último que se me habría ocurrido es pensar que dejaría mujer e hijo, créeme. De haberlo sabido, habría sido mejor padre. Habría previsto algo para vosotros.

Esto es lo principal que quiero decirte, que lamento profundamente las penurias por las que sé que tu madre y tú habréis pasado sin ninguna ayuda real por mi parte, salvo mis oraciones, y éstas las rezo siempre. Lo he hecho mientras vivía y lo estaré haciendo también ahora, si es así como son las cosas en la otra vida.

Te oigo hablar con tu madre, tú preguntas y ella responde. No oigo las palabras, sino el sonido de vuestras voces solamente. No te gusta ir a dormir y, cada noche, tu madre tiene que convencerte de una manera u otra para que te acuestes. Nunca la oigo cantar excepto por la noche, desde la habitación de al lado, mientras te arrulla para que duermas. Y tampoco reconozco la canción que te canta. Lo hace en voz muy baja. A mí me parece muy hermoso, pero ella se ríe cuando se lo digo.

Realmente, ya no acierto a distinguir lo que es hermoso. El otro día, por la calle, me crucé con dos jóvenes. Sé quiénes son; trabajan en el garaje. No frecuentan la iglesia, ninguno de los dos; sólo son chicos decentes y pícaros que andan siempre bromeando y allí estaban, apoyados en el muro del garaje, al sol, encendiendo un cigarrillo. Van siempre tan negros de grasa y tan impregnados de gasolina que no entiendo cómo no arden. Cruzaban comentarios, como hacen siempre, y se reían de esa manera tan maliciosa, peculiar en ellos. Y me pareció hermoso. Es asombroso ver reírse a las personas, observar cómo la risa parece dominarlas. A veces, es como si lucharan contra ella. Eso lo veo en la iglesia bastante a menudo. Y me pregunto qué es y de dónde sale, y me pregunto qué desencadena en el organismo para que uno tenga que reírse hasta quedar exhausto. En cierto modo es como llorar, salvo que la risa se consume con mucha más facilidad.

Cuando vieron que me acercaba, las bromas cesaron, por supuesto, pero noté que todavía se reían por dentro, pensando en lo que el viejo predicador casi les había oído decir.

Me entraron ganas de decirles que me gustan las bromas, como a todo el mundo. En mi vida ha habido muchas ocasiones en las que he querido decirlo, pero no es algo que la gente esté dispuesta a aceptar. Quieren que seas un poco distante. Me entraron ganas de decir, soy un hombre que agoniza y no tendré muchas más ocasiones de reír, al menos en este mundo. Sin embargo, con eso sólo lograría que se mostraran serios y corteses, supongo. Mantendré en secreto mi estado todo lo que pueda. Para ser un hombre que agoniza, no estoy tan mal y eso es una bendición. Tu madre lo sabe, por supuesto. Ha dicho que si me siento bien, quizás el médico esté equivocado. A mi edad, sin embargo, hay un límite en lo equivocado que pueda estar.

Eso es lo más extraño sobre esta vida, sobre ejercer el ministerio. La gente, cuando te ve acercarte, cambia de tema. Y luego, a veces, esas mismas personas entran en tu estudio y te cuentan las cosas más peregrinas. Debajo de la superficie de la vida hay muchas cosas. Mucha malicia y temor y culpa y mucha soledad, también, donde en realidad no esperarías encontrarla.

El padre de mi madre era predicador y el padre de mi padre también lo era, como su padre lo fue antes que él y, aunque nadie lo sabe con certeza, yo no dudaría en conjeturar que la tradición ya venía de antes. Esta vida era para ellos como una segunda piel, igual que lo es para mí. Eran buenas personas, pero si algo debería haber aprendido de ellos y no hice, fue a controlar el temperamento. Es una ciencia que tendría que haber dominado hace mucho tiempo. Incluso ahora, cuando un revoloteo en las pulsaciones me lleva a pensar en los últimos instantes, me descubro perdiendo los nervios porque un cajón se engancha o porque no sé dónde he dejado las gafas. Te lo cuento para que estés atento a ver estas cosas en ti mismo.

Por pequeño que sea, un exceso de cólera, demasiado frecuente o en un momento inoportuno, destruye más de lo que imaginas. Por encima de todo, mide tus palabras. «Contempla qué bosque tan grande enciende un pequeño fuego. Y la lengua es un fuego», ésa es la verdad. Cuando mi padre era viejo, me dijo eso mismo en una carta que me envió, la cual da la casualidad que quemé. La eché directamente a la estufa. A la sazón, aquello me sorprendió mucho más que ahora, al recordarlo.

Aquí, creo que haré un ejercicio de franqueza. Contaré esto con todo el respeto. Mi padre era una persona que obraba por principios, como él mismo decía. Actuaba desde la fidelidad a la verdad tal como él la veía. Sin embargo, había algo en su manera de ceñirse a esa verdad que hacía de él, de vez en cuando, un hombre decepcionante, y no sólo para mí. Digo esto a pesar de toda la atención que dedicó a mi crianza, por la que estoy profundamente en deuda con él, aunque quizás él mismo discreparía de eso. Por mi parte, sé perfectamente que yo lo decepcioné a él, Dios lo tenga en Su seno. Es una cosa extraordinaria a considerar. Los dos teníamos buenos sentimientos para con el otro, también.

Bueno, oíd bien y no entendáis, ved por cierto mas no comprendáis, como dice el Señor. No puedo afirmar que entienda este dicho, por más veces que lo haya escuchado e incluso predicado sobre él. Sencillamente, establece un hecho misterioso y profundo. Uno puede conocer algo a fondo y, sin embargo, ser a todos los efectos completamente ignorante de ello.

Cabe que un hombre conozca a su padre, o a su hijo, y a pesar de ello no exista entre los dos más que lealtad y amor y mutua incomprensión.

Si menciono esto, sólo es para decir que la gente que sienta remordimientos de cualquier clase por algo que te afecta supondrá que estás enojado y verá enojo en todo lo que hagas, por más que tú te limites a llevar la vida tranquila que has elegido. Eso te hace dudar de ti mismo, lo cual, según los casos, puede suponer una grave distracción y una pérdida de tiempo. Esto es algo que me habría gustado aprender mucho antes de lo que lo hice. El mero hecho de reflexionar sobre ello me irrita un poco. La irritación es una forma de ira, eso lo sé reconocer.

Una de las grandes ventajas de la vocación religiosa es que te ayuda a concentrarte. Te da un buen concepto básico de lo que se te pide y también de lo que puedes pasar por alto. Si tengo alguna sabiduría que ofrecer, esto constituye una parte importante de ella.

Tú bendices nuestra casa desde hace casi siete años, y años de vacas flacas, además, tan avanzada ya mi vida, cuando ya no tenía manera de realizar cambios que me permitieran manteneros a los dos. Sin embargo, pienso en ello y rezo. Es algo que tengo muy presente y quiero que lo sepas.

Estamos teniendo una buena primavera y hoy también hace buen día. Casi llegabas tarde a la escuela. Te hemos puesto de pie en una silla y has comido una tostada con mermelada mientras tu madre te abrillantaba los zapatos y yo te peinaba. Tenías una página de sumas por hacer que deberías haber terminado la noche anterior y por la mañana has tardado una eternidad, intentando que todos los números mirasen hacia el lado correcto. Eres como tu madre, te lo tomas todo tan en serio... Los viejos te llaman diácono, pero esa seriedad no viene en absoluto de mi rama de la familia. Nunca había visto nada parecido hasta que la conocí a ella. Bueno, exceptuando a mi abuelo. A mí, lo de tu madre se me antojaba mitad tristeza y mitad furia y me preguntaba qué había habido en su vida que le causara aquella expresión en la mirada. Y cuando tú tenías tres años, cuando eras sólo un niño, entré una mañana en tu habitación de juegos y estabas tumbado en el suelo, vestido con el pelele, buscando la manera de

arreglar un lápiz que se había roto. Y alzaste los ojos y me miraste y tenías su misma expresión. He pensado en ese momento muchas veces. Te diré que en ocasiones me ha parecido que mirabas hacia atrás en la vida, hacia problemas pasados que rezo para que nunca tengas, y me pedías que me explicara.

«Tú eres como todos esos ancianos de la Biblia», me dice tu madre, y eso sería cierto si me las apañara para vivir ciento veinte años y tener rebaños y bueyes y criados y sirvientas. Mi padre me dejó un oficio que resultó ser también mi vocación, pero la verdad es que era como una segunda piel para mí. Crecí con ella. Es más que probable que en tu caso no sea así.

Vi pasar flotando ante la ventana una burbuja gorda y bamboleante y que maduraba ya hacia ese color azul libélula que adquieren antes de estallar. Así que miré hacia el patio y allí estabais, tú y tu madre, echándole pompas de jabón a la gata, tal andanada de ellas que el pobre animal se puso fuera de sí ante aquella abundancia de oportunidades. ¡Nuestra indiferente *Soapy*, dando saltos en el aire! Algunas burbujas se movían entre las ramas, incluso volaban por encima de los árboles. Estabais los dos tan concentrados en la gata que no os fijasteis en las consecuencias celestiales de vuestros afanes mundanos. Eran muy hermosas. Tu madre lleva su vestido azul y tú llevas la camisa roja y estáis arrodillados en el suelo, con *Soapy* en medio, y esa refulgencia de las pompas de jabón que se elevan y tantas risas. ¡Ah, esta vida, este mundo...!

Tu madre te ha contado que estoy escribiendo sobre tus orígenes y que pareciste muy complacido con la idea. Estupendo, entonces. ¿Qué debo hacer constar para ti? Yo, John Ames, nací en el año del Señor de 1880 en el estado de Kansas, hijo de John Ames y Martha Turner Ames, nieto de John Ames y Margaret Todd Ames. Cuando escribo esto, he vivido setenta y seis años, setenta y cuatro de ellos aquí en Gilead^[1], Iowa, exceptuando los que pasé en la universidad y en el seminario.

¿Y qué más debo contarte?

Cuando tenía doce años, mi padre me llevó a la tumba de mi abuelo. En aquella época, mi familia llevaba diez años viviendo en Gilead, en cuya iglesia oficiaba mi padre. El suyo, que había nacido en Maine y había llegado a Kansas en la década de 1830, vivió con nosotros varios años después de su jubilación. Luego, se marchó para convertirse en una especie de predicador itinerante, o eso creímos. Murió en Kansas y lo enterraron allí, cerca de un pueblo que había perdido casi todos sus habitantes. Una sequía había impulsado a irse a la mayoría, los que no se habían marchado ya a otras poblaciones más próximas a la línea del ferrocarril. Sin duda, la existencia de un pueblo en aquel rincón se debía sólo a que aquello era Kansas y a que quienes se instalaron allí eran gentes del Partido de la Tierra Libre^[2] que apenas pensaban a largo plazo. No suelo utilizar la frase «dejado de la mano de Dios» pero, cuando pienso en aquel lugar, me viene a la cabeza esa expresión. Mi padre tardó meses en averiguar dónde había terminado el viejo sus días. Dedicó un gran esfuerzo a ello y escribió numerosas cartas a iglesias, periódicos y demás, indagando sobre su paradero. Finalmente, alguien respondió y envió un paquetito con su reloj y una vieja Biblia gastada y varias cartas, que más adelante supe que eran algunas de las que mi padre había mandado y que, sin duda, le había entregado al viejo alguien que pensaba que lo estimularían a volver a casa.

A mi padre le dolía amargamente que las últimas palabras que hubiera dirigido a su padre fuesen unas frases llenas de ira y que ya no hubiese posibilidad de reconciliación entre ellos en esta vida. En general, había sentido un sincero respeto por el viejo y le costaba mucho aceptar que las cosas hubiesen terminado de aquel modo.

Eso fue en 1892, cuando viajar todavía era una tarea bastante difícil. Fuimos en tren hasta donde pudimos y luego mi padre alquiló un carromato y un tiro. Era más de lo que necesitábamos, pero no encontramos otra cosa. Nos equivocamos de dirección varias veces y nos perdimos, y teníamos tantos problemas para abreviar a los caballos que los dejamos en pupilaje en una granja y continuamos el resto del camino a pie. En cualquier caso las

carreteras eran terribles, envueltas en polvo las muy transitadas y llenas de rodadas cocidas por el sol las que no. Mi padre llevaba algunas herramientas en un saco de yute con la intención de adecentar un poco la tumba y yo cargaba con las provisiones —galleta y tasajo y las cuatro manzanitas amarillas que cogíamos aquí y allá por el camino—, así como nuestras mudas de camisas y calcetines, ya todo muy sucio a esas alturas.

En realidad, por esa época mi padre carecía del dinero necesario para el viaje, pero tenía éste tan presente en sus pensamientos que vivió con impaciencia hasta que hubo ahorrado para emprenderlo. Yo le dije que tenía que ir también y él aceptó, aunque aquello complicase las cosas. Mi madre había leído algo acerca de lo terrible que estaba siendo la sequía en el oeste y, cuando él le informó de que pensaba llevarme, no le pareció nada bien. Mi padre le dijo que sería instructivo y, desde luego, lo fue. Estaba decidido a encontrar aquella sepultura costara lo que costase. Hasta entonces, yo nunca me había preguntado de dónde saldría mi siguiente trago de agua y cuento entre mis bendiciones no haber vuelto a tener ocasión de preguntármelo. Hubo momentos en que verdaderamente creí que nos perderíamos sin remedio y moriríamos. En una ocasión, mientras mi padre reunía varas para una fogata y me las cargaba en brazos, dijo que parecíamos Abraham e Isaac camino del monte Moria. Lo mismo había pensado yo un momento antes.

La situación por aquellos lares estaba tan mal que ni siquiera podíamos comprar comida. Nos detuvimos en una granja a pedir a la señora que nos vendiera algo y ella sacó un pequeño paquete de una alacena, nos enseñó unos billetes y monedas y dijo: «Para lo que me sirve, lo mismo daría que fuese dinero confederado». El almacén general había cerrado y no podía conseguir sal, azúcar ni harina. Le cambiamos una parte de nuestra miserable cecina —desde entonces, nunca he soportado verla siquiera— por dos huevos hervidos y dos patatas cocidas, que tenían un sabor maravilloso, incluso sin sal.

Luego, mi padre preguntó por su padre y la mujer dijo: «Ah, sí, estuvo por estos alrededores». Ignoraba que había muerto, pero sabía dónde estaría enterrado, probablemente, y nos enseñó lo que quedaba de una carretera que nos conduciría directamente al lugar, a poco más de cuatro kilómetros de

donde nos encontrábamos. El camino estaba invadido por la vegetación pero, conforme uno avanzaba, encontraba las rodadas. Los matorrales crecían menos en éstas, pues la tierra aún se mantenía muy compacta. Pasamos de largo el cementerio por dos veces. Las dos o tres lápidas que tenía se habían caído y el recinto estaba infestado de zarzas y hierbas. La tercera vez, mi padre distinguió un poste de una valla y al acercarnos vimos, sumergido en aquella vegetación agostada, un conjunto de hermosas sepulturas, una fila de tal vez siete u ocho y, debajo, otra media fila. Recuerdo que el deterioro del lugar me pareció triste. En la segunda fila, encontramos una inscripción que alguien había hecho desnudando de corteza una parte del tronco de un árbol e introduciendo allí una serie de clavos, hundiéndolos hasta la mitad y doblando luego la cabeza, aplastándola contra el tronco, para que formaran las letras REV AMES. La R parecía una A y la S era una Z del revés, pero resultaba inconfundible.

Para entonces, la tarde ya estaba avanzando, de modo que volvimos a la granja de la mujer y nos lavamos en su cisterna y bebimos de su pozo y dormimos en su heno. Luego, nos trajo de cenar unas gachas de maíz. La quise como a una segunda madre. La quise hasta ponerme al borde de las lágrimas. Nos levantamos antes de que amaneciera y procedimos a ordeñar y a cortar leña y a llevarle un cubo de agua, y ella salió a la puerta con un desayuno de gachas fritas con mermelada de moras por encima y una cucharada de crema de leche y lo tomamos allí, de pie en el porche, al fresco de la mañana y en la penumbra, y fue un momento maravilloso y perfecto.

Luego, regresamos al cementerio, una simple parcela rodeada por una valla medio caída y una verja con una cadena de la que pendía un cencerro. Mi padre y yo arreglamos la verja lo mejor que supimos. Él removió un poco la tierra de la tumba con una navaja, pero enseguida decidió que debíamos volver a la granja a pedir prestado un par de azadas para trabajar mejor. «Ya que estamos aquí, podemos ocuparnos también de los demás», dijo. Esta vez, la señora nos esperaba con una cena de judías blancas. No recuerdo su nombre, lo cual es una lástima. Le faltaba una falange del dedo índice y ceceaba al hablar. Entonces me pareció que era vieja, pero ahora pienso que sólo era una mujer de campo que intentaba mantener los

modales y la cordura, que intentaba seguir viva, trabajando hasta la extenuación y completamente sola en mitad de la nada. Mi padre dijo que hablaba como si su familia pudiera ser de Maine, pero no le preguntó. Se echó a llorar cuando nos despedimos de ella y se enjugó las lágrimas con el delantal. Mi padre le preguntó si tenía alguna carta o mensaje que quisiera que lleváramos de su parte y dijo que no. Le preguntó entonces si quería venir con nosotros y ella le dio las gracias, respondió que no con la cabeza y dijo: «Está la vaca. —Y añadió—: Estaremos bien cuando llegue la lluvia».

Aquel cementerio era el paraje más solitario que puedas imaginar. Si dijera que estaba volviendo a la naturaleza, acaso sacases la impresión de que el lugar poseía cierta vitalidad cuando, en realidad, era un terreno cuarteado y quemado por el sol. Costaba imaginar que allí la hierba hubiera sido verde alguna vez. Allá donde pisábamos, pequeños saltamontes echaban a volar a puñados, emitiendo ese chasquido que hacen, como cuando se enciende una cerilla. Mi padre metió las manos en los bolsillos, miró alrededor y meneó la cabeza. Luego, empezó de nuevo a cortar maleza con una hoz que traía y volvimos a colocar las lápidas que habían caído; la mayoría de las sepulturas sólo estaban perfiladas con piedras, sin nombre, ni fecha, ni nada en absoluto en ellas. Mi padre me dijo que cuidara dónde pisaba. Aquí y allá había pequeñas tumbas en las que no había reparado al principio, o no había caído en la cuenta de qué eran. Desde luego, no quería pisarlas, pero no vi dónde estaban hasta que él segó los hierbajos y entonces me di cuenta de que había pasado por encima de alguna y me sentí fatal. Sólo de niño he sentido tanta culpa y tanta lástima... Todavía sueño con ello. Mi padre siempre decía que cuando alguien muere, el cuerpo sólo es una indumentaria vieja que el espíritu ya no quiere. Pero allí estábamos, medio matándonos para encontrar una tumba y procediendo con absoluta cautela en vigilar dónde pisábamos.

Nos afanamos un buen rato en poner orden. Hacía calor y se oía el ruidito de los saltamontes y el del viento que agitaba la hierba seca. Después, esparcimos semillas de bergamota, equinácea, girasol, aciano y guisante de olor. Eran semillas que siempre guardábamos para nuestro jardín. Cuando terminamos, mi padre se sentó en el suelo al lado de la

tumba de su padre. Se quedó allí un buen rato, arrancando los pequeños bigotes de hierba que todavía quedaban sobre ella y abanicándose con el sombrero. Creo que lamentaba que no le quedara nada más que hacer. Finalmente, se levantó, se sacudió el polvo y nos quedamos allí plantados con nuestras miserables ropas empapadas y las manos sucias de la labor y los primeros chirridos de los grillos y las moscas, que empezaban a molestar de verdad, y los trinos de los pájaros cuando se preparan para pasar la noche, y mi padre inclinó la cabeza y se puso a rezar, encomendando a su padre al Señor y pidiendo también el perdón divino y el de su padre. Añoré profundamente a mi abuelo y sentí, yo también, la necesidad de perdón. Pero fue una plegaria muy larga.

A esa edad, todas las oraciones me parecían demasiado largas y me aburrían soberanamente. Intenté tener los ojos cerrados, pero al cabo de un rato tuve que echar un pequeño vistazo. Y esto es algo que recuerdo muy bien. Al principio, pensé que veía ponerse el sol por el este; sabía dónde quedaba el este porque cuando habíamos llegado, por la mañana, el sol asomaba apenas en el horizonte. Entonces me di cuenta de que lo que estaba viendo era una luna llena que salía mientras el sol se ponía. Una y otro estaban en un borde y en medio reinaba la más maravillosa de las luces. Parecía que se pudiera tocar, como si unas corrientes luminosas palpables fueran y vinieran de un lado a otro, o como si hubiera unas grandes madejas de luz suspendidas, muy tensas, entre los dos astros. Quería que mi padre lo viera, pero me di cuenta de que perturbaría su plegaria y quise hacerlo de la mejor manera, así que le tomé la mano y la besé. Y luego dije: «Mira la luna», y miró. Nos quedamos allí hasta que el sol se ocultó y la luna se alzó. Dio la impresión que flotaban en el aire muchísimo rato, debido, supongo, a que los dos eran tan brillantes que no podía tenerse una visión clara de ellos. Y aquella tumba, y mi padre y yo, estábamos exactamente entre uno y otro, lo cual en aquel instante me pareció asombroso, ya que no me había detenido a pensar mucho en la naturaleza del horizonte.

Mi padre dijo: «Nunca habría pensado que este lugar pudiera ser hermoso. Me alegro de saber que sí».

Cuando por fin llegamos a casa, traíamos un aspecto tan terrible que, al vernos, mi madre rompió a llorar. Habíamos adelgazado y teníamos la ropa destrozada. El viaje completo no nos había llevado un mes, pero habíamos dormido en graneros y cobertizos e incluso en el duro suelo, durante la semana que habíamos pasado perdidos. Era una gran aventura que recordar y mi padre y yo solíamos reírnos de ciertas cosas bastante espantosas. Una vez, un viejo nos había disparado, incluso. Mi padre, según explicó en cierta ocasión, se proponía coger unas cuantas zanahorias de buen tamaño de un huerto junto al que pasamos. Había dejado una moneda en el porche para pagar lo que pudiéramos llevarnos de comer, que siempre era demasiado poco. Fue una escena que merecía verse: mi padre en mangas de camisa, saltando la valla desvencijada de un huerto con una mata de zanahoria en la mano, agarrada por las hojas, y perseguido por un individuo que apuntaba contra él. Nos adentramos corriendo en la espesura y, cuando concluimos que ya no nos seguía, nos sentamos en el suelo y mi padre limpió de tierra la zanahoria rascando con su navaja, la cortó en pedazos, los puso en la corona del sombrero, que colocó entre nosotros a modo de mesa, y empezó a bendecir la comida, algo que nunca olvidaba hacer. «Por todos los alimentos que vamos a recibir», dijo, y los dos nos echamos a reír hasta que nos saltaron las lágrimas. Ahora comprendo que, para él, darnos de comer era una preocupación desesperada que lo había empujado a algo muy parecido a un crimen. La zanahoria era tan grande y vieja y dura que tuvo que cortarla a rodajas finas. Fue como comer una rama y tampoco teníamos nada con que hacerla bajar.

En realidad, sólo más tarde me di cuenta del apuro en el que me habría visto si le hubieran disparado, o incluso matado, y yo hubiese quedado abandonado a mi suerte en medio de la nada. Todavía sueño con eso. Creo que él sintió la suerte de vergüenza que se siente cuando uno advierte el riesgo estúpido que ha corrido, después de que haya pasado. Sin embargo, él estaba absolutamente decidido a encontrar aquella sepultura.

Una vez, para hacer hincapié en que debía estudiar mientras era joven y las enseñanzas entraban fácilmente, mi abuelo me habló de un hombre al

que había conocido a su llegada a Kansas, un predicador recién establecido allí. Me dijo: «Ese hombre no sólo confiaba en su hebreo. También había cruzado veinte kilómetros por tierras vírgenes en pleno invierno para dirimir unas diferencias de interpretación. Tuvimos que descongelarlo para que nos contara qué se proponía». Mi padre se rió y dijo: «Lo extraño es que esa historia incluso podría ser cierta». Sin embargo, yo la recordé en esa ocasión porque me pareció que nosotros estábamos haciendo algo muy parecido.

Mi padre renunció a seguir indagando y volvió a llamar a las puertas, un proceder al que se había resistido, pues, cuando la gente descubría que era predicador, en ocasiones intentaban darle más de lo que se podían permitir. Por lo menos, eso creía él. Y adivinaban que era clérigo a pesar del aspecto desastrado que ofrecíamos cuando ya llevábamos varios días de nuestra travesía del desierto, como él la llamaba. En un par de casas, nos ofrecimos a hacer alguna tarea a cambio de comida y la gente le pidió que comentara un poco las Escrituras o que dijera una oración. A él le sorprendió que lo reconocieran y se preguntó qué era lo que lo delataba. Se enorgullecía de tener unas manos ásperas y encallecidas y de que no le sobrara un gramo de grasa. Yo he tenido la misma experiencia muchas veces y también me ha desconcertado. La cuestión es que pasamos muchos días al filo del desastre y nos reímos de ello durante años. Siempre eran los peores apuros los que nos hacían reír. A mi madre, todo aquello le irritaba, pero se limitaba a decir: «Ni se te ocurra contármelo».

En muchos aspectos, era una madre extraordinariamente cuidadosa, la pobre mujer. En cierto sentido, yo era su único hijo. Antes de que yo naciera, se había comprado un libro nuevo sobre cuidados y salud en el hogar. Era grande y caro y mucho más especial que el Levítico. Siguiendo sus consejos, mi madre intentaba evitar que hiciéramos uso alguno de nuestro cerebro durante una hora después de cenar, o que leyéramos cuando teníamos los pies fríos. Se trataba de evitar demandas contradictorias en la circulación de la sangre. En una ocasión, mi abuelo le dijo que si no se pudiera leer con los pies fríos, no habría un alma lectora en todo el estado

de Maine, pero ella se tomaba las cosas muy en serio y el comentario sólo la irritó. «En Maine nadie encuentra mucho que comer, así que todo queda equilibrado», replicó. Cuando yo llegaba a casa, me lavaba y me acostaba y me daba de comer seis o siete veces al día y me prohibía que utilizara el cerebro después de cada comida. El tedio era considerable.

Aquel viaje fue una gran bendición para mí. Volviendo la vista atrás, me doy cuenta de lo joven que era entonces mi padre. No podía tener más de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Ya en su madurez, seguía siendo un hombre atractivo y vigoroso. Al atardecer, después de la cena, jugábamos a lanzarnos la pelota hasta que el sol se ponía y la oscuridad nos impedía ver el balón. Creo que agradecía tener a un niño en casa, un hijo. Bueno, hasta hace poco yo también era un hombre atractivo y vigoroso.

Sabrás, supongo, que me casé con una chica cuando era joven. Habíamos crecido juntos. Celebramos la boda durante mi último año en el seminario y luego volvimos aquí para que yo pudiera ocupar el púlpito de mi padre mientras mi madre y él iban unos meses al sur por el bien de la salud de mi madre. Mi esposa murió de parto, y el bebé murió con ella. Se llamaban Louisa y Angeline. Vi a la niña viva, la sostuve entre mis brazos unos minutos y aquello fue una bendición. Boughton la bautizó y le puso por nombre Angeline, porque aquel día yo estaba en Tabor —no esperábamos que naciera hasta al cabo de seis semanas— y no había nadie que pudiera decirle qué nombre habíamos elegido. Habría sido Rebecca, pero Angeline es un buen nombre.

El domingo pasado fuimos a cenar a casa de Boughton y vi que le mirabas las manos. Ahora las tiene tan artríticas que no son más que piel y nudillos. Piensas que es terriblemente viejo y es más joven que yo. Fue el padrino de mi primera boda y también nos casó a mí y a tu madre. Ahora, su hija Glory vive en casa con él. El matrimonio de Glory fracasó y eso es triste, pero, para Boughton, tenerla allí es una bendición. El otro día, vino a traerme una revista y me habló de la posibilidad de que Jack también volviera a casa. En realidad, tardé un minuto en saber a quién se refería. Probablemente no te acuerdes mucho del viejo Boughton. Ahora, de vez en

cuando, está un poco malhumorado, lo cual es comprensible, teniendo en cuenta su malestar. Sería una lástima que fuera eso lo que recordaras de él. En la flor de la vida, fue el mejor predicador que haya oído nunca.

Mi padre siempre predicaba a partir de unas notas y yo escribía mis sermones palabra por palabra. Hay cajas llenas de ellos en el desván y otros de los años más recientes en fajos, en el armario. Nunca he vuelto a hojearlos para ver si merecían la pena, si en realidad había dicho algo. Casi todo el trabajo de mi vida está metido en esas cajas, lo cual es algo asombroso sobre lo que reflexionar. Podría echarles un vistazo, tal vez encontrar unos pocos que me gustaría que conservaras. Me dan un poco de miedo. Creo que tal vez trabajé en ellos, como que también lo hice sólo para mantenerme ocupado. Si alguien venía a casa y me encontraba escribiendo, por lo general volvía a marcharse, a no ser que se tratara de un asunto importante. No sé por qué el retraimiento había de ser un bálsamo para la soledad, pero, a la sazón, para mí siempre lo era y la gente me respetaba por todas esas horas que pasaba aquí arriba, trabajando en el estudio, y por todos esos libros que me llegaban de vez en cuando por correo, no muchos, en realidad, pero más de los que podía permitirme comprar. En eso, en los libros, se fue parte del dinero que habría podido ahorrar.

Esto no era todo, por supuesto. Para mí, escribir ha sido siempre como rezar, incluso cuando no escribía plegarias, como sucedía a menudo. Sientes que estás con alguien. Siento que estoy contigo ahora, sea lo que sea lo que eso signifique si consideramos que eres un chiquillo y que, cuando te hagas un hombre, estas cartas quizá no te interesen. O tal vez nunca lleguen a tus manos por el motivo que sea. Aun así, cuánto lamento cualquier tristeza que hayas sufrido y cuán agradecido estoy de antemano por todas las cosas buenas que hayas disfrutado. Esto significa que rezo por ti. Y hay intimidad en ello. Esa es la verdad.

Tu madre respeta las horas que paso aquí arriba en el estudio. Está orgullosa de mis libros. Fue ella, en realidad, quien me llamó la atención sobre la cantidad de cajas que he llenado con sermones y plegarias.

Cincuenta sermones al año, digamos, por cuarenta y cinco años, sin contar los funerales y demás, de los cuales ha habido un gran número. Dos mil doscientos cincuenta. Si tienen treinta páginas de promedio, eso suman sesenta y siete mil quinientas páginas. ¿Es correcto? Creo que sí. Y escribo con letra pequeña, como ahora ya sabes. Digamos que, con trescientas páginas, tenemos un volumen. Eso significa que he escrito doscientos veinticinco libros, lo que me iguala a Agustín y a Calvino en cuanto a cantidad. Es pasmoso. Casi todo lo he escrito con la esperanza y la convicción más profundas, tamizando mis pensamientos y eligiendo las palabras. Intentando decir lo que era verdad. Y te lo digo sinceramente, ha sido algo maravilloso. Siento gratitud por todos esos años oscuros, aun cuando vistos a través del paso del tiempo parecen una plegaria dilatada y amarga que finalmente ha obtenido respuesta. Tu madre entró en la iglesia en mitad de la plegaria —para resguardarse del tiempo, pensé en aquel momento, pues diluviaba— y me miró con unos ojos tan serios que me avergoncé de estar predicando para ella. Como diría Boughton, noté la pobreza de mis comentarios.

A veces he gozado del sosiego de un domingo cualquiera. Es como hallarse en un huerto recién sembrado después de una lluvia cálida. Uno siente la vida, silenciosa e invisible. Lo único que requiere es que se tenga cuidado en no pisotearla. Y aquél era un día muy tranquilo, con la lluvia en el tejado, la lluvia contra las ventanas, y todo el mundo dando gracias, ya que al parecer nunca recibimos lluvia suficiente. En momentos como éstos, no me importa especialmente que la gente escuche o no lo que tengo que decirle, pues sé cuáles son sus pensamientos. Entonces, si entra un extraño, ese mismo sosiego puede parecer somnolencia y rutina aburrida, porque eso es lo que temes que sea para esa persona.

Si Rebecca hubiese vivido, ahora tendría cincuenta y un años, diez más de los que tiene tu madre. Durante mucho tiempo pensé qué sucedería si entrase por esa puerta, qué no me avergonzaría, como poco, decir en su presencia. Porque siempre la he imaginado regresando de un lugar donde todo se sabe y escuchando mis esperanzas y especulaciones como lo haría alguien que ha visto la verdad cara a cara y conoce el pleno alcance de mi incomprensión. Ésta era una especie de juego que practicaba conmigo

mismo, para evitar tomarme demasiado a pecho doctrinas y controversias. En aquellos tiempos, leía muchísimos libros y siempre andaba debatiendo con uno u otro, pero creo que sabía de la inconveniencia de llevar ese tipo de cosas al púlpito. Con todo, pienso que fue porque escribía los sermones como si Rebecca pudiera entrar por la puerta en cualquier momento por lo que, de algún modo, estaba preparado cuando entró tu madre, más joven de lo que habría sido Rebecca entonces, desde luego, pero no muy distinta de cómo yo la veía en mi mente. No se trataba tanto de su aspecto externo, como de la forma en que parecía no pertenecer a este lugar y, al mismo tiempo, ser la única de todos nosotros que sí pertenecía realmente a este sitio.

Digo esto porque había en ella una seriedad que casi daba la impresión de enojo. Como si dijera: «He venido desde una distancia indecible y de una otredad inimaginable sólo para complacer tus plegarias. Ahora, di algo que tenga un poco de sentido». El sermón me supo a cenizas en la lengua. Y no era porque no lo hubiese trabajado. Trabajaba todos mis sermones. Recuerdo que aquel día bauticé a dos niños. Sentí la intensidad con que ella observaba. Las dos criaturas lloraron cuando les toqué la cabeza con el agua por primera vez y levanté la mirada y vi en su rostro la expresión de severa sorpresa que yo, antes incluso de alzar la cabeza, sabía que encontraría y tuve ganas de decirle sinceramente: «Si sabe una manera mejor de hacerlo, le agradeceré que me la diga». Luego, al cabo de seis meses, la bauticé a ella. Y tuve ganas de preguntarle: «¿Qué he hecho? ¿Qué significa?». Esas preguntas acudían a mi mente con frecuencia, no porque tuviera la menor duda de que había hecho algo que significaba alguna cosa, sino porque, por más que pensara y leyera y orara, me sentía fuera del misterio de aquello. Las lágrimas rodaron por su rostro, pobrecilla. Eso no lo olvidaré jamás. Siempre y cuando no lo olvide todo, como les sucede a muchos viejos. A lo que parece, no viviré el tiempo suficiente como para olvidar lo que no haya olvidado ya, lo cual es una buena cosa, lo sé. A lo largo de los años, he pensado mucho sobre el bautismo. Boughton y yo hemos hablado a menudo de la cuestión.

Tal vez te parezca una trivialidad que mencione esto ahora, teniendo en cuenta la gravedad del asunto, pero no creo que de veras lo sea. Nosotros fuimos niños piadosos, nacidos en hogares piadosos de una población absolutamente piadosa, y aquello afectó nuestra conducta de una manera considerable. Una vez, bautizamos una camada de gatos. Eran unos gatitos de granja de color tierra que apenas se sostenían sobre las patas, de esos felinos asilvestrados que llevan una vida anónima manteniendo a raya a los ratones y a los que no les interesan en absoluto los humanos, salvo para evitarlos. Sin embargo, los animales parecían mostrarse sociables, por lo que siempre nos alegraba encontrar gatitos nuevos saliendo de la oquedad donde su madre los había escondido, tan dispuestos a jugar como nosotros. A una de las niñas se le ocurrió ponerles un vestido de muñeca. Sólo había un vestido, lo cual no supuso un problema porque los gatos apenas lo toleraban un momento y, en cualquier caso, habría que desvestirlos tan pronto estuviesen bautizados. Yo les humedecí la frente, repitiendo la fórmula trinitaria completa.

Su madre, una vieja gata de aire torvo y cola torcida, nos descubrió bautizándolos junto al arroyo y empezó a llevárselos de uno en uno, cogiéndolos por la nuca. Perdimos la pista de quién era cada cual, pero estábamos absolutamente seguros de que la madre había alejado a algunos que aún vivían en la oscuridad del paganismo y aquello nos preocupó sobremanera. Así que, finalmente, un día le pregunté a mi padre del modo más informal imaginable qué le pasaría a un gato si, por ejemplo, alguien lo bautizaba. Respondió que los Sacramentos debían tratarse y considerarse siempre con el mayor de los respetos. Aquello no era realmente una respuesta a mi pregunta. Respetábamos los Sacramentos, por supuesto, pero para nosotros aquellos gatos eran lo más importante del mundo. Sin embargo, entendí lo que quería decir y ya no bauticé a nadie más hasta que me ordené.

Las chicas llevaron a casa dos o tres de aquellos animalitos y los convirtieron en unos gatos domésticos decididamente respetables. Louisa adoptó uno amarillo. Cuando nos casamos, aún lo tenía. Los demás vivieron sus vidas salvajes, indistinguibles de sus congéneres, y si eran cristianos o paganos, nadie supo decirlo jamás. Ella llamaba Centella a su gato, por la

mancha blanca que tenía en la frente. Finalmente, un buen día, desapareció. Sospecho que la pillaron robando conejos, un pecado al que se entregaba con frecuencia, aun siendo un gato cristiano como sabíamos que era y a pesar de la artritis que sufría en aquellos tiempos. Uno de los chicos dijo que tenía que haberla llamado Salpicada. Era baptista y creía firmemente en la inmersión total, así que los gatos deberían estar agradecidos de que yo no lo fuese. El chico dijo que con nuestros métodos no se obtenía ningún resultado y que no podíamos demostrar que estuviese equivocado. Nuestra *Soapy* debía de ser un pariente lejano.

Todavía recuerdo el tacto de aquellas frentes pequeñas y cálidas en la palma de mi mano. Todo el mundo ha acariciado un gato, pero tocar uno de ese modo, con la pura intención de bendecirlo, es una experiencia muy distinta. Se te queda grabado en la mente. Durante años, nos preguntamos qué les habíamos hecho desde un punto de vista cósmico. Y aún hoy me sigue pareciendo una pregunta válida. La bendición —y eso creo que es el bautismo, principalmente— posee una realidad. No intensifica el carácter sagrado, pero lo reconoce, y en ello hay poder. Lo he sentido recorrer mi cuerpo, por así decirlo. La sensación que produce es la de conocer realmente a una criatura; me refiero a sentir realmente su vida misteriosa y tu propia vida misteriosa a un tiempo. No es mi deseo instarte al ministerio, pero en él hay ciertas ventajas que no tendrías en cuenta a menos que yo te las indicase. Tampoco es necesario ser ministro para impartir bendiciones. Simplemente, es mucho más probable si uno se encuentra en ese puesto. Es algo que la gente espera de uno. No sé por qué la literatura se ha ocupado tan poco de este aspecto de la vocación.

Ludwig Feuerbach dice una cosa maravillosa del bautismo. La tengo anotada. Dice: «El agua es el más puro y claro de los líquidos; en virtud de ello, su carácter natural es imagen de la naturaleza inmaculada del Espíritu Divino. En resumen, el agua tiene significación por sí misma, como agua; es su cualidad natural lo que hace que sea consagrada y escogida como vehículo del Espíritu Santo. Así pues, en el fundamento del bautismo subyace una hermosa y profunda significación natural». Feuerbach es un

conocido ateo, pero expone casi mejor que nadie los aspectos gozosos de la religión y siente amor por el mundo. Desde luego, piensa que la religión podría quitarse de en medio y dejar que el gozo existiera, puro y sin tapujos. Este es su único error, y es significativo. Pero se muestra maravilloso sobre el tema del gozo así como sobre las expresiones religiosas de éste.

Boughton tiene una opinión muy negativa de él, pues perturbó la fe de mucha gente, pero yo discrepo tanto de esa gente como de Feuerbach. Me parece que hay algunos que andan buscando que perturben su fe. Esta ha sido la tendencia durante los últimos cien años. Mi hermano Edward me proporcionó el libro de Feuerbach, *La esencia del Cristianismo*, con la intención de zarandearme y sacarme de mi piedad acrítica, me dijo al dármelo. Tenía que leerlo en secreto, o eso creí. Lo guardé en una caja de galletas que escondí en un árbol. Como puedes imaginar, leerlo en aquellas circunstancias me proporcionaba un gran interés.

Y yo sentía un gran respeto por Edward, que había estudiado en una universidad alemana.

Ahora caigo en la cuenta de que aún no he hablado de Edward, aunque él también fue muy importante para mí.

Y todavía lo es, Dios dé descanso a su alma. Tengo la impresión de que en ciertos aspectos apenas lo conocía, pero en otros es como si llevara toda la vida hablando con él. Edward pensaba que me hacía un favor quitándome un poco de mi provincianismo del Medio Oeste. Era el favor que Europa le había hecho a él. Pero aquí estoy, habiendo llevado hasta el final la existencia contra la que él me previno y, en conjunto, muy satisfecho de ella, además. No obstante, aún sigo siendo susceptible en el asunto del provincianismo.

Edward estudió en Gotinga. Era un hombre notable. Me llevaba casi diez años, así que, en realidad, no lo conocí muy bien cuando éramos niños. Entre él y yo había dos hermanas y un hermano, a todos los cuales la difteria arrebató de este mundo en menos de dos meses. Él los conoció y yo, por supuesto, no, lo cual era otra gran diferencia. Aunque rara vez se hablaba de ello, siempre tuve presente que había existido una vida alegre y atestada que ellos tres recordaban bien y que yo no podía imaginar. En cualquier caso, Edward se marchó de casa a los dieciséis para estudiar en la

universidad. Terminó a los diecinueve con un título en lenguas antiguas y viajó de inmediato a Europa. Ninguno de nosotros volvió a verlo en años. Ni siquiera hubo demasiadas cartas.

Un día, se presentó en casa con bastón y un enorme bigote. *Herr Doktor*. Debía de tener veintisiete o veintiocho años. Había publicado un librito en alemán, una especie de monografía sobre Feuerbach. Era listísimo y mi padre lo trató también con cierto temor y respeto, como venía haciendo desde que Edward era un chiquillo, me parece. Mis padres me contaron historias de que, cuando era pequeño, leía todo lo que le caía entre manos, de que había aprendido de memoria un libro entero de Longfellow, de que si dibujaba mapas de Europa y de Asia y se había aprendido todas las ciudades y ríos. Desde luego, pensaban que estaban criando a un pequeño Samuel —todos lo pensaban—, por lo que todo el mundo le suministraba libros y pinturas y una lupa y todo lo que se les ocurría o les venía a mano. A veces, mi madre se lamentaba en voz alta de que no le hubieran exigido que ayudara más en las tareas domésticas y, desde luego, no cometió el mismo error conmigo. Sin embargo, no se veía a menudo a un chico tan maravilloso como él y era creencia general que sería un gran predicador. Así pues, todos los feligreses participaron en colectas para llevarlo a la universidad y, después, para mandarlo a Alemania. Y regresó convertido en ateo. En cualquier caso, es lo que siempre declaró ser.

Sacó plaza de profesor en la Universidad Estatal de Lawrence, donde enseñaba literatura alemana y filosofía, y se quedó allí hasta su muerte. Se casó con una chica alemana de Indianápolis y tuvieron seis hijos rubísimos, todos ellos ya adultos hoy día. Pasó todos esos años a unos pocos cientos de kilómetros y apenas lo vi. Enviaba contribuciones a la iglesia para compensar la ayuda que le habían prestado. Mientras vivió, cada año llegaba un cheque con fecha de 1 de enero. Era un buen hombre.

Cuando regresó, mi padre y él tuvieron algunas discusiones, la primera de ellas la misma noche de su llegada, a la hora de cenar, cuando mi padre le pidió que bendijera la mesa. Edward carraspeó y replicó: «Me temo que, en conciencia, no puedo hacerlo, señor», y mi padre palideció. Yo sabía que había habido cartas suyas que no me habían dejado leer y había escuchado velados comentarios entre mis padres. Así pues, aquélla fue la temida

confirmación de sus temores. Mi padre dijo: «Has vivido bajo este techo y conoces las costumbres de tu familia. Podrías mostrar un poco de respeto», a lo que Edward replicó —lo cual estuvo muy mal por su parte—: «Cuando era pequeño, pensaba como un niño. Ahora ya soy adulto y no hago cosas de críos». Mi padre se levantó de la mesa, mi madre se quedó sentada, inmóvil, con el rostro bañado en lágrimas, y Edward me pasó las patatas. Yo no tenía idea de qué se esperaba de mí, así que me serví algunas. Edward me pasó la salsa. Con aire solemne, dimos cuenta de aquella cena sin bendecir durante un rato y luego dejamos la casa y acompañé a Edward al hotel.

Por el camino, me dijo, «John, bien puedes enterarte ahora de lo que sin duda sabrás algún día. Esto es un pueblo de mala muerte, ya debes de haberte dado cuenta. Marcharse de aquí es como despertar de un trance». Supongo que los vecinos nos vieron dejar la casa a la hora de la cena, aquel primer día, Edward con un brazo doblado a la espalda, un poco encorvado para dar a entender que tenía cierta necesidad del bastón y con aire de estar sumido en un tipo de pensamientos especialmente rigurosos y distinguidos, desarrollados posiblemente en un idioma extranjero. (¡Hazme caso!). Si lo vieron, debieron de ver confirmado al instante lo que durante mucho tiempo habían sospechado. Debieron de saber también que en la cocina de mi madre había habido ira y lágrimas y que mi padre estaba en el desván o en el cobertizo de la leña, en algún rincón tranquilo y secreto, de rodillas, preguntando al Señor qué era lo que le pedía. Y allí estaba yo con Edward, siguiendo sus pasos, otra aflicción para mis padres, o eso debían de pensar.

Además de los libros que antes mencionaba, Edward también me regaló la pequeña reproducción de una escena de mercado que cuelga junto a la escalera. Debo acordarme de decirle a tu madre que es mío y no de la rectoría. No creo que tenga ningún valor, pero tal vez quiera quedárselo.

Voy a apartar ese Feuerbach y ponerlo junto a los libros que le pediré a tu madre que guarde para ti. Espero que lo leas algún día. No hay nada alarmante en él, a mi entender. La primera vez, lo leí bajo las sábanas y mientras andaba por la cañada, porque mi madre me había prohibido

cualquier contacto con Edward y yo sabía que la orden abarcaba la lectura del libro ateo que él me había dado. «Si tú le hablaras así a tu padre alguna vez, lo matarías», me decía. En realidad, mi intención fue siempre defender a mi padre. Creo que lo he hecho.

Hay algunas notas mías en los márgenes del libro que espero que te resulten útiles.

La mención a Feuerbach y el gozo me ha recordado algo que vi hace unos años, una mañana, cuando me dirigía a la iglesia muy temprano. Una pareja joven caminaba media manzana delante de mí. El sol había asomado, radiante, después de un chaparrón y los árboles estaban lustrosos y empapados. De improviso, por pura exuberancia, supongo, el chico dio un salto y agarró una rama; una cortina de agua luminosa cayó, torrencial, sobre ellos y los dos rompieron a reír y salieron corriendo. La muchacha se sacudía el agua del pelo y del vestido como si estuviera algo disgustada, pero no era así. Fue algo hermoso de ver, como salido de una leyenda. No sé por qué he pensado en eso ahora si no es, quizá, porque en momentos así es fácil creer que el agua se creó principalmente para bendecir y sólo secundariamente para cultivar verduras o para hacer la colada. Ojalá hubiera prestado más atención a la escena. Mi lista de lamentaciones tal vez parezca inusual, pero ¿quién va a saber que lo son, en realidad? Éste es un planeta interesante. Merece toda la atención que uno pueda prestarle.

Al escribir esto, observo cuánto me cuesta no utilizar más de lo necesario ciertos términos. Pienso en la palabra «sencillamente», por ejemplo. Casi desearía haber escrito que el sol sencillamente brilló y que el árbol sencillamente resplandeció y que el agua sencillamente cayó de sus ramas a cántaros y que la muchacha sencillamente se rió; cuando un vocablo se emplea de esta manera, da énfasis a la palabra que lo sigue y también impone un tono de voz particular. La gente habla así cuando pretende llamar la atención sobre una cosa que existe más allá de ella misma, por así decirlo, una suerte de pureza o de prodigalidad, en todo caso algo corriente en su naturaleza, pero excepcional en su categoría. Así me lo parece hoy. La palabra «sencillamente» tiene cierto significado real que el

lenguaje corriente no reconoce. Es un poco como el ge alemán. Lamento tener que privarme de ello. Le quita la mitad de la fuerza a la narración.

También soy propenso a emplear en exceso la palabra «viejo», que en realidad tiene menos que ver con la edad, me parece a mí, que con la familiaridad. El término subraya que algo es objeto de consideración, de modesto y habitual afecto. A veces sugiere desventura o vulnerabilidad. Digo, «el viejo Boughton», «este viejo pueblucho miserable», y con eso quiero decir que los llevo muy cerca de mi corazón.

No escribo como hablo. Temo que pienses que no he sabido hacerlo de otra manera. Tampoco escribo como lo hago para el púlpito, si puedo evitarlo. Sería ridículo, dadas las circunstancias. Lo que sí procuro es escribir como pienso. Sin embargo, naturalmente, todo eso cambia tan pronto lo pongo en palabras. Y cuanto más parecen expresar mi pensamiento, más salidas de un púlpito suenan, lo cual es inevitable, supongo. No obstante, me resistiré a tal inflexión.

Me acerqué a casa de Boughton a ver en qué andaba y lo encontré en un estado de ánimo terrible. El día siguiente cumplía cincuenta y cuatro años. Me dijo: «La verdad es que estoy muy harto de estar aquí, solo. Esta es la verdad». Glory hace todo lo que puede para que se sienta a gusto, pero el hombre tiene días malos. «Cuando éramos jóvenes, el matrimonio significaba algo. La familia significaba algo. ¡Las cosas no eran en absoluto como ahora!». Glory puso los ojos en blanco al oírlo y dijo: «No hemos sabido de Jack desde hace tiempo y eso nos inquieta un poco».

Él dijo: «Glory, ¿por qué haces siempre eso? ¿Por qué dices nosotros cuando sólo te refieres a mí?».

Ella dijo: «Papá, por lo que a mí respecta, no veo el momento en que Jack se presente».

Él dijo: «Bueno, preocuparse es natural y no voy a disculparme por ello».

Ella dijo: «Supongo que es natural que pagues tu inquietud conmigo, pero no voy a fingir que me gusta».

Y así sucesivamente, de modo que volví a casa.

Boughton siempre ha sido un hombre de buen corazón, pero sus achaques lo irritan y a veces dice cosas que no debería, realmente. Entonces, no es él.

Lamento que estés solo. Eres un niño serio, sin muchas ocasiones de echar unas risas o de encontrar complicidades. Eres tímido con los demás niños. Te veo de pie en tu columpio, observando a otros chicos de tu edad que pasan por el camino. Uno de los mayores está probando una bicicleta vieja y desvencijada. Supongo que sabes quiénes son. No hablas con ellos. Si te parece que reparan en tu presencia, probablemente entrarás en casa. Eres tímido como tu madre. Veo lo dura que es para ella la vida a la que la he traído y creo que tú también lo adviertes. Resulta una esposa de predicador muy poco corriente, ella misma lo dice. Pero nunca pestañea siquiera ante una dificultad. María Magdalena, probablemente, prepararía de vez en cuando un guiso a la cazuela, o el equivalente de la época. Un buen potaje, supongo.

Con todo el respeto del mundo, digo que tu madre siempre me ha parecido una persona con la que el Señor quizás habría querido pasar parte de Su vida mortal. Qué extraño resulta tener que decir esto transcurridos tantos siglos. Existe una inocencia adquirida, creo, que merece ser tan venerada como la inocencia de los niños. A menudo he querido predicar sobre eso. Pensándolo bien, ya lo he hecho. Cuando el Señor dice «Debéis haceros como uno de estos pequeños...», entiendo que se refiere a que uno debe desprenderse de todas las acreciones de presunción, vanidad y trivialidad. «Desnudo salí del vientre de mi madre», etcétera. Creo que predicaré sobre eso en Adviento. Tomaré nota. Si yo mismo no recuerdo haber hablado del tema, no creo que nadie más se acuerde. También imagino a Jesús intimando con mi abuelo, friendo un desayuno para él y debatiendo. Y, de hecho, el viejo llegó a hablar de que había tenido varias experiencias de esa clase, precisamente. Dudo que yo hubiera tenido fortaleza para ello. Es algo que me ha venido a la cabeza de vez en cuando a lo largo de los años y no sé muy bien cómo interpretarlo.

Siempre me he sentido complacido cuando he pensado que tu madre estaba cómoda en el mundo, aunque fuese momentáneamente. Que estaba en paz en él, debería decir, pues creo que su familiaridad con el mundo puede ser mucho más profunda que la mía. Ojalá, de verdad, tuviera los recursos para ahorrarte cualquier proximidad con esa pobreza que el propio Señor bendijo con su palabra y su ejemplo. Sólo una vez, cuando expresé esta preocupación en voz alta, dijo tu madre: «¿Crees que no sabría ser pobre? Si lo he sido toda la vida...». Y, sin embargo, me avergüenza pensar que os dejaré, a ti y a tu madre, tan desnudos en el mundo: Dios mío, le digo, líbralos de esa bendición.

Tengo cierta familiaridad con una suerte de santa pobreza. Mi abuelo nunca se quedaba nada que mereciera la pena dar, ni nos permitía a nosotros que nos lo quedáramos, decía mi madre. Se llevaba la colada cogiéndola directamente del tendedero. Ella decía que era peor que un ladrón, peor que un incendio en la casa. Decía que, seguramente, podía pasear por cualquier ciudad del Medio Oeste y ver un par de pantalones que ella misma había remendado caminando por la calle. Yo creo que era una especie de santo. Cuando alguien comentó en su presencia que había perdido un ojo en la guerra de Secesión, replicó: «Prefiero pensar que he conservado el otro». A mi madre le alegró saber que había algo que quisiera conservar. Una vez, me contó que lo habían herido en Wilson's Creek el mismo día en que había muerto el general Lyon. «Eso sí que fue una pérdida», dijo.

Cuando nos dejó, todos sentimos profundamente su ausencia. Sin embargo, el abuelo siempre complicaba bastante las cosas. Lo hacía por pura inocencia. No tenía paciencia para nada, salvo para la interpretación más simple de los mandamientos más estrictos. «Dar al que pide», sobre todo.

Me gustaría que hubieses conocido a mi abuelo. Una vez, oí decir a alguien que aquel único ojo que conservaba parecía que fuese, por alguna razón, un ojo multiplicado por diez. Yo, sin exagerar tanto, creo que una mirada, incluso una mirada fija, queda algo difuminada cuando en ella participan los dos ojos. Él, sólo con mirarme, me hacía sentir como si me azuzara con

un bastón. No es que quisiera hacerme daño, sino que, exasperado a causa de sus viejas convicciones, no podía tener la paciencia que la paz, el envejecimiento de su cuerpo y el descuido que se había adueñado de todas las cosas le exigían. Creía que todos debíamos vivir intensamente. No digo que estuviera equivocado, pues sería contradecir a Juan Bautista.

Lo daba todo, realmente. Mi padre buscaba una sierra o una caja de clavos y habían desaparecido. Mi madre guardaba el dinero que tenía en el corpiño, atado en un pañuelo. Llevaba un tiempo vendiendo gallinas para el puchero y huevos porque la situación era muy difícil. (A la sazón teníamos un poco de tierra alrededor de esta casa, un establo y pastos y un gallinero y una parcela de bosque y un cobertizo y un huertito hermoso y una parra. Con el paso de los años, sin embargo, la iglesia tuvo que venderlo todo. Yo siempre esperaba que dijeran que a continuación subastarían el sótano, o el tejado). En cualquier caso, eran tiempos difíciles y ella tenía que vérselas con el viejo, y éste incluso daba las mantas de su propia cama. Lo hizo varias veces y a mi madre le costó Dios y ayuda conseguir otras. Durante una temporada, me hizo vestir a diario la ropa de ir a la iglesia para que él no se la llevase, y entonces no me dejaba en paz porque estaba segura de que saldría a jugar a béisbol con ella puesta, que era, evidentemente, lo que hacía.

Recuerdo que una vez entró en la cocina mientras mi madre planchaba y le dijo: «Hija, ha venido una gente que necesita nuestra ayuda».

«Bueno —dijo ella—, supongo que podrán esperar un momento. Supongo que podrán esperar a que la plancha se enfríe». Al cabo de unos minutos, dejó la plancha sobre la estufa, fue a la despensa y volvió con un bote de levadura. Hurgó en él con un tenedor hasta que sacó una moneda de cuarto. Luego, continuó hurgando hasta que tuvo sobre la mesa el cuarto de dólar y dos monedas de diez centavos. Las recogió todas, las limpió de polvo con el borde del delantal y se las dio. En aquellos tiempos, cuarenta y cinco centavos equivalían a una buena cantidad de huevos. Mi madre no era una mujer tacaña. Él las cogió, pero quedó claro que sabía que ella tenía más. (Una vez, en la despensa, había encontrado dinero escondido en una lata porque, al levantarla y agitarla por casualidad, había oído que tintineaba, así que se acostumbró a rondar por la despensa de vez en cuando

a ver si había algo más que tintinease. Y mi madre se acostumbró a lavar el dinero y hundirlo en la manteca o enterrarlo en el azúcar. Pero de vez en cuando aparecía una moneda donde ella no quería, en el azucarero, desde luego, o en las gachas fritas). Mi madre pensaba sin duda que si escondía una parte de su dinero en la despensa, él creería que todo estaba allí.

Pero nunca consiguió engañarlo. Creo que por aquel entonces el abuelo tal vez estaba algo desequilibrado pero, para él, todo el mundo y todas las cosas eran transparentes. Salvo los borrachos y los haraganes, decía mi madre, pero eso tampoco era completamente cierto. Él se limitaba a decir: «No juzgues», y eso, por supuesto, está en las Sagradas Escrituras y es difícil de contradecir.

No obstante, debe decirse que mi madre se enorgullecía en grado sumo de cuidar de su familia, lo cual, en aquellos días, era un trabajo muy arduo, sobre todo para ella, a causa de los dolores y malestares que sufría. Guardaba una botella de *whisky* en la despensa para el reuma. «Es la única cosa que no tengo que esconder», decía. Pero él ya se había marchado con un bote de remolachas encurtidas sin decir siquiera «con permiso». Aquel día, sin embargo, se quedó allí con aquellas tres monedas en su mano vieja, drástica y momificada y la miró con aquel ojo terrible y ella cruzó los brazos encima del pañuelo donde escondía el dinero, como él bien sabía, y le sostuvo la mirada hasta que el abuelo dijo: «Que el Señor te bendiga y te guarde», y salió por la puerta.

Mi madre exclamó: «¡Lo he amedrentado con la mirada! ¡Lo he amedrentado con la mirada!». Parecía más asombrada que otra cosa. Como ya he dicho, sentía mucho respeto por el abuelo. Este siempre le decía que no tenía que preocuparse por su generosidad porque el Señor proveería. Y ella le decía que si Él no tuviera que esforzarse tanto para que conserváramos la camisa y los calcetines, tal vez tendría tiempo para proveernos de una tarta de vez en cuando, o de un bizcocho. Pero cuando se fue, lo echó de menos, como nos ocurrió a todos los demás.

Al repasar lo que he escrito, me da la impresión de que he presentado a mi abuelo en sus años de vejez como si fuera simplemente un excéntrico y

como si lo tolerásemos, fuésemos respetuosos con él y lo amáramos y él nos amara a nosotros. Y todo eso es cierto. Pero creo que también sabíamos que sus excentricidades eran pasión frustrada, que estaba lleno de ira, en buen grado contra nosotros, y que los temblores de su vejez eran en parte los temblores de la pesadumbre acumulada. Y creo que mi padre, por su parte, también estaba enojado por las acusaciones que sabía que veía en la inquietud de su padre y también en sus interminables saqueos. Con espíritu de perdón cristiano muy propio de los clérigos, y de padre e hijo, habían enterrado sus diferencias. Debe decirse, sin embargo, que no las habían enterrado muy hondo y que tal vez lo habían hecho, más bien, como se cubren los rescoldos de una hoguera con ceniza para que se mantengan encendidos, en vez de sofocarlos.

Cuando el viejo rencor estaba a punto de estallar, tenían una forma muy particular de dirigirse el uno al otro.

«¿Le he ofendido de algún modo, reverendo?», preguntaba mi padre.

Y su padre respondía: «No, reverendo, no me ha ofendido de ninguna manera. En absoluto».

Y mi madre intervenía: «Eh, ustedes dos, no empiecen otra vez».

Mi madre también estaba orgullosa en grado sumo de sus gallinas, sobre todo cuando el viejo se marchó y nadie le asaltaba el corral. Seleccionadas con juicio, el gallinero prosperó, dando huevos a un ritmo que le asombraba. Pero una tarde se formó una tormenta y una ráfaga de viento arrancó el tejado del corral y las gallinas salieron volando, succionadas por el vendaval, supongo, y también «comportándose como gallinas que eran», como reza el dicho de esta tierra. Mi madre y yo presenciamos el suceso porque, cuando había oído la llegada de la lluvia, me había llamado para que la ayudara a recoger la colada del tendedero.

Fue un desastre general. Cuando el techo golpeó la cerca, apenas una tela metálica clavada a unos cuantos postes que no resistió más de lo que lo habría hecho una mera telaraña, había gallinas alzando el vuelo hacia los pastos, gallinas alzando el vuelo hacia la carretera y gallinas sin intenciones claras, comportándose como gallinas que eran. Entonces, entraron en acción

los perros de la vecindad, así como los nuestros, y en aquel momento la lluvia arreció de verdad. Ni siquiera podíamos llamar a nuestros perros. El alborozo de éstos adquirió un tinte de vergüenza, me parece recordar, pero los demás canes ni siquiera nos prestaron tanta atención. Nunca en la vida se lo habían pasado tan bien.

«No quiero ver esto», dijo mi madre, y yo la seguí hasta la cocina y nos sentamos a escuchar el alboroto y la lluvia y el viento. Entonces mi madre exclamó: «¡La ropa!», pues nos habíamos olvidado la colada. «Esas sábanas deben de pesar tanto que seguro que se arrastran por el suelo. Eso, si no han hecho caer las cuerdas». Aquello significaba para ella un día de trabajo perdido, por no mencionar las gallinas ponedoras y los pollitos para freír. Cerró un ojo, me miró y dijo: «Sé que en esto ha de haber una bendición». A veces, cuando el abuelo no estaba presente, teníamos la costumbre de imitar su forma de hablar. Aun así, me sorprendió que hiciera una broma directa sobre él, que ya hacía tiempo que nos había dejado. A mi madre siempre le gustaba hacerme reír.

Cuando mi padre encontró a su padre en Mount Pleasant después de finalizada la guerra, en un principio, al ver que lo habían herido, sufrió un fuerte impacto. En realidad, se quedó sin habla. Así, las primeras palabras de mi abuelo a su hijo fueron: «Confío en que encontraré una gran bendición en ello». Y eso fue lo único que contó en toda su vida sobre lo que le había sucedido, todo lo cual tendía a ser más o menos drástico. Recuerdo, por lo menos, dos esguinces de muñeca y una costilla astillada. Una vez me dijo que, en inglés, el término «bendecir» procedía de una antigua palabra que significaba «marcar con sangre». Sin embargo, aunque en inglés sea etimológicamente cierto, no lo es en griego o en hebreo, por lo que ningún razonamiento que se base en tal argumento puede apoyarse en ninguna autoridad bíblica. Era impropio de él forzar de ese modo la interpretación. Lo hacía a fin de justificarse a sí mismo, supongo, como hacemos casi todos.

En cualquier caso, el concepto parecía ser importante para él. Siempre intentaba ayudar a los demás a alumbrar un ternero o a desmembrar un árbol, tanto si querían como si no. La única aflicción que sentía era por sus desventurados y no se guardó un ápice de ella para sí, por más ofendido que

estuviera, hasta que sus amigos empezaron a morir, uno tras otro, en el transcurso de dos años. Entonces se sintió terriblemente solo, no cabe duda de ello. Creo que eso influyó en gran medida en su huida a Kansas. Eso y el incendio en la iglesia de los negros. No fue un gran fuego: alguien amontonó maleza junto al muro trasero y la encendió, y otro vio el humo y apagó las llamas con una pala. (La iglesia de los negros estaba donde está ahora la tienda de refrescos, aunque tengo entendido que cerrará. Esa iglesia se vendió hace años y lo que quedaba de la congregación se trasladó a Chicago. Por aquel entonces, se reducía a tres o cuatro familias. El pastor vino con un saco de plantas que había arrancado de alrededor de la escalinata delantera, lirios principalmente. Pensó que tal vez yo los querría y ahí siguen plantados todavía, junto a la fachada de nuestra iglesia, necesitados de cuidados. Debo decir a los diáconos de dónde proceden para que sepan que tienen cierta relevancia y los salven cuando el edificio sea derruido. No conocía bien al pastor negro, pero una vez me dijo que su padre conocía a mi abuelo. Me aseguró que lamentaban marcharse porque, antaño, esta población había significado mucho para ellos).

Has empezado a trabar amistad con un chico que has conocido en la escuela, un pequeño luterano pecoso llamado Tobias, un chiquillo agradable. Al parecer, pasas la mitad del tiempo en su casa. Tu madre y yo pensamos que esto es muy conveniente para ti, pero te echamos terriblemente de menos. Esta noche acampas en su patio trasero, que está al otro lado de la calle y apenas unas cuantas casas más abajo. Cenar esta noche sin ti, una perspectiva melancólica.

Tobias y tú entrasteis en casa al amanecer con paso sigiloso, extendisteis los sacos de dormir en el suelo de tu habitación y dormisteis hasta la hora del almuerzo. (Habíais oído gruñidos en la espesura. T. tiene hermanos). Tu madre se había quedado dormida en el salón con un libro en el regazo. Te preparé unos emparedados de queso tostados, que tuve al fuego un poco más de lo que debía, y te conté esa historia que tanto te gusta sobre mi

pobre madre, que se quedaba dormida en la mecedora junto a los fogones mientras nuestra cena humeaba y burbujeaba como un sacrificio inaceptable, y tú te comiste los emparedados, quizá con un poco más de deleite por estar socarrado. Y te di varios de esos pastelillos de chocolate moldeados en forma de taza, con el garabato blanco de azúcar glaseado por encima, que le compro a tu madre porque le encantan pero no quiere gastarse el dinero. Me parece que anoche no pegó ojo. Yo, en cambio, me sorprendí de mí mismo: dormí profundamente y desperté de un sueño bastante inocuo, una conversación irrelevante con unas personas que no conocía. Y me alegré mucho de tenerte en casa otra vez.

Estaba pensando en el gallinero. Se hallaba al otro lado del patio, donde ahora se levanta la casa de los Mueller. A veces, Boughton y yo nos sentábamos en el tejado a contemplar los huertos y los campos de los vecinos. Solíamos llevarnos unos emparedados y cenábamos allí arriba. Yo tenía unos zancos que Edward había fabricado para él años antes. Eran tan altos que tenía que subirme a la barandilla del porche para montar en ellos. Boughton (por entonces era Bobby) consiguió que su padre le hiciera un par y, durante varios veranos, prácticamente vivíamos con los zancos puestos. Sólo podíamos ir por los caminos o por donde el terreno era firme, pero llegamos a sentirnos muy cómodos encima de ellos y nos paseábamos por todas partes como si fuera lo más natural del mundo. Podíamos sentarnos en la rama de un árbol. En ocasiones, las avispas eran un problema, o los mosquitos. Nos caímos unas cuantas veces pero, en general, estuvo muy bien. Eramos gigantes en la tierra, hombres poderosos y valientes. Nunca pensamos que el gallinero se hundiría como lo hizo. El techo estaba cubierto de cartón embetunado negro un poco rasgado y allí siempre se estaba caliente cuando el día era frío y a veces nos tendíamos sobre él para resguardarnos del viento. Nos tumbábamos allí y charlábamos. Recuerdo que Boughton ya se preocupaba por su vocación. Temía que no le llegase y que tuviera que buscar otra clase de vida, y, realmente, no se le ocurría cuál pudiera ser. Repasábamos las posibilidades que nos venían a la cabeza. No eran muchas.

Boughton tardó en dar el estirón. Luego, tras una corta infancia, fue más alto que yo durante cuarenta años. Ahora, está tan encorvado que no sabría

calcular su estatura. Él dice que los huesos de la columna se le han convertido en tabas. Dice que se ha quedado reducido a un montón de articulaciones y que ninguna de ellas funciona como es debido. Viéndolo hoy, nadie diría cómo era entonces. Siempre fue magnífico robando bases, desde la escuela elemental hasta que salió del seminario.

El otro día le recordé que una vez, mientras contemplábamos las nubes tendidas en aquel tejado, me había dicho: «¿Qué crees que harías si vieras un ángel? ¡A mí me daría tanto miedo que saldría corriendo, te lo aseguro!». El viejo Boughton se rió de aquella ocurrencia y comentó: «Bueno, de todos modos me gustaría que sucediera. —Y luego dijo—: Muy pronto lo sabré».

Siempre he sido más alto que la mayoría y más robusto. Me viene de familia. Cuando era un muchacho, todos me hacían mayor de lo que era y a menudo se esperaba más de mí —más sensatez, casi siempre— de lo que estaba a mi alcance. Adquirí mucha práctica en fingir que entendía más de lo que en realidad comprendía, una habilidad de la que me he servido toda la vida. Digo esto porque quiero que entiendas que no soy un santo, ni mucho menos. Mi vida no tiene comparación con la de mi abuelo. Disfruto de más respeto del que merezco, lo cual, en la mayoría de los casos, resulta bastante inofensivo. La gente desea respetar a su pastor y no pienso entrometerme en eso. Sin embargo, he adquirido una gran fama de erudito por recibir más textos de los que he tenido tiempo de leer y, por leer, de largo, más volúmenes que enseñanzas útiles he extraído de ellos (más allá, naturalmente, de aprender que varios caballeros muy aburridos han escrito libros). No se trata de ninguna idea nueva, pero la verdad que encierra es algo que se tiene que experimentar para comprenderlo plenamente.

Doy gracias a Dios por todos esos libros, desde luego, y por el extraño intervalo, que abarcó la mayor parte de mi vida, en que leía por soledad y en que una mala compañía era muy preferible a la falta de ella. Se puede amar un libro malo por su mala sombra, por su pomposidad o por su atrevimiento, si uno tiene ese apetito voraz por las cosas humanas que espero de todo corazón que tú nunca sufras. «El alma saciada desprecia el

panal de miel, mas para el alma hambrienta todo lo amargo es dulce». Se pueden encontrar placeres donde uno nunca los buscaría. Éste es un fragmento de sabiduría paternal, pero también es la verdad del Señor y algo que conozco por mi propia y larga experiencia.

Con bastante frecuencia, cuando alguien veía encendida la luz de mi estudio muy entrada la noche, eso sólo quería decir que me había quedado dormido en la silla. Mi fama es, en gran medida, hija de la benévola imaginación de mi grey, a la que siempre preferí no desilusionar, en parte porque la verdad poseía la clase de patetismo que despertaría su compasión en las formas menos soportables. El caso es que todos conocían mi vida, hasta el último aspecto relevante de ella, y procedían con mucho tacto. He pasado buena parte de mi existencia consolando a los afligidos, pero nunca soporté la idea de que alguien me consolara a mí, excepto el viejo Boughton, que siempre sabía abstenerse de hablar demasiado. Fue un magnífico amigo para mí en esos días, una gran ayuda. Ojalá pudieras hacerte una idea de lo excelente que era en la flor de la vida. Sus sermones eran notables, pero nunca los puso por escrito. Ni siquiera conservó las notas, así que todo se ha perdido. Recuerdo alguna frase aquí y allá. Yo pienso todos los días en echar un vistazo a mis viejos sermones para ver si encuentro un par de ellos que tal vez querría que leyeras algún día, pero hay muchísimos y me temo, para empezar, que la mayoría de ellos los juzgaría estúpidos o aburridos. Tal vez fuera mejor quemarlos, pero eso perturbaría a tu madre, que los aprecia mucho más que yo (por su ingente volumen, supongo, ya que no los ha leído). Recordarás, probablemente, que la escalera que lleva al desván es una especie de escala y que allá arriba hace un calor espantoso, cuando no un frío terrible.

Merecería la pena que me arriesgara a bajar esas grandes cajas yo mismo. Resulta humillante haber escrito tanto como san Agustín y, al final, tener que buscar una manera de deshacerse de todo ello. No hay una palabra en ninguno de estos sermones que no fuese sincera cuando la escribí. Si tuviera tiempo, podría leer mi evolución a través de cincuenta años de mi vida más íntima. Qué pensamiento tan terrible. Si no los quemo yo, lo hará otro algún día y ésa es otra humillación. Esta costumbre de escribir está

muy arraigada en mí, como bien sabrás si tienes en tus manos esta carta interminable, si no se ha perdido o se ha quemado también.

Supongo que es natural que piense en esas viejas cajas de sermones de ahí arriba. Al fin y al cabo, son un registro de mi vida, una especie de anticipación del Juicio Final, realmente; ¿cómo no voy a sentir curiosidad, pues? Yo he sido aquí un pastor de almas, de cientos y cientos de ellas a lo largo de los años, y espero que mis palabras les hablaran a ellas, no sólo a mí mismo, como me parece a veces, cuando vuelvo la mirada atrás. Todavía me despierto de noche, pensando, «¡eso es lo que debería haber dicho!» o, «¡se refería a eso!», recordando conversaciones que tuve hace años, a veces con gente que dejó este mundo hace mucho tiempo, con la que ya no cabe pensar en zanjar amistosamente las cosas. Y entonces me pregunto dónde tenía puesta la atención. Si acaso es ésta la cuestión.

Hay un sermón que no está ahí arriba, uno que quemé yo mismo la noche antes del servicio en que me proponía predicarlo. Hoy en día, apenas se habla de la gripe española, pero fue un episodio terrible y se produjo en la época de la Gran Guerra, precisamente cuando nuestro país empezaba a intervenir en ella. La gripe mató soldados a miles, hombres sanos en la flor de la juventud, y luego se extendió al resto de la población. Fue una guerra, una auténtica guerra. Un funeral tras otro, aquí mismo, en Iowa. Perdimos muchísimos jóvenes. Y salimos bastante bien librados. La gente acudía a la iglesia con mascarilla, si venía. Se sentaban lo más alejados que podían unos de otros. Se comentaba que la epidemia la habían causado los alemanes con algún arma secreta y me parece que la gente quería creérselo porque les ahorraba tener que reflexionar sobre qué otro significado podía tener aquello.

Los padres de aquellos jóvenes soldados acudían a mí y me preguntaban cómo podía el Señor permitir tal cosa. Me daban ganas de preguntarles qué tenía que hacer el Señor para explicar que Él no permitía ni dejaba de permitir nada. Sin embargo, en lugar de eso, los consolaba diciendo que nunca sabríamos qué se habían ahorrado sus jóvenes. La mayoría de aquellos padres creyeron que me refería a que se habían ahorrado las

trincheras y el gas mostaza, pero de lo que yo hablaba, realmente, era de que se habían librado del acto de matar. Fue como una plaga bíblica. Exactamente. Pensé en Senaquerib^[3].

Fue una enfermedad extraña. Lo vi en Fort Riley. Aquellos muchachos se ahogaban en su propia sangre. No podían ni hablar, porque la sangre se encharcaba en su garganta, en su boca. Morían tantos tan rápidamente que no había sitio para ponerlos y se limitaban a apilar los cuerpos en el patio. Me presenté para colaborar y lo vi con mis propios ojos. Reclutaron a todos los chicos de la facultad y la gripe barrió el lugar de tal modo que hubo que cerrarlo y los edificios se llenaron de camillas, como si fueran salas de hospital, y hubo una mortandad terrible incluso aquí, en la remota Iowa. Si estas cosas no eran señales, no se me ocurre cuáles podrían serlo. Así pues, escribí un sermón al respecto. En él decía, o intentaba decir, que aquellas muertes rescataban a unos jóvenes estúpidos de las consecuencias de su propia ignorancia y valor, que el Señor los reclamaba antes de que pudieran partir a cometer el asesinato de sus semejantes. Y añadí que sus muertes eran un signo y un aviso al resto de nosotros de que el deseo de ir a la guerra traía las consecuencias de la guerra, pues no hay océano, por grande que sea, que nos proteja del juicio del Señor cuando decidimos forjar espadas de nuestros arados y lanzas de nuestras hoces, a desprecio de la voluntad y la gracia de Dios.

Era todo un sermón, creo. Mientras lo escribía, pensé en lo complacido que se habría sentido mi padre. Sin embargo, me faltó valor para predicarlo, pues me di cuenta de que los únicos feligreses que habría en la iglesia serían unas cuantas viejas que ya estaban todo lo apenadas y temerosas que podían estar y que no eran más partidarias de la guerra de lo que podía serlo yo mismo. Y que venían a rezar aunque yo también podía resultar contagioso. Me sentí ridículo por imaginar que podía tronar desde el púlpito en aquellas circunstancias y quemé el sermón en la estufa y prediqué sobre la parábola de la oveja perdida. Ojalá lo hubiera conservado, pues estaba convencido de lo que en él decía, hasta la última palabra. Quizá fuera el único sermón del que no me habría importado responder en la otra vida. Y lo quemé. Pero Mirabelle Mercer no era Poncio Pilatos, ni era tampoco el presidente Woodrow Wilson.

Ahora pienso en lo valiente que me habrías considerado si lo hubieras encontrado entre mis papeles y lo hubieras leído. Resulta difícil entender otra época. Nunca habrías imaginado aquel santuario casi vacío, apenas unas cuantas mujeres con tupidos velos para intentar esconder las mascarillas que llevaban, y dos o tres hombres. Yo prediqué con un pañuelo delante de la boca durante más de un año. Todo el mundo olía a cebolla, porque corrió la voz de que ésta mataba los gérmenes de la gripe. La gente se frotaba la piel con hojas de tabaco.

En esos días había barriles en las esquinas de las calles para que donáramos huesos de melocotón a la campaña bélica. El ejército los convertía en carbón, decían, para los filtros de las máscaras de gas. Se necesitaban cientos de huesos para hacer un solo filtro, de modo que todos comíamos melocotones en aras del patriotismo, lo cual les daba, realmente, un sabor algo diferente. Las revistas venían llenas de imágenes de soldados con máscara de gas, que parecían aún más extraños que nosotros. Fue una época fuera de lo común.

La mayoría de los jóvenes parecía considerar que la guerra era algo valeroso y tal vez se hayan producido, desde que escribí esto, nuevas contiendas que a ti te hayan parecido valientes. De que habrá habido guerras no tengo ninguna duda. Creo que aquella plaga fue una gran señal para nosotros y que nos negamos a verlo y a entender su significado, y desde entonces hemos tenido guerra continuamente.

No estoy completamente seguro de creerlo. Boughton diría: «Eso son palabras de púlpito». Bien cierto, pero no sé lo que eso significa.

Mi propia época oscura, como llamo al período de mi soledad, duró, como ya he dicho, casi toda mi vida y no puedo hacer ningún relato real de mí mismo sin referirme a ella. El tiempo pasaba de una forma muy extraña, como si cada invierno fuese siempre el mismo invierno y cada primavera, la misma primavera. Y luego estaba el béisbol. Escuché la retransmisión de miles de partidos de béisbol, creo. A veces, lograba seguir media jugada y

entonces llegaban las interferencias, y luego se oía una multitud que rugía, un pequeño ruido plano, casi una interferencia en sí mismo, como el sonido hueco del interior de una caracola. Me gustaba imaginarlo, como si resolviera en mi cabeza un complicado acertijo, un movimiento planetario. Si la pelota va hacia la izquierda del campo y están ocupadas la primera y la tercera bases, entonces... Mentalmente, colocaba a los corredores, al receptor y al parador en corto. Me encantaba hacerlo, no sé explicar por qué.

Y pensaba en otras conversaciones que había mantenido de una forma muy similar, realmente. Una gran parte de mi trabajo la ha constituido escuchar a la gente en esa intimidad intensa y particular de la confesión o, al menos, del desahogo, y me ha resultado muy interesante. No es que considere esas conversaciones una suerte de competición, no quiero decir eso. Es más bien como si pudieras presenciar un partido de una forma más abstracta, fijándote en dónde está la fuerza, en cuál es la estrategia. Como si no tuvieras más interés que ver lo bien que compiten los dos equipos, cuánto se exigen el uno al otro, cómo se manifiesta en el campo el auténtico asunto en juego: la vida. Al decir «vida» me refiero a algo así como «energía» (como utilizan la palabra los científicos) o «vitalidad», y también a algo muy distinto. Cuando la gente viene a hablarme, de lo que sea, me impresiona una especie de incandescencia que hay en ella, ese «yo» cuyo verbo puede ser «quiero» o «temo» y cuyo predicado puede ser «alguien» o «nada» y en realidad no importa, pues el encanto está precisamente en esa presencia, moldeada alrededor del «yo» como la llama en torno a la mecha, que surge en forma de pesadumbre y culpa y gozo y lo que sea, pero rápida, ávida e ingeniosa. Ver este aspecto de la vida es un privilegio del ministerio que rara vez se menciona.

Un buen sermón es un aspecto de una conversación apasionada. Hay que escucharlo de ese modo. Intervienen en él tres partes, desde luego, pero también lo hacen incluso en el pensamiento más íntimo: el yo que produce el pensamiento, el yo que lo capta y en cierto modo responde a él, y el Señor. Esto es algo extraordinario sobre lo que reflexionar.

Intento describir lo que nunca hasta ahora he intentado convertir en palabras. El esfuerzo me ha dejado un tanto fatigado.

Fue un día, mientras escuchaba un partido de béisbol, cuando se me ocurrió pensar en cómo se mueve realmente la Luna, en espiral, porque órbita alrededor de la Tierra y también sigue la órbita de ésta alrededor del Sol. Esto es obvio, pero comprenderlo me complació. Al otro lado de mi ventana había luna llena, de un blanco gélido en el cielo azul, y los Cubs jugaban contra Cincinnati.

Esa mención del sonido de la caracola me recuerda un par de versos de un poema que escribí en cierta ocasión:

*Abre la espiral de la caracola y encuentra el texto
que se esconde tras el susurro sacerdotal.*

No había en todo el poema nada más digno de recordar. Uno de los chicos Boughton viajó al Mediterráneo no sé por qué motivo y mandó esa gran concha que siempre he tenido en el escritorio. La palabra «susurro» me gusta desde hace mucho tiempo y nunca he encontrado otro uso para ella. Por lo demás, ¿qué más conocía yo en esos días, que no fueran textos, sacerdocio e interferencias? ¿Y qué más me gustaba? Había un libro que mucha gente leyó a la sazón, Diario de un cura rural. Era de un escritor francés, Bernanos. Yo sentí mucha compasión por el individuo, pero Boughton decía, «era la bebida». Decía: «El Señor simplemente necesitaba a alguien más adecuado para ocupar ese puesto». Recuerdo que estuve leyendo ese libro toda la noche junto a la radio, hasta que todas las emisoras terminaron la programación, y que aún leía cuando llegó el alba.

Una vez, mi abuelo me llevó a Des Moines en el tren a ver a Bud Fowler, que jugaba en el equipo de Keokuk durante un par de temporadas. El viejo me traspasó con aquel ojo suyo y me dijo que no había hombre en la faz de la tierra que corriera más rápido o lanzara más lejos que Bud Fowler. Yo estaba muy emocionado. Sin embargo, en aquel partido no ocurrió nada, o eso pensé entonces. No hubo carreras, no hubo batazos buenos, no hubo

errores. Durante la quinta entrada, una tormenta que había estado suspendida sobre el horizonte toda la tarde se aproximó amenazadoramente y puso punto final a todo ello. Recuerdo el gruñido que se alzó de la muchedumbre cuando empezó a llover con intensidad. Yo sólo tenía diez años y me sentí aliviado, pero para mi abuelo fue una gran frustración. Otro terrible fracaso para el viejo, pobre diablo. Esto lo digo con todo el respeto. Hasta mi padre lo llamaba de ese modo, incluso mi madre. Había perdido ese ojo en la guerra y su aspecto general era un tanto asilvestrado, pero era un buen predicador en el estilo de su generación, eso decía mi padre.

Aquel día trajo una pequeña bolsa de regaliz, lo cual me sorprendió de veras. Cuando el abuelo metió los dedos en ella, el contenido se removió con el temblor de su mano y el sonido fue como el crepitar del fuego. Me fijé en ello al momento y me pareció natural. También di más o menos por hecho que los truenos y los relámpagos de aquel día eran la Creación, que lo saludaba llevándose la mano al sombrero como si dijera, me alegro de verlo en las gradas, reverendo. O quizá decía, caramba, reverendo, ¿qué demonios está haciendo usted en un acontecimiento deportivo? Mi madre dijo en una ocasión que el abuelo atraía amistades «terribles», utilizando el calificativo de terribles en el sentido antiguo, claro, y con todo el respeto. De joven, había sido amigo de John Brown, y también de Jim Lane^[4]. Me gustaría poder contarte más sobre eso. En nuestro hogar familiar había una especie de tregua que disuadía de hablar de los viejos tiempos en Kansas y de la guerra. Fue no mucho después del viaje a Des Moines cuando lo perdimos, o se perdió él mismo. En cualquier caso, al cabo de unas semanas, levantó el vuelo hacia Kansas.

He leído en alguna parte que de una cosa que no existe en relación con otras no puede decirse que exista ella misma. Apenas comprendo el significado de una afirmación tan puramente hipotética como ésta, aunque tal vez me falte capacidad, simplemente. No obstante, me recuerda a aquella tarde en la que ninguna pelota voló sobre el campo, en la que nadie ganó una base deslizándose por el suelo ni se anotaron carreras, en la que no hubo ni pizca de baile, por así decirlo. Me parece que la tormenta tenía que poner fin a aquello, como si se tratara de un fuego que hubiera que apagar, de la erupción en este mundo de una alarmante suerte de nulidad.

«Hubo silencio en el cielo durante una media hora». En cierto modo así me lo parece cuando lo recuerdo, aunque duró mucho más de media hora. Nulo. Esta palabra tiene auténtico poder. Mi abuelo no tenía en qué emplear su coraje, ni forma de sentirlo en sí mismo. Era una verdadera lástima.

Mientras escribo, me doy cuenta de que la memoria ha convertido en mucho lo que era muy poco. Era ese viejo, mi abuelo, sentado a mi lado con su chaqueta color ceniza, temblando porque temblaba siempre y compartiendo las delicias frugales de su regaliz, quizá mientras Kansas pasaba, aquella misma tarde, de ser un recuerdo a convertirse en un propósito firme. (Fue a Kansas donde regresó, no a la población donde estaba su iglesia. Por eso nos costó tanto tiempo encontrarlo). Bud Fowler ocupaba la segunda base con el guante en la cintura y observaba al receptor. Sé que le gustaba jugar sin guantes, pero eso es lo que recuerdo, y es lo único que siempre he recordado de él, por lo que es absurdo tratar de corregir a la memoria. Seguí su carrera por los periódicos durante años, hasta que se puso en marcha la Liga de Negros, y luego le fui perdiendo la pista.

En el instituto y en la universidad fui un lanzador decente y en el seminario había un par de equipos. Algún sábado salíamos a lanzar unas pelotas. El diamante se había borrado entre la hierba, por lo que nadie sabía dónde estaban las líneas de las bases. Nos lo pasábamos bien. En aquellos tiempos, había jóvenes extraordinarios preparándose para ministros. Estoy seguro de que ahora también.

Mientras mi padre y yo caminábamos por la carretera en calma bajo el claro de luna, alejándonos del cementerio donde habíamos encontrado al viejo, mi padre dijo: «En Kansas, todo el mundo ha visto lo mismo que nosotros». En aquel momento (recuerda que yo tenía doce años) creí que se refería a que todo el estado había sido testigo de nuestro milagro. Pensé que todo aquel estado podía dar fe de la bendición que les había llevado mi padre al rezar allí en la tumba de su padre, o de la gloria que, en cierto modo, había emanado del reposo agostado de mi abuelo. Más tarde advertí que mi padre debía de referirse a que el sol y la luna se habían alineado de aquella

manera sin referencia especial a nosotros. Él nunca animaba las charlas sobre visiones o milagros, excepto los de la Biblia.

No puedo decirte, sin embargo, cómo me sentía, caminando a su lado esa noche por aquella carretera llena de rodadas, por aquel mundo vacío... Qué dulce fuerza sentí, en él, en mí y en nuestro entorno. Me alegro de no haberlo entendido, porque rara vez he sentido un gozo y una seguridad como aquéllos. Era como uno de esos sueños en los que te invade un sentimiento disparatado que quizá nunca experimentes en la vida, no importa lo que sea, culpa o pavor incluso, y aprendes de él que eres un instrumento asombroso, por así decirlo, que tienes un poder extraordinario para experimentar más allá de todo lo que en realidad puedas necesitar. ¿Quién habría pensado que la luna pudiese deslumbrar y llamear de aquella manera? Pese a lo que dijo, vi que mi padre estaba un poco emocionado. Tuvo que detenerse y enjugarse las lágrimas.

Mi abuelo me habló una vez de una visión que tuvo cuando aún vivía en Maine y todavía no había cumplido los dieciséis años. Se había quedado dormido junto al fuego, fatigado después de una jornada de trabajo ayudando a su padre a arrancar tocones. Alguien lo tocó en el hombro y, cuando alzó la vista, allí estaba el Señor, con los brazos extendidos hacia él, atados con cadenas. Mi abuelo dijo: «Esos hierros Le habían roído la carne hasta los huesos». Me lo contó como la cosa más triste y me miró con aquel único ojo seráfico que tenía, viva en él su vieja aflicción de siempre. Dijo que entonces supo que tenía que ir a Kansas y ser útil a la causa de la abolición. Ser útiles era lo mejor que esperaban los viejos para sí, y no tener propósito era su peor miedo. Siento mucho respeto por esa opinión. Cuando le hablé a mi padre de la visión que el abuelo me había descrito, se limitó a asentir y dijo: «Cosas de la época». Mi padre no afirmó nunca haber tenido experiencias de ese tipo y creo que quería darme seguridad y que no temiera que el Señor viniese a mí con Sus pesares. Y aquella seguridad me reconfortó. Esto es algo extraordinario sobre lo que reflexionar.

A mí, el abuelo se me antojaba afligido y desolado y en realidad lo estaba, como un hombre eternamente alcanzado por un rayo, de modo que

su ropa tenía un aire ceniciento y nunca se le alisaba el pelo y su ojo transmitía una expresión de trágica alarma cuando no estaba profundamente dormido. Era la persona más inquieta que he conocido nunca, a excepción quizá de alguno de sus amigos. Todos ellos eran capaces de sentarse en cuclillas a edad avanzada y lo hacían por gusto, como si albergaran alguna inquina hacia los muebles. No había en ellos un ápice de carne. Eran como los profetas hebreos en una suerte de retiro aceptado de mala gana, o como la iglesia primitiva, esperando aún a juzgar a los ángeles. Uno de los viejos mostraba unas marcas de quemadura en la mano de bendecir y bautizar porque había agarrado la pistola de un joven miliciano jayhawker por el cañón. «Pensé, ese crío no quiere dispararme —decía—. Le faltaban cinco años para que le creciera el bigote. Tendría que haber estado en casa con su mamá. Así que le dije “dame esa cosa”, y él me la dio, esbozando una sonrisa mientras lo hacía. Yo no podía soltar la pistola (pensé que ahí debía de estar la gracia), y tampoco cambiármela de mano porque llevaba aquel brazo en cabestrillo. Así que me marché con ella».

Habían estudiado en Lane y en Oberlin^[5] y sabían hebreo y griego y conocían a Locke y a Milton. Alguno de ellos estableció incluso una pequeña y agradable universidad en Tabor. Duró algún tiempo. Los alumnos que se graduaron en ella, sobre todo las mujeres, viajaban al otro confín del planeta como maestros y misioneros y regresaban al cabo de unas décadas para hablarnos de Corea y Turquía. Sin embargo, eran viejos incorregibles, todos ellos. Era la cosa más natural del mundo que la tumba de mi abuelo pareciera un lugar donde alguien hubiese intentado apagar un fuego.

En este preciso momento estaba escuchando una canción en la radio, ahí de pie, moviéndome un poco al ritmo de la melodía, supongo, porque tu madre me ha visto desde el vestíbulo y ha dicho: «Podría enseñarte a hacer eso». Ha venido, me ha abrazado, ha apoyado la cabeza en mi hombro y, al cabo de unos momentos, con la voz más dulce que puedas imaginar, ha dicho: «¿Por qué tienes que ser tan viejo, maldita sea?».

Yo me hago la misma pregunta.

Hace unos días, tu madre y tú llegasteis a casa con flores y supe de dónde veníais. Por supuesto, ella te lleva ahí para que te acostumbres un poco al lugar. Y además, he oído que lo ha dejado muy bonito. Es una mujer muy previsora. Tú traías madreselvas y me enseñaste a chupar el néctar de cada una. Cortaste la puntita de una flor con los dientes y me la diste y yo fingí que no sabía qué hacer con ella y me metí la flor entera en la boca y fingí que la masticaba y la tragaba, o aparenté que la tomaba por un pequeño silbato e intentaba soplar por ella, y tú te reías y reías, y decías, ¡no, no, nooo! Y entonces simulé que me había entrado una abeja en la boca y tú dijiste: «¡No, no es verdad, no hay ninguna abeja!», y te cogí por los hombros y te soplé al oído y diste un respingo como si pensaras que sí, que la abeja estaba, después de todo, y al principio te reíste, pero luego te pusiste serio y dijiste: «Tú haz lo que te diga», y apoyaste la mano en mi mejilla y me acercaste la flor a los labios con mucho cuidado, despacio, y dijiste: «Ahora, chupa». Dijiste: «Tienes que tomar tu medicina». Lo hice y me supo exactamente igual que cuando tenía tu edad y las madreselvas crecían en cada valla y en cada barandilla de porche.

Me asombró el efecto que producía la luz aquella tarde. He prestado mucha atención a la luz, pero nadie podría hacerle justicia, ni remotamente. Era la sensación de que aquella luz pesaba, que lo aplastaba todo hasta exprimir la humedad de la hierba y eliminar el olor a savia rancia y agria de los tablones del piso del porche e incluso cargaba un poco los árboles, como haría una nevada tardía. Era la clase de luz que se posa en tus hombros como un gato lo hace en tu regazo. Muy familiar. La vieja *Soapy* estaba tendida al sol, pegada a la acera. ¿Te acuerdas de *Soapy*? En realidad, no sé por qué deberías recordarla. Es un animal muy mediocre. Le haré una foto.

Allí estuvimos, pues, chupando madreselvas hasta la hora de la cena, y tu madre apareció con la cámara, así que tal vez tengas alguna foto. El carrito se acabó antes de que yo pudiera sacarle una a ella. Es típico. A veces, si intento fotografiarla, esconde la cara entre las manos o,

simplemente, sale de la habitación. No se cree bonita. Yo no entiendo de dónde saca esos juicios sobre sí misma y no creo que lo averigüe nunca. A veces me pregunto por qué una mujer bella y vital como ella se casó con un viejo como yo. A mí nunca se me habría ocurrido proponerle matrimonio. No me habría atrevido. Fue idea suya. Me lo recuerdo a menudo. Y ella también me lo recuerda.

Nunca creí que vería a una esposa mía idolatrando a un hijo mío. Todavía me asombra cada vez que lo pienso. Escribo esto, en parte, para decirte que si alguna vez te preguntas qué has hecho en tu vida, y todo el mundo se lo pregunta en un momento u otro, sepas que has sido para mí la gracia de Dios, un milagro, algo más que un milagro. Tal vez no me recuerdes muy bien y quizá no te parezca gran cosa haber sido el hijo querido de un viejo en un pueblecito de mala muerte que, sin duda, habrás dejado atrás. Ojalá tuviera palabras para expresarme.

Al sol, los cabellos de un niño tienen una luz trémula. Hay en ellos los colores del arco iris, rayos suaves y delicados de los mismos colores que se ven a veces en el rocío. Están en los pétalos de las flores y están en la piel de un niño. Tú tienes el cabello liso y oscuro y la piel muy clara. Supongo que no eres más guapo que la mayoría; sólo eres un niño bien parecido, un poco delgado, aseado y de buenos modales. Todo eso está bien, pero la razón por la que te quiero es por tu existencia, sobre todo. La existencia me parece ahora lo más extraordinario que haya imaginado nunca. Estoy a punto de escenificar la perdurabilidad. En un instante, en un centelleo de la mirada.

Un centelleo de la mirada. Qué expresión más maravillosa. De vez en cuando, he pensado que era lo mejor de la vida, esa pequeña incandescencia que ves en los ojos de la gente cuando descubre el encanto de algo, o su humor. «La luz de los ojos alegra el corazón». Es indiscutible.

Mientras lees esto, soy indestructible; estoy más vivo, en cierto modo, de lo que he estado jamás, en pleno vigor de mi juventud y junto a mis seres

queridos. Tú lees los sueños de un viejo agitado y confuso y yo vivo en una luz mejor que cualquier sueño mío, aunque no te espero, pues deseo que tu querido yo percedero viva mucho tiempo y que ame este pobre mundo percedero que, de algún modo, no puedo imaginar que no echaré de menos amargamente, aunque sí anhelo ver qué significará recuperar una esposa y una hija, me refiero a Louisa y Rebecca. Me lo he preguntado durante muchos años. Ahora esta vieja semilla está a punto de caer al suelo. Entonces lo sabré.

Tengo unas cuantas fotos de Louisa, pero se me antoja que el parecido no es mucho. Teniendo en cuenta que no la he visto desde hace cincuenta y un años, supongo que no puedo juzgarlo, en realidad. Cuando tenía nueve o diez años, Louisa saltaba a la comba como una furia y, si intentabas distraerla, se volvía de espaldas sin dejar de saltar y sin perder el paso jamás. Las trenzas rebotaban y le golpeaban la espalda. A veces, yo intentaba agarrarle una y entonces ella escapaba calle abajo, sin dejar de saltar. Intentaba llegar a mil, o a un millón, y nada podía distraerla. En el libro de salud doméstica de mi madre decía que no debía permitirse que una chica joven sometiera sus fuerzas a tales exigencias pero, cuando le enseñé a Louisa la página donde venían impresas tales palabras, se limitó a decirme que me ocupara de mis asuntos. Siempre andaba correteando por ahí descalza, con las trenzas volando y el gorrito ladeado. No sé cuándo las niñas dejaron de llevar gorritos para el sol, ni por qué empezaron a llevarlos. Si era para evitar que salieran pecas, puedo asegurarte que no servían.

Siempre he envidiado a los hombres que tenían la virtud de ver a sus esposas llegar a ancianas. Boughton perdió a su esposa hace cinco años, y se casó antes que yo. Su hijo mayor tiene el pelo blanco como la nieve. La mayoría de sus nietos ya se han casado. En cuanto a mí, sigue siendo verdad que no viviré para ver crecer a un hijo mío y que no veré envejecer a una esposa mía. He sido pastor de mucha gente a lo largo de su vida, he

bautizado niños a centenares y siempre he sentido como si una gran parte de la vida me estuviera vedada. Tu madre dice que yo era como Abraham. Sin embargo, yo no tuve una esposa anciana, ni promesa de descendencia. Yo, sencillamente, iba subsistiendo a base de libros, béisbol y emparedados de huevo frito.

Tú y la gata habéis venido a mi estudio. Tengo a *Soapy* en el regazo y tú estás tumbado en el suelo boca abajo en un cuadrado bañado por el sol, dibujando aviones. Hace media hora, eras tú quien estaba en mi regazo y *Soapy* tendida en el cuadrado de sol. Y mientras te tenía en mi regazo dibujaste un Messerschmitt 109 (eso me dijiste). Es el que está en la esquina de la página. Conoces todos los nombres de aviones por un libro que, hace más o menos un mes, León Finch debió de darte (a espaldas mías, sin duda, pues él no podía en modo alguno suponer que yo lo aprobaría). Todos tus dibujos se parecen bastante a ese de la esquina, pero tú les dabas distintos nombres: Spad y Fokker y Zero. Siempre intentabas que te leyera la letra pequeña acerca de cuántos cañones tenían y cuántas bombas llevaban. De haber estado allí mi padre, de haber sido yo mi padre, habría encontrado la manera de hacerte ver lo noble y viril que sería devolverle el libro al viejo Finch. En realidad, eso debería hacer yo. Pero él tiene buena intención. Quizá lo esconda en la despensa. ¿Cuándo descubriste lo de la despensa? Allí es donde siempre ponemos lo que no queremos que revuelvas. Ahora que lo pienso, la mitad de las cosas que guardábamos en esa despensa estaba allí para que uno u otro de nosotros no anduviera revolviendo en ellas.

Podría haberme casado otra vez cuando era joven. A los feligreses les gusta que su pastor esté casado y me presentaron a todas las sobrinas y cuñadas en cien kilómetros a la redonda. Al recordarlo, doy gracias por el desinterés que sentí por todas ellas, que me mantuvo solo hasta que llegó tu madre. Ahora que lo revivo, me parece que en toda aquella profunda oscuridad se estaba gestando un milagro. Así pues, tengo razón cuando evoco ese tiempo

como una época bendita y a mí en una espera confiada, aunque no supiera qué esperaba.

Luego, cuando llegó tu madre, cuando aún apenas la conocía, ella me lanzó esa mirada suya —nada de centelleos en aquellos ojos— y dijo, muy suavemente y muy en serio: «Deberías casarte conmigo». Fue la primera vez en la vida que supe qué era amar a un ser humano. No se trataba de que no hubiera amado antes a otros, pero no me había dado cuenta de lo que significaba amarlos. Ni siquiera a mis padres. Ni siquiera a Louisa. Fue tal mi sorpresa cuando me lo dijo que, durante un minuto, no encontré palabras para responder. Así pues, ella se alejó y tuve que seguirla por la calle. Todavía no tenía valor para tocarle la manga, pero dije: «Tienes razón, lo haré». Y ella dijo: «Entonces, nos veremos mañana», y continuó caminando. Fue lo más emocionante que me había sucedido en la vida. Te desearía que tuvieras en la tuya un momento como ése, aunque, cuando pienso en todo lo que tanto tu querida madre como yo pasamos antes, no estoy seguro de que deba.

Aquí estoy, tratando de ser sensato como debería serlo un padre y como, ciertamente, debería serlo un pastor. No sé qué decir, salvo que el peor infortunio no es sólo infortunio; e incluso mientras escribo estas palabras tengo presente a esa pequeña, Rebecca, su manera de mirar cuando la sostenía en mis brazos, que aún me parece recordar porque he vuelto a pensar en ella cada vez que he bautizado a un niño. La sensación de la frente de un bebé en la palma de la mano..., cuánto he amado esta vida. Como ya te he contado, Boughton la había bautizado, pero posé la mano sobre ella para bendecirla y percibí su pulso, su calor y la humedad de su pelo. Dice el Señor: «Los ángeles, en el Cielo, contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial» (*Mateo 18,10*). Por eso Boughton le puso por nombre Angelina. Mucha, muchísima gente ha encontrado consuelo en ese versículo.

Últimamente, he estado pensando mucho en la existencia. De hecho, he estado tan lleno de admiración por ella que apenas he podido disfrutarla como es debido. Cuando me dirigía a la iglesia esta mañana, he pasado

junto a esa hilera de grandes robles de las inmediaciones del memorial de guerra —tal vez los recuerdes— y he pensado en otra mañana de otoño, hace un par de años, en que las bellotas caían de ellos casi como una granizada. Las hojas se agitaban en todas direcciones y las bellotas caían a la calzada con tal fuerza, que rebotaban hasta más arriba de mi cabeza. Todo esto a oscuras, por supuesto. Recuerdo una raja de luna, no más. Era una noche, o una mañana, muy clara, muy serena, y sin embargo se desataba una gran energía en las cosas que sucedían entre esos árboles, como una tormenta, como los dolores de un parto. Me detuve allí, un poco fuera del alcance de los proyectiles, y pensé: todo esto sigue siendo nuevo para mí. He pasado toda la vida en la pradera y una hilera de robles aún es capaz de asombrarme.

A veces me siento como si fuera un niño que abre los ojos al mundo, ve cosas asombrosas cuyos nombres nunca conocerá y luego tiene que volver a cerrarlos. Sé que todo esto son meras apariencias en comparación con lo que nos aguarda, pero eso sólo las hace más encantadoras. Tienen una belleza humana. Y no puedo creer que, cuando todos hayamos sido transformados y dotados de incorruptibilidad, lleguemos a olvidar esta fantástica condición nuestra de mortalidad e impermanencia, el gran sueño luminoso de procrear y perecer que para nosotros lo significaba todo. En la eternidad, este mundo será Troya, creo, y todo lo que ha sucedido aquí será la épica del universo, la balada que se cante por las calles. Porque no imagino ninguna realidad que deje ésta en las sombras por completo, y creo que la piedad me prohíbe intentarlo.

Lacey Thrush murió anoche. Menudo nombre, ¿no? Su madre era una Lacey. Pertenecía a una antigua familia de aquí, pero ella era la última de los Lacey, y los Thrush se habían marchado a California. Era una solterona. Murió rápida y decorosamente, por consideración a mí, sospecho, porque estaba preocupada por mi salud. Estuvo consciente media hora, inconsciente otra media, y se fue. Rezamos el Padrenuestro, leímos el Salmo XXIII y luego quiso oír Cuando vea la prodigiosa Cruz por última vez, así que la canté y ella tarareó un poco por lo bajo y luego empezó a

adormilarse. Me siento lleno de admiración por ella. Me ha dado mucho para estar a la altura de lo que de mí se esperaba, por así decirlo. En cualquier caso, no me tuvo despierto más allá de mi hora habitual de acostarme y la paz de su sueño contribuyó en gran medida a la del mío. Esos viejos santos nos bendicen a la menor ocasión que se presenta.

Hay una historia que mi abuelo y sus amigos contaban y con la que se reían. No puedo dar fe de ella por completo ya que, hablando entre ellos como lo hacían, dudo de que pensarán que adornar una historia fuese lo mismo, exactamente, que alejarse de la verdad.

En cualquier caso, en algún pequeño y olvidado asentamiento abolicionista de la zona, tan pronto como se instaló una tienda de suministros generales a un lado de la carretera y unas caballerizas en el otro, los vecinos empezaron a construir un túnel entre las dos. Excavar túneles era a la sazón una actividad muy popular y gran parte del ingenio se dedicaba a crear escondites y rutas de escape. El mantillo de Iowa es tan profundo que era posible hacer más túneles y más largos aquí que en otras regiones menos favorecidas, como Nueva Inglaterra. En esta parte del estado, el suelo es también muy arenoso, claro.

El caso es que aquellas gentes eran sensatas y cargadas de buenas intenciones, pero se abstrajeron tanto en la construcción de ese túnel que perdieron de vista ciertas consideraciones prácticas. Pusieron tanto entusiasmo en ello que se convirtió en una especie de monumento civil subterráneo. Uno de los viejos dijo que lo único que faltaba era un candelabro. En pocas palabras, lo hicieron demasiado ancho y demasiado superficial y no pudieron ponerle soportes porque, en aquellos tiempos, la madera escaseaba en la pradera y la que habían necesitado para la construcción de las casas la habían traído en carromato desde Minnesota. Incluso la gente previsora comete de vez en cuando un error de cálculo.

Cuando estaban terminando de excavar, llegó a la población un forastero montado en un gran caballo negro. Fue a detenerse precisamente en el lugar más inoportuno para preguntar el nombre del pueblo y la carretera se hundió debajo de él y del caballo, y los dos fueron a parar al

túnel. Cuando el polvo se posó, el caballo estaba metido casi hasta la cruz en el socavón. El jinete desmontó y empezó a dar vueltas alrededor del animal con una especie de asombro, sin sacar ninguna conclusión en absoluto, por más que lo intentaba. Y cuando los vecinos salieron a contemplar su calamidad y advertir su desconcierto, decidieron que lo mejor era mostrarse a su vez desconcertados, por lo que se limitaron a plantarse allí, con los brazos cruzados, diciendo: «¡Si esto no es peligrosísimo...!», o algo por el estilo, y discutiendo entre ellos los riesgos que conllevaba poseer un caballo tan grande. El pobre animal empezó a debatirse, claro, por lo que alguien fue a buscar un cubo de avena y le echó dos botellas de *whisky* dentro y el caballo comió y muy pronto se durmió. Entonces, el forastero cayó en el abatimiento porque el caballo no sólo estaba dentro del socavón, sino que además había quedado inconsciente. Esto último no habría parecido colmar sus aflicciones como lo hizo, si él no hubiese sido abstemio. En cualquier caso, el caballo que roncaba con la cabeza tendida en la carretera era un espectáculo desalentador para el que se esforzaba en encontrar palabras.

Los asentamientos de ese tipo eran obra de gentes con unos elevados principios religiosos y no debía causarles ningún placer ver a aquel inofensivo forastero tirarse de la barba y arrojar su sombrero al suelo. Bueno, un poco de placer sí que sintieron, desde luego. Sin embargo, sí consideraron conveniente alejar al individuo de la población para poder ocuparse del caballo, ya que cualquier miliciano bushwhacker^[6] procedente de Missouri, o cualquier cazador de esclavos que pasara por allí, probablemente interpretaría el espectáculo a la luz de sus propias inquinas y sospechas.

Así pues, uno de ellos se ofreció a darle su caballo a cambio del que estaba en el hoyo. Pensarás que este trato tenía que parecerle provechoso, pero lo que hizo el individuo fue sentarse en el porche de la tienda de suministros generales a reflexionar durante un buen rato. El caballo que le brindaban era una yegua, más pequeña, lo cual era una ventaja, admitió el forastero. Intentó mirarle la dentadura, pero el animal le dio un mordisco y el hombre maldijo la suerte que lo había llevado a aquel lugar y pidió que le prestaran una pala para poder sacar a su caballo. A esto, el predicador le

respondió que habían perdido todas las palas en un terrible incendio. «Tenemos las hojas, claro, y si desea utilizarlas, adelante —dijo—. Lo único que falta son los mangos». Mentía, por supuesto, pero lo hizo obligado por la urgencia de la situación.

Finalmente, el forastero se avino a aceptar la yegua y su silla y las bridas y diversas cosas más, cordel y betún, cuyo propósito era que recuperase en algo su fe en la justicia cósmica y que él aceptó de un modo muy razonable como pobre compensación por las molestias ocasionadas.

Una vez se libraron de él, los habitantes del asentamiento empezaron a cavilar en el problema del caballo. Unos hombres accedieron al túnel por cada extremo para ver cómo tenía las patas, pues si se había roto alguna deberían matarlo. Después, podrían descuartizarlo como les conviniese, hundirlo bajo tierra y llenar el socavón para esconderlo. Pero tenía las patas indemnes.

Si cavaban alrededor del animal, lo único que harían sería abrir más el túnel, pero decidieron que no había otra solución sino excavar una galería lo suficientemente grande que les permitiera sacar el caballo del socavón y éste saliera por su propio pie. Y mientras tanto, allí estaba, recuperando la sobriedad, relinchando y moviendo la cola, así que decidieron levantar de sus cimientos un cobertizo y ponerlo encima del animal en medio de la carretera. Como era un cobertizo pequeño, tuvieron que colocarlo sobre la bestia en diagonal, de modo que el caballo constituía la hipotenusa de dos triángulos rectángulos.

Todo esto parece un disparate, pero lo cierto es que un error de cálculo puede crear rápidamente una situación en la que sólo caben decisiones estúpidas. Alguien advirtió que la cola del caballo estaba extendida encima de la carretera, de ahí que tuvieran que introducir a un niño por la ventana del cobertizo para recogerla.

Y resultó que por aquel entonces había en el asentamiento un joven negro, el primer fugitivo que había llegado hasta allí. Su presencia hacía que la gente se mostrara seria y concentrada, amén de incrementar el desconcierto respecto al asunto del caballo. El joven, que se alojaba en la tienda de suministros generales a menos que hubiese algún motivo de alarma, lo había visto y oído todo. Y era bastante evidente que tenía muchas

ganas de reírse. Se revolvía y se consumía del esfuerzo de contenerse. Evitaba las miradas y se mordía el labio, dejándose casi en carne viva. Y cuando ya habían llevado el cobertizo hasta la carretera, mientras lo colocaban de través para cubrir el caballo, se oyó un doloroso, duro e indeseado estallido en carcajadas.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que el individuo tal vez sentía cierta alarma justificada en relación a la cordura de la gente del pueblo. Y de hecho, fue aquella misma noche cuando puso pies en polvorosa, por así decirlo, y se dirigió solo hacia el norte. Sin duda, debía de haber llegado a la conclusión de que habían ocurrido tantas cosas que hacían sospechar de la comunidad, que mejor consideró alejarse de ella.

Cuando advirtieron lo ocurrido, un par de hombres cabalgó tras él en dos mediocres caballerías que no habían entrado en el cambio por el caballo del socavón (querían asegurarse de que el forastero se alejaba lo suficiente para no molestarse en volver atrás, por eso le habían dado la mejor montura). En cualquier caso, esperaban alcanzar al fugitivo para darle comida y ropa y dirigirlo hacia el siguiente asentamiento abolicionista, pero el hombre los esquivó durante dos días. Finalmente, cuando se detuvieron para pasar la noche y se tumbaron a dormir, el hombre salió de la oscuridad y dijo: «Os lo agradezco muchísimo, pero creo que es mejor que haga esto solo». Le tendieron el hatillo que llevaban para él y, antes de desaparecer de nuevo en la oscuridad, añadió: «Supongo que ya habréis sacado ese caballo del agujero, ¿verdad?», y se rió un poco y eso fue lo último que supieron de él.

Cavaron una trinchera inclinada por la que el caballo pudiera salir, y aquello funcionó bastante bien, pero entonces tuvieron que afrontar el hecho de que librarse de un túnel no es tarea fácil. Mientras lo excavaban, se habían tomado la molestia de esparcir la tierra extraída de la manera más amplia posible para disimular su existencia y, naturalmente, no había forma de invertir el proceso. Y si bien habían cavado el túnel en secreto y en los ratos libres, ahora se veían obligados a deshacerlo en presencia de todo el mundo y con prisas. Los bordes del socavón seguían desmoronándose, cayendo y dejando a la vista una parte de él mayor cada día. (Como medida de prudencia, habían quitado el cobertizo, dado que un cobertizo en un

agujero en medio de la carretera no sería más fácil de explicar que un caballo). La solución más rápida habría sido hundir todo el túnel y llenarlo desde arriba, pero entonces, el camino que discurría entre la tienda y los establos quedaría visible de inmediato y para siempre. Así que decidieron allanar una colina y empezaron a llevar tierra en carretillas hasta el túnel noche y día, después de situar un vigía en el tejado de la tienda de suministros para que alertara de la llegada de forasteros. Si les preguntaban, dirían que estaban construyendo terrazas en el terreno, como en las ilustraciones de un libro que tenía el predicador sobre las costumbres del Oriente. Supongo que, dadas las circunstancias, era lo mejor que podían hacer.

Eran gentes acostumbradas al trabajo duro, pero es totalmente imposible apisonar suelo desde los lados o comprimirlo y asentarlo de algún modo con la misma firmeza que lo habían hecho la lluvia y la nieve y el calor en los años transcurridos desde que el mundo era mundo. Lo que quiero decir es que, a pesar del duro trabajo que tuvieron que realizar para deshacer el duro trabajo que habían llevado a cabo antes, con el primer aguacero la carretera se hundió desde un extremo al otro del túnel. Entonces, empezaron a llenarlo desde arriba, ya que no les quedaba otra alternativa y no tenían nada que perder. Y, con todo, siguió hundiéndose cada vez que la lluvia arreciaba.

Así, cuando finalmente llegó el invierno y trajo severas heladas y nieve, levantaron del suelo mediante palancas los pocos edificios que tenían, los pusieron sobre unas planchas, los engancharon a los caballos y trasladaron la población, tal como era, un kilómetro más allá, carretera abajo. Tuvieron que levantar las lápidas de las tumbas para ocultar el sitio donde había estado la población, lo cual resultó triste, aunque sólo hubiese tres o cuatro. El túnel se convirtió en una especie de cauce de arroyo, un riachuelo en primavera, con unas agradables riberas de hierbas y flores de los antiguos jardines que se habían asilvestrado. La gente que ignoraba lo ocurrido iba a merendar junto al arroyo, extendía las mantas y dejaba las cestas sobre aquellas pobres tumbas olvidadas, lo cual, a fin de cuentas, era una cosa agradable.

Tú y Tobías saltáis alrededor del aspersor. El aspersor es un invento magnífico porque expone las gotas de lluvia al sol. Eso también sucede en la naturaleza, pero es poco frecuente. Cuando estaba en el seminario, más de una vez había bajado al río a ver a los bautistas. La del predicador sacando del agua al bautizado, incorporándolo mientras el agua la caía de la ropa y el pelo, era una escena digna de ver. Parecía un nacimiento o una resurrección. Para nosotros, el agua sólo intensifica el contacto del pastor con los tiernos huesos de la cabeza, como si estableciera una especie de conexión eléctrica. Siempre me ha gustado bautizar a la gente, aunque a veces deseaba que hubiera más brillo y más salpicaduras en nuestra forma de proceder al respecto. Bueno, pero vosotros dos danzáis alrededor de vuestro pequeño aguacero iridiscente, saltando y zapateando como debería hacer la gente sensata cuando se topa con algo tan milagroso como el agua.

Durante los días que siguieron al regreso de Edward de Alemania, lo tenía tan presente, que seguía escabulléndome para ir a encontrarlo al hotel. En una ocasión, cogí la pelota de béisbol y mi guante y el de mi padre y fuimos a un callejón a hacer unos lanzamientos. Al principio, Edward tuvo mucho cuidado con su ropa. No había visto una pelota de béisbol desde hacía años, dijo, pero, después de un ligero calentamiento, resultó ser muy preciso. Me lanzó una pelota que me dolió en la mano y cuando dije «ay», se rió con placer porque eso significaba que había recuperado el brazo. No me habría dolido, sin embargo, si no fuera porque no la esperaba tan fuerte y no estaba preparado. Entonces fue cuando empezamos a tirar en serio. Lancé una pelota alta y él tuvo que saltar para cogerla, una captura hermosa. A aquellas alturas, ya se había quedado en mangas de camisa, se había desabrochado el cuello y los elásticos le colgaban a los costados. Varias personas se congregaron a mirarnos. Estábamos en un callejón polvoriento, un día de calor, y lanzábamos bolas altas y rasantes. Edward le pidió un vaso de agua a una muchacha y ella nos trajo uno a cada uno. Bebí el mío

pero él se echó el suyo por encima de la cabeza y el agua goteó desde su gran bigote como la lluvia de un alero.

Pensé que, después de aquel día, alguna vez podríamos hablar, pero no fue así. De todos modos, a partir de entonces, me sentí mucho más tranquilo con respecto al estado de su alma. Aunque, desde luego, yo no soy quien para juzgar.

He aquí lo que dijo mientras estaba allí plantado, con todo el pelo aplastado contra la cabeza y el bigote goteando.

*¡Ved qué bueno y placentero es
el estar los hermanos juntos en armonía!
Es como óleo fragante que, derramado sobre la cabeza,
por la barba desciende,
incluso la barba de Aarón,
y bajaba hasta el borde de sus vestiduras
como desciende el rocío del Hermón,
que cae sobre los montes de Sion.*

Es del Salmo 133. Y significaba que Edward sabía todo lo que yo sabía, hasta la última palabra. Tal vez estaba diciéndome que sabía todo lo que yo sabía y que no lo convencía. Sin embargo, he pensado a menudo que lo que hizo fue espléndido. Ojalá mi padre hubiese estado allí, porque sé que lo habría hecho reír. Todavía tenía un brazo decente para un hombre de su edad. Yo, como a la sazón era muy joven, creía que nunca se reconciliarían y me sorprendía que Edward se tomara la situación con aquella aparente calma. Al decirle que había empezado a leer a Feuerbach, arqueó las cejas y me dijo: «¡No permitas que tu madre te pille haciendo eso!».

Si digo que mi fama de hombre piadoso y recto y todo lo demás tal vez sea algo exagerada, no querría que creyeras por ello que me he tomado mi vocación a la ligera. Al contrario, ha representado toda mi vida. Incluso he sabido conservar bastante bien mis conocimientos de griego y hebreo. Boughton y yo solíamos repasar palabra por palabra los textos sobre los que

íbamos a predicar. Él venía aquí, a mi casa, porque la suya estaba llena de niños. Y siempre traía en una cesta una apetitosa cena caliente que su esposa o sus hijas preparaban para los dos. A mí me daba pavor entrar en su casa, pues hacía que la mía pareciese muy vacía. Y Boughton lo percibía, lo sabía.

Cuatro chicas y cuatro chicos tenía, unos pequeños salvajes bulliciosos del primero al último, como decía el propio Boughton. Sin embargo, la buena fortuna no es sólo buena fortuna y, a lo largo de los años, sucedieron cosas en aquella familia que causaron más de un terrible pesar. Aun así, durante años, todo en ella me pareció cegadoramente hermoso. Y lo era.

Hemos disfrutado de algunas veladas muy agradables aquí, en mi cocina. Boughton es un presbiteriano acérrimo (como si los hubiera de otro tipo). Así pues, hemos tenido nuestras divergencias, aunque nunca tan graves como para causarnos perjuicio.

No creo que fuese resentimiento lo que sentía entonces. Era una especie de lealtad a mi propia vida, como si quisiera decir, yo también tengo una esposa, tengo una hija, incluso. Era como si el precio de tenerlos fuese perderlos y no soportara la insinuación de que incluso aquel precio podía ser demasiado elevado. Dicen que, a la edad que tenía tu hermana, un recién nacido todavía no ve, pero ella abrió los ojos y me miró. Era una cosita minúscula pero, mientras la sostenía en brazos, abrió los ojos. Sé que en realidad no quería estudiar mi rostro. El recuerdo puede hacer que una cosa parezca haber sido mucho más de lo que fue. Sin embargo, sé que me miró directamente a los ojos. Resulta asombroso. Y me alegro de haberlo sabido ya entonces, pues en mi situación presente, ahora que poco me falta para abandonar este mundo, me doy cuenta de que no hay nada más asombroso que un rostro humano. Boughton y yo hemos hablado de eso, también. Tiene que ver con la encarnación. Uno percibe la obligación que tiene para con un niño cuando lo ha visto recién nacido y lo ha tenido en brazos. Cualquier rostro humano es un reclamo, pues uno no puede por menos de entender su singularidad, su valentía y soledad. Sin embargo, el rostro de un recién nacido lo es más aún. Considero que es una especie de visión, tan mística como la que más. Boughton está de acuerdo conmigo.

Cuando eras un bebé, te tenía mucho miedo. Me sentaba en la mecedora y tu madre te ponía en mis brazos y yo sólo me mecía y rezaba mientras ella terminaba lo que tuviera que hacer. Y solía cantar, también, Sólo a Ti, Dios y Señor, hasta que ella me preguntaba si no sabía otra canción más alegre. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que estaba cantando.

Esta mañana he intentado pensar en el cielo, sin mucho éxito. No sé por qué habría de esperar tener alguna idea de él. No habría podido imaginar jamás este mundo si no hubiera pasado casi ocho décadas caminando por él. La gente habla de lo maravilloso que les parece el mundo a los niños y eso es bastante cierto. Sin embargo, los niños piensan que lo entenderán cuando crezcan y yo sé muy bien que yo no. No lo entendería aunque viviera una docena de vidas, eso lo veo más claro cada día que pasa. Cada mañana, soy como Adán despertándose en el Paraíso, asombrado de la habilidad de mis manos y del brillo que entra en mi mente a través de los ojos: unas manos viejas, unos ojos viejos, una mente vieja, un Adán muy disminuido en conjunto y, a pesar de todo, es sencillamente notable. ¿Qué tendré todavía de mí? Este viejo cuerpo ha sido un compañero bastante aceptable. Como el asno de Balaam, ha visto al ángel que yo no he visto aún, y está tendido en el camino.

Y debo decir también que mi mente, con todas sus deficiencias, me ha mantenido interesado. Guardo en ella una copiosa cantidad de poesía que he aprendido a lo largo de los años, y un vocabulario bastante amplio, buena parte de él sin usar. Y las Escrituras. Nunca las he estudiado como mi padre, o como el suyo, pero las conozco bastante bien. Desde luego, tenía que conocerlas. Cuando era más pequeño de lo que tú eres ahora, mi padre me daba una moneda cada vez que aprendía cinco versículos y era capaz de repetirlos sin una equivocación. Y luego inventó un juego: él decía un versículo y yo tenía que decir el siguiente. Podíamos jugar a eso sin parar, a veces hasta que llegábamos a una genealogía, o hasta que nos cansábamos. En ocasiones, interpretábamos papeles: él era Moisés y yo hacía de faraón,

él era los fariseos y yo, el Señor. Así se había educado él también, y me resultó de gran ayuda cuando fui al seminario. Y a lo largo de toda mi vida.

Ya conoces el Padrenuestro y el Salmo 23 y el Salmo 100. Y anoche oí a tu madre enseñándote las Bienaventuranzas. Parece que quiere que yo sepa que te educará en la fe y lo encuentro un esfuerzo maravilloso por su parte, pues, francamente, nunca en mi vida he conocido a nadie que tuviera menos conocimientos de religión que ella cuando la vi por primera vez. Era una mujer excelente, pero ignorante de las Escrituras y de casi todo lo demás, según ella, y tal vez fuese cierto. Lo digo con todo el respeto.

Y, sin embargo, siempre la envolvía aquel aire de maravillosa seriedad. Al principio, cuando acudía a la iglesia, se sentaba en el rincón del fondo y, a pesar de ello, yo me sentía como si fuese la única oyente real. Una vez soñé que le estaba predicando al propio Jesús, diciendo cualquier tontería que se me ocurría, y Él estaba sentado allí con Su túnica blanquísima y un aire paciente, triste y consternado. Así me sentía con ella. Y después pensaba, ya está, no volverá más, pero el domingo siguiente volvía a aparecer. Y, de nuevo, el sermón en el que había trabajado toda la semana se hacía cenizas en mi boca. Eso sucedía antes de que supiera siquiera cómo se llamaba.

Esta mañana he mantenido una interesante charla con el señor Schmidt, el padre de T. Parece que le ha oído usar alguna palabra malsonante. De hecho, yo también la he oído a menudo, ya que ha sido el juego favorito entre vosotros dos la semana pasada. Reconozco que no he apreciado la necesidad de quejarse. Cuando nosotros éramos niños, decíamos las mismas cosas y salimos de ello intactos, creo. Uno pregunta, con voz ingenua y aflautada, «¿AB, CD pececillo?», y el otro responde con la voz más grave de la que es capaz, una voz llena de desdén mundano: «¡L, MNO pececillo!», a lo que sigue una risotada ofensiva y extravagante. (Es la L, no he de decirlo, lo que ha molestado al señor Schmidt)^[7].

El hombre se lo tomaba muy en serio y lo he pasado fatal intentando mantener una expresión circunspecta. Con gesto grave, le he comentado que, según me dicta la experiencia, es mejor no intentar un aislamiento

demasiado estricto de los niños y que las prohibiciones pierden su fuerza cuando se invocan de forma demasiado general. Finalmente, en consideración a mis canas y a mi vocación, él ha cedido, aunque me ha preguntado dos veces si yo era unitarista^[8].

Le he comentado a Boughton lo sucedido y me ha dicho: «Hace tiempo que o digo: esa etra debería estar excuida de afabeto». Y se ha echado a reír de su propia ocurrencia. Desde que tuvo noticias de Jack, está de un humor excelente. «¡Vendrá a casa pronto!», dijo. Cuando le pregunté de dónde venía, Boughton respondió: «Bueno, el matasellos de la carta es de St. Louis».

No le contaré a tu madre la conversación con el señor Schmidt. Ella desea fervientemente que conserves a ese amiguito. Cuando no tenías ninguno, padecía. Sufre por ti mucho más de lo que debería. Siempre imagina que tiene la culpa de todo, incluso cuando a mí me da la impresión de que no existe culpa alguna.

El otro día me dijo que quiere leer esos viejos sermones que guardo en el desván y estoy seguro de que lo hará, vaya si lo estoy. No todos, porque eso le llevaría años. Bueno, tal vez me decida a bajar una caja y escoger unos cuantos. Me tranquilizaría saber que dejó una mejor impresión. Muy a menudo, mientras leía las frases desde el púlpito, me he dado cuenta de lo cortas que resultaban, de cuán lejos quedaban de las esperanzas que había depositado en ellas. Y eso que eran la obra principal de mi vida, desde cierto punto de vista. Tengo que admirarme de cómo he vivido con eso.

Hoy conmemorábamos la Santa Cena y prediqué sobre Marcos 14, 22: «Y mientras comían tomó el pan y, dando gracias, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él, porque éste es mi Cuerpo». Normalmente, no predicaría sobre las palabras de la Consagración, cuando la iluminación más hermosa que puede hacerse de ellas es el Sacramento. Sin embargo, estas últimas semanas he estado pensando mucho en el cuerpo. Bendecido y partido. He empleado como texto del Antiguo Testamento el *Génesis* 32, 23-32, la lucha de Jacob con el Ángel. Quería hablar del don de la particularidad física y de cómo ésta

actúa de mediadora de la bendición y el sacramento. Últimamente he estado pensando en cuánto he amado mi vida física.

En cualquier caso, y quizá lo recuerdes, cuando casi todos se habían marchado y las especies sacramentales estaban aún sobre la mesa y las velas ardían todavía, tu madre te ha traído por el pasillo hasta donde yo estaba y ha dicho: «Tendrías que darle un poco de eso a él». Aún eres demasiado pequeño para ello, desde luego, pero tu madre tenía toda la razón. El cuerpo de Cristo, entregado por ti. La sangre de Cristo, derramada por ti. Tu rostro infantil, solemne y hermoso, alzado para recibir estos misterios de mis manos. El cuerpo y la sangre, el misterio más maravilloso.

Ha sido una experiencia que habría podido perderme. Ahora, sólo temo no tener tiempo suficiente para disfrutar plenamente pensando en ella.

Esta mañana, la luz del recinto era hermosa, como suele serlo. Es una iglesia sencilla y vieja y no le iría mal una capa de pintura, pero en tiempos aciagos solía acudir a ella antes del amanecer para sentarme allí a ver cómo penetraba la luz. No sé si a alguien más le parecerá tan hermosa. Yo me sentía muy en paz aquellas mañanas, mientras oraba por asuntos a veces muy terribles: la Depresión, las guerras. Todos ellos trajeron grandes aflicciones a la gente de aquí, durante décadas. Pero las oraciones aportan paz, como confío que sepas.

En esos tiempos, como ya he dicho, era capaz de pasarme la noche en vela, leyendo. Después, si despertaba aún en mi sillón y el reloj señalaba que eran las cuatro o las cinco, pensaba en lo agradable que sería recorrer las calles a oscuras y entrar en la iglesia a ver cómo amanecía en el santuario. Me encantaba el sonido del cerrojo al abrirse. El edificio se ha asentado de modo que, cuando avanzas por el pasillo central, puedes oír cómo el suelo cede bajo tu peso. Es un sonido más agradable de lo que resultaría un eco; un sonido complaciente, solícito. Es preciso estar allí a solas para oírlo. El edificio tal vez no llegue a notar el peso de un niño pero, si todavía sigue en pie cuando leas esto y si no estás a medio mundo de distancia, deberías entrar cuando no haya nadie y ver a qué me refiero. Al cabo de un tiempo, incluso llegué a preguntarme si no me gustaba más la iglesia cuando no había gente en ella.

Sé que hay planes para derribarla. Están esperando a que yo no esté, lo cual es muy considerado por su parte.

La gente siempre anda despierta en plena noche, sea porque el bebé tiene un cólico, porque hay un niño enfermo, por una riña, una preocupación o un remordimiento. Y, por supuesto, está el lechero y todos los que trabajan en el turno de madrugada o de noche. A veces, cuando pasaba por delante de la casa de alguna de mis familias y veía luces encendidas, pensaba que quizá debería detenerme a ver si tenían algún problema y podía echar una mano, pero luego me decía que tal vez lo considerarían una intromisión y decidía no hacerlo. También pasaba de largo de la casa de los Boughton. Eso era años antes de que me enterara finalmente, por íntimos que hubiéramos sido desde siempre, de cuáles eran sus verdaderas preocupaciones. Era esas noches en que no pegaba ojo y no me apetecía leer, cuando deambulaba por el pueblo a la una o las dos de la madrugada. En los viejos tiempos, recorría todas las calles y pasaba por delante de todas las casas en apenas una hora. Durante el paseo, intentaba recordar quién vivía en cada una y todo lo que conocía de cada familia, que en muchos casos era bastante, pues gran parte de las que no eran mías eran de Boughton. Y rezaba por ellas. E imaginaba una paz que ellos no esperaban ni podían contar con que se abatiera sobre su enfermedad, su disputa o sus sueños. Entonces, entraba en la iglesia y rezaba un rato más y esperaba a que rompiera el alba. Muchas veces, he lamentado que la noche terminara, aunque he disfrutado viendo llegar el amanecer.

De noche, los árboles tienen un sonido distinto. Y también huelen de otra manera.

Si me recuerdas, aunque sólo sea levemente, descubrirás que lo que te cuento explica un poco cómo soy. Si no puedes verme de niño, sino ya de adulto, no me cabe duda de que observarás en mí una cierta calidad crepuscular. Cuando leas esto, espero que comprendas que al hablar de la larga noche que precedió a estos días míos de felicidad no recuerdo tanto la pena y la soledad, cuanto la paz y el consuelo: pena, pero nunca sin consuelo; soledad, pero nunca sin paz. Casi nunca.

En una ocasión en que Boughton y yo habíamos pasado la velada revisando juntos nuestros textos y habíamos terminado de comentarlos, lo acompañé al porche y fuera había luciérnagas, nunca había visto tantísimas juntas, miles de ellas en todas partes, despegando de la hierba o apagándose en mitad del vuelo. Nos sentamos en los escalones un buen rato, a oscuras y en silencio, contemplándolas. Finalmente, Boughton dijo: «Así como las chispas se alzan para surcar el aire, el hombre nace para la desdicha». Y aquella noche, realmente, era como si la tierra se abrasara a fuego lento. Bueno, era y es. Un fuego viejo se hace una cáscara oscura y se instala en su núcleo, como sucede con este planeta. Creo que la misma metáfora sirve para describir también al ser humano en tanto que individuo. Quizás a Gilead. Quizás a la civilización. Escarba un poco y saltaran chispas. No sé si el versículo impartió una bendición a las luciérnagas, o si las luciérnagas impartieron una bendición a las palabras, o si las dos cosas juntas impartieron una bendición a las desdichas, pero las he amado mucho a las dos desde entonces.

Ha habido una llamada telefónica de Jack Boughton, es decir de John Ames Boughton, mi homónimo. Sigue aún en St. Louis, pensando todavía en si volver a casa. Glory vino a contármelo, excitada y asimismo ansiosa. Dijo: «Papá se ha emocionado mucho al oír su voz». Supongo que, tarde o temprano, aparecerá. No sé cómo un chico ha podido causar tanta decepción sin dar nunca a nadie motivos para la esperanza. Un hombre, debería decir, porque va camino de los cuarenta, o ya debe de tenerlos. No es el mayor ni el más joven, no es el mejor ni el más valiente, sólo es el más querido. Supongo que también podría contarte una historia sobre él o tanta de ella como sea menester. En otra ocasión. Antes, debo reflexionar sobre el asunto. Cuando haya tenido la oportunidad de hablar con él, tal vez decida que todo aquel problema está olvidado del todo y no escriba nada sobre ello.

El viejo Boughton tiene tantas ganas de verlo... Y además de las ganas, tal vez también esté ansioso. Tiene buenos hijos, pero siempre pareció que era en éste en el que había puesto realmente su corazón. La oveja descarriada, la moneda perdida. Hablando en plata, el hijo pródigo. Durante toda mi vida adulta he dicho por lo menos una vez a la semana que hay una disyunción completa entre el amor del Padre y el que merecemos. Y, sin embargo, cuando veo esta misma disyunción entre los padres humanos y sus hijos, siempre me irrita un poco. (Sé que serás, y espero que seas, un hombre excelente, pero si no lo eres, te amaré igualmente).

Esta mañana he cometido una estupidez. Me he despertado aún de noche y eso me ha impulsado a ir caminando a la iglesia como hacía en otros tiempos. He dejado una nota y tu madre la ha encontrado, por lo que no ha sido todo lo malo que podría haber sido. (La nota, he de admitirlo, se me ocurrió en el último momento). Y al parecer, ella ha pensado que me había ido a exhalar el último suspiro yo solo, lo cual, con mi manera de pensar, no sería una mala idea. Esta es otra cosa que tú sabes y yo, no: cómo termina esto. Cómo te habrá parecido a ti que termina mi vida, quiero decir. Es algo que preocupa sobremanera a tu madre, lo mismo que a mí, desde luego. Sin embargo, me cuesta recordar que no puedo confiar en mi cuerpo, en que no me falle de repente. Casi nunca me encuentro mal. Los dolores son tan infrecuentes que, de vez en cuando, me olvido.

El doctor me dijo que fuera con cuidado al levantarme de una silla. También me instó a que no subiera escaleras, lo cual significaría renunciar a mi estudio, algo que soy incapaz de hacer. También me dijo que tomara un traguito de *brandy* todos los días, y así lo hago, de pie en la despensa, con la cortina corrida para que no me veas. A tu madre le parece muy divertido. Dice: «Te sentaría mucho mejor si lo disfrutaras un poco», pero así es cómo tomaba mi madre la bebida y soy un tradicionalista. La última vez que te llevó al médico, le dijeron que, posiblemente, si te extirpasen las amígdalas serías más robusto. Volvió a casa tan enferma sólo de pensar que te habían encontrado un defecto, que le di una dosis de mi *brandy* medicinal.

Quiere bajar mis libros a la sala y que me instale allí y tal vez ceda, sólo para ahorrarle preocupaciones. Le dije que no podría añadir ni un momento al tiempo que me queda de vida y ella me dijo: «Bueno, tampoco querría que lo restaras». Hace un año habría dicho «que lo restarías». Siempre me ha encantado la forma de hablar de tu madre, pero ella cree que tiene que mejorar por tu bien.

Como decía, he ido a la iglesia caminando en la oscuridad. Había una luna muy brillante. Es extraño que nunca nos acostumbremos del todo al mundo nocturno. Muchas veces he visto lunas con una luz tan intensa que incluso proyectaban sombras. Y el viento es el mismo viento y agita las mismas hojas, de día o de noche. Cuando era chico, me levantaba antes del alba todos los días del mundo para ir por agua y leña. Entonces la vida era muy distinta. Recuerdo que salía a andar bajo la oscuridad y sentía como si ésta fuese un mar grande y frío y las casas y los cobertizos y los bosques se movieran todos a la deriva en él, a punto de soltar las amarras. Entonces siempre me sentía como un intruso, y todavía me sucede, como si todo fuese feudo de la oscuridad, un feudo que yo transgredo con sólo salir por la puerta. Esta mañana, el mundo al claro de luna me parecía un conocido inmemorial con el que siempre había querido trabar amistad. Si alguna vez se presentó la oportunidad, ésta ya pasó. Es extraño decirlo, pero eso es un poco lo que pienso de mí.

En cualquier caso, se me hacía tan necesario recorrer la carretera hasta la iglesia y entrar y sentarme en la oscuridad a esperar que rompiera el alba, que me he olvidado por completo de la preocupación que podía estar causándole a tu madre. En realidad, en estos tiempos me cuesta mucho recordar cuán mortal soy. Tengo dolores, como he dicho, pero no tan frecuentes, o ni siquiera tan fuertes, como para que me alarme del modo en que debería hacerlo cuando se presentan.

Debería ser más consciente de mi estado. El otro día empecé a levantarte en brazos, como solía hacerlo cuando tú no eras tan grande ni yo tan viejo. Entonces, vi que tu madre me miraba con verdadera aprensión y advertí lo estúpido que era hacer aquello. Siempre me ha gustado sentir la

fuerza con que te sujetabas, como un mono en lo alto de un árbol. Delgadez de muchacho y fortaleza de muchacho.

Pero me he desviado un poco del asunto, es decir, de tus orígenes. Y hay mucho más que contar. Tu abuelo estaba en el ejército unionista, como ya he dicho. Pensó que tenía que alistarse como soldado regular, pero le dijeron que era demasiado viejo. Le indicaron que Iowa tenía un regimiento de mayores, para viejos, al que podría engancharse. Dicho regimiento no entraba en combate, sino que se ocupaba de vigilar los suministros, las líneas férreas y cosas de ese tipo. La idea no le gustó en absoluto y al final los convenció para que le permitieran alistarse como capellán. No llevaba consigo ningún tipo de credenciales, pero mi padre explicaba que les enseñó su Nuevo Testamento en griego y aquello bastó. Todavía lo guardo en algún sitio, lo que queda de él; según me contaron, cayó a un río y no llegó a secarse bien hasta que estuvo casi estropeado. Si la memoria no me falla, se vio implicado en una retirada desordenada, en una huida atropellada, en realidad. Es la misma Biblia que le enviaron a mi padre desde Kansas, antes de que nos pusiéramos en camino para encontrar la tumba del viejo.

Mi padre nació en Kansas, como yo, porque el viejo había acudido allí desde Maine para ayudar a los miembros del Partido de la Tierra Libre a establecer el derecho de voto, porque iba a votarse la constitución que decidiría si Kansas entraba en la Unión como territorio abolicionista o esclavista. En aquel momento, un buen número de personas viajó allí por ese motivo. Y también lo hizo gente de Missouri, que quería Kansas para el Sur. Así que las cosas estuvieron muy revueltas. Mejor olvidarlo todo, decía mi padre. Le disgustaba hablar de aquellos tiempos y esto causó algunos roces entre él y su padre. He leído profusamente sobre esos acontecimientos y he concluido que mi padre tenía razón. En realidad, tanto da, porque la gente lo ha olvidado. Ocurrieron cosas extraordinarias, es cierto, pero desde

entonces ha habido tantos problemas en el mundo que resulta difícil encontrar tiempo para pensar en Kansas.

Vinimos a esta casa cuando yo todavía era un niño. Durante muchos años no tuvimos electricidad, sólo lámparas de queroseno. Ni radio. He estado recordando cuánto le gustaba a mi madre su cocina. Entonces era muy diferente, desde luego, con una nevera y un fregadero de bomba manual y una fresquera y una cocina de leña. Esa mesa vieja es lo único que queda de esa época, y la despensa. Mi madre tenía la mecedora tan cerca de la cocina que podía abrir la puerta del horno sin levantarse. Decía que tenía que vigilar que no se quemase la comida y que no podíamos permitir que se echara a perder, lo cual era cierto. De todos modos, se le quemaban cosas con bastante frecuencia, más a menudo a medida que pasaban los años, y nos las comíamos igual, así, por lo menos, no tirábamos nada a la basura. Le encantaba el calor de la cocina, pero la adormilaba, sobre todo si había estado haciendo la colada o preparando conservas. Bueno, padecía lumbago y también reumatismo, bendito sea su corazón, y tomaba un poco de *whisky* para ello. Por la noche nunca dormía bien, supongo que es algo que he heredado de ella. La despertaba el estornudo de un gato, decía, pero luego se dormía durante la inmolación de una cena de domingo, a tres palmos de ella. Eso sucedía los sábados, porque nuestra familia era muy estricta en el cumplimiento del sabbat. Así, sabíamos de antemano durante todo un día qué podíamos esperar, particularmente recuerdo los guisantes quemados y la compota de manzana socarrada.

Tu madre se asombró la primera vez que le dije que sería mejor que no planchase los domingos por la noche. Le cuesta tanto dejar de trabajar que no sé qué he conseguido hablándole del día de descanso. Sin embargo, quiere conocer nuestras costumbres y el buen Dios sabe que se las toma muy en serio. Le supuso un alivio tan grande saber que estudiar no cuenta como trabajo... En cualquier caso, yo nunca he pensado que lo fuera. Ahora, se sienta a la mesa del comedor y copia los poemas y las frases que

le gustan y cosas de diverso tipo. Lo hace principalmente por ti, porque yo me marcharé y será ella la que tenga que dar ejemplo. Cuando me dijo: «Sería mejor que me indicaras qué libros necesito leer», le bajé al viejo John Donne, que tanto ha significado para mí durante todos estos años. «Pasado un breve sueño despertamos eternos / y ya no habrá más muerte, tú morirás, oh muerte». Donne tiene unos versos muy hermosos. Espero que lo leas, si no lo has hecho todavía. Tu madre se esfuerza por que le guste. Yo desearía, sin embargo, poder permitirme la adquisición de libros nuevos. Tengo principalmente de teología y libros antiguos de viajes, de antes de las guerras. Estoy seguro de que muchos tesoros y monumentos sobre los que ahora disfruto leyendo ya no existen siquiera.

Tu madre va a la biblioteca pública, que ha pasado apuros durante mucho tiempo, como casi todo por aquí. La última vez trajo un ejemplar de La senda del pino solitario que estaba destrozado de tanto uso, sujeto con cinta adhesiva. Sin embargo, se sumió en él, se fundió con él. Y yo preparé huevos revueltos y emparedados calientes de queso para cenar a fin de que no tuviese que dejar la lectura. Yo lo leí hace mucho, cuando lo hizo todo el mundo, y no recuerdo haberlo disfrutado especialmente.

Cuando era chico, supe de un asesinato en el campo, en el que el arma, un cuchillo de monte de un solo filo, había sido arrojada al río, según se decía. Todos los niños hablaban de ello. Un granjero había sido atacado por la espalda en el establo mientras ordeñaba. Se sabía que el principal sospechoso tenía un cuchillo de aquéllos porque estaba orgulloso de él y siempre lo enseñaba, de modo que estuvieron a punto de colgarlo, supongo, porque no había podido presentar el cuchillo y nadie más lo había encontrado. Pensaron que debía de haberlo tirado al río. No obstante, su abogado apuntó que alguien, quizás un forastero, podía habérselo robado, haber cometido el crimen y haberse librado de él en el río o tal vez, simplemente, haberse marchado con el arma, una hipótesis de lo más razonable. Además, con seguridad no era el único hombre que poseía un cuchillo de aquel tipo. Y nadie pudo dar con un móvil, así que, al final, lo pusieron en libertad.

Entonces, nadie supo de quién tener miedo, lo cual era terrible. El hombre que había tenido el cuchillo se esfumó. De vez en cuando, corrían rumores de que andaba por la zona y tal vez fuese verdad, pobre diablo, porque allí vivía una hermana suya y no tenía a nadie más en el mundo. Los rumores solían circular cuando se acercaba la Navidad.

A mí todo esto me preocupó mucho, pues en cierta ocasión mi padre me había llevado con él a arrojar una pistola al río. El arma era de mi abuelo, que la había adquirido en Kansas antes de la guerra. Cuando partió hacia el Oeste, dejó en casa de mi padre un bulto envuelto en una vieja manta militar, atado con bramante. Cuando supimos que había muerto, lo abrimos. Había unas camisas viejas que un día habían sido blancas, unas decenas de sermones y otros papeles, atados con más bramante, y la pistola. Naturalmente, fue ésta lo que más me interesó. Y entonces era mucho mayor que tú ahora. Pero mi padre se disgustó. Aquellas pertenencias que había dejado mi abuelo eran una ofensa para él. De forma que las enterró.

El hoyo que cavó debía de medir cuatro palmos de hondo. Me impresionó el empeño que puso en ello. Luego, arrojó el fardo al agujero y empezó a cubrirlo de tierra. Le pregunté por qué enterraba también los sermones (por entonces yo pensaba, naturalmente, que cualquier cosa con palabras manuscritas debía de ser un sermón y eso resultaban ser los papeles en aquella ocasión). También había algunas cartas. Lo sé porque, aún no había transcurrido una hora después de enterrar el paquete, mi padre salió y lo desenterró otra vez. Apartó las camisas y los papeles y volvió a enterrar la pistola. Un día, casi un mes después, la sacó y la arrojó al río. De haberla dejado enterrada, estaría junto a la valla de atrás, tal vez un par de palmos más allá.

No me dijo nada. Bueno, no exactamente, dijo: «Ahí se queda», cuando arrojó el viejo pistolón al hoyo. Luego, me dio los sermones para que los sujetara mientras él sacudía las camisas y las doblaba. Me dijo que llevara los papeles a la casa, lo hice, y él rellenó el agujero. Al terminar, pisoteó la tierra una y otra vez. Luego, un mes más tarde, desenterró la pistola de nuevo, la puso sobre un tocón y la destrozó lo mejor que pudo con un mazo

que había pedido prestado y envolvió los restos en un pedazo de arpillera, y él y yo fuimos al río, bastante más abajo de donde solíamos pescar, y arrojó los fragmentos a la corriente, lo más lejos que pudo. Tuve la impresión de que deseaba que no existieran en absoluto, que no quedaba satisfecho, en realidad, con arrojarlos al océano y que habría estado dispuesto a recuperarlos de las profundidades a las que hubiesen ido a parar si se le hubiera ocurrido una manera de hacerlos desaparecer por completo. Era un viejo pistolón, como digo, con adornos en la culata como los que se ven en los radiadores de hierro forjado. Me parece que puedo recordar su tacto frío, su peso y el olor a hierro que me dejaba en las manos. Pero no: sé que mi padre no me dejó tocarla jamás. Supongo que habría sido de níquel, en cualquier caso. Con franqueza, pensé que detrás de todo aquello debía de haber algún crimen terrible, porque mi padre no me había contado nunca la naturaleza de su disputa con su padre.

Lavó las dos viejas camisas bajo la bomba y las colgó por los faldones en el tendedero de mi madre, con la intención de quemarlas, estuve seguro. Ofrecían un aspecto lamentable, manchadas y amarillentas, y el viento agitaba las mangas adelante y atrás. Allí tendidas, boca abajo, tenían un aire derrotado y humillado, como el de un venado cuando lo cuelgas para despellejarlo y trocearlo. Mi madre salió y las descolgó al momento. En aquellos tiempos, el aspecto de la colada era una cuestión de prestigio entre las mujeres, sobre todo la ropa blanca. No era fácil lavarla. Ni en sueños habría pensado mi madre en una lavadora o una máquina de escurrir. Ella lavaba la ropa restregándola en una tabla. Por eso quedaba tan blanca y luminosa. Era realmente admirable. Y todas las mujeres lo hacían, todos los lunes del mundo. Cuando llegó la electricidad, sólo la empleaban antes del alba y a la hora de la cena, para ayudar en las tareas, y unas cuantas horas extra los lunes, para ayudar con la colada.

El caso es que mi madre no pudo soportar el estado lamentable de aquellas camisas. Ella tenía la profunda sensación de que el vecindario en general juzgaba su carácter a tenor de lo que aparecía en su tendedero, y yo no diría que andaba equivocada. Pero aparte de esto, otros pensamientos ocupaban su cabeza. Mi padre tenía un versículo favorito de las Escrituras: «Porque todo calzado que lleva el guerrero en el tumulto de la batalla, y

todo manto revolcado en sangre, serán quemados, pasto del fuego». Es Isaías 9, 5. Mi madre debió de pensar que sabía cuál era el verdadero propósito de mi padre y juzgaría que había algo irrespetuoso en ello. Sea como fuere, cogió las camisas, las frotó, las puso en remojo por la noche y las blanqueó y las enjuagó con azulete hasta que estimó satisfactorio el resultado, salvo unas cuantas manchas negras que atribuyó a tinta china y unas manchas pardas que eran de sangre. Las colgó bajo el emparrado, donde nadie las viera. Después, las entró en casa y las planchó con sumo cuidado, cantando mientras lo hacía, y cuando hubo terminado tenían el aspecto más respetable que permitían sus manchas y sus heridas. Entonces las dobló —estaban tan blancas y pulidas que parecían bustos de mármol— y las guardó en un saco de harina y las enterró fuera, junto a la valla, bajo las rosas. Mis padres no siempre estaban de acuerdo.

Debería cavar un poco para ver si queda algo de esas camisas. Sería una lástima que algún día fuesen desechadas como simple basura. En mi opinión, lo decente habría sido quemarlas.

En cierta ocasión, reuní el valor necesario para preguntarle a mi padre si mi abuelo había hecho algo malo y él me dijo: «El Buen Dios juzgará lo que hizo», lo cual me convenció de que, efectivamente, se había producido un crimen de alguna clase. En algún rincón de casa hay una fotografía de mi abuelo, tomada en su vejez, que quizá te ayudaría a entender por qué lo pensé. Es un buen retrato, que muestra a un anciano larguirucho y tuerto, de cabellos alborotados y barba puntiaguda como un pincel con laca dejado a secar, que mira a la cámara como si ésta acabara de acusarlo de algo terrible y estuviera meditando la respuesta y refutara la pregunta con la pura ferocidad de su mirada. Por supuesto, incluso la vida más santa guarda suficientes sentimientos de culpa como para explicar una mirada semejante.

Así pues, yo estaba predispuesto a creer que mi abuelo había hecho algo bastante horrible y que mi padre ocultaba la prueba y que yo también estaba en el secreto, implicado sin saber bien en qué. Es la condición humana, supongo. Tengo la firme creencia de que estaba implicado, de que lo estoy y de que lo habría estado aunque nunca hubiese visto aquella pistola. La

experiencia me dice que la culpa puede brotar por la brecha más insignificante y cubrir el paisaje y formar en él charcas y ciénagas, tan natural como el agua. Creo que mi padre trataba de encubrir a Caín, más o menos. Como bien supe en todo momento, detrás de aquello estaba lo que había sucedido en Kansas.

Después de la muerte del granjero, a todos los niños que conocía les daba miedo ordeñar. Lo hacían con la vaca entre ellos y la puerta, si el animal lo consentía, pero el ganado es muy suyo en estas cosas y, con frecuencia, no quería. Chiquillos y niñas y perros se instalaban delante del granero, en la oscuridad, a vigilar si aparecía algún extraño. Así continuó haciéndose durante años y la historia se fue transmitiendo a los niños hasta que quienquiera que hubiese cometido aquel asesinato tendría que ser ya, necesariamente, un anciano. Mi padre tuvo que encargarse del ordeño porque mi hermano se daba demasiada prisa tirando de las ubres, de modo que la vaca no daba tanta leche como antes. Después, corrió la voz de que alguien se escondía en un gallinero, así que a todos los niños les daba miedo entrar a buscar los huevos y o se los dejaban o los rompían porque iban demasiado deprisa. Más adelante, se vio a alguien ocultándose en una leñera y en un sótano y en un desván. Fue asombroso el cambio que se produjo en el pueblo y cómo persistió entre los niños, sobre todo entre los más pequeños, que no recordaban la época anterior al asesinato y pensaban que todo aquel miedo era, sencillamente, algo natural. En aquellos tiempos, estas tareas tenían mucha importancia y, si todas las casas de campo de tres o cuatro condados perdían medio litro de leche y tres o cuatro huevos cada par de días durante veinte años, el quebranto no habría sido poco. Lo único que sé es que los niños todavía deben de escuchar alguna versión de esa vieja historia y todavía deben de temer sus tareas y de causar perjuicio a la prosperidad local.

Hasta el último de nosotros había escapado a la carrera de un granero o de una leñera apenas se movía una sombra o se oía un ruido inesperado, de modo que siempre había más historias que contar. Recuerdo que una vez Louisa dijo que debíamos rezar por la conversión de aquel hombre. Su razonamiento fue que convendría mejor ir a la raíz del problema que continuar pidiendo la intervención divina para que nos protegiera a cada

uno en toda situación de posible peligro. Dijo que aquello también protegería a gente que nunca había oído hablar del individuo y que no pensaban en rezar antes de dedicarse al ordeño. Me pareció una idea sabia y maternal y, efectivamente, rezamos por él todos juntos, sólo Dios sabe con qué resultado. Pero si tú o Tobías oís alguna vez esa historia, puedo prometeros que ese malhechor debe de tener más de cien años, a estas alturas, y que ya no constituye una amenaza para nadie.

Si llegué a saber algo de las camisas y la pistola fue por una pelea que habían tenido mi padre y mi abuelo. Éste, que acudía a la iglesia con nosotros, naturalmente, se había levantado y se había marchado cuando mi padre apenas llevaba cinco minutos de sermón. El texto, lo recuerdo, era, «Ved cómo crecen los lirios del campo». Mi madre me mandó a buscarlo. Lo vi alejándose por el camino y corrí a alcanzarlo, pero él volvió aquel ojo suyo hacia mí y dijo: «¡Vuelve donde debes estar!». Y eso hice.

Apareció en casa después de la cena. Entró en la cocina, donde mi madre y yo estábamos recogiendo, y se cortó un pedazo de pan y se dispuso a marcharse otra vez, sin decirnos una palabra, pero en aquel momento apareció mi padre en los peldaños del porche y se quedó plantado en la puerta, mirándolo.

«Reverendo...», dijo mi abuelo al verlo.

Y mi padre dijo: «Reverendo...».

Mi madre intervino: «Es domingo. El día del Señor. El sabbat».

«Todos lo sabemos perfectamente», dijo mi padre. Pero no se apartó de la puerta, por lo que mi madre dijo al abuelo: «Siéntese y le prepararé un plato. Un pedazo de pan no es suficiente».

Y él se sentó, después de lo cual mi padre entró y tomó asiento a su vez, enfrente de él. Los dos guardaron silencio un rato.

Luego, mi padre dijo: «¿Le ha ofendido en algo mi sermón, las pocas frases que ha oído de él?».

El viejo se encogió de hombros. «No había nada en él causa de ofensa. Es sólo que quería oír una prédica de verdad, así que fui a la iglesia de los negros».

Al cabo de un minuto, mi padre preguntó: «Bien, ¿y allí oyó predicar de verdad?».

El abuelo se encogió de hombros. «El texto era, “Amad a vuestros enemigos”».

«Me parece un texto excelente, dadas las circunstancias», dijo mi padre. Esto sucedía poco después de que alguien prendiera ese fuego detrás de la iglesia que ya he mencionado antes.

El viejo dijo: «Muy cristiano».

Mi padre dijo: «Parece decepcionado, reverendo...».

Mi abuelo hundió la cabeza entre las manos. «Reverendo —dijo—, no existen palabras lo bastante amargas, ni día lo bastante largo. No tiene fin, sencillamente. La decepción... Como y bebo de ella. Despierto y duermo con ella».

Mi padre tenía los labios blancos. Dijo: «Bien, reverendo, sé que depositó grandes esperanzas en esa guerra. Yo deposito las mías en la paz y no estoy decepcionado. Porque la paz es su propia recompensa. La paz es su propia justificación».

Mi abuelo dijo: «Y eso es precisamente lo que me mata el corazón, reverendo. Que el Señor no haya venido nunca a usted. Que el serafín no haya tocado nunca sus labios con la brasa...».

Mi padre se levantó de la silla y dijo: «Recuerdo cuando subió usted al púlpito con aquella camisa ensangrentada, agujereada de un disparo, y con la pistola al cinto. Y tuve un pensamiento tan poderoso y claro como una revelación. Y ese pensamiento fue, esto no tiene nada que ver con Jesús. Nada. Nada. Y estuve, y estoy, tan convencido de ello como podría estarlo nadie de cualquier supuesta visión. Nadie me supera en esto. Ni siquiera usted, ni Pablo el Apóstol, ni Juan el Divino. Reverendo».

Mi abuelo dijo: «¡Presunta visión! ¡El Señor, que me acompaña, tiene para mí cien veces más realidad de la que tienes tú, aquí plantado en este momento!».

Al cabo de un minuto, mi padre dijo: «Eso nadie lo duda, reverendo».

Y fue entonces cuando se abrió de verdad un abismo. No mucho después, mi abuelo se marchó. Dejó una nota en la mesa de la cocina que decía:

*Ningún bien ha venido, ningún mal ha terminado.
Ésta es tu paz.
Sin visión, el pueblo perece.
El Señor te bendiga y te guarde.*

Todavía tengo la nota. La conservo en mi Biblia.

Pero yo veía a mi padre predicar sobre la voz de la sangre de Abel que clamaba desde la tierra y me asombraba de que pudiera hablar como lo hacía. Sentía tanto respeto por mi padre que estaba seguro de que él debía de ocultar la culpa de su padre, así como yo debía de ocultar también la del mío. Y cuando se plantó allí, predicando sobre lo mucho que aborrece el Señor la falsedad y cómo, al final, todas nuestras obras quedarán expuestas a la luz desnuda de la verdad, lo quise con la más extraña y miserable de las pasiones.

Con el transcurso del tiempo, supe que mi abuelo estuvo muy involucrado en la violencia que reinó en Kansas antes de la guerra. Y, como he dicho, esto fue fuente de disputas entre ellos, hasta el punto de que acordaron no volver a hablar de Kansas nunca más. De ahí, creo, el disgusto de mi padre al descubrir que había dejado en casa aquellos recuerdos, por así llamarlos. Eso fue antes de nuestro viaje a Kansas para encontrar la tumba del viejo. Creo que la feroz inquina que sentía contra él era una de las cosas de las que mi padre consideraba que debía arrepentirse sinceramente.

Pero mi padre aborrecía la guerra. En 1914, estuvo a punto de morir, de neumonía, dijeron los médicos, pero no dudo que fue, sobre todo, de rabia y exasperación. Por toda Europa hubo grandes celebraciones cuando estalló la guerra, como si estuviera empezando lo más maravilloso del mundo. También hubo grandes celebraciones aquí, cuando entramos en la contienda. Desfiles y bandas de música. Y ya sabíamos lo atroz que resultaba que enviáramos a ella a nuestros soldados. Durante cuatro años, no leí una sola vez el periódico sin sentir lástima por mi padre. Él fue testigo de la violencia en Kansas y, a continuación, su padre se alistó y

partió a la guerra. Él también lo hizo, finalmente, muy poco antes de que terminara. Tenía cuatro hermanas y un hermano menores que él y su madre no se encontraba bien. Murió joven, a los cuarenta y pocos, y dejó a todos esos pequeños a su suerte, al cuidado de su padre y del mío y de los vecinos y almas caritativas de la congregación, o de lo que de ella quedaba. Su hermano, mi tío Edwards, escapó, o eso esperaban que hubiera sucedido. Por lo menos, desapareció y, con la confusión de la época, jamás lo encontraron. Le habían puesto el nombre en recuerdo del teólogo Jonathan Edwards, que era muy respetado por la generación del abuelo. Y Edward se llamó así por su tío, con la s final, pero a él nunca le gustó y se la quitó cuando se marchó a la universidad.

Glory ha venido a decirme que Jack Boughton ya ha regresado. Esta misma noche está cenando en casa de su padre. Ha dicho que pasaría a presentarnos sus respetos mañana o pasado. Agradezco que me haya avisado porque utilizaré ese tiempo para prepararme. Boughton le puso mi nombre porque pensó que él quizá ya no tendría otro hijo varón y que yo, probablemente, no tendría ninguno. Fue muy considerado por su parte. Y resultó que a los catorce meses fue bendecido con otro varón, Theodore Dwight Weld Boughton, que es graduado en medicina y doctor en teología y dirige un hospital para los necesitados en algún lugar de Mississippi. Es motivo de orgullo para su familia. Jack dijo una vez que se alegraba de no ser el único de ellos que hubiera salido en los periódicos. Fue una broma bastante cruel, si tenemos en cuenta lo a pecho que se tomaban la vergüenza a la que los exponía. Y todavía les resultó más duro debido a esa manera que tienen de imprimir el nombre completo, que siempre fue John Ames Boughton.

Mientras mi padre y yo vagábamos perdidos por Kansas, me contó muchísimas cosas, en parte por pasar el tiempo, supongo, en parte para exponer a su manera las razones de que su padre hubiera regresado allí y en parte para explicar por qué necesitábamos dar con él, es decir, encontrar su

tumba. Mi padre decía que en los tiempos que siguieron a su regreso de la guerra, de vez en cuando, en el sabbat, el abuelo salía y se sentaba con los cuáqueros. Decía que la iglesia de su padre estaba casi vacía y que casi todos los feligreses eran viudas y huérfanos y madres que habían perdido a sus hijos. Algunos hombres volvían a casa con una enfermedad, «la fiebre del campamento» la llamaban, y las familias perecían por causa de ella. Algunos habían estado en Andersonville^[9] y regresaron casi irrecuperables. Decía que la mitad de las tumbas del patio de la iglesia eran nuevas. Y allí estaba su padre, predicando cada domingo sobre la justicia divina manifestada en todas las cosas. Aquello hacía llorar a las viejas, decía, y luego empezaban los niños. No lo soportaba.

Bien. He intentado ponerme en el lugar de mi abuelo. No sé qué más pudo decir, qué más consideraría que era verdad. Con sus sermones exhortaba a esos jóvenes a que fueran a la guerra y su grey lo sufrió con una terrible dureza. Se alistaron cuando empezó y se quedaron hasta que terminó, por lo que los confederados pudieron dispararles a discreción. Y mi abuelo también fue con ellos, aun cuando le faltaba poco para cumplir los cincuenta años. Y perdió ese ojo y finalmente regresó todo lo curado de la herida que llegaría a estar nunca. Estaba tan acostumbrado a la pérdida que al parecer se olvidó de comunicárselo a la familia. Después de la contienda, sin embargo, era habitual tener una lesión o cicatriz de algún tipo. Tantas amputaciones... Cuando yo era chico, había muchos viejos a los que les faltaban brazos o piernas. Por lo menos, a mí me parecían viejos.

Fue un acto honorable que mi abuelo regresara a su congregación y se quedara con ella para cuidar de aquellas viudas y huérfanos. Los metodistas estaban constituyendo una iglesia. Habían comprado una finca un poco más abajo, siguiendo la carretera, por lo que sus fieles ya no tenían que quedarse con él. Y algunos se marcharon, en efecto. Esto lo sé por uno de esos sermones que mi padre enterró y desenterró después. En él comentaba el enorme atractivo de los sermones metodistas y la juventud del nuevo ministro, que había servido con honor, aunque brevemente, a la causa

unionista. He leído ese sermón innumerables veces. En casi todos los demás, se había corrido la tinta.

La gente nueva y la gente joven se encomendaba a los metodistas, que celebraban reuniones al aire libre junto al río, con centenares de asistentes procedentes de todas las partes de la campiña, y pescaban y cocinaban y lavaban la ropa y conversaban los unos con los otros hasta el atardecer. Entonces encendían antorchas y había sermones y cantos de himnos hasta bien entrada la noche. Mi abuelo también acudía y disfrutaba muchísimo. Los domingos, abría las puertas y ventanas para que su gente pudiera oír los cánticos procedentes del río. Respetaba a los metodistas porque habían cargado con gran parte del peso de la guerra y creía que no eran el tipo de gente que consentiría soportar por mucho más tiempo a los obispos.

Sospecho que sabía que no podía devolver la vida mediante sermones a una iglesia que había perdido tanto como la suya. Se ofrecía para hacer todo tipo de trabajos, reparar tejados y porches, dar clases a los niños, matar cerdos, cualquier cosa imaginable, porque los fieles que quedaban en su congregación no podían pagarle nada. La mayoría tampoco podía darle más que una gallina para el puchero o unas cuantas patatas por las labores que realizaba. Casi siempre desempeñaba trabajos que fuesen necesarios. Lo mismo cortaba leña en una casa que segaba hierba en la del vecino «sosteniendo a la viuda y al huérfano», decía mi padre (esto es del Salmo 146). Y escribió innumerables cartas al departamento de la Guerra, tratando de que los veteranos y las viudas recibiesen sus subsidios y pensiones, que no llegaban nunca o se demoraban muchísimo. En esto había algo irónico porque, como contaba mi padre, él y sus hermanas se quedaron, por así decirlo, huérfanos todo ese tiempo, lo cual supuso para ellos una gran penalidad dado que era evidente que su madre no iba a vivir mucho tiempo.

Para entonces, con veinte y pocos años ya era un hombre hecho y derecho y dos de sus hermanas ya eran casi adultas. Se las habrían apañado bastante bien de no haber sido por la frágil salud de su madre y su considerable sufrimiento. Creo que tenía algún tipo de cáncer. La población había tenido médico, pero se había ido con el ejército y nunca regresó. Si lo habían matado o no, nadie lo sabía, aunque circulaba la historia de que se le

había incrustado metralla en la sien y que no se había recuperado de la lesión. En cualquier caso, en aquella época los médicos no eran de mucha ayuda. Todo se limitaba a aceite de hígado de bacalao y emplastos de mostaza o puntos de sutura y tablillas. O *brandy*.

Las vecinas le daban infusiones de flores de clavo rojo que, decía mi padre, seguramente no le hacían ningún daño. También le cortaron el pelo porque creían que le absorbía la energía. Cuando se lo enseñaron, se echó a llorar y dijo que era la única cosa de la que se había sentido orgullosa en la vida. Mi padre decía que el dolor la dejaba exhausta y que no era ella, pero esas palabras se les quedaron grabadas a él y también a sus hermanas. En esa época, e incluso cuando yo era niño, las mujeres llevaban el pelo largo porque creían que así lo prescribía la Biblia (I Corintios 11-15). Pero si estaban enfermas, se lo cortaban y aquello siempre era un acto triste, una suerte de vergüenza que se sumaba a los otros sufrimientos. Así que le dolió muchísimo. Cuando mi padre habló con su padre acerca de su bajo estado anímico, éste dijo: «Tú has vuelto y yo he vuelto y los dos conservamos la salud y el uso de nuestras extremidades». Mi padre concluyó que el significado de aquella aseveración no era otro que, como la congaja de ella no estaba por encima de la media de la región, él no podía dedicarle un tiempo especial.

Creo que los errores del viejo reverendo eran sobre todo consecuencia de una especie de tenacidad en las cuestiones éticas que, al final, llegó a causar admiración. A lo largo de los años, tuvo abundantes visiones que le exigían mucho, por lo que se sentía menos inclinado que otros a dejar de emplearse con el mismo vigor que antes. Como ya he dicho, perdió sus Testamentos en griego en una frenética retirada cruzando un río. Siempre he creído que en aquello había una metáfora. Por lo que yo sé, las aguas nunca se abrieron para él, ni una sola vez en la vida. Sencillamente, sus dificultades no tenían alivio ni fin. Pero por otra parte, él siempre se las buscaba.

Los Testamentos perdidos le llegaron por correo desde Alabama al cabo de unos años. Al parecer, un confederado se había tomado la molestia de recuperar el libro y luego averiguó qué compañía, y de qué regimiento,

habían perseguido aquel día y la identidad de su capellán. Tal vez había en el gesto una intención de burla pero, de todos modos, se recibió con agradecimiento. El libro se hallaba en muy mal estado. Espero que lo guardes. Es la clase de objeto que a simple vista carece de ningún valor.

Creo que el viejo tenía en realidad una idea demasiado limitada de lo que es una visión. Tal vez se había quedado tan deslumbrado, por así decirlo, con la gran luz de su experiencia que no había advertido que un sol imponente brilla para todos. Quizás sea ésta una de las cosas que quiero decirte. A veces, el aspecto visionario de un día concreto vuelve a ti al recordarlo o se te revela al cabo de un tiempo. Por ejemplo, cada vez que acojo un niño en los brazos para bautizarlo, estoy, por así decirlo, integrado en la experiencia de una manera más plena por haber visto más de la vida, por haber conocido mejor qué significa afirmar el carácter sagrado del ser humano. Creo que hay visiones que sólo acuden a nosotros como recuerdo, en retrospectiva. Éstas son palabras de púlpito, pero dicen la verdad.

Hoy, John Ames Boughton ha venido a visitarnos. Yo estaba sentado en el porche con el periódico y tu madre cuidando sus flores y él ha cruzado la puerta andando y ha subido los escalones con la mano tendida y una sonrisa en la cara. Ha dicho: «¿Qué estás haciendo, papi?», como me llamaba de pequeño porque creo que sus padres lo alentaban a ello. O eso he preferido pensar siempre. De niño tenía un encanto precoz, si encanto es la palabra adecuada, y no habría sido imposible que se lo hubiera inventado sin ayuda de nadie. Nunca me ha parecido que me apreciara.

Me ha impresionado lo mucho que se parece a su padre, aunque en todo lo que realmente importa son como el día y la noche. Cuando se ha presentado a tu madre como John Ames Boughton, ella se ha quedado visiblemente sorprendida y él se ha echado a reír. Me ha mirado y ha dicho: «Supongo que lo pasado todavía no está olvidado, ¿verdad, reverendo?». ¡Qué cosas de decir! Sin embargo, fue un descuido por mi parte no hablarle a tu madre de la existencia de esa criatura, esto es, de un tocayo, un ahijado, más o menos. Tú estabas fuera, entre los matorrales, buscando a *Soapy*, que tan a menudo hace las maletas y se marcha con destino desconocido y os

preocupa terriblemente a ti y a tu madre. Acababas de aparecer por una esquina de la casa sujetando a la vieja gata por las axilas. Tenía las orejas aplastadas hacia atrás y en sus ojos refulgía una furia paciente y movía la cola a sacudidas. Es tan larga que, de otro modo, tal vez se la habrías pisado. Era evidente que si la dejabas en el suelo saldría disparada, pero lo hiciste y ella escapó, pero tú no diste muestras de advertirlo porque estabas a punto de estrecharle la mano a John Ames Boughton. «¡Cuánto me alegro de conocerte, hermanito en la fe!», dijo, y a ti eso te complació mucho.

No tenía ni idea de que tu madre y tú os quedaríais tan fascinados con el hecho de que llevara mi nombre. De haberlo sabido, os lo habría advertido.

Sombrero en mano, ha subido los escalones, sonriendo como si entre nosotros hubiera alguna vieja broma privada. «¡Te veo estupendo, papi!», dijo, y he pensado, después de tantos años, las primeras palabras que salen de su boca tienen que ser una falsedad, pero en aquel momento me debatía para levantarme de la mecedora del porche, lo cual no tendría que ser un problema insalvable si no fuera porque en una mecedora de porche no hay nada firme a lo que agarrarse y ponerme en pie desde la posición sentada supone un gran esfuerzo para mi corazón, dice el médico, y sé por experiencia cuán cierto es. He pensado que sería mejor no morirme ni desmayarme en tu presencia y dejando al viejo Boughton sumido en reflexiones sobre el carácter inevitable de todo, pobre chiflado. Así que allí estaba Jack Boughton, con esa expresión en la cara mientras me ayudaba a levantarme cogiéndome por el codo. Y juro que ha sido como haber caído en un agujero, porque es mucho más alto que yo y antes no lo había sido nunca. Claro que yo estoy perdiendo algo de estatura, pero me ha resultado absolutamente ridículo.

Es tan extraño... En un momento soy un ciudadano respetable que lee las opiniones políticas de Estes Kefauver^[10] mientras su encantadora y joven esposa cuida las cinias y su hermoso hijo aparece maltratando cariñosamente a *Soapy*, esa gata que es como la oveja perpetuamente extraviada y que vuelve una vez más de la perdición, momentáneamente, a lo que debería haber sido el regocijo general. Las moscas molestaban un poco, pero la luz era plena y pura y el periódico recogía no pocas noticias

interesantes. Y, por supuesto, yo calzaba las zapatillas de cama debido a una ligera artritis en el dedo gordo. Era prácticamente una mañana perfecta.

Entonces llega Jack Boughton, que es realmente la viva imagen de su padre en lo que al aspecto físico se refiere, con el mismo cabello negro y la misma tez ruborosa. Tiene más o menos la misma edad que tu madre. Recuerdo que cuando ella levantó su amada cabeza hacia mí, que estaba a punto de bautizarla —lo hizo a la luz de la mañana invernal, la luz de la nieve nueva—, pensé, no es vieja ni joven, y en cierto modo me causó asombro y apenas fui capaz de llevar el agua a su frente porque se la veía mucho más que hermosa. La tristeza era un componente importante de aquello, sí. Y con los años ha rejuvenecido, y eso a ti te lo debe. Pero nunca la he visto tan joven como esta mañana.

La luz era hermosa y ella estaba en el jardín y tú corrías descalzo de un lado a otro, con la camisa por fuera y los hombros llenos de pecas. Tu madre había colgado un pedazo de perrito caliente de una cuerda y la había atado a un palo a fin de que lo utilizaras para atraer a *Soapy*. Lo llamaba la caña de pescar gatos, que es precisamente la clase de tonterías que te gustan, y te habías pasado la mañana pescando gatos entre los matorrales y alrededor de la casa mientras yo leía sobre la campaña electoral. Uno de los placeres de estos días es que les presto plena atención, minuto a minuto, y estaba siendo un día hermoso hasta el momento en que Jack Boughton me ha ayudado a levantarme. Entonces he captado una expresión en el rostro de tu madre, y también en el tuyo, que sé que no se debía al contraste que hacíamos. No esperaste hasta esta mañana para advertir que soy viejo. No sé qué fue lo que vi, pero nunca más pensaré en ello. No me hace ningún bien.

No ha podido quedarse al café. Todo ha ido bastante bien. Y luego se ha marchado.

Si estoy vivo, votaré a Eisenhower. Cómo me gustaría que me hubieses conocido cuando era una persona fuerte y llena de vigor.

Te hablaba de visiones. Recuerdo que una vez, cuando era pequeño, mi padre ayudó a demoler una iglesia que había ardido. Un rayo había

alcanzado el campanario y éste había caído sobre el edificio. El día que fuimos a demolerla, llovía. El púlpito quedó intacto, plantado bajo la lluvia, pero los bancos estaban hechos astillas. Todos agradecían a Dios que aquello hubiera sucedido en martes y a medianoche. Era un día cálido, caía una lluvia cálida y no había dónde cobijarse, por lo que nadie hizo mucho caso del agua. Acudió a echar una mano gente de diversa procedencia. Desengancharon los caballos y a los niños más pequeños nos sentaron en una vieja colcha debajo de un carromato aparcado en la cuneta, y allí charlamos y jugamos a las canicas y vimos a los chicos mayores y a los hombres escalar las ruinas en busca de Biblias e himnarios mientras cantaban, todos cantábamos, Bendito Jesús y La vieja Cruz nudosa, y el viento impulsaba la lluvia a rachas y las gotas nos alcanzaban donde estábamos. El viento era más fresco que la lluvia, cuyas gotas, al caer en la caja del carromato, producían el mismo sonido que cuando repiquetean en el alero de un desván. No llueve nunca, pero recuerdo ese día. Y cuando hubieron reunido todos los libros que habían quedado inservibles, prepararon dos tumbas y pusieron las Biblias en una y los himnarios en la otra y, a continuación, el ministro que oficiaba en aquella iglesia —baptista, creo recordar— rezó una oración. Siempre me maravillaba, cuando observaba a los adultos, cómo parecían saber sin asomo de duda lo que había que hacer en cada situación, lo que era decoroso.

Las mujeres pusieron en nuestro carromato los pasteles y tortas que habían traído y los libros que aún se podían utilizar y luego cubrieron la caja del carro con planchas de madera, lonas y mantas de viaje. Toda la comida quedó bastante húmeda. Al parecer, nadie había previsto que pudiera llover. Y como se acercaba el tiempo de cosecha, estarían demasiado atareados para volver en una buena temporada. Colocaron el púlpito bajo un árbol y lo cubrieron con una manta de montar, rescataron cuanto pudieron, que se redujo principalmente a ripias y clavos, y luego demolieron lo que aún quedaba en pie, para hacer una hoguera cuando todo se hubiera secado. Las cenizas se volvieron líquidas con la lluvia y los hombres que trabajaban en las ruinas quedaron tiznados y enfangados de pies a cabeza, hasta tal punto que costaba reconocerlos. Mi padre me trajo unas galletas manchadas de hollín de sus manos. «No importa, no hay nada

más limpio que las cenizas», me dijo. Sin embargo, éstas afectaban al sabor de la galleta, que debía de parecerse, pensé, al del pan de la aflicción, que por entonces era mencionado con frecuencia aunque hoy día está bastante olvidado.

«Extraño es el fruto de la adversidad». Desde luego que sí. Cuando estoy aquí arriba, en mi estudio, con la radio puesta y algún viejo libro en las manos y es de noche y el viento sopla y la casa cruje, olvido dónde estoy y es como si durante un par de minutos volviera a encontrarme en tiempos de penalidades, y la experiencia destila una dulzura que no comprendo. Sin embargo, esto no hace sino realzar su valor. Lo que planteo es que nunca llegas a conocer la verdadera naturaleza de nada, ni siquiera de tu propia experiencia. O tal vez ésta no tiene una naturaleza fija y cierta. Recuerdo a mi padre agachado bajo la lluvia, con el agua goteándole del sombrero y dándome de comer la galleta con su mano tiznada, con las ruinas ennegrecidas de la iglesia al fondo y el humo alzándose donde la lluvia caía sobre las brasas. Recuerdo el aguacero y a las mujeres entonando *La vieja Cruz nudosa* mientras se ocupaban de todo con delicados movimientos, casi como si bailaran al son del himno. En aquella época, ninguna mujer adulta permitía nunca que la vieran con los cabellos sin recoger, pero aquel día incluso las venerables ancianas llevaban la melena suelta a la espalda, como si fuesen colegialas. Resultaba muy gozoso y triste. Vuelvo a mencionarlo porque se me antoja que buena parte de mi vida quedó comprendida en este momento. La aflicción me ha devuelto más de una vez a esa mañana, en la que tomé la comunión de manos de mi padre. Sí, recuerdo aquello como una comunión y creo que eso fue, exactamente.

No puedo expresarte lo que para mí ha significado aquel día bajo la lluvia. No soy capaz de explicarme a mí mismo lo que ha representado, pero sé muy bien cuántas dudas me despejó por completo.

Hoy, todas las ancianas llevan el cabello corto y teñido de azul, lo cual está bien, supongo.

Cada vez que he sostenido una Biblia en mis manos, he recordado el día en que, bajo la lluvia, enterraron aquellas Sagradas Escrituras inservibles debajo del árbol, y éste quedó, de algún modo, santificado por ese recuerdo. Y pienso en el viejo reverendo, predicando en las ruinas de su iglesia con todas las ventanas abiertas para que los pocos que allí estaban alcanzasen a oír el canto de La vieja Cruz nudosa que ascendía por la ladera desde la reunión metodista. Y mi propia iglesia está santificada por la historia que me contaron. Recuerdo que mi padre decía que, cuando ellos dos habían llegado a la casa por primera vez, habían encontrado el techo de la iglesia en un estado tan lamentable que había cubos y cacerolas en el pasillo y en los bancos. Contaba que las mujeres habían plantado rosas trepadoras junto al edificio y a lo largo de la valla, de modo que se veía más bonito de lo que nunca había lucido. La pradera había llegado de nuevo a los campos y los huertos, y en los caminos, entre las roderas, crecían girasoles. Las mujeres continuaban con sus reuniones de oración y sus estudios de la Biblia aunque la iglesia se estaba desmoronando a su alrededor. Pienso en ello, y me parece que rezuma fuerza y encanto. Creo sinceramente que es un desperdicio y una ingratitud no rendir respeto a una visión, tanto si uno la ha tenido personalmente como si no.

Dicho esto, siempre procedimos con cierta cautela respecto a acercarnos al viejo por su costado derecho. El ojo que le faltaba era el derecho y teníamos la impresión de que aquél era el lado de donde venían sus visiones. Nunca nos hablaba mucho de ellas, pues consideraba que nuestra actitud al respecto era, en mayor o menor medida, rotundamente errónea. Con todo, nosotros procurábamos mostrar el debido respeto. A veces, cuando volvía de la escuela, mi madre salía a buscarme al porche de atrás y me susurraba: «El Señor está en el salón». Entonces yo entraba con cautela, en calcetines, y me limitaba a echar una mirada a hurtadillas al salón y allí estaba mi abuelo, sentado en el ángulo derecho del sofá, atento, sociable y con aire de grave complacencia. De vez en cuando, le oía un comentario, «entiendo tu punto de vista», o «yo mismo lo he pensado, con frecuencia». Y después,

durante unos días, el viejo se mostraba radiante y decidido y un poco más descarado en sus raterías.

Una vez, durante la cena, nos dijo: «Esta tarde me he encontrado con el Señor junto al río y hemos charlado un rato, ya sabéis, y me ha hecho una sugerencia que he juzgado interesante. Ha dicho: “John, ¿por qué no vuelves a casa y, sencillamente, pasas allí la vejez?”. Pero he tenido que responderle que no estaba seguro de hallarme en condiciones de hacer el viaje».

Y mi madre dijo: «Papá, ya estás en casa. Probablemente, Él se refería a que deberías ceder un poco».

«Bueno —dijo el viejo—, bueno...», y volvió a sumirse en su resplandor, dándole vueltas a lo que fuese que pensara.

Mi padre diría más tarde que, si el viejo estaba convencido de que el Señor quería que volviese a Kansas, nada de cuanto nosotros dijéramos tendría la menor influencia en un sentido o en otro. Para él, era importante creer en aquello, aunque dudo de que llegara a hacerlo nunca de verdad.

Una vez, cuando me dirigía a la escuela, vi a unos niños burlarse de mi abuelo como si fuera un viejo consumido cualquiera que anduviese recogiendo moras en el sombrero, asintiendo a medias y murmurando por lo bajo mientras lo hacía. Se acercaban a él por aquel lado derecho y le tocaban el brazo y le tiraban de la manga del abrigo. Cuando lo hacían, él se ponía a asentir y a murmurar y los niños se tapaban la boca con las manos y salían corriendo.

Lo cierto es que aquello me dejó perplejo. Ahora me doy cuenta de hasta qué punto estaba convencido, en cierto sentido, de que había alguna suerte de santidad a esa diestra suya, y cuánto me conmocionó, doy fe de ello, que aquellos niños pudieran violarla como lo hacían. Allí estaba yo, asimilando lo que sucedía e intentando decidir qué hacer, cuando el viejo se volvió en redondo y me dirigió aquella mirada. Cómo supo que estaba allí y por qué me miró de esa manera, como si el traidor fuera yo, es algo que jamás he entendido. Entonces me pareció injusto por su parte, pero nunca

más pude quitármelo de la cabeza. Nunca fui capaz de decirme a mí mismo que me equivocaba, que no había nada de eso en su mirada.

En fin, confesaré que sí sentí que me provocaba cierta incomodidad. Puede que un poco de vergüenza, incluso. Y no era la primera vez que me sucedía. Pero entonces era un crío y pienso que él podría haber sido un poco más indulgente conmigo. Esas personas capaces de calarte a la primera nunca te hacen justicia del todo, pues no reconocen tu esfuerzo por intentar ser mejor de lo que eres, un empeño arduo y bien intencionado y merecedor de cierta consideración.

Más vale que diga esto, también. A todos nos causó un terrible dolor que nos dejara como lo hizo. Sabíamos que era un castigo y, por mucho que pudiéramos alegar en nuestra defensa, apelando a nuestra sensatez y a nuestras buenas intenciones, sabíamos que a su entender todo aquello eran trivialidades, lo cual a su vez también lo atenuaba para nosotros. Cuando se marchó, se llevó muchísimo consigo.

Mi padre contaba que, cuando entró en la iglesia de su padre al regresar del ejército, lo primero que vio fue un lienzo bordado que colgaba de la pared sobre la mesa de comunión. Era una labor bellísima, de flores y llamas rodeando las palabras «El Señor Nuestro Dios es un Fuego Purificador». Supongo que éste es el motivo de que siempre piense en la iglesia del abuelo como la que fue fulminada por el rayo. Como así fue, en realidad.

Mi padre sostenía que aquel pendón bordado había sido la causa que lo había impulsado a ir a sentarse con los cuáqueros. Decía que el ultimísimo adjetivo que él aplicaría a la guerra, después de haberla visto de cerca, era el de «purificadora», y que la idea de que aquellas mujeres pudieran creer que el mundo era ni un ápice más puro por la pérdida de sus hijos y maridos le causaba consternación. Se quedó mirándolo, visiblemente molesto al parecer, pues una mujer le comentó: «Sólo es un fragmento de las Escrituras».

«Disculpe, señora, pero no. Eso no es de las Escrituras», replicó él.

«Bien —dijo ella—, pues debería serlo, desde luego».

Y, naturalmente, a él le pareció terrible que la mujer hubiera podido pensar tal cosa. Con todo, si la Biblia no recoge cabalmente estas palabras, hay pasajes de los que podría decirse que resumen el lema con cierta exactitud. Tal vez era a eso a lo que ella se refería.

Siempre he deseado tener la oportunidad de verlo, ese tapiz bordado, si eso era. Mi padre decía que había querubines a los lados, con las alas desplegadas hacia delante como se ven en las láminas antiguas, y donde debería de haber estado el Arca de la Alianza se citaban aquellas palabras incendiarias, con flores y llamas alrededor y por encima de ellas. No sé cómo se las arreglaron esas mujeres para encontrar el material para la labor, ni cuánto hubieron de deshilar sus escasas buenas ropas y meterles la tijera para completarla. Y siempre me he preguntado qué sería de él. Los objetos materiales son muy vulnerables a las humillaciones del deterioro. Y hay algunos que yo desearía fervientemente que se salvaran de ellas.

Una tras otra, cuando recibieron la noticia de que habían enviudado, las mujeres regresaron al este, donde permanecía el resto de sus respectivas familias. No todas lo hicieron, pero sí buena parte de ellas. Algunas, que habían enterrado al marido y a los hijos junto a la iglesia, consideraron que no podían marcharse, y una parte de las que se habían ido regresó, incluso años después. Con todo, finalmente, la congregación menguó hasta desaparecer y los metodistas compraron el terreno y quemaron la vieja iglesia porque no tenía reparación posible.

Mi padre comentó una vez, en un sermón, cuánto lamentaba las ocasiones, después de la guerra, en que había ido a sentarse con los cuáqueros mientras el abuelo pugnaba por encontrar palabras de consuelo para los pobres restos de su grey. Contó que, en esos tiempos, su padre abría de par en par las ventanas que todavía se abrían para que se oyeran los cánticos de los metodistas junto al río y que, si el himno era La vieja Cruz nudosa o Roca de la Eternidad, algunas mujeres se arrancaban a cantar, incluso en pleno sermón, y él dejaba de predicar y las escuchaba. El viento, dijo, olía a tierra revuelta debido a las nuevas tumbas y sin embargo, más adelante, la gente recordaba aquellas mañanas de domingo y aquellas tardes de miércoles

como unos momentos extrañamente maravillosos. Había cierta ternura en su manera de referirse a ellos. Mi padre decía que toda su vida se había lamentado y arrepentido, pero nunca lo suficiente, de que al comienzo hubiera considerado casi como una cuestión de principios mantenerse al margen. Su padre había exhortado a sus fieles a ir a la guerra, proclamando que donde había esclavitud no existía paz, sino sólo una guerra de los armados y poderosos contra los cautivos e indefensos. Decía, la paz sólo llegará cuando esa guerra termine, por lo que el Dios de la paz nos llama a ponerle fin. Y todo esto lo decía con ese pistolón al cinto. Y los presentes gritaban siempre amén, hasta los niños más pequeños.

Hoy volvía a casa para almorzar y te he encontrado en la calle, jugando a lanzar pelotas con Jack Boughton. Tú llevabas su guante, un buen guante nuevo de jugador de campo que te llegaba casi hasta el codo y él usaba el viejo de Edward que guardo en mi escritorio, un guante sin membrana entre el pulgar y los demás dedos y sin bolsillo digno de tal nombre. Es un descuido por mi parte que no tengas tu propio guante. Me ocuparé de eso.

El joven Boughton te enseñaba a coger bolas rasas, sin duda para disimular el hecho de que, probablemente, no serías capaz de atrapar ninguna por alto. Tú te lo tomabas todo muy en serio, corriendo de aquí para allá con esas ágiles piernas infantiles que tienes, y él decía: «Vamos, vamos», y se golpeaba el guante y luego, con voz de locutor deportivo: «¡Está doblando la segunda, señores oyentes! ¿Llegará a tiempo el lanzamiento?». Y entonces volvías a perder la pelota y él decía: «Esto es asombroso, señores. Parece que el corredor ha tropezado con el cordón de su zapato. ¡Se ha caído! ¡Se ha tomado un respiro para recuperar el aliento! ¡Ahora se ha levantado y se dirige a la base! Arrastra el pie izquierdo, señores. ¡Va a la pata coja!». Y para entonces tú te partías de risa, pero conseguiste devolverle la pelota por fin y él dijo: «¡Bueno, señores, el corredor está eliminado!». Era hermoso contemplaros a los dos bajo la trémula sombra.

Recuerdo cuando miraba a Louisa mientras saltaba a la comba en esa calle, con su chaqueta rojo brillante y sus coletas botando bajo el frío.

Estábamos a principios de primavera, así que apenas levantaba polvo. Las hojas comenzaban a brotar en los árboles, que aún tenían ese aire sutil y valiente que presentan los arbolillos jóvenes. No sé de quién fue la idea de plantar todos esos olmos por el pueblo pero, quienquiera que fuese, nos hizo mucho bien. El viejo Boughton y yo pasamos muchas tardes lanzándonos la pelota bajo esos mismos árboles, hasta que las articulaciones empezaron a dolerle, lo cual ocurrió, creo recordar, antes de que cumpliera los cuarenta. Su salud ha significado otra dura prueba para él. Viéndolo, este Jack Boughton podría ser su padre.

Estoy tratando de sacarle el máximo partido a la situación. Esto es, intento contarte cosas de las que jamás se me habría ocurrido hablarte si te hubiera criado yo, padre e hijo, con la camaradería habitual. Cuando las cosas siguen su curso ordinario, es difícil acordarse de lo que importa de verdad. Hay infinidad de cosas que a uno ni se le pasaría por la cabeza contar a nadie. Y creo que deben de ser las cosas que tienen un mayor significado para uno y que incluso tu propio hijo debería saber, a fin de conocerte bien. Recuerdo ese día de mi infancia en que estaba tumbado debajo de un carromato con los otros niños para ver cómo derribaban las ruinas de la iglesia bautista y mi padre me trajo una galleta para el almuerzo y yo salí a gatas y me arrodillé allí con él, bajo la lluvia. Lo recuerdo como si hubiera partido el pan y me hubiese puesto un cachito en la boca, aunque sé que no lo hizo. Tenía la cara y las manos negras de ceniza y se lo veía socarrado, como uno de los antiguos mártires, y se arrodilló allí bajo la lluvia y sacó una galleta de dentro de su camisa y la partió, eso es cierto, y me dio la mitad y él comió la otra mitad. Y era en verdad el pan de la aflicción porque, por aquel entonces, todo el mundo era pobre. Había habido una sequía que se había prolongado varios años y los tiempos eran duros pero, como lo eran para todo el mundo, no lo notábamos tanto. Y supongo que por eso a nadie le molestaba la lluvia, porque había sido tan escasa... Un detalle que siempre me viene a la memoria es que las mujeres se soltaron el pelo y que arrastraban las faldas por el barro, incluso las viejas, como si nada de aquello importase en absoluto. Y luego estaban los cánticos, que

evoco muy hermosos, aunque casi tengo la certeza de que no podían serlo. Simplemente, se elevaban con el sonido de la lluvia. Bajo la Cruz de Jesús. Todas las melodías antiguas, tan tristes y bonitas. Con el paso de los años, la amargura de aquel bocado ha significado otras cosas para mí. He tenido abundantes ocasiones de reflexionar sobre ello.

No es sorprendente que evoque ese día como si mi padre me hubiese dado la comunión, sacando aquel pan de su costado y partiéndolo para mí con sus manos cenicientas. Sin embargo, es extraño que recuerde haberlo recibido de esa manera, porque nunca ha sido costumbre que el ministro ponga el pan en la boca del comulgante, como sí se hace en otras iglesias. Pienso en esto porque, la mañana de la comunión, cuando tu madre te trajo y dijo: «Tendrías que darle un poco de eso a él», rompí el pan y te di un trocito de mi mano como no lo habría hecho mi padre, excepto en mi recuerdo. Y sé que lo que quería en aquel momento era darte una versión del mismo recuerdo, un recuerdo que me ha sido muy querido, aunque sólo ahora advierto cuán a menudo lo he tenido presente.

*El tiempo, como un río que siempre fluye,
se lleva a todos sus hijos;
vuelan olvidados, como muere
un sueño en quebrando el día.*

El bueno de Isaac Watts^[11]. He pensado con frecuencia en ese poema. Siempre me he preguntado qué relación hay entre la realidad presente y la realidad última.

*En Tu contemplación, mil siglos
son como una velada pasajera...*

No dudo de que sea cierto. Nuestro sueño de vida terminará como acaban los sueños, abrupta y completamente, cuando sale el sol, cuando llega la luz. Y pensaremos, todo ese miedo y esa congoja eran por nada. Pero eso no

puede ser cierto. No creo que olvidemos todas nuestras penas por completo. Significaría olvidar que hemos vivido, humanamente hablando. Pienso que la pena es un componente esencial de la sustancia de la vida humana. Por ejemplo, en este momento me invade una especie de pena amorosa por ti mientras lees esto, porque no te conozco y porque has crecido sin padre, mi pobre hijo, tumbado ahora boca abajo al sol, con *Soapy* durmiendo encima de tu rabadilla. Estás haciendo esos espantosos dibujitos que me traerás para que los admire y que yo admiraré, porque no tengo valor para decir una palabra que pudieras recordar contra mí.

Te contaré otras viejas historias. Casi todo lo que sé de los viejos tiempos procede de la temporada en que mi padre y yo anduvimos vagando por Kansas, perdidos. No sé si realmente llegué a llorar, pero sé que pasé mucho tiempo intentando no hacerlo. Llevaba las suelas de los zapatos agujeradas de tanto caminar y me entraba polvo, ramitas y gravilla que me gastaban los calcetines y me lastimaban los pies. ¡Oh, qué suciedad! ¡Oh, qué llagas! El tiempo abrumba a los niños. En la iglesia, les cuesta un gran esfuerzo soportar toda la función, como bien sabes. Y allí estaba yo, caminando penosamente a través de la misma nada conocida, día tras día, queriendo siempre reducir el paso, sentarme, tumbarme, con mi padre avanzando en vanguardia, un poco desesperado sin duda, como tenía todo el derecho a estar. Un par de veces llegué a sentarme. Sencillamente, me quedaba sentado en la hierba bajo el calor, con los saltamontes revoloteando en torno a la cabeza, y lo veía seguir adelante y alejarse hasta que casi lo perdía de vista, lo cual, en Kansas, supone un buen trecho. Entonces, me levantaba y corría hasta alcanzarlo. «Te va a entrar sed», decía. Pero a mí me parecía que había tenido sed toda mi vida.

En cambio, lo agradable era que, cuando caminaba a su lado, me contaba unas cosas extraordinarias que, de otro modo, estoy seguro de que nunca me habría contado. Si había cena, me contaba historias para celebrarlo; si no la había, me las contaba para compensarlo. Una vez, unos búhos nos despertaron con ese ulular quisquilloso al que se entregan a veces y me relató la historia de que, en cierta ocasión, lo habían despertado por la noche unos ruidos y, al asomarse, había visto salir por las puertas de la iglesia de su padre la mula del viejo John Brown, azuzada para que bajase

aquellos escalones de madera en la oscuridad de la luna. Oyó el ruido de un repropio del animal y una voz triste y grave que decía: «Ahora, así va bien. Así va bien». Después, cuatro caballos más, nerviosos y ágiles, todos con las sillas ya enganchadas. Los hombres montaron, dos en un caballo y, llevando la otra montura por las bridas —uno de los hombres estaba herido y había que sostenerlo—, se alejaron cabalgando sin decir palabra. Luego, al cabo de unos minutos, oyó que se abría la puerta del establo y el resoplido y el piafar de su caballo y a su padre hablándole, y entonces su padre también se alejó cabalgando.

Me contó que a continuación había ido a la iglesia y se había sentado allí, en la oscuridad, preguntándose qué hacer. A la sazón, todavía no había cumplido diez años. Según él, la iglesia olía a caballo y a pólvora y como a sudor. (En aquellos tiempos, no había balas como las de ahora, así que durante aquel rato debieron de cargar las armas con pólvora y perdigones). Habían arrimado los bancos y la mesa de comunión a las paredes para que las bestias dispusieran de espacio. Era evidente que los hombres habían dormido en los bancos. Los heridos, porque debían de estarlo dada la gran cantidad de sangre en uno de ellos y en el suelo, cerca. Mi padre dijo: «Eso fue lo primero que vi cuando empezó a hacerse la luz».

Así que arrastró el banco hasta el jardín trasero de la iglesia y lo puso vertical para apoyarlo de canto en la alta hierba. Hizo esto para evitar que se deteriorara lo menos posible la superficie de la hierba. Luego, cogió una escoba y una pala y limpió lo mejor que pudo la suciedad dejada por los caballos. Con un cubo de agua y jabón, restregó la mancha de sangre pero sólo consiguió que ésta se extendiera, así que terminó mojando con agua todo el suelo para que la mancha se viera menos. Se decía que, si aquellos hombres que habían dormido en la iglesia estaban siendo acosados, los perseguidores podían presentarse en cualquier momento y buscarían rastros como excrementos de mula en una iglesia o sangre en un banco. Y, además, de todos modos eran cosas de las que tenía que ocuparse, especialmente porque era sábado.

Pero a esos mismos perseguidores les resultaría curioso encontrarlo fregando la iglesia antes de que el sol hubiera salido del todo. Entonces, se le ocurrió pensar en la actitud impropia de su padre, el hecho de haberse

marchado a aquellas horas, sin haber planeado algo para dejar las cosas en orden, sin haber dejado instrucciones, las que fuesen, sobre lo que había que hacer, y permitiendo que él se levantara de la cama y se encontrara en aquella ridícula situación, en la que no parecía haber nada correcto que hacer. En eso andaba pensando mientras cargaba un cubo de agua hacia la iglesia, cuando vio a un hombre con el uniforme del ejército de Estados Unidos sentado en uno de los bancos arrimados a la pared, bajo la luz crepuscular, con el sombrero en la mano y el arma en el banco, a su lado.

«Vaya sitio tan bonito que tenéis aquí», dijo el soldado. Después, tirando de un roto en la rodillera del pantalón, dijo: «La maldita yegua me ha tirado. Un búho o algo así se puso a ulular y ha salido disparada. Vosotros, aquí, ¿no tendréis un caballo que pueda requisar? Sólo sería para un par de días».

«Tendrá que hablar con mi padre».

El soldado replicó: «Tu padre no está. Supongo que se ha marchado a alguna parte montado en ese mismo caballo que quería pedir prestado. —Y luego—: ¿Has oído hablar de Osawatomie John Brown? Seguro que sí. Todo el mundo ha oído hablar de él. Veo que eres un buen chico. No te preocupes, no voy a obligarte a decir mentiras precisamente aquí, en la iglesia, hermanito en la fe. Sabes lo que se lleva entre manos John Brown».

Mi padre dijo que había oído historias.

El soldado asintió. «Por aquí hay gente que lo ayudaría a la menor oportunidad. Ministros del Evangelio, incluso. Si lo pidiera, lo dejarían entrar en la iglesia con esa mula vieja que tiene. Lo considerarían un honor. Me parece extraordinario. Esos fugitivos entrarían con sus armas y sus heridas y las botas sucias, sangrando y manchando el suelo, y no ocurriría absolutamente nada. En cambio, un soldado del gobierno de Estados Unidos se presenta a buscarlos, como le pagan por hacerlo, y nadie le ofrece una taza de café siquiera».

«Café, tenemos —dijo mi padre—. Estoy seguro de que tenemos».

El soldado se puso en pie. «Mi pelotón me ha dejado a unos tres kilómetros de aquí y se ha dirigido hacia el este. Sabíamos a dónde irían esos individuos a continuación, tan pronto se ocultara la luna. No necesitábamos encontrar en el escalón de la entrada esas boñigas de caballo

que te has olvidado de limpiar para hacernos una idea general de la situación. Así que, si tu padre se ha marchado con ellos, es posible que ahora mismo esté considerando un mar de problemas. He creído mi deber decírtelo antes de tomarme vuestro café».

Mi padre me contó que notaba los labios tan entumecidos que no podía moverlos para hablar. El soldado dijo: «Me serviré agua de vuestro pozo», y salió de la iglesia y bebió y se marchó carretera arriba, renqueando un poco de aquella pierna. Mi padre no soportaba pensar que aquél fuese el hombre contra el que disparó mi abuelo, pero así lo creía. No pretendo insinuar que el abuelo lo matara directamente pero, por aquella época y en aquel lugar, un hombre podía morir de muchísimas otras cosas, además de por una herida de bala.

El hombre había caminado hasta la granja siguiente, donde había requisado el caballo y había partido en la dirección que creía que había tomado su pelotón, aunque, si se trataba del mismo hombre, se había desviado un poco hacia el sur. Brown y los demás habían regresado dando un rodeo y se habían dirigido hacia el sur, sabiendo que los seguirían camino de las montañas. Y mi abuelo volvía sin ninguna prisa a casa, con ese pistolón al cinto y esas dos camisas ensangrentadas bajo el brazo, lo cual fue una gran estupidez. Y debajo de la chaqueta iba a pecho descubierto, ya que había cambiado su camisa por las dos que llevaba consigo. Pero mi padre dijo que, desde aquel día, ya no volvió a ser un hombre práctico. Yo no habría sabido dónde buscar los orígenes de aquella falta de sentido práctico, pero estoy ciertamente dispuesto a dar fe de ella. En cualquier caso, un soldado solitario lo abordó y lo detuvo, montado en un caballo castaño que bien podía ser el del vecino. El soldado empezó a interrogarlo y, aunque no lo pilló una sola vez en falta, el abuelo tenía esa arma y el arma estaba cargada.

«Sí, lo hice, lo herí —dijo mi abuelo—. Después, su caballo se encabritó. El tipo se llevó una buena caída». Y lo dejó allí, en el suelo. «El viejo Brown preguntó si estaría dispuesto a cubrirles la retirada, de presentarse la ocasión. Dije que lo haría y así fue. —Añadió—: ¿Y qué iba a hacer con él? ¿Traerlo de vuelta hasta aquí?», y adujo, para no haberlo hecho, que la congregación había dedicado un montón de ingenio y

esfuerzo a construir paredes huecas y sótanos ocultos en sus diversas cabañas y dependencias anexas, túneles que empezaban en falsos fondos de cajones de patatas y tenían la salida cien metros más allá, debajo de los pajares, y así sucesivamente. En la iglesia guardaban un ataúd con falso fondo y había una tumba abierta, con una base de arpillera, extendida sobre un par de tablas y cubierta con tierra, que daba a un túnel que llegaba hasta el cobertizo. Todo aquel esfuerzo se había realizado para liberar a los cautivos y, por el bien de éstos, tenía que protegerse. El soldado sólo habría llegado a la conclusión de que mi abuelo estaba seriamente conchabado con John Brown, y llamar la atención de aquel modo hubiese supuesto correr el riesgo de destruirlo todo.

Si el viejo accedió a contarle lo que había sucedido, fue sólo porque mi padre le dijo a su vez que había encontrado al soldado en la iglesia. «¿Un individuo de piel cetrina, dices? ¿Y que hablaba arrastrando las palabras?». Después, previno a mi padre de que aquel asunto era de extrema importancia, de vida o muerte. No tenía que contárselo nunca a nadie y debía estar dispuesto a mentir si alguien se presentaba haciendo pesquisas. Así, ya fuera dormido o despierto, mi padre pensaba en el soldado herido y abandonado a su suerte en algún lugar de las planicies y trataba de imaginarse a sí mismo diciéndose que no había visto a aquel hombre y que no había hablado con él.

Las autoridades nunca fueron a hablarles del soldado, de modo que mi padre pensó que probablemente habría muerto. «El alivio que padecía cada día que no venían a preguntar era horrible», me dijo. Desde luego, hay muchas probabilidades de que el día de la muerte de un hombre sea el peor de su vida, pero mi padre dijo: «Cuando me contó que el caballo se había encabritado, el corazón me dio un vuelco». Así que allí estábamos, tumbados en el henal de un establo abandonado, oyendo a los búhos, oyendo a los ratones, oyendo a los murciélagos y oyendo el viento, sin la menor idea de cuándo rompería el alba. «Nunca me perdonaré no haber salido a buscarlo», dijo mi padre, y percibí la verdad de sus palabras como jamás la he sentido de ninguna otra afirmación humana. Y continuó contando: «Al cabo de una semana, el viejo diablo predicó vestido con una de esas camisas, con esa arma al cinto. Y no darías crédito a cómo

respondió la gente, el llanto que se desató y los alaridos». Y después de aquello, dijo, su padre se ausentaba, en ocasiones durante días. Había domingos en que iba a caballo hasta la iglesia y subía los escalones en el momento en que iba a empezar el servicio y disparaba al aire con aquella pistola para que la gente supiera que había regresado. Lo encontraban en lo alto del púlpito, con los ojos enrojecidos y la cara pálida y polvo en la barba, dispuesto a predicar sobre el juicio y la gracia. Mi padre dijo: «Nunca me atreví a preguntarle qué se llevaba entre manos. No podía correr el riesgo de enterarme de cosas acaso peores que mis sospechas».

Continué allí tendido, al lado de mi padre, con la cabeza apoyada en su brazo, oyendo el viento y sintiendo una compasión demasiado profunda como para tener un objeto definido. Me compadecí de mi madre, que tal vez tuviese que venir a buscarnos y jamás nos encontraría. Me compadecí de los murciélagos y de los ratones. Me compadecí de la tierra y de la luna. Me compadecí del Señor.

Y fue al día siguiente cuando llegamos a la granja de la mujer de Maine.

He pasado la mañana en una reunión con los administradores. Ha transcurrido agradablemente. Siempre con respeto, han hecho caso omiso de algunas de mis sugerencias sobre reparaciones en el edificio. Tengo casi la certeza de que construirán otra iglesia cuando yo no esté. No me lo tomo a mal: no quieren causarme un disgusto, así que esperan para llevar a cabo sus proyectos, y es un acto de bondad por su parte. Derribarán la vieja iglesia y levantarán algo mayor y más firme. Los oigo admirar la que han hecho los luteranos, y es impresionante, ladrillo rojo y un porche con columnas blancas y una gran puerta, magnífica, y una escalinata espléndida. El interior es muy bonito, me han dicho. Me han invitado a la inauguración e iré, si todavía sigo aquí y estoy en condiciones. En otras palabras, Dios mediante. Me gustaría ver también nuestra nueva iglesia, pero tienen razón, me afligiría ser testigo de la demolición de la vieja. Creo que presenciar eso podría matarme, realmente, lo cual no sería una cosa tan terrible para alguien en mis circunstancias. Una estocada de pesadumbre como golpe de gracia: habría poesía en ello.

¿Estoy impaciente? ¿Es posible tal cosa? Hoy no he sentido ni un asomo de punzada en mi cuerpo; de punzada en mi corazón, más concretamente. El latir de mi pecho continúa impertérrito, como una vaca vieja rumiando su bolo, con el mismo contento inacabable y monótono, o así me lo parece. Me despierto de noche y lo oigo. Otra vez, dice. Otra vez, otra vez, otra vez. «Pues la Preservación es una Creación; más aún, es una Creación continua y una Creación en cada momento». Esto es de George Herbert, al que espero que hayas leído. Otra vez: eso es lo único que ha dicho alguna vez un corazón. Y en el mismo instante en que se dice, el instante queda atrás, por lo que ni siquiera contiene promesa alguna.

Por lo que cada fragmento

*de mi corazón endurecido
se reconoce en esta estructura
al invocar Su nombre:
Que, si yo callo acaso,
estas piedras no dejen nunca de alabarlo.
Por un tiempo más, todavía.*

Si Herbert está en lo cierto, este viejo cuerpo es una creación tan nueva como lo es la tuya. Me refiero a como eres ahora, mientras juegas debajo de mi ventana en el columpio que te montó Dan Boughton. Seguro que te acuerdas. Ató sedal de pesca a una flecha y la disparó por encima de la rama y luego usó el sedal para izar la cuerda, etcétera. Tardó todo el día, pero lo hizo. Es un joven listo y de buen corazón. Fue un gran consuelo para sus padres. Ahora ejerce de maestro en algún lugar de Michigan, me han dicho. No abrazó el ministerio, aunque durante mucho tiempo todos esperaban que lo hiciese.

Estás de pie en el asiento del columpio y te meces más alto de lo que deberías, con el aire firme y desafiante de un marinero en un mar encrespado. Las cuerdas son largas y tú eres ligero y las cuerdas se arquean como hilos de una telaraña, laxas, indolentes. Llevas la camisa roja —es tu favorita— y vuelas hacia el sol que te ilumina, haces una pausa allí, resplandeciente, durante un segundo y luego vuelves a caer hacia las sombras. Se te ve completamente feliz. Recuerdo esos primeros experimentos con esas cosas fundamentales, la gravedad y la luz, y qué absoluto placer producían. Y está tu madre. «No subas tanto», dice, y le harás caso. Eres un niño bueno.

No pretendía criticar a los administradores. Entiendo su renuencia a hacer inversiones sustanciales en el edificio de la iglesia, a estas alturas, pero te aseguro que, si fuera un poco más joven, subiría a ese tejado yo mismo. Bien mirado, podría clavar unos cuantos clavos en los peldaños de la escalinata de acceso. No veo por qué se ha de dejar que el viejo edificio se vea ruinoso en el que puede ser su último año de existencia. Aunque es de

factura sencilla, guarda unas proporciones sumamente armoniosas y, cuando se le da una mano de pintura, nadie podría pedir más de una iglesia en lo que a su apariencia se refiere. En otros aspectos es inadecuada, eso lo reconozco.

Lo que no he olvidado mencionarles ha sido que la veleta del campanario la trajo mi abuelo de Maine y que es la que remató la torre de su iglesia durante muchos años. Se la dio a mi padre el día de su ordenación. Me contó que la gente de Maine ponía aquellos gallos en la punta de sus campanarios para que les recordara la traición de Pedro y los ayudara a arrepentirse. En aquellos tiempos, las torres no solían rematarse con cruces pero, cuando he mencionado que había un gallo en el campanario —algo en lo que la mayoría ni siquiera había reparado hasta aquel momento—, a todos les ha incomodado un poco el hecho de que allí arriba no hubiera una cruz. Ahora que lo tienen presente, creo que la pondrán. Es lo único que llegarán a hacer. Y han hablado de que instalarán la veleta en alguna pared, en el vestíbulo, probablemente, donde la gente pueda verla. No me importa lo que hagan con ella. Yo sólo la he mencionado porque no querría que la tirasen con el resto de los escombros. Es muy antigua. De esta manera al menos, tú podrás echarle una buena ojeada.

En la base de las plumas de la cola tiene un agujero de bala. Circulaba un buen número de historias sobre cómo se lo hicieron. Una vez me contaron que, como no tenía campana ni otra manera respetable de llamar al culto y casi nadie poseía un reloj que funcionase, mi abuelo anunciaba las reuniones disparando al aire con un rifle y, una vez, no prestó suficiente atención a dónde apuntaba. También corría la historia del hombre de Missouri que pasaba por allí en el momento en que los fieles acudían a la reunión y que, de un disparo, había puesto la veleta a girar sobre sí misma para tratar de descorazarlos, pues sabía que eran miembros del Partido de la Tierra Libre. Y había una versión más, la de que la iglesia había recibido en depósito una caja de rifles Sharps y alguien había querido comprobar si eran, realmente, armas tan precisas como se decía.

Los Sharps son rifles excelentes, pero sospecho que la historia cierta es la primera, pues, según mi experiencia, tal grado de precisión sólo se

consigue esporádicamente. Mi abuelo solía ser muy reservado en lo que concernía a sus acciones más embarazosas, por lo que bien pudo dejar que la gente especulara e inventara. Yo he contado al comité la historia del hombre de Missouri porque tiene cierto carácter cristiano: disparar a la veleta habría sido un acto de considerable comedimiento, pues en esos tiempos los ánimos estaban muy exaltados. Además, esa anécdota tiene, en mi opinión, el máximo interés histórico, y bien podría ser cierta, por mucho que yo crea lo contrario. Cuesta convencer a la gente de que vele por las cosas antiguas. Por eso, he pensado que debía hacer cuanto estuviera en mi mano por ese pobre gallo viejo.

En bastantes ocasiones, las iglesias de esos colonizadores tenían como único propósito ofrecer un lugar donde guarecerse de la lluvia hasta que hubiera tiempo y recursos para levantar algo mejor. Por ello, carecen de la dignidad que la edad confiere. Sencillamente, se vuelven desvencijadas, ruinosas. No se erigieron para hacerse venerables. Recuerdo la vieja iglesia baptista que mi padre ayudó a derribar, negra de arriba abajo entre la lluvia, con un aspecto diez veces más formidable del que tenía antes de que le cayera el rayo. Esto siempre constituyó una parte importante del concepto que yo tenía de una iglesia. Cuando era niño, creía firmemente que el propósito de los campanarios y agujas de las iglesias era el de atraer los rayos. Pensaba que sobre ellas recaía la misión de proteger todas las demás casas y edificios, y estimaba aquello un ejemplo de gallardía. Entonces empecé a leer un poco de historia y, al cabo, comprendí que no todas las iglesias se levantaban en las proximidades de las Grandes Llanuras y que no todos los púlpitos estaban ocupados por mi padre. La historia de la Iglesia es muy compleja, muy confusa, y quiero que sepas cuán consciente soy de ello. En los tiempos que corren, muchos piensan que la lealtad a la religión es una actitud trasnochada, si no algo peor. Soy consciente de ello y sé que las acusaciones que pueden formularse contra las iglesias son muchas y graves. Y sé también que mi propia experiencia de la Iglesia ha sido, en muchos sentidos, provinciana y resguardada. En todos los sentidos, a menos que realmente exista una vida universal y trascendente, a menos que el pan sea el pan y el cáliz sea el cáliz en todas partes, en toda circunstancia, y que para todos llegue un momento con el Señor en Getsemaní, como así lo creo

profundamente. Esa galleta llena de ceniza de la mano tiznada de mi padre. Todo ello tiene más significado de lo que soy capaz de expresar, así que no debes juzgar lo que sé sólo por las palabras que encuentro para transmitírtelo. Ojalá pudiera darte lo que mi padre me dio a mí. No: lo que el Señor me ha dado a mí y debe darte a ti también. Pero tengo la esperanza de que tú saldrás al encuentro del don. Y, como he dicho, no me refiero con ello al ministerio como tal.

Esta mañana he hecho algo extraño. Sonaba un vals por la radio y he decidido que quería bailar. No me refiero a bailar en el sentido corriente. Tengo una idea general de cómo se baila el vals, pero nunca he recibido lecciones, ni nada de eso. Lo que he hecho, sobre todo, es mover algo los brazos y girar un poco sobre mí mismo, con sumo cuidado. Al recordar mis años de juventud, caigo en la cuenta de que cuando bailaba nunca tenía suficiente, de que la pieza siempre terminaba antes de que yo me cansara. Siempre que pienso en Edward, evoco aquellos días jugando a lanzarnos pelotas en una calle calurosa y ese delicioso cansancio de los brazos. Evoco saltar en pos de una pelota alta y esa maravillosa colaboración de todo el cuerpo consigo mismo y esa maravillosa certeza y asombro cuando sabes que el guante está exactamente donde debe. ¡Ah, cómo echaré de menos el mundo!

Así pues, he decidido que me sentaría muy bien un poco de baile, y así ha sido. Me propongo dar todos mis pasos de vals aquí, en el estudio. He pensado que podría tener un libro cerca para agarrarlo si empiezo a experimentar un dolor fuera de lo normal, para que así, el hecho de que lo encuentren entre mis manos constituya una sugerencia relevante. Pero, considerándolo mejor, juzgo la idea un tanto teatral y podría tener el efecto adverso de cargar el libro de asociaciones desagradables. Los que se me han ocurrido, por cierto, eran Donne y Herbert y la Carta a los romanos, de Barth^[12], y el volumen II de los Institutos, de Calvino. Con lo cual no pretendo desmerecer un ápice el volumen I.

Existe un misterio en esa idea de la recreación de un viejo como viejo, conservando fielmente todos los defectos y marcas de lo que se considera una larga vida y manteniendo también todas sus afecciones y todas sus predisposiciones, como el progresivo avance de la artritis de mi rodilla izquierda. En ocasiones, he pensado que el Señor debe de conservar en la memoria la totalidad de nuestra vida, por así decirlo. Claro que la conserva. Y «memoria» no es la palabra, de eso no me cabe duda. Pero el dedo que me rompí resbalando para alcanzar la segunda base cuando tenía veintidós años está más torcido que nunca y, siguiendo la visión de Herbert, puedo interpretar el hecho como una atención íntima.

Esta mañana me he acercado, dando un paseo, a casa de Boughton. Lo he encontrado sentado en el porche cerrado, detrás de las trompetillas trepadoras, dormitando. A su esposa y a él les encantan esas flores porque atraen a los colibríes. Las plantas ya se han adueñado de todo, prácticamente, de modo que la casa parece una especie de enorme escondite para cazar patos. Cuando se lo he comentado, Boughton me ha rectificado. «Un escondite para cazar colibríes —ha dicho—. Hay veces en que una simple perdigonada abatiría un millar de ellos». Pero como con eso no hay suficiente todavía, dice, para dar sabor a un caldo, seguirá esperando su oportunidad.

Las malas hierbas han invadido todos sus jardines en mayor o menor grado pero, cuando iba de camino, he visto al joven Boughton y a la hija Glory desbrozando los bancales de lirios. Boughton es propietario de su casa. Antes, pensaba que esto era algo envidiable, pero durante los últimos años no ha habido nadie que la atendiera, aparte de él, y las cosas se le han escapado un poco de las manos.

Parecía de excelente humor. «Los chicos están arreglándome las cosas», ha comentado.

Hemos hablado de la temporada de béisbol y de las elecciones, pero me he dado cuenta de que estaba pendiente, sobre todo, de las voces de sus hijos, que sonaban muy felices y armoniosas. Recuerdo cuando jugaban en esos jardines con sus gatos y con sus cometas y con las burbujas. Era la

visión más encantadora que uno pueda presenciar. Su madre era una buena mujer, ¡y vaya una para reírse! Boughton decía: «La echo en falta terriblemente». La mujer conoció a Louisa cuando eran jóvenes. Recuerdo una ocasión en que le pusieron unos huevos cocidos a una gallina clueca del vecino. Nunca entendí con qué propósito, pero recuerdo que se reían de tal modo que acabaron dejándose caer en la hierba y se quedaron allí tendidas, con las lágrimas resbalándoles hasta los cabellos. Una vez, Boughton y yo y algunos más desmontamos en piezas un carro para el heno y volvimos a montarlo en la azotea del edificio del juzgado. Tampoco sé con qué propósito lo hicimos, pero nos lo pasamos en grande, trabajando al abrigo de la oscuridad y todo eso. Yo aún no me había ordenado, pero ya estaba en el seminario. No sé qué creíamos que estábamos haciendo. Le he preguntado a Boughton si se acordaba de cuando habíamos puesto aquel carro en la azotea y su respuesta ha sido: «¿Cómo podría olvidarlo?», y ha soltado una risilla por complacerme, pero lo que en verdad quería era sentarse allí con la barbilla apoyada en la cabeza del bastón y escuchar las voces de sus hijos. Así pues, me he vuelto a casa.

Tu madre y tú estabais preparando bocadillos de pan de pasas con manteca de cacahuete y manteca de manzana. Para mí, estos bocadillos son una gran exquisitez, como tú bien sabes, porque me obligaste a quedarme en el porche hasta que todo estuvo a punto, con la leche vertida y demás. Los niños parecen pensar que todo lo placentero tiene que ser una sorpresa.

Tu madre se sentía un tanto inquieta porque no sabía dónde estaba. No le había dicho que quizá me acercaría por la casa de Boughton. Tiene miedo de que me caiga muerto en cualquier parte y lo considero un temor bastante razonable. En realidad, me parece que cosas peores podrían suceder, pero ella no lo ve así. La mayor parte del tiempo me encuentro mucho mejor de lo que el médico me indujo a esperar, por lo que prefiero disfrutar cuanto puedo. Me ayuda a dormir.

Estaba pensando en los padres del viejo Boughton, en el aspecto que tenían cuando nosotros éramos unos críos. Aun en la flor de la vida, formaban una pareja bastante sombría. No se parecían en absoluto a él. La madre se

llevaba a la boca pequeñas porciones de comida y las engullía como si estuviera tragando brasas encendidas que alimentaban los fuegos de su dispepsia. Y en el padre, por muy reverendo caballero que fuese, había algo que delataba inquina. Siempre me ha gustado la expresión «guardar rencor» porque mucha gente atesora el resentimiento como si fuese lo más apegado a su corazón. Bien, quién sabe qué impresión habrán dejado de sí mismos ese par de viejos peregrinos, a estas alturas. Siempre imagino a la misericordia divina devolviéndonos a como éramos, permitiendo por ello que nos riamos de en qué nos hemos convertido, que nos mofemos de los ridículos disfraces en forma de cojera, bizqueo, joroba o mirada hosca que todos nos ponemos. Yo tengo la esperanza de que, cuando nos reunamos, las peculiaridades que la vida me haya dejado grabadas no me alejen de ti. Cuando miro a Boughton, veo a un hombre joven, divertido y generoso, lleno de vigor. Ahora usa dos bastones y dice que, si le saliera un tercer brazo, tres llevaría. No ha subido a un púlpito desde hace diez años. He llegado a la conclusión de que Boughton ha completado su tarea y que yo aún no he terminado la mía. Espero no estar abusando de la paciencia del Señor.

He empezado *La senda del pino solitario*. He ido a la biblioteca a buscar un ejemplar para mí, ya que tu madre es incapaz de separarse del suyo. Creo que lo está leyendo otra vez. Yo, si alguna vez lo leí, lo he olvidado por completo. Es sobre una joven que se enamora de un hombre mayor. Le dice: «Iré contigo donde sea». Eso me hizo reír. Creo que es un libro muy bueno. El protagonista no es tan viejo como yo, pero tu madre tampoco es tan joven como la chica de la novela.

Esta semana me propongo predicar sobre el *Génesis* 21, 14-21, que es la historia de Agar e Ismael. Si éstos fuesen tiempos ordinarios —y si yo tuviera veinte años menos—, emprendería un recorrido ordenado por los Evangelios y las Epístolas antes de volver de nuevo al *Génesis*. Esa era mi costumbre y siempre la he estimado efectiva para enseñar, que es

precisamente de lo que se trata. Ahora, sin embargo, hablo de lo que me viene a la cabeza: en este momento, de Agar e Ismael.

La historia de Agar e Ismael me sobrevino esta mañana, mientras oraba, y encontré en ella una gran certidumbre. La historia afirma que no sólo es el padre quien se preocupa por la vida de su hijo, quien protege a la madre; asevera también que, aunque la madre no encuentre modo de proveer su sustento, éste será provisto. A este nivel, es una historia que reconforta. Así es como funciona la vida: enviamos a nuestros hijos al desierto. A algunos, el mismo día de su nacimiento, parece, a pesar de toda la ayuda que podamos darles. Algunos parecen llevar un desierto en sí mismos. Pero allí también debe de haber ángeles, y manantiales de agua. Incluso ese desierto, la mismísima guarida de los chacales, es del Señor. Debo tenerlo presente.

El joven Boughton vino a ver si te apetecía jugar un rato a lanzar pelotas. Y resultó que sí. Está bronceado de haber trabajado en el jardín, lo cual le proporciona un aire saludable y franco. Te está enseñando a lanzar por encima de la cabeza. Dijo que no podía quedarse a cenar. A ti eso te decepcionó y creo que a tu madre, también.

La luna brilla, hermosa, a la cálida luz del crepúsculo, del mismo modo que la llama de una vela se ve hermosa a la luz de la mañana. Luz dentro de la luz. Parece una suerte de metáfora de algo. A tal punto llega. Ralph Waldo Emerson lo expresa de una manera excelente.

A mí me parece una metáfora del alma humana, la luz singular dentro de la gran luz general de la existencia. O la poesía dentro del lenguaje. O quizá la sabiduría dentro de la experiencia. O el matrimonio dentro de la amistad y del amor. Intentaré acordarme de utilizar esto. Creo que veo un lugar para ello en mis reflexiones sobre Agar e Ismael. El tiempo que pasaron en el desierto se me antoja un momento específico de divina Providencia dentro de todo el carácter providencial de la Creación.

Ayer por la noche, antes de la cena, vino Jack Boughton dando un paseo. Se sentó en el escalón del porche y habló de béisbol —es seguidor de los Yankees, y está en todo su derecho— y de política, hasta que la fragancia de los macarrones y el queso se entrometió de tal manera que me sentí obligado a invitarlo a cenar. Tu madre y tú todavía lo consideráis una sorpresa agradable, a este John Ames Boughton, con su voz tranquila y esos aires de predicador, que, dicho sea de paso, no ha hecho nada para ganarse o para merecer. Por lo que yo sé, al menos. Ya los tenía incluso de niño y eso siempre me resultó inquietante. Tal vez se trate de algo de lo que no es consciente, habiendo crecido como lo hizo. A veces, sin embargo, me parece ver en ello un elemento de parodia. Me pregunto si siempre actúa de ese modo en todas partes, o sólo lo hace en mi presencia o en la de su padre. ¿Qué quiero decir con eso de aires de predicador? Hay maneras de ser formal y deferente, y al mismo tiempo cordial, sin perder el aire de digna autoridad que es inherente al predicador. Yo nunca he tenido esos aires, pero mi padre sí, y Boughton también. Mi abuelo, ese viejo nazarita, era impresionante, pero en otro estilo. Sin embargo, nunca he visto un ejemplo más claro de puro y perfecto predicador que Jack Boughton, por pagano que sea, o que fuese. Tu madre le preguntó si le gustaría bendecir la mesa y lo hizo, con una simplicidad elegante que casi parecía un despilfarro para unos macarrones con queso.

Mencionó que hace días que no voy a ver a su padre, lo cual es verdad y no sucede por coincidencia. Pensé que se quedaría en casa de sus padres sólo unos días. Verlos a los dos juntos ha sido una de las grandes irritaciones de mi vida. Esperaba no acercarme por allí hasta que se marchara, pero es evidente que no tiene la intención de hacerlo.

En los viejos tiempos, solía entrar en la cocina y mirar en la despensa y en la nevera y, por lo general, encontraba un perol lleno de sopa, un estofado o un guiso de algo, que calentaba o no, según el humor que tuviera. Si no encontraba nada, comía alubias guisadas frías o emparedados de huevo frito, que, dicho sea de paso, me gustaban mucho. Cuando estaba en la iglesia, o arriba en el estudio, alguna de las mujeres se presentaba en la

puerta y me dejaba la comida delante de ella y se marchaba, y otro día volvía y se llevaba la cacerola, las servilletas o lo que fuera. Encontraba jamón, encurtidos y pescado ahumado. Una vez encontré tabletas para el hígado. Era una vida extraña con sus propios placeres.

Luego, cuando tu madre y yo nos casamos, la gente tardó cierto tiempo en entender que ya no podían entrar y salir como les apeteciera. Creo que pensaban que ella no sabía cocinar, y en realidad así era, de modo que siguieron presentándose en la puerta con sus guisos hasta que advertí que a tu madre le disgustaba; entonces, hablé con ellos del asunto. Una noche, la encontré llorando en la despensa. Alguien había entrado y había cambiado el cordón de abrir la luz y había puesto papel nuevo en los estantes. Lo habían hecho con buena intención, pero era una falta de consideración hacia ella, eso lo comprendí.

Menciono esto porque me pareció muy extraño estar allí sentado con vosotros dos y con Boughton hijo, precisamente él. Porque no hace tantos años me hallaba sentado a esa mesa, en la penumbra, comiendo carne mechada de la cacerola en la que había llegado y escuchando la radio, cuando el viejo Boughton cruzó la puerta, se sentó a la mesa y dijo: «No enciendas la luz», así que apagué la radio y nos quedamos allí sentados y hablamos y rezamos, acerca de John Ames Boughton y por John Ames Boughton.

Pero esta historia tal vez sea más de lo que necesites saber, más de lo que deba contarte. ¿Para qué hacerlo, si las cosas han salido bien? No hay nada demasiado destacable en el relato; en realidad, es muy corriente. Lo cual, en cualquier caso, no es ningún atenuante. La gente me habla muy a menudo de alguna maldad que han cometido, o que han sufrido, y pienso: ¡oh, eso, otra vez! He oído que hay iglesias en el Sur que obligan a la gente a hacer pública confesión de sus pecados más graves ante toda la congregación. Creo que, en ocasiones, resultaría beneficioso hacer que la gente cobrara conciencia de lo gastadas y rancias que resultan esas viejas transgresiones. Puede que así perdieran un poco del lustre que tienen para quienes sienten la tentación de llevarlas a cabo, pero no tengo pruebas que confirmen que obraría ese efecto. Naturalmente, existen circunstancias especiales y atenuantes. En el caso del joven Boughton, eran muy

especiales y en absoluto atenuantes, si soy quien para juzgar. Y no lo soy, o no debería serlo, según las Escrituras.

La transgresión. Eso es un legalismo. Nunca se produce una mera transgresión. Se produce una herida en la carne de la existencia humana que deja una cicatriz cuando se cura y que, con excesiva frecuencia, nunca parece curarse del todo.

Evita la transgresión. ¿Qué te parece eso como consejo?

Tengo que decidir qué le digo a tu madre. Sé que se lo está preguntando. Él es muy amable con ella, y contigo. Y conmigo. Gracias a Dios, esta noche no ha habido ningún «papi». Se muestra tan respetuoso que me entran ganas de decirle que no soy el hombre más viejo del mundo, todavía. Bueno, sé que estoy muy susceptible respecto a ciertas cosas. Debo intentar ser justo con él.

Tú lo miras como si fuera Charles Lindbergh. Te sigue llamando hermanito y a ti eso te encanta.

Espero que exista una singular providencia en el hecho de que haya aparecido cuando yo tengo tantas otras cosas de las que ocuparme, pues su presencia constituye una considerable alteración en un momento en que habría apreciado especialmente la paz.

No me quejo. O no debería hacerlo.

He estado pensando en el sermón de mi funeral, que me propongo escribir para ahorrarle la tarea a Boughton. Puedo hacer una imitación bastante buena de su estilo. Con eso se reirá.

El joven Boughton ha vuelto esta mañana con manzanas y ciruelas de sus frutales. Glory y él lo están dejando todo particularmente bien allí. Han trabajado mucho.

Intento ser un poco más cordial con él de lo que he sido hasta ahora. Él casi da un paso atrás, sonrío un poco y me mira como diciendo: «¡Vaya, estamos cordiales, hoy! ¿Qué puede significar eso?». Y me mira directamente a la cara como si quisiera que yo me dé cuenta de que sabe

que es puro teatro y de que eso le divierte. Supongo que cualquier intento es teatro, en cierto sentido. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? En estas situaciones, casi todo el mundo te sigue la corriente, no importa lo que piensen interiormente. Me resisto a llamarlo perversidad, pero es evidente que me incomoda, y estoy casi seguro de que es eso lo que él busca. Y creo también que le resulta francamente divertido. Así pues, he abandonado por hoy mi intento de cordialidad, me he excusado y me he ido para ocuparme de ciertos asuntos en la iglesia.

He pasado varias horas meditando y rezando por John Ames Boughton y también por John Ames, el padre de su alma, como una vez me llamó Boughton, aunque no estoy de acuerdo con la expresión ya que sólo el Señor es el padre de todas las almas. Esto me da mucho que reflexionar. No pretendo ofender o rechazar a mi propio hijo —Dios no lo permita—, pero también eres hijo del Señor, lo mismo que yo y que todo el mundo. Debo ser generoso. El único papel que tengo que desempeñar es el de ser generoso. Sencillamente, debo ingeniármelas de algún modo para, incluso, pensar en él con generosidad, ya que tanto insiste en que puede leer mis pensamientos. Creo que he avanzado un poco en este sentido mediante la plegaria, aunque es evidente que debo mejorar mucho y rezar mucho más.

Esto es algo importante que he contado a mucha gente y que mi padre me contó a mí y que a él a su vez le contó su padre. Cuando te encuentras con alguien, cuando tienes tratos con alguna persona, es como si te plantearan una pregunta. Así, debes pensar, ¿qué es lo que me pide el Señor en este momento, en esta situación? Si has de enfrentarte a insultos o a hostilidad, tu primer impulso será reaccionar de la misma manera. Pero si piensas: «Este es un emisario que me envía el Señor y esto ha de traerme ciertos beneficios, el primero de los cuales es la oportunidad de demostrar mi fidelidad, la ocasión de mostrar que, en pequeña medida, participo de la gracia que me salvó a mí», si piensas así, entonces eres libre de comportarte de un modo distinto al que las circunstancias parecen dictar. Eres libre para obrar según tu propio entendimiento. Al mismo tiempo, quedas liberado del impulso de odiar o de estar resentido con esa persona, la cual

probablemente se mofaría de la idea de que el Señor la envió para tu beneficio (y el suyo), pero en eso consiste la perfección del disfraz, en que él no se dé cuenta de que lo llevas.

Mi estrepitoso fracaso en el intento de vivir según esa valiosa enseñanza en tiempos recientes me lo ha recordado. Calvino dice en alguna parte que cada uno de nosotros es un actor en un escenario y que Dios es el público. Esta metáfora siempre me ha interesado, porque nos convierte en artistas de nuestra conducta y la reacción de Dios ante nosotros puede considerarse estética, más que de juicio moral en el sentido ordinario. ¿Hasta qué punto conocemos bien nuestro papel? ¿Con cuánta seguridad lo interpretamos? Supongo que el Dios de Calvino era francés, del mismo modo que el mío es del Medio Oeste u originario de Nueva Inglaterra. En estos grandes temas todos aportamos cuanto luz podemos. Sin embargo, la imagen de Calvino me gusta, porque sugiere que Dios disfruta con nosotros. Creo que pensamos demasiado poco en eso. Sería una manera de comprender cosas esenciales, dado que, presumiblemente, el mundo existe para Su disfrute, no en un sentido simple, por supuesto, sino como tú disfrutas el «ser» de un niño aun cuando éste sea, en todos los aspectos, una espina en tu corazón. «Tiene una mentalidad propia», decía Boughton cuando ese hijo suyo se llevaba algo entre manos. Y lo decía como alabanza, de veras. El caso es que Edward, por ejemplo, sí que tenía una mentalidad propia, una mentalidad digna de respeto.

Tampoco estoy seguro de que eso sea cierto. Digna de respeto, desde luego, pero lo que ocurre es que su mentalidad procedía de un tipo de libros, igual que la mía procedía de otro tipo de lecturas. Pero eso no puede ser cierto. Cuando estaba en el seminario, leí todos los libros que él me había mencionado y todos los que pensé que él habría leído, si podía hacerme con ellos y no estaban escritos en alemán. Si tenía dinero, encargaba por correo libros que creía que él tenía intención de leer. Cuando los llevé a casa, mi padre también empezó a leerlos, lo cual, en aquel momento, me sorprendió. Quién sabe de dónde procede cada mente... Es todo un misterio. Y, sin embargo, Boughton tiene razón. Jack Boughton es una buena pieza.

Es evidente que serán necesarias muchas más plegarias, pero antes echaré una cabezada.

Siento el firme impulso de prevenirte contra Jack Boughton. A ti y a tu madre. Tal vez ahora ya sepas lo falible que soy y lo poco que puedo confiar en mis sentimientos en este asunto. Y sepas, por haber vivido unos años que yo no puedo predecir, si debes perdonarme por haberte prevenido, o por no haberlo hecho, o si, en realidad, nada de esto ha resultado ser relevante. Para mí, es un asunto grave.

Este párrafo, en sí mismo, equivaldría a una advertencia. Tal vez sea lo único que puedo decirle a tu madre. Que ése no es un hombre dotado de las más altas virtudes. Ten cuidado con él.

Si sigue viniendo por aquí, creo que lo haré.

Hace un par de días que no te escribo. He pasado unas noches más bien difíciles. Malestar, un poco de dificultad al respirar. He decidido que las dos opciones que tengo abiertas son, 1) atormentarme, o 2) confiar en el Señor. No hay solución terrena para los problemas que afronto, pero puedo hacer que éstos aumenten, como creo que he hecho, pensando demasiado en ellos. Así que eso se acabó. Hoy, los Yankees juegan contra los Red Sox. Esto es providencial, porque será un buen partido y no me importa en absoluto quién gane. Por lo tanto, mientras lo vea, no tendré un exceso de emociones. (Ahora tenemos televisión, un regalo de los fieles con el objetivo concreto de que pueda ver los partidos de béisbol. Y lo haré. Pero, al lado de la radio, parece un poco bidimensional).

Tu madre te ha enviado a casa de los vecinos para que no me importunes, dice, pero eso me lleva a preguntarme qué impresión debo de haberle causado esta mañana. La pobre mujer está muy pálida. No ha dormido mejor que yo. Ayer dejaron el televisor en la sala y pasaron la tarde trajinando en el tejado para instalar la antena. Esas cosas interesan terriblemente a los jóvenes. Les alegra poder hacer un favor de una naturaleza tan exótica y peligrosa. Me acuerdo, me acuerdo.

Tu madre ha bajado mis cosas de escribir y los libros que ha encontrado encima del escritorio y alguien ha traído una bandeja para mis píldoras, las

gafas y el vaso de agua, por si esto es tan grave como todo el mundo parece pensar. Yo no lo creo, pero puedo estar equivocado.

Me quedé dormido en el sillón y al despertar me sentía mucho mejor. Me perdí ocho entradas y media y no sucedió nada en la otra media (4 a 2 para los Yankees), pero la señal se recibía bien y espero ver el resto de la temporada, si Dios quiere. Tu madre dormía también, arrodillada en el suelo con la cabeza apoyada en mis rodillas. Tuve que quedarme muy quieto un buen rato, viendo una película de ingleses con gabardina que tramaban algo turbio relacionado con unos franceses y unos trenes. En realidad, no la seguí. Cuando tu madre despertó, se alegró mucho de verme, como si me hubiera ausentado largo tiempo. Luego, fue a buscarte y cenamos en la sala; resulta que quien fuese que trajo las bandejas, trajo una para cada uno. Como la cena constaba de tres clases de guisos de carne y dos macedonias de frutas distintas, con tarta y pastel de postre, imaginé que mi grey, que combatía los problemas de la vida cocinando platos de aquella suerte, habría recibido una alarma. Incluso había una ensalada de judías que juzgué claramente presbiteriana: hasta tal punto el nerviosismo había rebosado de su vaso confesional. Cualquiera pensaría que me había muerto. La guardamos para el almuerzo.

Pasamos un buen rato, los tres, viendo la tele. Salían malabaristas, monos y ventrílocuos y había un montón de baile. Me pediste un bocado de mi plato antes de decidir qué guiso y qué macedonia querías —tienes una aversión infantil a mezclar la comida en el plato—, así que te di a catar un poco de cada uno con mi tenedor, conjeturando cuál era el de la señora Brown, la señora McNeill, la señora Pry, la señora Dorris, la señora Turney... «¡Todavía no me decido!», dijiste entonces, y empezamos otra vez la ronda. Y así, bromeando, fuimos dando cuenta de todo. Fue una broma maravillosa. Pensé en el día en que te di la comunión. Me pregunto si tú pensaste en lo mismo.

Esta mañana estuve unas horas en la iglesia y, cuando volví a casa, me encontré con que habían trasladado buen número de mis libros al salón, con mi escritorio y la silla, y que habían llevado arriba el televisor. Fue idea de tu madre, pero supe que había sido el joven Boughton quien se había encargado de trasladar las cosas, o la había ayudado a hacerlo. No me enfadé por ello. A estas alturas de la vida, me niego a enfadarme. Aquello se había hecho con buena intención. Y tenía que hacerse tarde o temprano. Y es cierto que, si tengo que pasar la velada con alguien, prefiero a Karl Barth antes que a Jack Benny^[13]. De todos modos, tengo el estudio. No siento aún la necesidad de renunciar a él. Jack Boughton, en mi estudio. Tal vez bajó este mismísimo diario con sus propias manos. Después de una búsqueda un tanto angustiosa, que ha incluido dos viajes al piso de arriba, lo he encontrado aquí abajo, en el último cajón del escritorio, donde no acostumbro a dejarlo nunca. Esto me ha parecido una especie de burla, como si me lo estuviera escondiendo a propósito. Sé que no estoy siendo razonable.

Hoy he predicado el sermón de Agar e Ismael. Me he apartado del texto un poco más de lo que suelo hacer normalmente, lo que quizá no ha sido muy sensato por mi parte, pues venía de pasar muy mala noche. No es que no pudiera conciliar el sueño; al contrario, habría preferido incluso haberme quedado en vela. Tendido en la cama, he sido presa impotente de mis inquietudes. Muchas de ellas me las habría podido quitar de la cabeza si hubiera estado en pleno uso de mis facultades, pero en esos momentos me veía atenazado por una especie de embotamiento paralizante. Debatirse dentro de la parálisis se hace muy extraño: dudo que moviera un músculo, pero cuando he despertado estaba agotado, exhausto.

El joven Boughton ha asistido al servicio. Esto sí que no me lo esperaba. Tú lo has visto y has llamado su atención agitando la mano y dando palmaditas en el banco, a tu lado, y él ha avanzado por el pasillo y ha tomado asiento junto a ti. Tu madre se ha vuelto para darle los buenos días y, tras esto, no lo ha mirado más. Ni una sola vez.

He empezado mis comentarios destacando las semejanzas entre el relato de Agar e Ismael expulsados al desierto y el de Abraham emprendiendo la marcha con Isaac para sacrificarlo, como cree él. Mi tesis es que a Abraham, en realidad, se le ordena que sacrifique a sus dos hijos, y que el Señor envía en ambos casos sendos ángeles a que intervengan en el momento crítico para salvar al niño. La extrema vejez de Abraham es un elemento importante en ambos relatos, no sólo porque apenas pueden caberle esperanzas de engendrar más hijos, no sólo porque los hijos tenidos en la vejez son indeciblemente preciados, sino también, creo, porque cualquier padre, sobre todo un padre anciano, debe entregar finalmente a su hijo al desierto y confiar en la providencia de Dios. Se antoja casi una crueldad que una generación dé vida a otra cuando los padres pueden garantizar tan poco para sus hijos, cuando pueden darles tan poca seguridad, aun en las mejores circunstancias. Se requiere mucha fe para entregar un hijo en la confianza de que Dios corresponderá al amor de los padres por él asegurándose de que, en efecto, haya ángeles en ese desierto.

He hecho hincapié en que el propio Abraham había sido enviado al desierto, que también a él se le había ordenado dejar la casa de sus padres, que tal es la historia de todas las generaciones y que sólo mediante la gracia de Dios nos convertimos en instrumento de Su providencia y participamos de una paternidad que es siempre, en último término, Suya.

Llegado este punto, me he apartado de mi texto para señalar que la inquietud de un viejo pastor por su iglesia es, del mismo modo, un olvido del hecho de que el propio Cristo es el pastor de Su pueblo y una presencia fiel entre los Suyos por todas las generaciones. Me ha parecido que era una buena reflexión, pero tal observación ha hecho que a algunas mujeres les saltaran las lágrimas, por lo que he intentado cambiar de tema y he planteado la cuestión de por qué el Señor habría de pedir al buen Abraham que hiciera dos cosas que resultaban tan crueles de encajar: enviar a una madre con su hijo al desierto y tomar a un hijo y atarlo sobre un altar para ofrecerlo en sacrificio. Esto me ha venido a la cabeza porque yo mismo me lo he preguntado a menudo. Y, a continuación, he tenido que intentar darle una respuesta.

Se me había ocurrido que aquéllos eran los dos únicos casos en las Escrituras en que un padre se muestra cruel con su hijo. Cuando el Señor pregunta: «¿Quién de vosotros, si su hijo pide pan, le dará una piedra?», se trata de una pregunta retórica. Todos sabemos, por experiencia, que entre nosotros hay muchos padres que maltratan a sus hijos o que los abandonan. Y ha sido en este punto cuando he advertido que el joven Boughton me sonreía. Blanco como un lienzo, me sonreía. Jamás habría escogido aquel texto si hubiera sabido que él estaría presente, aunque si me hubiera ceñido al sermón tal como lo había redactado todo habría ido mejor.

Respecto a la crueldad de esas narraciones, he dicho que planteaban el hecho de que las criaturas suelen ser víctimas de rechazo o de violencia y que también en estos casos, que la Biblia no aprueba en ningún otro pasaje, el niño —la niña, en este caso— queda al cuidado providencial del Señor. Y esto, he añadido, es tan cierto tanto si el ángel se lleva a la pequeña al seno de su fiel y amante Padre, como si Él hace manar las fuentes o detiene el cuchillo y permite que ella viva la totalidad de sus años en la tierra.

No sé en qué medida será ésta suficiente respuesta a la pregunta. Es una cuestión tan difícil que dudo en plantearla siquiera. Mis únicas disposiciones para abordarla son las muchas ocasiones en que la gente me ha pedido que se lo explicara. E, independientemente de lo que les haya parecido a los demás, no he conseguido hacerlo a mi propia satisfacción, ni una sola vez.

Siempre me ha preocupado que, cuando digo que los ofendidos y los oprimidos se encuentran dentro de la providencia de Dios, algunos entiendan que proclamo que insultar y oprimir no son asuntos graves y malvados. La enseñanza completa de la Biblia es explícitamente contraria a tal idea. Así pues, he citado la palabra del Señor: «Si alguien escandalizare a uno de estos pequeños, mejor le fuera si le atasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al mar». Es un lenguaje muy severo, pero es así.

El joven Boughton se ha quedado allí sentado, sonriendo. Ésta es una actitud de él que siempre ha resultado extraña. Trata las palabras como si fuesen actos. No atiende a su sentido, como hacen los demás. Él se limita a decidir si son hostiles y en qué grado. Decide si las palabras lo amenazan o lo hieren y reacciona a tenor de ese nivel. Si interpreta castigo en algo de lo

que le dices, es como si le hubieras disparado un tiro. Como si le hubieras cortado una oreja.

Como he dicho, no esperaba que asistiese a aquel servicio. Además, hay mucha gente cuya conducta para con sus hijos dista mucho de la que debería ser; por eso, aunque me apartara del texto y aun cuando reconozca que el hecho de tenerlo allí, sentado al lado de mi esposa y de mi hijo con aquella expresión en el rostro, quizás afectaba a mis improvisados comentarios, seguía siendo una considerable muestra de egotismo por su parte interpretar, como era evidente que hacía, que mis palabras iban dirigidas solamente a él.

Tu madre parecía nerviosa. Tal vez era porque le di la impresión de estar hablando de mi propia situación, y de la suya y la tuya, o quizá porque me costaba cierto esfuerzo ordenar mis pensamientos, o porque estaba un poco más exaltado de lo habitual. Y si mi expresión reflejaba fielmente mi estado de ánimo, o sólo la mitad de lo hastiado que estaba, eso también justificaría su preocupación.

Sin embargo, me ha sobrevenido el pensamiento de que el joven Boughton le había contado alguna versión de los hechos, lo suficiente para que ella viera las implicaciones de mi sermón desde el punto de vista de él. Ignoro cuándo pudo hablar con ella. Supongo que, si buscaba la oportunidad, la encontraría. Lo que sí me ha extrañado es que ella no le dirigiera la mirada una sola vez. Si acaso pretendía que no se notase que lo reconocía en el sermón, eso lo explicaría. Y se me ha ocurrido que, tal vez, otros miembros de la congregación darían por supuesto, también, que el sermón iba dirigido a él. Todo ha sido sumamente desafortunado. Debo esperar que salga algún bien de ello. En cuanto al joven Boughton, no sé por qué no acude al servicio presbiteriano.

Ahora, rezaré. Pero antes, creo que dormiré. Intentaré dormir.

Otra mañana, a Dios gracias. Una noche de sueño profundo y sin incomodidades dignas de mención. Una feligresa llamó poco después del desayuno y me pidió que fuera a su casa. Es anciana, enviudó hace poco, está sola y acaba de trasladarse de su granja a una casita en la población.

Uno nunca sabe qué problemas o temores tienen las personas como ella, así que acudí. Resultó que el problema era el fregadero de la cocina. Me explicó, visiblemente perpleja de que en un universo legítimo y justo pudiera producirse una inversión tan drástica, que del grifo del agua fría salía agua caliente y del de la caliente, fría. Le sugerí que, sencillamente, considerase que la F significaba caliente y la C, fría, pero ella replicó que le gustaba que las cosas funcionaran como se suponía que debían hacerlo. Así pues, fui a casa, busqué el destornillador, regresé y cambié los grifos. La mujer dijo: «Supongo que esto bastará hasta que encuentre un fontanero de verdad». ¡Ah, la vida clerical! Creo que esa mujer sospechaba cierta torpeza doctrinal por mi parte; ahora, estará convencida de ella. Sin embargo, la historia hizo reír a tu madre, con lo que doy por recompensados mis esfuerzos.

Anoche terminé *La senda del pino solitario*. Me produjo una especie de agitación durante un rato. El viejo ve a la chica con alguien de su edad y observa lo bien que armonizan, y a partir de ese momento empieza a envejecer, a descuidarse y abatirse, y ella sigue muy hermosa, por supuesto. Pero todo termina bien. Ella lo ama sólo a él y para siempre. Dudo que hubiera mantenido el interés en el libro de no haber surgido este tema en particular. Y luego quise averiguar qué había en aquellas páginas que tanto le gustaba a tu madre. Dios la bendiga, cuánto la quiero. Leí la mayor parte ayer por la tarde y luego no podía dormir, dándole vueltas, así que me levanté, fui al estudio y seguí leyendo casi hasta el alba. Y entonces fui a la iglesia a ver amanecer, porque esa paz me restablece más que todas las horas de sueño. Es como si en su interior hubiera un cúmulo de quietud, como si todos los silencios que hayan entrado alguna vez en ella se hubieran quedado. Recuerdo que una vez, siendo un niño, soñé que mi madre entraba en la alcoba y se sentaba en un rincón y cruzaba las manos en el regazo y se quedaba allí, muy callada y quieta. Me hizo sentir maravillosamente seguro, maravillosamente feliz. Ella me miraba y decía: «Sólo estaba disfrutando de la calma». En la iglesia, tengo esa misma sensación de que lo que estoy soñando es verdad.

Me impresiona que tu madre no encontrara un medio mejor de ofrecerme unas palabras reconfortantes que demostrar amor a este libro encantador y nada extraordinario, hasta el punto de que yo me fijara en él y lo leyera también. Fue la Providencia, que me decía lo que ella no habría sabido expresar.

Ojalá pudiera ser como uno de los antiguos vikingos. Haría que los diáconos me llevaran y me tendieran al pie de la mesa de comunión y, a continuación, prendieran fuego al viejo barco. Y éste y yo navegaríamos juntos hacia la eternidad. Aunque, en realidad, espero que salven esa mesa. Por supuesto que lo harán.

Incluso el sanctasanctorum quedó expuesto a la vista. Su intensa oscuridad se desvaneció en la luz normal del día, y el misterio divino sólo se hizo más espléndido si cabe. Así también puede desvanecerse esa acumulación de silencio, sin que el gran silencio pierda un ápice de su fuerza. Y sin embargo, gracias a Dios, esperarán hasta que muera.

A veces casi olvido el propósito de esto que escribo, que es contarte cosas que te habría contado si hubieses crecido conmigo, cosas que creo que me corresponde, como padre, enseñarte. Están los Diez Mandamientos, por supuesto, y sé que habrás tenido especialmente en cuenta el Quinto^[14], honrar al padre y a la madre.

Quiero llamarte la atención sobre éste porque las leyes penales y civiles y las normas sociales imponen el Sexto, el Séptimo, el Octavo y el Noveno. El Décimo Mandamiento no se puede forzar a nadie a cumplirlo, o tan siquiera cumplirlo uno mismo, ni aún con la mejor voluntad del mundo, y la gente lo viola constantemente. He sido sincero contigo al hablarte de mi enorme padecimiento ante el espectáculo de tanto matrimonio, de tanto hogar rebotante de hijos, sobre todo el de Boughton, no porque yo los ambicionara sino porque quería tener los míos propios. Creo que el pecado de la envidia es esa punzada de resentimiento que puedes experimentar cuando incluso la gente que más quieres tiene lo que tú deseas y no tienes.

Desde el punto de vista de amar al prójimo como a ti mismo (Levítico 19, 18), nada hace más innegable la degradación de una persona que la envidia: la sientes en el corazón, en los huesos. En ese sentido, es instructiva. Nunca he conseguido obedecer ese mandamiento, «No codiciarás». He evitado vivir la experiencia de desobedecerlo pasando mucho tiempo solo, como ya he dicho. Estoy seguro de que habría trabajado de manera más efectiva en mi vocación si me hubiera limitado a aceptar la inevitabilidad de la envidia en mí mismo, como parece hacer Pablo; como una espina clavada, por así decirlo. «Gozad con los que gozan». Con demasiada frecuencia, me ha resultado difícil hacerlo. Me sentía mucho mejor llorando con los que lloran. No lo digo como una broma pero, cuando lo pienso, resulta divertido.

Si hubiera vivido, habrías aprendido de mi ejemplo, tanto del malo como del bueno. Por eso quiero contarte dónde fracasé, si los fracasos fueron lo bastante importantes como para tener consecuencias reales, y éste ciertamente lo fue.

Pero, retomando la cuestión de honrar a tu madre, creo que es importante que el Quinto Mandamiento aparezca en medio de la lista, entre los afines con la propia veneración de Dios y los que guardan relación con la conducta correcta hacia el prójimo. Siempre me he preguntado si hay que leer los Mandamientos como si siguieran un orden de importancia. Si es así, honrar a tu madre es más importante que no matar. Esto me resulta extraordinario, aunque estoy abierto a la idea.

O quizá pueda considerárselos distintos tipos de leyes, no comparables en términos de importancia, y honrar a la madre sea el último en la secuencia referida a la veneración debida, en vez de ser el primero de la serie concerniente a la conducta correcta. Creo que ésta es una opinión muy defendible.

El apóstol dice, «amaos sin hipocresía», y también, «amad a todos». El mandamiento es mucho más estricto. Los comentaristas antiguos suelen decir que honrar «a tu padre y a tu madre» significa hacerlo a cualquiera que tenga autoridad sobre ti, pero ésa es la manera en que la gente ha pensado durante largo tiempo y de ella ha derivado mucho mal: la esclavitud era patriarcal, etcétera. ¡Cualquiera que tenga autoridad sobre ti

es tu padre! Y además, en este mundo ha habido padres brutales y perversos. «¿Qué pensáis vosotros que moléis los rostros de los pobres?». ¿Dice el texto en algún lugar, «a los niños les serán dadas cosas buenas y a los padres se los mandará de vuelta de vacío»? No, pues los padres no son equiparados a los ricos o a los que ostentan autoridad. En ninguna parte de las Escrituras aparece un padre que trate con maldad a su hijo, mientras que los ricos y los poderosos de las Escrituras no pocas veces son malvados. Y si honrar la autoridad significa sólo que uno no se moleste en desafiarla, eso realmente rebaja la noción de honrar como se aplicaría a una madre. No sería algo tan hermoso o importante como para ocupar un lugar central en los Diez Mandamientos, por el amor de Dios.

Yo creo que el Quinto Mandamiento pertenece a la primera tabla, que está entre las leyes que describen la veneración debida, porque la veneración debida es la percepción adecuada (véase sobre todo Romanos i), y aquí las Escrituras dictan la percepción adecuada de la gente de la que uno tiene un conocimiento real y profundo. La manera de honrar a alguien depende de las circunstancias, de modo que uno sólo puede cumplir realmente una obligación general de demostrar amor en casos concretos de intimidad y comprensión mutuas. Si todo esto parece sesgado en favor de los progenitores, subrayaré de nuevo que la Biblia recoge numerosos ejemplos de padres que honran a sus hijos. Creo que, a este respecto, es notable que no sea Adán, sino el Señor, quien reprenda a Caín. Eli nunca reprende a sus hijos, ni Samuel a los suyos. David nunca reprende a Absalón. Al final de sus días, el pobre y viejo Jacob reprende a sus hijos y a la vez los bendice. Algo extraordinario sobre lo que meditar.

Aquí hay un sermón. El hijo pródigo como texto del Evangelio. Tengo que preguntarle a Boughton si ha reparado en esto. Pues claro que lo ha hecho, claro que sí. Debo dedicar más tiempo a esta idea.

Con esto quiero decir que la formidable bondad y providencia del Señor nos han proporcionado a casi todos alguien a quien honrar: el hijo a su padre, el padre a su hijo. Siento un enorme respeto por tu rectitud de carácter y por tu bondad de corazón y tu madre no podría quererte más, ni estar más orgullosa de ti. Ha sido testigo de todos los momentos de tu vida, casi, y te ama como Dios lo hace, hasta la médula de los huesos. Esto es,

pues, honrar al hijo. Ya ves que amar el ser de alguien es un acto propio de Dios. Tu existencia es un placer para nosotros. Espero que nunca te encuentres en la tesitura de anhelar un hijo como me sucedió a mí, pero ¡ay, qué cosa tan espléndida ha sido que llegaras, finalmente, y qué bendición haberte disfrutado durante casi siete años!

En cuanto a honrar el hijo al padre, creo que eso tenía que ordenarse en un mandamiento porque el padre es un misterio más grande, un extraño, en cierto sentido. Los padres ya hemos dejado atrás buena parte de nuestra vida y eso es cierto incluso para tu madre, que es una generación más joven que yo, pero que ya había tenido una vida considerable antes de que llegara a mí; con esto quiero decir que ya había superado de largo los treinta cuando nos casamos. Como ya he dicho, creo que durante esos años experimentó mucho pesar. Nunca se lo he preguntado, pero si algo he aprendido en esta vida es el aspecto que tiene la tristeza arraigada y habitual y, cuando la vi, pensé, ¿de dónde sales, criatura mía? Entró en la iglesia durante la primera plegaria, se sentó en el último banco, alzó la cara y me miró y, desde ese momento, su rostro fue lo único que vi. Una vez oí a un hombre decir que los cristianos veneran la tristeza. Eso no es cierto en absoluto, pero sí creemos, justo es decirlo, que en ella hay un misterio sagrado. Siempre he sentido que en el rostro de tu madre hay algo que me exige dar la talla, como si en él hubiera una verdad que pusiera a prueba el sentido de mis palabras. Es un rostro hermoso, muy inteligente, pero la tristeza que contiene está, por así decirlo, engastada en esa inteligencia hasta parecer una sola cosa. Creo que en la pesadumbre hay dignidad, simplemente porque place a Dios que así sea. Él siempre está levantando a aquellos que son humillados. Eso no significa que esté bien causar sufrimiento, o buscarlo cuando puede evitarse y no sirve para ningún objetivo bueno o práctico. Dar valor al sufrimiento en sí mismo puede ser peligroso y extraño, de modo que quiero dejar esto bien claro: significa sólo que Dios se alinea con los que sufren frente a los que infligen el sufrimiento. (Espero que estés familiarizado con los profetas, sobre todo con Isaías).

Tu madre nunca habla realmente de sí misma y no reconoce haber experimentado jamás dolor en esta vida. Es su coraje, su orgullo, y sé que

siempre te mostrarás respetuoso con ello y recordarás, a la vez, que se requiere una dulzura muy, muy grande, una gran bondad. Porque nadie que no lo necesite tiene nunca esta clase de coraje. Pero tú tal vez no lo entiendas, mientras seas joven. A veces me ha preocupado un poco el modo en que la gente la trata en la iglesia. Ella se muestra distante, pero no puede evitarlo, así que ellos también se muestran distantes. En cambio, a menudo he pensado que ella y yo encajamos bien, independientemente de la imagen que ofrezcamos, porque yo he visto tanto de la vida que la comprendo. Es gente bastante amable y le darán todo lo que ella acepte, pero la mayoría no ve en ella la juventud que yo veo. Creo que tal vez pueda parecerles un tanto arisca, incluso.

Le he escrito una carta con instrucciones. Añadiré esto a ellas: en estos años he dado dinero a la gente; no una gran cantidad, pero sí una buena parte de mi salario. Por lo general, inventaba historias sobre fondos olvidados y donaciones anónimas. Dudo de que la mayor parte de los receptores me creyera. A la sazón, no sabía que tendría una esposa y un hijo, por lo que, como he dicho, no le daba importancia. No llevaba ningún tipo de registro y los recuerdos que tengo de los individuos y las circunstancias son confusos. También he sufragado gastos de la iglesia, pintura, cristales para las ventanas, etcétera. Vivimos unos tiempos tan tristes que no podía pedir a otros lo que yo era capaz de aportar. Menciono esto porque quiero que sepas que cualquier ayuda que recibas, aun cuando sea una cantidad considerable, no debes considerarla caridad, sino reembolso. Nunca he creído que la congregación estuviese en deuda conmigo, pero la verdad es que he lanzado abundante pan sobre esas aguas y todo el que vuelva a ti será como si lo recibieras de mis propias manos. Por la gracia de Dios, claro está.

Pero yo quería hablar del Quinto Mandamiento y de por qué hay que considerar que se sitúa en la primera tabla. En pocas palabras, la debida veneración a Dios es fundamental porque forma la mente para la comprensión correcta de Él. Dios queda aparte, Él es Uno, no hay que imaginarlo como una cosa entre las cosas (idolatría, eso es lo que

Feuerbach no logró entender). Su nombre queda aparte. Es sagrado (lo cual considero un reflejo del carácter sagrado del Verbo, la palabra creadora que no es equiparable a ningún lenguaje). Luego, se establece el sabbat, diferenciado de los otros días, para disfrute del tiempo y de la permanencia, tal vez, por encima y más allá de las criaturas que habitan el tiempo. Porque «el principio», al que puede llamarse la semilla del tiempo, es la condición para toda la creación que le sigue. Luego, diferenciados de los demás, están el padre y la madre, ¿ves? A mí me parece una nueva narración de la Creación. Primero está el Señor, luego el Verbo, luego el Día, luego el Hombre y la Mujer y, después de ellos, Caín y Abel —no matarás— y todos los pecados recogidos en esas prohibiciones, del mismo modo que los crímenes quedan recogidos en las leyes que los persiguen. Por eso, es posible que las tablas se diferencien en que una alude a lo eterno y la otra a lo temporal.

Lo que aporta la lectura es la idea del padre y la madre como el Padre y la Madre Universales, el Adán amado del Señor y Su amada Eva; es decir, la humanidad esencial tal como surgió de Su mano. En estos Mandamientos existe la pauta de aislar las cosas de forma que se perciba su santidad. Todos los días son santos, pero el sabbat se diferencia de los otros para que pueda experimentarse su carácter sagrado. Todos los seres humanos merecen ser amados, pero la disciplina consciente de la honra se aprende poniendo en una categoría aparte al padre y a la madre, que normalmente trabajan y soportan duras cargas y tal vez estén malhumorados e irritables, o sean ignorantes, o se comporten con altanería. Sé bien, créeme, que éste suele ser un Mandamiento de difícil cumplimiento, pero también creo que las recompensas de la obediencia son grandes porque en las raíces del verdadero amor está siempre la santidad de la persona que es objeto de esa honra. En el caso concreto de tu madre, sé que si la honras de ese modo, encontrarás en ella un gran cariño. Cuando amas a alguien hasta el punto en que tú la amas a ella, la ves como la ve Dios y eso es una lección sobre la naturaleza de Dios y de la humanidad y del propio Ser. Por eso el Quinto Mandamiento pertenece a la primera tabla. Me he convencido de ello.

He dormido pasablemente. Los lunes, mi día de descanso, me quedo en casa siempre que puedo, por lo que he tenido la mañana para pensar y orar y ordenar los estantes y, mientras lo hacía, me ha venido a la cabeza que debería considerar qué me diría si acudiera a mí mismo en busca de consejo. En realidad, eso hago siempre, como cualquier persona racional, pero en mi pensamiento existe una tendencia a que los aspectos opuestos de una cuestión se anulen uno a otro más o menos algebraicamente: esto es cierto, pero esto otro, también. Así que descubro una suerte de equivalencia de consideraciones muy interesante en sí misma, pero que nada resuelve. Si pongo mis pensamientos por escrito, tal vez pueda pensar de una manera más rigurosa. Cuando una resolución es necesaria, también tiene que ser posible. No decidir es, en realidad, una de dos opciones disponibles, de modo que también hay que concederle su momento a la decisión. Esto es, no decidir actuar sería idéntico, como comportamiento, a decidir no actuar. Si se pusiera «decidir no actuar» en un extremo de un continuo de posibilidades y «decidir actuar» en el otro, todo el espacio intermedio sería territorio del «no decidir», lo que significaría no actuar. Creo que esto tiene sentido.

En cualquier caso, quiero dejar claro que debo poner un énfasis especial y correctivo en la posibilidad de hacer lo que temo hacer, que es decirle a tu madre lo que creo que debo decirle.

Pregunta: ¿Qué es lo que temes más, Moriturus?

Respuesta: Yo, Moriturus, temo dejar a mi esposa e hijo bajo la influencia de un hombre con un carácter sumamente cuestionable.

Pregunta: ¿Qué te hace pensar que el contacto de ese hombre con ellos o su influencia serán de tanta consideración que les hará daño?

Bien, ésa es una pregunta realmente excelente, que nunca se me habría ocurrido formularme. La respuesta sería que él ha venido a mi casa varias veces y una vez a la iglesia. No es una respuesta digna de admiración. A decir verdad, mientras estaba allí, en lo alto del púlpito, mirándoos a los

tres, me parecisteis una familia joven y hermosa, y ese viejo corazón malvado que tengo se rebeló dentro de mí, esa vieja codicia que he mencionado en otra parte me invadió y volví a sentirme como cuando la belleza de otras vidas era una desgracia y una ofensa para mí. Y sentí como si mirase desde la tumba.

Lo cierto es que ya he reflexionado a fondo al respecto, gracias a Dios.

Y, ya que estoy siendo sincero, añadiré que desde hace tal vez un par de meses he notado ciertos cambios en el trato que la gente me dispensa, lo cual podría ser simplemente un reflejo de la forma en cómo les trato yo. Tal vez no entiendo todo lo que debería. Tal vez no me explico tan bien como debiera.

Lo cierto es que no quiero ser viejo. Y, desde luego, no quiero morirme. No quiero ser un viejo chocho tembloroso que apenas recuerdes. No sabes cuánto me gustaría que me hubieras conocido de joven. Y de no tan joven, incluso. A los sesenta, aún era apuesto y estaba en buena forma. Herencia de mi abuelo y de mi padre. No era tan alto como ellos, pero sí muy fuerte, muy fornido. Aun hoy, si pudiera fiarme de mi corazón, sería capaz de hacer muchas cosas.

No debo censurarme por sentirme así. El Señor lloró en el huerto la noche que Lo traicionaron, como tantas veces he dicho a personas en mi situación, así que no es un mero vestigio de paganismo lo que me hace temer lo que me espera, aunque es evidente que mi pesar se adultera con emociones vergonzosas, emociones de otras suertes. Por supuesto, por supuesto. «¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte?». Bien, conozco la respuesta a esto. «No todos moriremos; pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos». Imagino una especie de pirueta extática, algo así como lanzarse en pos de una pelota bateada a la línea cuando eres tan joven que tu cuerpo casi no entiende de esfuerzos. No creo que Pablo se refiriera a algo completamente distinto de eso. Así que queda esa esperanza.

Digo esto porque me siento en realidad como si estuviera desfalleciendo, y no en el sentido médico, principalmente. Y siento como si

me estuvieran dejando de lado, como si fuese una especie de apestado y la gente no acabara de acordarse de mantener distancias conmigo. Anoche soñé algo parecido. En el sueño, yo era Boughton, a todos los efectos. Pobre viejo Boughton...

Esta mañana, viniste a verme con un dibujo que habías hecho y que querías que admirara. Yo estaba leyendo un artículo de una revista, terminando el último párrafo, precisamente, por lo que no levanté la vista de inmediato. Tu madre, con la voz más dulce y triste, dijo: «No te oye». No dijo «no te ha oído»; dijo «oye».

El artículo era muy interesante. Venía en el Diario del ama de casa, en un número antiguo que Glory había encontrado en el estudio de su padre y que me había traído para que le echara un vistazo. Tenía una anotación a mano: Enseñar a Ames. Pero había terminado en el fondo de una pila de cosas, supongo, porque era de 1948. Se titulaba «Dios y el pueblo norteamericano», y decía que el noventa y cinco por ciento de nosotros cree en Dios. Sin embargo, nuestra religión no satisfacía los requerimientos del autor, ni mucho menos. Según el parecer de éste, todos los que participan en todas esas iglesias son escribas y fariseos. A mí se me antoja que él es un poco escriba, también, por cómo desdeña y reprocha. ¿Cómo se distingue a un profeta, sin duda alguna lo que él cree ser, de un escriba? Los profetas aman a la gente a la que reprenden, algo que este articulista no me parece que haga.

La singularidad de la frase «creer en Dios» me evoca ese primer capítulo de Feuerbach, que en realidad trata de la torpeza del lenguaje, no de religión. Feuerbach no imagina la posibilidad de una existencia más allá de ésta, y con ello me refiero a una realidad que abarque ésta, pero la sobrepase; cómo, por ejemplo, este mundo abarca y supera la comprensión que *Soapy* tiene de él. *Soapy* podría ser víctima de un conflicto ideológico como cualquiera de nosotros, si las cosas se fueran de las manos. Sin duda, la gata haría una valoración felina de la situación, absolutamente distinta de la dictadura del proletariado o el Proyecto Manhattan. La insuficiencia de sus conceptos no tendría nada que ver con la realidad de la situación.

Es una manera muy drástica de expresarlo, y no muy precisa. No estoy planteando la existencia de una realidad que sea, simplemente, una versión

ampliada o extrapolada de esta realidad nuestra. Si uno piensa en cuánto se diferencia una cosa que llamamos piedra de otra que llamamos un sueño, verá que los grados de semejanza dentro de la realidad que conocemos son muy extremos. En cambio, lo que yo planteo es una disimilitud mucho más absoluta, con la cual existimos, aunque nuestra circunstancia humana crea en nosotros un concepto radicalmente limitado y peculiar de lo que es la existencia. Una vez di un sermón acerca de esto, sobre el texto de «Tus pensamientos no son nuestros pensamientos». De eso hace bastante más de dos meses. Creo que fue el año pasado. En aquel momento, pensé que quizás había desconcertado a más de uno, pero el sermón me satisfizo. Incluso deseé que Edward lo hubiera podido seguir. Sentí que había aclarado algunas cosas. Recuerdo que una feligresa, de camino a la puerta, se acercó a preguntarme: «¿Quién es Feuerbach?», y esto me hizo cobrar conciencia de esa tendencia tan propia de mí a vivir demasiado centrado en mis propios pensamientos. Tu madre quería ponerle Feuerbach a la gata, pero tú insististe en lo de *Soapy*.

Puede que mi interés por las abstracciones, que al principio quizás se me perdonaba como producto de la juventud y luego como una excentricidad, ahora se me perdona con el argumento de la senilidad, lo cual significaría que la gente ha dejado de intentar de la manera que hacían antes, al menos ver el sentido de las cosas que digo. Esta sería, con mucho, la peor forma de indulgencia. Una vez tuve un libro de esos que recogen pequeñas anécdotas graciosas sobre sermones. Fue un regalo, lo recuerdo; un regalo anónimo. ¿Cuántos años hará de eso? Probablemente he estado aburriendo a un montón de gente durante mucho tiempo. Resulta extraño encontrar consuelo en la idea. Siempre ha habido cosas que consideraba que debía decirles, aunque nadie prestara atención ni entendiera. Y una de ellas es que muchos de los ataques a la fe que han gozado de tanto prestigio durante el último par de siglos en realidad están vacíos y carecen de sentido. Debo recalcartelo porque todo lo demás que os he dicho, a ti y a ellos, pierde casi todo su sentido y su derecho a recibir atención si esto no queda establecido con absoluta claridad.

Si reviso mis viejos sermones, quizás encuentre alguno en el que traté este tema. Como se presume que me estoy acercando al final de mi tiempo

y de mis fuerzas, tal vez sería la mejor manera de demostrarte mi tesis. Debería haber pensado en eso hace mucho.

Esta tarde nos acercamos a casa de Boughton a devolverle la revista. Tú hiciste buena parte del camino agarrado de mi mano. El viento impulsaba por el aire semillas de algodoncillo, que tú tenías que intentar coger, pero enseguida volvías y me tomabas de la mano otra vez. Cuesta tener paciencia conmigo, con lo despacio que me arrastro estos días, pero es que procuro no someter mi corazón a esfuerzos. Este verano ha habido tantos días de buen tiempo que he empezado a oír hablar de otra sequía. El polvo y los saltamontes también están bien a su modo, dentro de unos límites. Venga lo que venga, lamentaré perdérmelo.

Boughton estaba en el porche «escuchando la brisa», me dijo. «Sintiendo la brisa». Glory trajo limonada y se sentó con nosotros y charlamos un poco de televisión. Tu madre también ha estado viéndola. Yo no la disfruto. No es la última impresión que quiero tener de este mundo.

Resulta que cuando Glory encontró el artículo y le preguntó a su padre si todavía quería que yo lo viera, él le pidió que se lo leyera y, luego, se echó a reír y dijo: «¡Oh, sí, sí! El reverendo Ames querría echarle un vistazo a esto». Sabe qué es lo que me exaspera y empezó a reírse de antemano tan pronto mencioné el asunto.

Estuvimos de acuerdo en que debía de haberlo leído una buena parte de nuestras dos feligresías, pues en una página se reproducía una receta de ese molde de ensalada con gelatina de naranja, aceitunas verdes rellenas, col hilada y anchoas que ha perseguido mi vida ministerial durante estos últimos años y que aparece en su casa cada vez que pilla el menor resfriado. Debería haber una ley que impidiera que se publicaran recetas de molde de ensalada a menos de veinte páginas de cualquier artículo que tuviera relación con temas religiosos. Terminé llevándome de nuevo la revista a casa porque pensé que tal vez podría usarla en un sermón.

Desde el punto de vista del cristianismo, en el mundo moderno existen dos conceptos insidiosos. (Existen más de dos, no cabe duda, pero los demás tendrán que esperar). Uno es que la religión y la experiencia religiosa son ilusiones de alguna clase (Feuerbach, Freud, etcétera), y el otro es que la religión en sí es real, pero la creencia personal en tanto que uno participa en ella es una fantasía. Creo que el segundo es el más insidioso, pues es la experiencia religiosa la que, para el propósito del creyente, da autenticidad a la religión por encima de todo.

Pero las personas en cierta medida sensibles a lo religioso siempre son vulnerables a la acusación de que su conciencia o su entendimiento no alcanzan los niveles superiores de la fe, pues tal cosa es valedero para todo el mundo. San Pablo es elocuente al respecto. Pero si la torpeza y la falsedad y el fracaso de la religión se interpretan en el sentido de que no contiene un núcleo de verdad —y el testimonio de las Escrituras refuta tal planteamiento de cabo a rabo—, uno queda incapacitado para confiar en sus pensamientos, en sus expresiones de fe y en su entendimiento, e incluso para creer en la dignidad esencial de la experiencia de la fe, infinitamente imperfecta, tanto de uno mismo como de sus vecinos. Me da la impresión de que hay menos mezquindad, de largo, en el ateísmo. Parece que el espíritu de fariseísmo religioso que deplora el artículo es, precisamente, el mismo con el que está escrito. El autor tiene razón en muchos aspectos, desde luego, y uno de ellos es la capacidad destructora del fariseísmo religioso.

He aquí una frase de la que Boughton y yo nos reímos a gusto: «Habría que contar cuántos cristianos son capaces de dar una definición de cristianismo». En no más de veinticinco volúmenes, añadí yo.

«En menos de», me corrigió Boughton, y dirigió un guiño a Glory, que dijo: «Siempre tan puntilloso con el idioma». Lo cual era verdad.

(Por supuesto, yo sólo estaba empleando lenguaje contemporáneo y él se daba cuenta. Sencillamente, no aprueba que lo use. No lo hago a menudo, pero creo que resulta perfectamente adecuado para gastar una bromita, de vez en cuando).

Aquí tienes un párrafo sobre el que reflexionamos: «Existe, en efecto, una nota de orgullo pecador en la confianza con la que la mayoría de la

gente expresa sus ideas acerca del cielo. Pues, aunque la Biblia se extiende mucho en hablar del Juicio Final, no ofrece ninguna imagen definida de la otra vida. Sin embargo, menos de un tercio de los norteamericanos —el veintinueve por ciento— reconoce no tener ideas sobre el que es uno de los temas más ambiguos de la Revelación bíblica».

Esta es una interpretación que yo calificaría de fraudulenta. Que un tema sea ambiguo no significa que uno no pueda formarse ideas al respecto, o que no deba, o que tan siquiera sea posible evitar tenerlas. Cualquier concepto que exista en la mente existe de alguna forma, entre alguna serie de asociaciones. Me gustaría hablar a ese veintinueve por ciento que no tiene ideas al respecto para ver cómo lo hacen. Apuesto a que, simplemente, no les agradó la pregunta.

Boughton dice que cada día tiene más pensamientos acerca del paraíso. Dijo: «Principalmente, sólo pienso en los esplendores del mundo y los multiplico por dos. Los multiplicaría por diez o por doce si tuviera energías, pero por dos es mucho más que suficiente para mis propósitos». De modo que ahí está, multiplicando la sensación del viento por dos, multiplicando el olor de la hierba por dos. «Recuerdo cuando pusimos ese carro en la azotea del juzgado —dijo—. Me da la impresión de que entonces las estrellas brillaban más. Dos veces más».

«Y nosotros éramos el doble de listos».

«¡Oh, más del doble! —dijo él—. Mucho más».

Jack salió a sentarse con nosotros. Preguntó si podía echar un vistazo al artículo y le dejé la revista. Él dijo: «Creo que en algún párrafo declara que el trato de los norteamericanos a los negros indica una falta de seriedad religiosa».

«Es muy fácil emitir juicios», dijo Boughton.

Jack sonrió y me devolvió la publicación. «Es verdad», dijo.

Era la primera vez que lo veía desde el domingo. Después del servicio, Jack había salido por el presbiterio y la puerta accesoria, creo que para evitar tener que estrecharme la mano. Debido a esto y a otras cosas, me sentí un tanto incómodo. A decir verdad, incluso me dio cierto apuro cruzar la mirada con él. Creo que lo de ir a devolver la revista fue, sobre todo, un pretexto para visitar de paso a Boughton y a Glory, para constatar si estaban

molestos conmigo. Aún no había terminado con el artículo y desde el principio tuve la intención de volver a llevármelo. A veces, me oculto a mí mismo mis motivos con mucha efectividad. Incluso había imaginado, desvelado en la cama el domingo por la noche, que Jack se marcharía otra vez porque yo había sacado a colación la vieja catástrofe allí, en la mismísima iglesia, o eso parecía creer él. Pensé en disculparme, pero con ello no conseguiría más que reafirmarlo en su convicción de que mi intención y mi propósito habían sido los que él había entendido, lo cual no acabo de creerme del todo y le privaría de la posibilidad de que hiciera una interpretación menos perjudicial de lo sucedido. En cualquier caso, una disculpa volvería a suscitar la cuestión entre nosotros, quizás innecesariamente. Por último, yo dudaba de si acercarme siquiera a la casa, temiendo que mi mera presencia pudiera ser motivo de irritación o que se considerase una provocación, igual que temía que mantenerme a distancia pudiera interpretarse de la misma manera. Entonces, Glory salió a recibirme. Parecía de buen ánimo y sentí un profundo alivio. Si hay algo que no quiero hacer en el tiempo que nos queda a los dos, es ofender a Boughton. Me puse a pensar en el placer que debía de ser para él tener a Jack allí, y se me ocurrió que tal vez era un acto de notable generosidad por parte de Jack volver al lado del pobre viejo y también al de Glory, quizá, teniendo en cuenta sus problemas. Reconozco que me avergonzó profundamente recordar mi impaciencia porque se marchara, pensando sólo en mi propia vida. Incluso se me había pasado por la cabeza la idea de que quizás había vuelto para empezar a echar de casa a su padre, por así decirlo, ya que él y los demás hijos la heredarán. La casa, realmente, necesitaba un buen arreglo y había mucho más trabajo del que Glory podía acometer sola. Allí, sentado en el porche con Jack, me asombró cuánto ha envejecido. Por supuesto, tiene edad suficiente para haber envejecido, pues ya debe de contar cuarenta y tantos años. Angeline tendría cincuenta y uno, así que él tiene cuarenta y tres. Ya le han salido canas y presenta unas profundas ojeras de cansancio. Se lo veía tenso, como siempre, y también triste, o esa impresión me dio.

Tu madre se acercó hasta la casa a anunciar que la cena ya estaba lista. Era una cena fría, dijo, así que no había prisa. Accedió a sentarse con

nosotros unos minutos. Siempre hay que persuadirla para que acepte estar en compañía, aunque sólo sea un rato, y no hay manera de arrancarle una palabra. Creo que le preocupa cometer incorrecciones al hablar. A mí me encanta cómo lo hace, o cómo lo hacía cuando la conocí. «No tiene de importancia», decía con esa voz suya, profunda y suave. Esto era lo que murmuraba cuando quería perdonar a alguien, pero lo decía en un tono de tristísima, de profundísima resignación, como si estuviera perdonando al conjunto del orden creado, como si perdonara al propio Nuestro Señor. Me apena que tal vez no vuelva a oírla hablar de ese modo tan peculiar. Creo que Boughton la ha cohibido con ese pequeño vicio suyo de corregir a la gente. Y no es que a ella la haya corregido nunca.

«No tiene de importancia». Era como si renunciase al mundo mismo sólo por quitar gravedad a una ofensa recibida. Recuerdo aquella pródiga renuncia, aquella prodigalidad con las manos vacías, de los viejos tiempos. No tengo nada que darte, toma y come. Galletas con ceniza, lluvia de verano, los cabellos cayéndole, mojados, en torno al rostro. Si tuviera que multiplicar por dos los esplendores del mundo —los esplendores tal como los siento—, me formaría una idea del paraíso muy distinta a todo lo que se ve en los cuadros antiguos.

Así pues, Jack Boughton tiene cuarenta y tres años. No tengo idea de qué clase de vida ha llevado desde que se marchó de aquí. Nunca ha habido la menor mención a que se hubiera casado o a que tuviera hijos, ni a que ejerciera algún trabajo concreto. Siempre he creído conveniente que era mejor no preguntar.

Allí estaba yo sentado, escuchando al viejo Boughton irse por las ramas (él mismo utiliza esta expresión) mientras nos contaba un viaje que su esposa y él hicieron una vez a Minneapolis, cuando Jack lo interrumpió y me dijo: «Reverendo, me gustaría conocer sus opiniones acerca de la doctrina de la predestinación».

Bien, éste tal vez sea el tema de conversación que menos me satisface de todos. He pasado gran parte de mi vida oyendo discusiones sobre dicha doctrina y nadie ha conseguido entenderla, ni avanzar una pizca hacia su

comprensión. He visto hombres adultos, hombres temerosos de Dios, llegar a las manos por esa doctrina. El primer pensamiento que acudió a mi mente fue: ¡tenía que sacar el tema de la predestinación, faltaría más!

Por ello, le dije: «Es una cuestión compleja».

«Simplifiquémosla —respondió él—. ¿Cree que hay personas irremisible e intencionadamente condenadas a la perdición?».

«Bien —puntalicé—, eso puede ser, en realidad, la típica simplificación que suscita más cuestiones de las que evita».

Jack rió. «La gente debe de preguntarle por este asunto constantemente», dijo.

«Pues sí».

«Y usted debe de responder de alguna manera».

«Respondo que nuestra fe adjudica ciertos atributos a Dios: omnisciencia, omnipotencia, justicia y gracia. Los seres humanos estamos tan poco familiarizados con el poder y el conocimiento y tenemos una concepción tan escasa de la justicia y una capacidad tan pobre para la gracia, que el funcionamiento de esos grandes atributos nos resulta un misterio impenetrable».

Se rió. «¿Lo expone con esas mismas palabras?».

«Sí. Más o menos con esas palabras. Es un tema complejo y lo afronto con precaución».

Él asintió. «Entiendo, pues, que usted cree en la predestinación».

«No me gusta esa palabra. Se le ha dado usos muy desatinados».

«¿Y puede proponer otra mejor?».

«A bote pronto, no», repliqué. Notaba que Jack quería importunarme, ¿sabes?

«Me gustaría que me ayudara en esto, reverendo —dijo él, en un tono tan grave que empecé a pensar que tal vez hablaba en serio—. Este es un asunto arduo, ¿verdad? No estamos hablando, ciertamente, de una mera palabra, de una mera abstracción».

«Tiene razón —reconocí—. Eso es cierto».

«Entiendo que, en su opinión, la predestinación no significa que una persona buena irá al infierno simplemente porque estaba destinada a él desde un principio».

Glory intervino: «Discúlpeme, pero he escuchado esta disputa mil veces y la detesto».

El viejo Boughton dijo: «Yo también detesto esta conversación y nunca he visto que lleve a ninguna parte. Sin embargo, Glory, yo no la llamaría disputa».

«Espera cinco minutos», replicó ella. Se levantó y entró en la casa, pero tu madre no se movió y se quedó a escuchar.

«Aquí, el inexperto soy yo —dijo Jack—. Supongo que si tuviera los mismos antecedentes que usted respecto a la cuestión, también estaría harto de ella. En realidad, creo que sí tengo ciertos antecedentes con ella. He tenido razones para planteármela a menudo y esperaba que usted pudiera instruirme un poco al respecto».

«No creo —respondí— que una persona que sea buena en algún aspecto significativo pueda estar también predestinada a la condenación eterna. Ni siquiera creo que un pecador esté necesariamente destinado a ella. Las Escrituras sostienen claramente lo contrario en ambos casos».

«Estoy seguro de que así es, pero ¿hay personas que, simplemente, nacen malas, llevan una mala vida y, al final, van al infierno?».

«En ese punto, las Escrituras no son tan claras».

«¿Y qué le indica su propia experiencia, reverendo?».

«Por lo general, la conducta de una persona es coherente con su naturaleza, lo cual significa que tal conducta también lo es. Cuando hablo de su naturaleza, me refiero a esa coherencia». Ahí noté una redundancia, una tortuosidad en el argumento. Él sonrió.

«Entonces, la gente no cambia...», dijo.

«Lo hace cuando interviene algún otro factor, como la bebida o alguna suerte de influencia personal. Esto es, cambia su conducta. Y es difícil decir si eso significa que su naturaleza cambia, o sólo que se hace visible un aspecto de ella».

«Para ser un clérigo, es usted bastante escurridizo».

Aquello hizo reír al viejo Boughton. «Tendrías que haberlo visto hace treinta años», dijo.

«Ya lo vi».

«Bueno —dijo el padre—, pero tendrías que haberle prestado atención».

«Ya lo hice», replicó Jack, encogiéndose de hombros.

Aquello me permitió ganar tiempo. No sé por qué Boughton habría de dirigirlo por esos derroteros. Escurridizo jugando a las damas, tal vez.

«Sólo trato de encontrar una manera un tanto útil de decir que hay cosas que no comprendo —comenté—. No voy a forzar una teoría sobre un misterio y convertirlo en una estupidez sólo porque sea lo que normalmente hace la gente que habla de él».

Tu madre me miró, motivo por el cual supe que mi tono debió de sonar a enojo. Estaba enfadado. Nueve de cada diez veces que un joven listillo me plantea cuestiones teológicas, lo único que pretende es ponerme en una posición falsa y ya soy demasiado viejo para verle la gracia al asunto. Entonces, Glory asomó por la puerta y dijo: «Sus cinco minutos todavía no han terminado», como si alguien tuviese necesidad de subrayar la futilidad.

Pero entonces habló tu madre, lo cual nos sorprendió a todos. «¿Y qué hay de la salvación? —dijo—. Si una no puede cambiar, no parece que sirva de mucho». Se ruborizó. «No pretendía decir eso».

«Su argumento es excelente, querida —dijo Boughton—. Durante mucho tiempo me preocupó cómo se puede reconciliar el misterio de la predestinación con el misterio de la salvación. Recuerdo haber pensado mucho en ello».

«¿Y llegó usted a alguna conclusión?», inquirió Jack.

«Ninguna, que yo recuerde. —Y luego añadió—: Llegar a conclusiones no entra en la naturaleza de la empresa».

Jack sonrió a tu madre como si buscara un aliado, alguien con quien compartir su frustración, pero ella se mantuvo impertérrita en su asiento, estudiándose las manos.

«Entiendo —dijo él— que lo que ha planteado la señora Ames es una cuestión que ustedes, caballeros, abordarán con extrema seriedad. Sé que han asistido a muchos de esos campamentos de oración^[15] sólo en calidad de observadores interesados, pero... Discúlpeme. Creo que nadie más quiere seguir hablando de esto, de modo que voy a dejarlo aquí».

«A mí me interesa», dijo tu madre.

El viejo Boughton, que estaba empezando a alterarse, dijo: «Espero que la Iglesia presbiteriana sea un lugar tan bueno como cualquier otro para

aprender las verdades benditas de la fe, incluidas en primer lugar la redención y la salvación. El Señor sabe que he trabajado duro para que así sea».

«Perdóneme, padre —dijo Jack—. Voy a buscar a Glory. Ella me dirá qué puedo hacer para ser útil. Usted siempre decía que ésa era la mejor manera de no meterse en problemas».

«No, quédese», dijo tu madre. Y él se quedó.

Se produjo un incómodo silencio y apunté, sólo por decir algo, que tal vez Karl Barth le resultaría de ayuda.

«¿Eso es lo que hace cuando algún alma atormentada llama a su puerta a medianoche? —me preguntó—. ¿Recomendarle a Karl Barth?».

«Depende del caso», respondí, pues así es. Las obras de Barth me parecen llenas de consuelo, como creo que ya te he mencionado en otra parte. Aunque, en realidad, no recuerdo habérselo recomendado a ningún alma atormentada salvo a la mía. A esto me refiero cuando hablo de que me ponen en una posición falsa.

«Una persona puede cambiar —dijo tu madre—. Todo puede cambiar», añadió sin mirar a Jack.

«Gracias —dijo él—. Es cuanto quería saber».

Y así terminó la conversación y volvimos a casa a cenar.

Me quedé intrigado cavilando en a qué se refería cuando había mencionado los campamentos de oración. Y he pensado mucho en ese término, «escurridizo». Siempre he temido tener que hablar de teología con gente que no simpatiza con ella. Es cierto que de vez en cuando he adoptado una actitud evasiva. Creo que es un error dar por sentado que una persona no te habla de buena fe. Es una falta de respeto, lo sé, y no lo hago a menudo. Tampoco tengo muchas oportunidades de hacerlo aquí, donde, por lo que parece, yo mismo he bautizado a la mitad de las personas con las que me cruzo por la calle y les he enseñado toda la teología que llegarán a saber.

Sin embargo, me resulta difícil ver buena fe en John Ames Boughton, y eso es un problema terrible. Mientras volvíamos a casa, tu madre dijo: «Jack sólo hizo una pregunta», lo cual, viniendo de ella, sonó a regañina.

Después, cuando ya llevábamos un rato caminando, dijo: «Tal vez haya personas que no se sientan muy a gusto consigo mismas». Eso sí fue una regañina. Y tenía toda la razón. ¿Qué necesidad tenía un viejo soldado como yo de defenderse incluso de las burlas, si lo que él pretendía era mofarse? Pero no se trataba de ninguna necesidad, sólo era una cuestión de costumbre.

Creo que he intentado no decir nunca nada que a Edward le pareciera inexperto o ingenuo. En mi opinión, esta contención me ha sido útil. Quizá sea un arma de defensa, pero tengo la esperanza de que, como mínimo, haya resultado útil. Entre las personas religiosas existe incluso una tendencia a incitar al ridículo y a atraer sobre ellas un desdén intelectual que, en algunos casos, considero justificado. Sin embargo, es mi deber desaconsejarte la actitud defensiva por principio, pues imposibilita las mejores contingencias y asimismo las peores. En el plano más básico, expresa falta de fe. Como ya he dicho, las peores contingencias tienen un gran valor como experiencia. Y con cierta frecuencia, cuando pensamos que nos estamos protegiendo, en realidad estamos luchando contra quien nos rescata. Esto lo sé, he visto cuán cierto es con mis propios ojos, aunque Dios sabe que no siempre he conseguido vivir guiándome por ello. Realmente, dudo de que hubiera sabido vivir de acuerdo con ello ni siquiera un día o una hora. Esto es algo extraordinario sobre lo que reflexionar.

Creo que me tranquilizará decirte claramente cuál es aquí el problema. Cada vez me cuesta más conciliar el sueño, que se ha convertido en algo evasivo y luego, cuando sobreviene, es agotador. La oración no ha podido calmar esas perturbaciones. Si en algún momento pienso que lo que te digo es, en cierto modo, mentira, o que simplemente no debería decírtelo, siempre puedo destruir estas páginas. No serán las primeras que destruya. Antes, cuando tenía estufa de leña, hacerlo era fácil y satisfactorio. Había cierta virtud en contemplar cómo las estupideces y las frustraciones sucumbían a las llamas. Pienso que deberíamos pedirle a alguien que nos construyera una barbacoa, como han hecho los Mueller.

En primer lugar, déjame decir que la gracia de Dios alcanza a cualquier transgresión y que juzgar es malo, es origen y esencia de muchos errores y crueldades. Soy consciente de estas cosas y espero que tú lo seas también.

Permíteme decir, además, que existen unos lazos que me obligan a tener una especial tolerancia y gentileza con este joven, John Ames Boughton. Es el hijo bienamado de mi amigo más antiguo y más querido, que me lo entregó, por así decirlo, en compensación por mi carencia de hijos. Yo lo bauticé en la iglesia de Boughton. Recuerdo el episodio con mucha claridad: Boughton y la señora Boughton y todos los pequeños en la primera fila, pendientes de mi gozosa sorpresa, que espero que advirtieran, porque mis sentimientos en aquel momento eran un poco más complejos de lo que yo habría querido. Nadie me había puesto sobre aviso.

En vista de todo ello, ofende mi conciencia dar testimonio contra él. No obstante, para los propósitos humanos existe un sentido muy real en el que las personas están justa y apropiadamente asociadas con sus historias. Decir que un ladrón es un hermano y un hombre amado de Dios es no faltar a la verdad. Decir que, por consiguiente, un ladrón no es un ladrón es caer en un error. No insinúo con esto que el joven Boughton, hasta donde yo sé, haya robado nunca nada de importancia en ningún sentido convencional de la palabra «robar». El ejemplo sólo me sirve para explicar por qué creo que puedo hablarte de su pasado o, al menos, de lo poco que conozco de él y que resulta pertinente aquí.

Como ya he dicho, las circunstancias básicas son tan corrientes que para comentarlas bastan unas pocas palabras. Hace unos veinte años, cuando Jack Boughton aún estaba en la universidad, tuvo una relación con una muchacha y de ella nació un hijo. Estas cosas suceden y se resuelven de un modo o de otro, como puede confirmarte cualquier clérigo.

En este caso, sin embargo, hubo circunstancias agravantes. Para empezar, la chica era muy joven. Además, su situación familiar era ruinoso, sórdida incluso. En otras palabras, cuanto menos, no disfrutaba del amparo que una chica tan joven necesita. Nunca he sabido con certeza cómo la encontró Jack. La chica vivía con su familia en una casa aislada, con un

montón de perros miserables debajo del porche. Era un lugar triste y ella era una muchacha triste. Y allí estaba él, con sus aires universitarios y su jersey de la institución y aquel Plymouth descapotable que había sacado de alguna parte por cuatro cuartos, según contó cuando le preguntaron. (Boughton tenía tantos hijos que educar, que todos tenían que trabajar, Jack también, y tener un coche quedaba fuera del alcance incluso del viejo. Sus feligreses le regalaron un Buick usado en 1946, pues para entonces le costaba demasiado llegar andando a donde fuese).

Jack Boughton no tenía la menor intención de comprometerse con la muchacha. Tal conducta era inconcebible en un hombre de honor. Por más que le doy vueltas en la cabeza, no hay modo de cambiar eso. Y aquí interviene un prejuicio imputable a mí, confirmado por mis escasas luces después de muchos años de observación. No todos los pecadores son gente deshonrosa, ni mucho menos, pero los que lo son nunca se arrepienten de verdad, ni llegan a reformarse nunca. Bien, en esto puedo equivocarme. En las Escrituras no se presenta tal distinción. Y el arrepentimiento y la reforma son asuntos del alma que sólo el Señor puede juzgar. Pero el deshonor, a tenor de mi experiencia, es recalcitrante. Cuando lo veo, se me encoge el corazón porque siento que no puedo ofrecer ayuda a una persona deshonrosa. Sé que la deficiencia puede estar completamente en mí.

En cualquier caso, el joven Boughton no reconoció nunca a su hija, pues era niña, ni hizo absolutamente nada para asegurar su porvenir. En cambio, sí le contó a su padre lo sucedido. Como si confesara una transgresión, según lo entendió éste, aunque a mí me pareció un acto de pura ruindad, porque Jack debería haber sabido que la nieta sería un peso abrumador en el ánimo de su padre, como así fue. Incluso le contó dónde vivía la muchacha y Glory llevó al pobre Boughton a la casa, conduciendo aquel ridículo descapotable. Boughton esperaba bautizar a la pequeña o, al menos, tener la tranquilizadora seguridad de que sería bautizada, pero la familia se mostró hostil con él, como si fuese el culpable de lo sucedido. Así pues, dejó una cantidad de dinero y se marchó, muy desalentado y humillado. Se lo veía tan abatido que la señora Boughton conminó a Glory a que le contara lo que sucedía y, al enterarse, ella también fue presa de tal abatimiento que Glory volvió a llevarlos a la casa, esta vez a los dos. La señora Boughton tenía que

ver a la niña y sostenerla en sus brazos. Probablemente, fue un acto de insensatez que lo hiciera. Bueno, yo también la tuve en brazos. No alcanzo a comprender dónde podía tener cabida la sensatez en una situación como aquélla. Los Boughton llevaron pañales y ropa y dejaron dinero. La situación se mantuvo así durante mucho tiempo. Durante varios años, de hecho. Glory solía acudir a mí y se echaba a llorar porque las cosas nunca mejoraron. La pequeña siempre fue una niña demasiado menuda y sucia.

Glory me llevó a que viera la situación con mis propios ojos y puedo asegurarte que era pésima. La gente tiene derecho a vivir como le plazca, pero aquél no era lugar para una niñita. Por todo el patio había latas abiertas y cristales rotos y el suelo de la casa estaba lleno de viejos colchones sucios y quién sabe qué más. Había perros por todas partes. ¿Cómo había podido el joven Boughton aprovecharse de aquella muchacha? ¿Y cómo había podido abandonarla luego? Glory me contó que, cuando había preguntado a su hermano si pensaba casarse con ella, él se había limitado a responder: «Ya la has visto». De camino hacia allí, Glory me instó a que intentara convencer a la familia de que permitiera que la chica y su bebé se trasladaran a la ciudad para vivir en el seno de una buena familia cristiana. Yo lo intenté, pero su padre escupió en el suelo y dijo: «Ya vive en el seno de una buena familia cristiana».

Luego, de regreso a casa, Glory me expuso un plan que se le había ocurrido para raptar a la criatura. Conocía algunas historias de los viejos tiempos, de cuando se ayudaba a los fugitivos a pasar clandestinamente desde Missouri, y decidió que una niña tan pequeña sería mucho más fácil de esconder. Varias casas del pueblo conservan sótanos o armarios secretos donde uno podía ocultarse durante un par de días. La iglesia tiene uno de tales escondites en el desván. Tengo que acordarme de enseñártelo. Requerirá subirse a una escalera. En fin, ya veremos.

Le conté a Glory que, en los viejos tiempos, los pueblos como el nuestro participaban en una conspiración. Muchos vecinos se habían instalado allí con la única idea de colaborar en la causa antiesclavista con todos los medios a su alcance. Pero convencer a alguien para arrebatarse la hija a su madre, para robársela, era algo muy diferente, sobre todo porque Glory no tenía argumentos concluyentes para plantear ningún derecho sobre la niña.

Me contó que había escrito en reiteradas ocasiones a Jack para pedirle que reconociera a la pequeña por el bien de sus padres. Había aseado a la niña, la había vestido, le había tomado unas fotografías en las que aparecía sonriente y se las había enviado a Jack. También había fotografiado a la pequeña en brazos de su abuelo. Jack le mandó a Glory postales y cajas de bombones por su aniversario y no hizo la menor alusión a su hija, ni a la pesadumbre que había causado en la familia. Mientras esto me contaba, lloraba tanto que tuvo que detener el coche en la cuneta. «¡Están tan tristes! —dijo—. ¡Están tan avergonzados!». (El joven Boughton tuvo, al menos, la decencia de dejar su descapotable y regresar a la universidad en tren para que Glory, cada semana más o menos, pudiera llevar a sus padres a ver a la pobre niña, bronquítica y llena de sarpullidos).

Bien, aquí termina la historia. La pequeña vivió unos tres años. Empezaba a convertirse en una criatura vivaz y nervuda, fuente de un hosco orgullo para su madre y su buena familia cristiana, pero entonces se hizo un corte en el pie y murió de la infección. La última vez que la visitaron, los Boughton vieron que se encontraba en mal estado, de modo que Glory fue a buscar a un médico, pero para entonces ya nada se podía hacer. El padre de la chica dijo: «Su carga era muy pesada», y Glory lo abofeteó. El amenazó con presentar una denuncia, pero supongo que no llegó a hacerlo. Permitió que los Boughton enterraran a la niña en el terreno de la casa de éstos, puesto que accedieron a sufragar los gastos y algo más, de modo que ahí reposa. La lápida pone: «Niña, tres años» (su madre no había llegado a decidirse por un nombre), y luego: «Los ángeles en el cielo contemplan eternamente el rostro de mi Padre celestial».

Es una historia amarga y que nos dejó a todos mucho de lo que lamentarnos. Supongo que, realmente, deberíamos haberla raptado. Lo cierto, sin embargo, es que el plan de Glory habría terminado, probablemente, con ella y alguno más de nosotros en la cárcel, la niña devuelta a su madre y el joven Boughton a la sombra de un árbol en alguna parte, leyendo a Huxley o a Carlyle y habiendo recuperado finalmente el descapotable. No sé qué era lo correcto y qué lo equivocado en una

situación así. Supongo que habríamos podido comprar a la pequeña, si hubiéramos encontrado la manera de reunir el dinero, pero eso también constituye delito. Y aquella gente ejercía una especie de chantaje, con la niña de rehén, que tal vez se hubiera prolongado décadas si el Señor no se la hubiera llevado. Glory dijo: «¡Si hubiéramos podido tenerla aunque sólo fuese una semana!». Y luego, ¿qué?, me digo yo. Sé perfectamente por qué lo decía, pero me pregunto qué significa. A menudo he pensado lo mismo de esa otra niña, mi hija.

Ahora existe la penicilina y tantísimas cosas más. En aquellos tiempos, uno podía morir casi de cualquier cosa, de cualquier nimiedad. «Le trajimos zapatos», dijo la señora Boughton. «¿Por qué iba descalza?». «Para no gastarlos», respondió la muchacha, su madre. La pobre chica era pálida y hosca, triste hasta casi morir de pena, a juzgar por su aspecto. ¿Qué hacer con toda la frustración y la pesadumbre que se acumulan en esta vida? La muchacha había abandonado la escuela y lo único que volvimos a saber de ella fue que se había marchado a Chicago.

Esto es todo lo que creo que debes saber de Jack Boughton. Como ya he dicho, cuando murió su madre no apareció por casa. Quizá quiso ahorrarnos a todos tener que tratar con él.

Los Boughton amaron a aquella niña como lo hicieron por lo mucho que querían a Jack, a quien se parecía muchísimo. Y, ahora, él está en casa y Glory se alegra de tenerlo con ella como si nunca hubiese caído la menor sombra entre ellos. Ignoro por qué está en casa. Tampoco sé qué grado de reconciliación han establecido entre ellos, pero no me sentiría capaz de afrontar la consternación que me produciría que mi sermón la hubiera turbado.

Veinte años es mucho tiempo. No sé nada de esos años y creo que, si hubiera sucedido algo que contribuyera a mejorar su imagen, lo sabría. No tiene el aspecto de un hombre que ha sacado un buen provecho de sí mismo, si soy quien para juzgar.

He encontrado un par de mis sermones debajo de la Biblia de la mesilla de noche. Supongo que eso significa que tu madre me sugiere que les preste

atención. Ha bajado un puñado de ellos, los ha dejado en el cesto de la colada y los está leyendo detenidamente. Dice que debería usar alguno para ahorrarme esfuerzos que podía dedicar, por ejemplo, a escribirte. Como argumento, éste resulta mucho más convincente que el que empleaba antes: que debía usarlos para ahorrarme esfuerzos. Si de verdad me sintiera incapaz de escribir un sermón, tendría que renunciar a mi púlpito. Pero la idea de tener más tiempo para ti es algo completamente distinto.

Uno de los sermones es sobre el perdón. Lleva fecha de junio de 1947. No sé qué se conmemoraba. Yo debía de estar pensando en el Plan Marshall, supongo. No encuentro en mi texto gran cosa digna de arrepentimiento. El sermón interpreta el «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» a la luz de la Ley de Moisés al respecto. Es decir, el perdón literal de las deudas y la liberación de los esclavos cada siete años y, luego, la completa restitución de la persona a su tierra y a sí mismo, si está sometido a servidumbre, cada quince años. También subraya que, en las Escrituras, la primera razón suficiente para el perdón de una deuda es, simplemente, la propia existencia de ésta. Y continúa con la comparación entre este perdón y la clemencia divina, y con la mención al hijo pródigo y su restitución al lugar que ocupaba en la casa de su padre, aunque no pida ser restituido como hijo, o ni tan sólo se arrepienta del dolor que ha causado a su padre.

El sermón concluye de modo muy efectivo, creo. Dice que Jesús pone a Su oyente en el papel del padre, del que perdona. Porque si somos, por así decirlo, el deudor (y por supuesto que lo somos, también), cabe esperar que no mostremos clemencia. Y la clemencia es un gran don. Así pues, ser perdonado constituye sólo la mitad del don. La otra mitad es que también nosotros podemos perdonar, restituir y liberar y, por tanto, sentir la voluntad de Dios obrar a través de nosotros, lo cual constituye la gran restitución de nosotros a nosotros mismos.

Esta exposición me sigue pareciendo correcta. Creo que es una lectura acertada del texto. En 1947 casi tenía setenta años, por lo que a estas alturas mis pensamientos deberían de ser bastante maduros. Y tu madre, ahora que lo pienso, debió de oírme predicar ese sermón. Acudió por primera vez a la

iglesia por Pentecostés de ese año, que creo que cayó en mayo, y desde entonces no se perdió nunca un domingo, excepto éste.

Como ya he dicho, llovía, pero habíamos encendido velas suficientes, como hemos tenido siempre por costumbre para ese servicio, cuando hemos podido permitirnoslas. Y un buen número de flores. Y cuando vi que había un desconocido en el recinto, recuerdo que me sentí complacido de que el santuario se viera tan animado, de que fuese un lugar tan agradable para refugiarse del mal tiempo. Creo que aquel día mi sermón versaba sobre la luz o, mejor dicho, de la Luz. Supongo que tu madre aún no lo ha encontrado, o no lo recuerda, o no considera que fuese especialmente bueno. Sin embargo, me gustaría verlo.

Recordar esa mañana me llena de gozo. Tenía entonces sesenta y siete años, para ser preciso, lo cual no me parece ser viejo. Ojalá pudiera transmitirme el recuerdo que tengo de tu madre aquel día. Me gustaría poder dejarte ciertas imágenes que tengo en la cabeza, porque son tan hermosas que detesto pensar que se extinguirán conmigo. Pero esta vida mortal tiene, de nuevo, su encanto. Y el recuerdo tampoco es estrictamente mortal en su naturaleza. Al fin y al cabo, resulta extraña esta capacidad de volver a un momento del pasado, aunque difícilmente puede decirse que éste tenga realidad alguna, ni siquiera en su transcurso. Me refiero a que un momento es algo tan sutil, tan breve, que su duración no es sino un misericordioso aplazamiento de la ejecución de un condenado.

En una ocasión acompañé a Glory a llevar unas cuantas cosas a la pequeña. La familia vivía en la otra orilla del Nishnabotna Oriental y, cuando llegamos al puente, vimos a los dos niños, la chiquilla y su madre, jugando cerca, en el río. Continuamos hasta la finca y dejamos junto a la valla la comida que traíamos. No nos acercamos a la casa porque aquella jauría de perros se plantó en la verja, ladrando, y no apareció nadie que los hiciera callar (siempre llevábamos jamón en lata, leche en lata, etcétera, alimentos que no pudieran comerse los canes). La muchacha debió de oír el coche y los ladridos y probablemente sabría que íbamos a su casa, ya que era lunes. Si lo advirtió, hizo caso omiso de nuestra presencia. Su actitud era fiel

reflejo de la opinión que su padre tenía de nosotros. A la joven le molestaba nuestra preocupación y nuestra solicitud y nos lo hacía saber desentendiéndose de nosotros siempre que le dábamos la oportunidad. Y debo decir que no me cuesta entender su reacción. Su padre daba por sentado, claramente, que nos tomábamos tantas molestias y hacíamos tantos gastos sólo con el fin de librar de problemas a Jack. Y aunque nadie dijo nunca tal cosa o ni siquiera insinuó tal idea, no puedo decir que aquel hombre se equivocara del todo. Tampoco puedo decir que no fuera éste uno de los motivos de Jack para confesar lo sucedido a su padre, saber que el pobre viejo respondería a la situación como lo hizo. Eso explicaría por qué dejó el Plymouth.

En cualquier caso, Glory y yo cruzamos el puente, aparcamos en la carretera a un centenar de metros, nos apeamos y regresamos caminando hasta el puente, donde nos detuvimos a observar a madre e hija. La pequeña, que estaba empezando a dar sus primeros pasos, iba completamente desnuda y la muchacha llevaba un vestido empapado hasta la cintura. Era a finales de verano. El río estaba muy bajo en aquella época del año y el fondo quedaba medio visible y dibujaba ondas como de agua. Al otro lado había bancos de arena, los de mayor tamaño a modo de pequeñas junglas de maleza enmarañada y cubierta de flores, adonde acudían mariposas y libélulas como espíritus. La muchacha exhibía instinto maternal de vez en cuando, como a veces hacen los niños cuando juegan. Tal vez sabía que la estábamos oyendo. Se proponía represar un hilillo de agua con cañas y barro y su pequeña intentaba entender el proceso lo suficiente para ayudar. Le llevaba un puñado de fango y luego agua en el cuenco de las manos y su madre le decía: «Oye, no pises ahí. Me estás deshaciendo todo el trabajo».

Luego, la niña cogió agua y se la echó en el brazo a la madre y soltó una risilla, de modo que ésta también cogió agua en el cuenco de sus manos y se la echó a la pequeña en la tripita y la niña se rió y le arrojó más agua a la madre con las dos manitas y la muchacha respondió igual, hasta que la pequeña gimoteó y la chica dijo: «¡Oh, ahora no te echas a llorar! ¿Qué esperabas, tratándome así?», y la rodeó con un brazo y, arrodillada en el agua, la instaló en su regazo y empezó a reparar la presa con la mano libre.

La chiquilla inició un parloteo y su madre dijo: «Es una hoja. Una hoja caída de un árbol. Una hoja», y se la puso en la mano. Y el sol, cuyo brillo quedaba atrapado en los árboles, a duras penas se reflejaba en el río umbrío. Y las cigarras cantaban y los sauces desparramaban su cabellera sobre el agua y los álamos y fresnos emitían aquel susurro de finales de estío, aquel siseo.

Al cabo de un rato, volvimos al coche y regresamos a casa. Glory dijo: «No entiendo nada. Nada de nada».

Esto me ha venido a la memoria porque recordar y perdonar pueden ser acciones contrarias. Sin duda, habitualmente lo son. No soy yo quien debe perdonar a Jack Boughton. Cualquier daño que me hiciera a mí, personalmente, fue de modo indirecto y, en realidad, muy leve. O diré, al menos, que perjudicarme a mí nunca fue, con toda probabilidad, un objetivo principal de ninguno de sus actos. Que un hombre pierda a su hija y otro simplemente dilapide su paternidad como si no tuviese ningún valor... bien, eso no significa que el segundo hombre haya pecado contra el primero.

No lo perdono. No sabría por dónde empezar.

Tobías y tú estáis en el patio. Has colgado tu gorra de los Dodgers en un poste de la valla y los dos estáis arrojándole piedras. La precisión llegará más adelante, probablemente. «¡Ah, vaya!», dice T. y tuerce el gesto e inicia una pataleta de frustración con los puños cerrados, como si hubiera estado a punto de acertar. Ahora, tú y él os alejáis para recoger más piedras y *Soapy* os sigue a distancia con aire displicente, como si tuviera que atender algún asunto propio que, casualmente, la llevaba más o menos en la misma dirección que a vosotros.

He estado intentando recordar qué hacían los pájaros antes de que hubiera hilos telefónicos. Debía de ser mucho más difícil para ellos calentarse al sol, algo que, está claro, les encanta hacer.

Y aquí llega Jack Boughton con su bate y su guante. Tú y T. corréis a buscarlo calle arriba. Él ha posado el guante encima de tu cabeza y a ti te parece estupendo. Lo sujetas con las dos manos y caminas al lado de Jack con las piernas rectas, descalzo y con la tripa al aire como un original principito. No alcanzo a ver los churretones de helado en esa tripita, pero sé que están. T. lleva el bate. Como Jack no parece estar nunca tranquilo del todo, no debería sorprenderme que lo encuentre un poco tenso. Pero aquí viene, cruzando la verja. Lo oigo hablar con tu madre en el porche. Su voz suena agradable. Creo que mi corazón prefiere que me quede aquí sentado, al menos de momento.

Los tres habéis salido al patio lateral. Él lanza la pelota al aire y la golpea con el bate. Tú y T. corréis hacia atrás con intención de capturar la pelota. Cada vez que estáis cerca de ella, levantáis el guante para protegeros y la pelota cae al suelo no lejos de donde estáis. En cambio, empezas a cogerle el tranquilo a lanzar la pelota levantando el brazo por encima de la cabeza. Es una delicia observaros a los tres. Creo que saldré a ver qué se propone. Sé que busca algo.

Jack quería saber si mañana estaré en mi estudio de la iglesia. Le he dicho que sí, por la mañana. De modo que pasará por allí para hablar conmigo.

Ojalá tuviera más fotos mías de joven. Supongo que lo digo porque creo que, cuando leas esto, yo no seré viejo; que, cuando nos reencontremos al término de tu larga y próspera existencia, ninguno de los dos será viejo. Seremos como hermanos. Así es cómo lo imagino. A veces, cuando te encaramas a mi regazo y te acurrucas contra mí y noto esa fuerza ligera y presta de tu cuerpo y lo liviano de tu cabecita, cuando tienes frío de tanto jugar con el aspersor, o calor después del baño nocturno, y descansas en mis brazos y juegas con mi barba y me cuentas lo que has estado pensando, todo ello me resulta absolutamente placentero e imagino que tu yo niño viene al cielo a mi encuentro y me salta a los brazos, y la idea me causa una gran alegría. Sin embargo, creo que es mejor lo otro, y lo más probable, estar cerca del lugar donde la acción tiene su curso, y pienso que Calvino lleva

razón al desalentar las curiosas especulaciones sobre cosas que el Señor no ha considerado conveniente revelarnos.

La edad adulta es un tiempo maravilloso. Y breve. Debes asegurarte de disfrutarla mientras dure.

Creo que el alma que va al Paraíso debe de disfrutar de un estado más próximo a una edad adulta vigorosa y perpetua que a ningún otro que conozca. Esto es lo que espero, al menos. No es que el Paraíso pudiera decepcionarme, pero creo que Boughton tiene razón cuando goza imaginando cómo debe de ser el Cielo, acaso eso sea el mayor placer del mundo. No veo que pueda estar completamente equivocado al enfocarlo de ese modo. A mí, desde luego, no me desagrade la idea de que tu madre me encuentre allá arriba convertido en un hombre joven y fuerte. Allí no hay varones o mujeres, nadie se casa ni es entregado en matrimonio, pero, *mutatis mutandis*, sería algo magnífico. ¡Ese *mutandis*! ¡Qué carga tan pesada en una sola palabra!

*Concededme, Señor, en la tierra lo que a Vos mejor parezca,
hasta que la muerte y el Cielo me revelen lo demás.
Isaac Watts.*

Y John Ames añade a eso su amén.

Esta mañana me ha despertado temprano, lo cual, en realidad, es una manera de decir que anoche apenas pude conciliar el sueño. No dejaba de darle vueltas a que hoy me vestiría con un poco más de cuidado del que he puesto en ello últimamente. Tengo una buena mata de cabello, no tan uniformemente repartido como antes, pero tupido donde abunda y bastante canoso. Las cejas también las tengo canosas y muy espesas. Me refiero a que los pelos son largos y crecen en espiral en todas direcciones. El iris de mis ojos ha empezado a difuminarse un poco por los bordes. Nunca fueron de ningún color concreto y ahora tienen un tono más claro. La nariz y las orejas son claramente mayores que cuando estaba en la flor de la vida. Sé que soy un anciano perfectamente pasable en lo que respecta a mi

aparición, si es que a alguien le interesa. La edad es extraña, sin embargo. Ayer, estabas junto a mi sillón y jugabas con mis cejas, tirando de los pelos cuanto era posible y contemplando luego cómo volvían a enroscarse. Te parecía divertido y lo es.

La cuestión es que me afeité con cuidado y me puse una camisa blanca y me lustré un poco los zapatos, etcétera. Creo que estos preparativos pueden marcar la diferencia entre un caballero anciano y un viejo excéntrico. Sé que el primero es un consorte más adecuado para tu encantadora madre, pero a veces se me olvida tomarme la molestia de acicalarme, un error que me propongo corregir.

A continuación, subí a la iglesia y, mientras aguardaba en el santuario a que alumbrara el nuevo día, me quedé dormido, sentado muy erguido en el banco, lo cual fue una suerte porque el joven Boughton entró a buscarme al ver que no estaba en el estudio. Me sentí como imagino que debió de sentirse la sombra del pobre Samuel cuando fue rescatado del reino de la muerte. «¿Por qué me has turbado evocándome?». De hecho, había pasado las horas de oscuridad rezando para que me fuera concedida la sabiduría de tratar bien a John Ames Boughton; entonces, cuando él me despertó, me percaté al instante de que mi hosco yo reptiliano ancestral lo habría entregado sin pensar a los filisteos a cambio de disfrutar de unos minutos más de sueño. Detesto profundamente el patetismo de ser sorprendido durmiendo en el momento y el lugar menos pensados. Tu madre siempre cuenta a la gente que me paso toda la noche despierto, leyendo y escribiendo, y si bien a veces es verdad, en otras me paso la noche despierto sin más, deseando no estarlo.

(En tales ocasiones recomiendo la oración, pues a menudo supone que es necesario resolver algo. Allí, a oscuras, había alcanzado una ecuanimidad considerable y creo que es lo que me permitió dormir. El problema fue que me dormí demasiado profundamente. Como todo el mundo sabe, el cuerpo físico puede ansiar el sueño con codicia animal. Entonces, se pone irascible cuando lo perturban, como me habría sucedido a mí si no hubiera tenido el recuerdo, al menos, de haber rezado pidiendo serenidad. En el momento en que él me despertó, no puedo afirmar que la tuviera).

Así pues, las primeras palabras que me dirigió Jack Boughton fueron: «Lo siento mucho». Se sentó en el banco y me dejó tiempo para despejarme, lo cual fue un detalle por su parte. Observé que él también se había vestido con especial cuidado: llevaba chaqueta y corbata y se había esmerado en dar lustre a los zapatos. Examinó la nave del templo, fijándose en su sencillez, que yo sé que es una sencillez desnuda y no esa simplicidad elegante y ornamental que se observa en algunas de las mejores iglesias antiguas, puesto que ésta se había concebido siempre como un edificio provisional.

«Su padre predicó aquí», me dijo.

«Durante muchos años. No ha cambiado mucho desde entonces».

«Es como la iglesia en la que crecí».

En efecto, los presbiterianos tenían una iglesia muy parecida a ésta, pero hace varios años la reemplazaron por un edificio de piedra y ladrillo bastante imponente, que ya presenta una buena cantidad de hiedra aferrándose a sus muros. Boughton dice que si pudiera convencerlos de que destartalaran un poco el campanario, dispondrían de una auténtica antigüedad. También ha sugerido que hagamos un templo más anticuado que el de los presbiterianos, tomando como modelo para el nuevo edificio las catacumbas. Creo que lo propondré.

Jack dijo: «Es envidiable que uno pueda recibir su identidad de su propio padre».

Tengo la desagradable costumbre de formarme enseguida una opinión sobre cualquier conversación, en lo que concierne al placer o el beneficio que de ella puedo esperar o a lo que puedo llevar a cabo a través de ella, y sobre esto último no tenía grandes expectativas. «Mi vocación fue la misma que la de mi padre —dije—. Presumo que si hubiera tenido otro padre completamente distinto, el Señor me habría llamado de todos modos». Reconozco que sobre esta cuestión soy algo susceptible.

Jack calló durante un minuto y luego dijo: «Me da la impresión de que lo ofendo cada vez que hablo. No siempre es mi intención. —A continuación dijo—: Espero que entienda que no deseo ofenderlo. Reverendo».

Yo dije: «Lo tendré en cuenta».

«Gracias», dijo él. Luego, al cabo de otro minuto, dijo: «Ojalá hubiera podido ser como mi padre», y me dirigió una mirada como si pensara que iba a reírme.

«Tu padre ha sido un ejemplo para todos nosotros», dije.

Me lanzó otra mirada y se cubrió los ojos con la mano. El gesto denotaba cierta pesadumbre y frustración, y también cansancio. Y supe qué significaba. «Me temo que te he ofendido», dije.

«No, no —repuso él—. Pero me gustaría que pudiéramos hablar más... directamente».

Hubo un silencio. Luego, añadió: «Pero le agradezco que me haya dedicado su tiempo», y se levantó para marcharse.

«Siéntate, hijo —le dije—. Siéntate. Volvamos a intentarlo».

Así que nos quedamos allí, callados, durante un rato. Él se quitó la corbata y se la enrolló en la mano y me la enseñó como si aquello tuviera algo de divertido y la guardó en el bolsillo. Finalmente, dijo: «Cuando era pequeño pensaba que Dios era alguien que vivía en la buhardilla y pagaba los alimentos de la tienda. Ésa fue la última forma de creencia religiosa de la que he sido capaz. —Luego, añadió—: No querría parecer descortés».

«Lo entiendo».

«¿Por qué sucedía eso? ¿Qué opina usted? Me refiero a que nunca llegase a creer una palabra de lo que decía mi pobre y anciano padre. Ni siquiera de niño. Cuando todos mis conocidos consideraban que sus palabras eran..., en fin, todos pensaban que eran la palabra de Dios».

«¿Crees en algo de eso ahora?».

Él sacudió la cabeza. «No puedo decir que sí. —Alzó la vista hacia mí—. Estoy siendo sincero».

«Eso ya lo veo».

Jack dijo: «Le contaré otra cosa extraña. Miento mucho, porque cuando lo hago la gente me cree. Es cuando intento decir la verdad que las cosas se me tuercen. —Se rió y se encogió de hombros—. Así pues, conozco el riesgo que corro en esta ocasión». Luego, añadió: «Y, de hecho, las cosas también se me tuercen cuando miento».

Le pregunté qué era, exactamente, lo que quería decirme.

«Bien, me parece que le planteé una pregunta...».

Tenía todo el derecho a señalar aquello. Me había hecho una pregunta y yo había evitado responderla, es verdad. No pude dejar de advertir el tono de irritación de su voz, considerando lo serio que se mostraba en cuanto a mantener la conversación dentro de unos límites civilizados.

Dije: «Es que no sé qué respuesta darte. Ojalá lo supiera, de veras».

Jack se cruzó de brazos, se retrepó en el asiento y agitó un pie durante un minuto. «¿Le parece correcto —dijo—, que no exista ningún lenguaje común entre nosotros? ¿Que no haya modo de llevar una gota de agua a aquellos de nosotros que languidecen en las llamas, o que lo harán? ¿He de aceptar su planteamiento? ¿Que entre usted y yo existe un abismo insalvable? ¿Cómo puede la Verdad con mayúscula no ser comunicable? Para mí, no tiene ningún sentido».

«No estoy seguro de que sea ése mi planteamiento, exactamente. En este contexto yo hablaría de clemencia», respondí.

«Y nunca de la ausencia de clemencia, que parecería ser el tema a tratar aquí, en realidad, si se acepta su planteamiento. Y no quisiera parecer irrespetuoso».

«Eso ya lo veo», dije.

«Así pues —dijo él tras un silencio—, no tiene usted ningún conocimiento que compartir conmigo acerca de este tema...».

«Verás —dije yo—, no sé muy bien cómo enfocarlo en este caso. ¿Tú deseas ser convencido de la verdad de la religión cristiana?».

Jack se echó a reír. «Estoy seguro de que, si usted me convenciera de ello, estaría agradecido *a posteriori*. Normalmente, tengo entendido que la gente lo está».

«Bien —dije yo—, pero eso no me ayuda demasiado, ¿no crees?».

Él se quedó sentado allí un rato y luego dijo: «Un amigo mío, no, un amigo no, un hombre que conocí en Tennessee, había oído hablar de este pueblo y también del abuelo de usted. Me contó varias historias de los viejos tiempos en Kansas que le había relatado su padre. Decía que, durante la guerra de Secesión, Iowa tuvo un regimiento de soldados negros».

«Sí, existió. Y hubo un regimiento de ancianos. Y uno metodista, o así lo llamaban; en cualquier caso, sus componentes eran abstemios».

«Me interesó saber de la existencia de un regimiento de negros —dijo él—. Nunca hubiera dicho que había tanta gente de color en este estado».

«Pues sí. Un buen número de ellos vino de Missouri en los tiempos anteriores a la guerra. Y creo que también llegaron bastantes remontando el valle del Mississippi».

«Cuando yo era un crío, había algunas familias negras en el pueblo».

«Sí, alguna había, aunque todas se marcharon hace tiempo».

«Recuerdo haber oído hablar de que hubo un incendio en su iglesia».

«Oh, sí, pero eso fue hace muchos años, cuando yo era un crío. Y apenas fue un conato. Hubo muy pocos daños».

«¿De modo que ya no queda ninguna?».

«Ninguna. Es una lástima. Ahora tenemos varias familias lituanas nuevas. Naturalmente, son luteranas».

Jack se rió. «Es una lástima que ya no estén», dijo, y dio la impresión de reflexionar sobre aquello durante un rato. «Usted admira a Karl Barth», dijo por último.

Y creo que fue en este punto cuando empezó a hablar con esa rabia tan propia de él, con esa cólera solapada y cargante para la que nunca he tenido respuesta. Siempre era astuto como el demonio. Y serio como el diablo. Debería haber adivinado que él también habría leído a Karl Barth.

«Sí, lo admiro —dije—. Muchísimo».

«Pero él parece tener muy poco respeto por la religión norteamericana, ¿no lo cree así? Es muy franco al respecto».

«También ha sido muy crítico con la religión europea», dije yo, y es cierto. Y, sin embargo, en aquel mismo instante me di cuenta de que mi respuesta era un tanto evasiva. Lo mismo pensó el joven Boughton, como deduje de su expresión, que no era exactamente una sonrisa.

«Pero se la toma en serio —dijo—. Cree que merece la pena criticarla».

«Eso está claro». Y es absolutamente cierto, además.

Entonces, Jack inquirió: «¿Nunca se pregunta por qué la cristiandad americana siempre parece esperar que la verdadera reflexión se haga en otra parte?».

«Para ser sincero, no», dije, lo cual me sorprendió, pues me he preguntado eso mismo en más de una ocasión.

Bien, llegado este punto, tuve la sensación de que Jack Boughton estaba ganando la conversación, por así decirlo, y también de que esto no lo hacía más feliz que a mí. Tal vez le producía cierto disgusto, incluso. Yo, ciertamente, me encontré otra vez en falso. Me sentí como si me excusara en mi edad avanzada. Sin embargo, allí estaba, sentado en mi iglesia con la dulce e irrefragable luz del día entrando por las ventanas. Y, como me ha sucedido a menudo, sentí que mi verdad no podía tener ninguna relación con la Verdad misma, la cual no podía depender en ningún sentido de mí, ni de nadie. Y mi corazón se sublevó dentro de mí —lo percibí exactamente así— y dije: «He escuchado un buen número de sermones excelentes en mi vida y he conocido algunas almas profundas. Me doy perfecta cuenta de que la gente critica y encuentra defectos, pero yo considero presuntuoso juzgar la autenticidad de la religión de nadie, excepto la propia. Y eso también es presuntuoso».

Y continué: «Cuando este viejo santuario se llena de silencio y oración, todos los libros que Karl Barth pueda escribir en su vida no pesan ni lo que una pluma en el otro fiel de la balanza, por lo que a su profundidad respecta. Y yo no creería en la propia autenticidad de Barth si no estuviera seguro de que él vería y reconocería la verdad de lo que digo, y lo respetaría».

Estaba cansado y me sentía más acosado de lo que debería estarlo un hombre de mi edad, y ésta es la única explicación que encuentro a mis lágrimas, que casi me sorprendieron más a mí que al joven Boughton.

«No puedo expresarle cuánto lo siento», dijo él, y lo hizo en un tono convincente.

Y allí me tienes, enjugándome las lágrimas de las mejillas con la manga, igual que haces tú. Resultó embarazoso, créeme. Él dijo algo que sonó como «discúlpeme», y se marchó.

Y ahora, ¿qué? En este momento, pienso en escribirle una carta. No tengo idea de qué le diré.

Aquí ha habido héroes y santos y mártires, y quiero que lo sepas, porque es la verdad, aunque nadie lo recuerde. Si se echa una ojeada al lugar, apenas

se verán un puñado de casas que se suceden a lo largo de unas pocas calles y una pequeña hilera de edificios de ladrillo con tiendas y un elevador de grano y una torre del agua en uno de cuyos lados está escrito «Gilead», y la oficina de correos y las escuelas y los campos de deportes y la vieja estación del tren, que a estas alturas está bastante ruinoso e invadido por hierbajos. Sin embargo, ¿qué aspecto debió de tener Galilea? Poco se puede decir de un lugar por su apariencia.

Esos santos envejecieron y los tiempos cambiaron y acabaron pareciendo unos excéntricos, unos incordios, y nadie quería escuchar sus viejos sermones atemorizadores ni sus rancias historias visionarias. Llegó un momento —ésta es la verdad y lo digo para mi vergüenza— en que dejé de gustarme estar con mi abuelo. No fue sólo por su penoso aspecto, ni porque, cada vez que desaparecía algún objeto útil, el propietario se presentara en nuestra casa a mencionar el hecho. Empecé a temer las ocasiones en que fijaba en mí aquel ojo suyo siempre rebosante de expectación y de decepción, las dos cosas a la vez. Los ancianos llamaban *doughfaces*^[16] a quienes no abrazaban la gran causa antiesclavista. La expresión destila mucho desprecio. Aquellos hombres eran severos en sus juicios. Creo que con razón.

Recuerdo, en especial, una vez en que pidieron a mi abuelo que pronunciara unas palabras en la celebración del Cuatro de Julio. Lo recuerdo porque el encargo nos causó a todos mucha inquietud y, después, también la suficiente vergüenza como para justificar una parte de aquella preocupación. Dado que el abuelo era una especie de fundador del pueblo, en un sentido amplio, y veterano de guerra, a alguien se le ocurrió que sería muy apropiado que tomara la palabra. El alcalde, en esa época, era un sueco luterano que sólo llevaba unos veinte años viviendo en Gilead, por lo que tal vez no conocía las historias de los viejos tiempos. Además, el abuelo casi nunca robaba a nadie que no fuera de la familia. Las excepciones se limitaban prácticamente a nuestra propia feligresía y, muy rara vez, a los presbiterianos y metodistas más desprendidos, los cuales sabían mantener la discreción sobre el asunto por respeto a su edad y por la inocencia de sus intenciones. Mi madre decía que uno podía saber dónde vivía un congregacionista por el candado de la puerta del cobertizo, y algo de

verdad había en eso. En cualquier caso, lo más probable era que el alcalde, al enviarle la invitación, no tuviera idea del grado de excentricidad del viejo.

Desde el momento en que leyó la carta, a mi abuelo le brillaron los ojos. Mis padres procuraron tomárselo de la mejor manera posible. Mi madre buscó su uniforme del ejército por toda la casa pero, por supuesto, no quedaba nada de él, salvo la gorra, que había sobrevivido porque era bastante inútil, supongo. «El cartílago, las pezuñas y el hocico», decía mi madre, refiriéndose a lo que quedaba de cualquier cosa que pasara, del modo que fuese, por las manos del abuelo. Encontró la gorra en un armario e hizo cuanto pudo por adecentarla un poco, pero el viejo dijo: «Estoy predicando», y volvió a guardarla donde estaba. Conservo el sermón, los *ipsissima verba*, porque estaba entre las cosas que mi padre enterró y desenterró aquel día en el jardín. Es muy breve, así que lo copiaré aquí tal como lo redactó. Mi padre, recuerdo, lo animó a ponerlo por escrito, tal vez para disuadirlo de perderse en divagaciones y, muy posiblemente, con la esperanza de que él o mi madre pudieran echar una ojeada al texto y discutir un poco el contenido, si era necesario. Pero el abuelo lo mantuvo muy en secreto, arrojando los borradores al fogón de la cocina y guardando el texto en todo momento sobre su inaccesible persona consagrada.

He aquí lo que escribió y lo que dijo:

Hijos:

Cuando yo era joven, el Señor vino a mí y me puso Su mano aquí, en el hombro derecho. Todavía la noto. Y Él me habló, muy claramente. Sus palabras me traspasaron. Me dijo: «libera a los cautivos, predica la buena nueva a los pobres, proclama la libertad por toda la tierra». Todo esto está en las Escrituras, por supuesto, y yo lo conocía muy bien. Pero está bastante claro por qué consideró Él que era necesario hacer especial énfasis en ello. Nadie vive según estos preceptos, salvo que el Señor lo tome de la mano. Yo, desde luego, no viví guiándome por ellos hasta el día en que Él se acercó a mi vera y me dijo estas palabras.

Yo llamaría a esa experiencia una visión. En aquellos tiempos, teníamos visiones. Algunos de nosotros las teníamos. Vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños. Y ahora todos aquellos jóvenes son ancianos, si aún viven, y sus visiones no son más que sueños y los tiempos de antaño se han olvidado. Volamos olvidados como un sueño, dice el viejo himno, y nuestros sueños quedan olvidados mucho antes de que lo seamos nosotros.

El presidente, el general Grant, llamó en cierta ocasión a Iowa la estrella radiante del radicalismo. Pero ¿qué queda aquí, en Iowa? ¿Qué queda aquí, en Gilead? Polvo. Polvo y cenizas. Las Escrituras dicen que la gente perecerá, y así sucede ciertamente. Es extraordinario. Pero ni con todo esto ha cesado Su furor, sino que Su mano aún está extendida.

El Señor os bendiga y os guarde, etc.

Al parecer, sólo unos pocos de los asistentes al acto prestaron atención a lo que decía. Los que lo hicieron estuvieron muy cerca de ofenderse ante la idea de que estaban pereciendo, aunque ya empezaban a notarse los efectos de la terrible sequía que llevaría a la ruina y dispersaría a tantas familias, incluso pueblos enteros. Se alzó entre los reunidos una breve carcajada, como las que se oyen cuando existe un acuerdo general en la extravagancia de algo. Sin embargo, esto fue lo peor. Mi abuelo se plantó en el escenario con su ropa negro azabache de predicador y, rodeado de banderas ondeantes, contempló al gentío con la intensidad desapasionada de la mismísima muerte. Entonces, la banda arrancó a tocar y mi padre se acercó a él y posó una mano en su hombro izquierdo y lo condujo hasta nosotros. «Gracias, reverendo», dijo mi madre, y mi abuelo movió la cabeza y comentó: «Dudo que eso haya hecho mucho bien».

He reflexionado sobre esto muy a menudo: cómo cambian los tiempos y cómo las mismas palabras que mueven a tantos de una generación a establecerse en unas desoladas tierras salvajes resultan fastidiosas o

carentes de sentido para la siguiente. Tal vez llegues a pensar que en cierta medida me siento en la obligación de intentar «salvar» al joven Boughton, quien a su vez, en su interés por inquirir en estos temas, me arrastra a esa obligación. He tenido cierta experiencia respecto al escepticismo y a la conversación que genera, y existe en ello una inevitable futilidad. Incluso resulta destructivo. Jóvenes de mi propia grey han vuelto a casa con un ejemplar de *La náusea* o de *El inmoral*, perplejos ante la posibilidad de no creer, cuando yo debo de haberles dicho miles de veces que no creer es posible. Y se sienten atraídos a tal escepticismo por los propios libros que les hablan del misterio que éste constituye. Y pretenden que yo defienda la religión y que les dé «pruebas». Yo, sencillamente, me resisto a ello, pues hacerlo sólo los reafirma en el escepticismo. Porque nada verdadero puede decirse de Dios desde una postura defensiva.

Desde el momento en que comenzó a recibir esas largas cartas de Alemania, mi padre empezó a fijarse más en mí, o de otra manera, de lo que había hecho hasta entonces. Por primera vez en mi vida, mi padre y yo no estábamos totalmente cómodos entre nosotros y tenía que andarme con cuidado con lo que le decía, pues él advertía cualquier posible matiz de heterodoxia en mis palabras y me sermoneaba solemnemente sobre la naturaleza del error al que habían podido llevarme mis pensamientos. Luego, incluso después de unos días, acudía a mí con nuevas refutaciones de argumentos que no habían salido de mis labios. Sin duda, le estaba hablando a Edward; desde luego, me hablaba a mí como si fuera —así debía de parecérselo— el próximo Edward. Asimismo, era evidente que aprovechaba para ensayar la defensa que podía hacer de sus creencias. Hasta aquel momento, jamás se me había ocurrido pensar que éstas pudieran ser vulnerables. Y a él, sospecho, tampoco.

Luego, cuando empezó a leer esos libros que llevé a casa, fue casi como si quisiera dejarse convencer por ellos y como si cualquier crítica que yo les hiciera no fuese más que obstinación. Empleaba palabras como «progresismo» y se diría que bastaba la supuesta novedad para que un mal argumento se convirtiera en incuestionable, por el amor de Dios. Pero gran parte de la novedad de aquel nuevo pensamiento era más vieja que Lucrecio y él lo sabía tan bien como yo. En esa carta que me envió y que quemé,

hablaba del «valor que requiere abrazar la verdad». Nunca olvidé esas palabras por cómo me irritaron. Se limitaba a dar por sentado que su visión del argumento era «la verdad» y que sólo la cobardía podía impedirme reconocerlo. Sin embargo, yo creo que él estaba en todo momento buscando el modo de llegar a Edward, y eso no puedo reprochárselo. Y se empeñaba en llevarme con él.

En cuestión de fe, siempre he considerado que los argumentos defensivos tienen la misma irrelevancia que las críticas a las que pretenden dar respuesta. Opino que el intento de defender la fe puede, en realidad, turbarla, pues al tratar sobre cuestiones fundamentales y absolutas siempre se cae en la ineptitud. Participamos del Ser sin restricciones. No hay aliento ni pensamiento, no hay verruga ni pelo de la barba, que no esté imbuido del Ser cuanto es posible estarlo. Y, sin embargo, nadie puede decir qué es el Ser. Si describieras qué tienen en común un pensamiento y un pelo de la barba, o un tifón y un alza en la bolsa, más allá de la «existencia» —que simplemente reafirma el hecho de que ocupan un lugar en nuestra lista de cosas conocidas y nombrables (¡y que establecería como conclusión que el ser es igual a la existencia!)—, habrías conseguido algo maravilloso, aunque infinitamente demasiado parcial todavía como para tener algún significado.

Me he desviado del tema. Hablaba de la posibilidad de afirmar la existencia de algo —el Ser— sin tener la menor idea de qué es. Entonces, Dios está a un nivel absolutamente distinto: si Dios es el Autor de la Existencia, ¿qué significa decir que Dios existe? Tenemos un problema de léxico. El Ser Supremo debe tener un carácter, previo a la existencia, que la pobreza de nuestro entendimiento sólo puede llamar existencia. Esto, claramente, es fuente de confusión. Se necesitaría otro término para describir un estado, o cualidad, del que no podemos tener ninguna experiencia y con el que la existencia tal como la conocemos sólo puede guardar una ligerísima semejanza o afinidad. Así pues, crear pruebas a partir de experiencias de cualquier tipo es como construir una escalera a la luna. Debería ser posible, al menos eso parecería, hasta que uno se detiene a considerar la naturaleza del problema.

Por lo tanto, aquí tienes mi consejo: no busques pruebas. No te molestes en ello. Las pruebas nunca bastan para aclarar la cuestión y siempre resultan un poco impertinentes, creo, porque reclaman para Dios un lugar a nuestro alcance conceptual. Y, probablemente, en tu fuero interno te sonarán equivocadas, incluso si convences a alguien con ellas. A la larga, esto resulta muy perturbador. «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres», etcétera. Fue Coleridge quien dijo que el Cristianismo es una vida, no una doctrina, o palabras parecidas. No te estoy diciendo que nunca tengas dudas o que no te hagas preguntas. El Señor te dio un intelecto para que hicieras buen uso de él. Lo que digo es que debes tener la certeza de que esas dudas y preguntas son cosa tuya y no, por así decirlo, el bigote y el bastón que están de moda en un momento determinado.

Esta noche soy incapaz de dormir. Tengo un profundo desasosiego en el corazón. Resulta extraño sentir enfermedad y aflicción en el mismo órgano. No alcanzo a distinguir una de otra. Siempre he tenido por costumbre examinar la aflicción; es decir, seguirla a través del ventrículo y de la aorta para descubrir los rincones donde acecha. Ese viejo peso en el pecho, que me dice que hay algo en lo que debo profundizar porque sé más de lo que sé y debo aprenderlo de mí mismo, ese mismo peso viejo, me preocupa en estos tiempos.

Pero lo cierto es que nunca he encontrado otra manera de ser tan sincero conmigo mismo como puedo serlo consultando con estos misterios míos, estos pensamientos acusadores y reprobadores, Dios los bendiga todos. Siempre que no me maten fulminantemente. Sí, espero morir con el corazón sosegado. Ya sé que tal vez no sea una esperanza realista.

Cierro los ojos y veo a Jack Boughton y me parece que, más que madurar o envejecer, está marchito. Y pienso, ¿por qué siempre he de andar defendiéndome de este triste joven? ¿Qué mal temo de él?

No se trata, en realidad, de una mera pregunta retórica. Esta mañana, tu madre me ha entregado una nota de él. Decía: «Lamento mucho haberlo ofendido ayer. No volveré a molestarlo». Escribe con buena caligrafía. En cualquier caso, noté por su proceder que tu madre sabía qué había detrás de

aquella nota. Era una simple cuartilla de papel doblada, pero ella no la habría leído, bajo ninguna circunstancia, si él no se la hubiera enseñado. Tal vez él le leyó lo que ponía. O quizá le dijo, sencillamente, que era una disculpa. Los oí hablar en el porche antes de que tu madre me la trajera, con una expresión de pesar y preocupación: por mí, tal vez por él, o por los dos. Sí, hablan entre ellos, lo sé. No mucho, ni a menudo, pero percibo una especie de entendimiento entre los dos.

«Entendimiento» puede ser un término inadecuado, pues nunca le he hablado de él a tu madre, y lo que me preocupa, precisamente, es el hecho de que ella sepa tan poco de él. O «entendimiento» sea acaso exactamente el término más adecuado, no importa lo que ella sepa o deje de saber. No sabría decir qué alternativa me preocupa más. Quizá ninguna de las dos podría inquietarme más.

Le envié una nota en la que decía que era yo quien debía disculparme, que mi salud no había sido la ideal últimamente, etcétera, y que esperaba que tuviéramos ocasión de volver a hablar pronto. Y tu madre se la llevó.

Estaba recordando la ocasión, cuando él apenas tenía diez o doce años, en que llenó mi buzón de virutas de madera y luego le prendió fuego. Montó una especie de mecha de bramante empapada en parafina. Por esa época, el buzón estaba en un poste junto a la verja. Era uno de éstos en forma de pequeño túnel que se suelen usar en el campo. Yo volvía andando a casa después de una reunión en la iglesia, bajo la oscuridad de la tarde invernal. Oí un ¡puf!, alcé la vista y, en aquel instante, surgieron unas llamas de la boca del buzón. Me llevé un buen sobresalto. Pero no dudé ni un instante de quién era el autor de la gamberrada.

Aquel chico siempre andaba solo, siempre con una sonrisa, siempre tramando alguna diablura. No tenía más de diez años cuando se escapó en un Modelo T que vio aparcado al ralentí en la calle principal. Por aquel entonces, aún era bastante infrecuente ver coches por aquí, de modo que su interés era comprensible. Condujo el vehículo hacia el oeste durante varios kilómetros, hasta que se quedó sin gasolina, y entonces volvió a casa caminando. Un par de jóvenes con un tiro de caballos descubrieron el coche

y lo llevaron a rastras hasta Wilkinsburg y lo cambiaron por una escopeta de caza. Creo que la mitad de la gente del condado fue propietaria del vehículo durante un par de días a lo largo de los dos meses largos que estuvo desaparecido. Entonces, una familia bastante numerosa que lo había cambiado por una vaquilla llegó a Gilead montada en él para celebrar el Cuatro de Julio y fue detenida. Las autoridades reconstruyeron una serie de cambalaches y de pagarés y de partidas de póquer, pero nunca dieron con el primer ladrón. Al final, había tanta gente involucrada en delitos menores relacionados con la compraventa de aquel coche que los recursos de la ley se demostraron absolutamente insuficientes, por lo que el asunto cayó en el olvido oficial, aunque fue recordado durante mucho tiempo porque era una historia espléndida para contarla. La gente, estaba claro, sabía que el coche era robado, pero no podía resistir la tentación de poseerlo brevemente, aunque nadie tenía valor para quedárselo. Lo cual hacía que el precio se mantuviera en unos márgenes razonables y que la tentación fuese mucho mayor.

Fue el propio Jack quien me contó lo que había hecho. Había guardado el tirador de la guantera como recuerdo y me lo enseñó, pero yo le habría creído incluso sin aquella prueba. Sagaz como era desde la más tierna infancia, sabía que yo no se lo contaría a nadie y, en efecto, no lo hice. Pensé que sus padres deberían saberlo, desde luego, y sin embargo nunca tuve corazón para decir una palabra. Siempre sentí cierto temor reverencial ante un chiquillo que era capaz de guardar un secreto de aquel modo, aun cuando habría sido la culminación de la historia que se conociera que un niño de diez años había incriminado a medio condado.

En todo esto hay una tristeza que no quiero ocultar. Me refiero a la tristeza que había en aquel niño. Recuerdo que una mañana salí de casa y encontré los peldaños de la entrada embadurnados de melaza. Había tantas hormigas, que se apilaban unas sobre otras. Formaban una masa absolutamente sólida. Bien, uno no puede evitar preguntarse qué solitario debía de sentirse un niño para tener tiempo de convertirse en un auténtico incordio. Jack ideó un método para romperme los cristales de las ventanas de mi estudio de tal manera que los hacía añicos todos a la vez. Era

asombroso. Algún día, cuando nuestras almas estén en paz y podamos reírnos de ello, le preguntaré cómo se las ingeniaba.

Cosas como éstas son las que hacía de chico: travesuras que, en general, sólo bordeaban el perjuicio. Eso es lo que yo creo, pero sé que se cometieron algunos actos perniciosos que nunca quise atribuirle, aunque, en la intimidad de mis pensamientos, así lo hice. Por ejemplo, hubo un incendio en un establo en el que se perdieron varios animales. Quizá me equivoco al culparlo de eso.

Sus transgresiones eran solapadas y solitarias y, conforme crecía, lo fueron más. Creo que antes he dicho que no robaba nada, en el sentido convencional de la palabra, pero con esto me refiero a que robaba cosas que sólo tenían valor para la gente a la que se las sustraía. Lo que hacía no tenía lógica, salvo que su propósito no fuera otro que causar el máximo trastorno arriesgándose a un mínimo castigo. Cuando tenía quince o dieciséis años, entraba en casa mientras yo estaba en la iglesia y se metía cualquier cosa en el bolsillo. Era la treta más irritante que puedas imaginar. Una vez, se llevó esos Testamentos en griego de mi propio escritorio. No se me ocurre que haya habido nunca en el mundo algo que mereciera menos la pena robar. En otra ocasión, me robó las gafas de leer. Otra vez, entré y lo sorprendí plantado en medio del salón. Se echó a reír y dijo: «Hola, papi», con toda la frialdad y todo el encanto imaginables, y habló un rato de naderías con esa precocidad que demostraba, sonriendo como si hubiera alguna broma privada entre nosotros. En esa ocasión, tardé bastante en descubrir qué faltaba. Por fin, caí en la cuenta: una pequeña fotografía de Louisa cuando era niña, en una funda de terciopelo. Ante aquello, perdí las casillas como no me había sucedido en la vida. Me enfureció la pura maldad del acto. ¿Y cómo podía decirle a Boughton que su hijo había hecho algo semejante? ¿Cómo podía pronunciar las palabras siquiera?

Lo sustraído volvía, tarde o temprano. Los Testamentos en griego aparecieron en el felpudo de la entrada. La fotografía, en la mesa del vestíbulo de Boughton, misteriosamente, y me fue devuelta. La navaja con la palabra «Chartres» impresa en el mango, que estaba hecho con una vaina de munición, fue encontrada en la cocina, clavada en una manzana. Ese detalle me resultó desconcertante.

Luego, empezó a cometer los actos que llevarían su nombre a los periódicos: robos de licores, paseos alocados en coche, etcétera. He conocido jóvenes que han conocido la cárcel, o a los que se ha enviado a la Marina por mala conducta, que no eran peores que él. Pero su familia era tan respetada que salió bien librado de todo. Es decir, se le permitió continuar causando oprobio a su familia.

Observo que he dicho que parecía un ser solitario. Era una peculiaridad suya que resultaba muy extraña, pues, como ya he apuntado también, los Boughton lo querían de verdad. Toda la familia. Sus hermanos y hermanas lo defendían en toda circunstancia. Cuando era pequeño, se había perdido, o fugado, y habían aparecido por casa preguntando por él, evidentemente inquietos, muy serios, con la esperanza de encontrarlo y ejercer su respetable influencia sobre el chico antes de que se metiera en más problemas. Recuerdo un verano en que planté una hilera de girasoles a lo largo de la valla trasera. Debía de haber una veintena de ellos. Una tarde, los demás hijos de Boughton se presentaron en la puerta preguntando por Johnny, como lo llamaban entonces. Salí con ellos para ayudarlos a buscarlo en los alrededores y maldita sea si no encontré los girasoles torcidos, doblados sobre la valla de modo que las cabezas colgaban del otro lado de ésta. Glory dijo: «Puede que lo haya hecho el viento». Yo dije: «Sí, quizás haya sido el viento».

Si tuviera que escoger una palabra para describirlo tal como es ahora, podría ser «solitario», aunque también se me ocurren «marchito» y «enojado». Una vez, por la época en que me faltaba la fotografía de Louisa, me acerqué por casa de Boughton a pedir prestado un libro y nos sentamos en el porche a charlar un rato, y recuerdo que el chico vino a sentarse en los escalones, jugando con una honda, y pendiente de cada palabra que allí se decía. Y de tanto en tanto levantaba la vista hacia mí y sonreía, como si compartiéramos una broma privada o alguna interesante conspiración. Aquello me resultó sumamente irritante y casi cedí a la tentación de mencionar el asunto de la fotografía en aquel mismo momento. Tuve que marcharme para contenerme. «¡Adiós, papi!», dijo él. Volví a casa presa de

un temblor. Quizás ahora entiendas por qué, cuando surgió lo de la muchacha embarazada, me impresionó sobre todo lo ruin del asunto.

No creo que a mi corazón le siente muy bien recordar estas cosas. Lo que digo es que Jack siempre fue un misterio y que por eso me preocupa. Y que por eso no puedo juzgarlo como juzgaría a otro hombre. Es decir, no soy capaz de asignar una valoración moral a su conducta. Jack es ruin, y basta. Bueno, no sé si sigue siéndolo hoy día. Pero sí veo el mal que podría causar. Eso lo veo con absoluta claridad. Mientras estaba ahí, en el púlpito, me asaltó el pensamiento de que estaba viendo el mundo desde la tumba y que allí estaba él, sentado a tu lado, sonriéndome irónicamente...

Todo esto no me está haciendo ningún bien. Será mejor que rece.

Esta mañana desperté al olor de las crepes, que me encantan. Mi corazón era una especie de grumo arcilloso atascado en mitad del esófago, y eso después de muchas e intensas plegarias. Tu madre me había encontrado dormido en el sillón y me había descalzado y me había echado una colcha por encima. Últimamente, a veces duermo mejor sentado. Me cuesta menos respirar. Anoche tuve la precaución de guardar este diario antes de apagar la luz. Sé que debo seguir dándole vueltas a este asunto de Jack Boughton.

Es mi aniversario, así que encontré margaritas en la mesa y habían puesto velas en mi pila de crepes, bien acompañadas por unas buenas salchichas. Y tú recitaste las Bienaventuranzas sin apenas una vacilación, dos veces, absolutamente radiante ante la magnitud de tu hazaña, y bien podías estarlo. Tu madre le dio una salchicha a *Soapy*, que se escabulló con el grasiento trofeo y lo escondió quién sabe dónde. Esa gata es, sin duda, descendiente de incontables generaciones de devoradores de plagas, por gorda que esté y por domesticada que debería mostrarse.

No quiero pensar lo que daría por mil mañanas como ésta. Por dos o tres. Tú llevabas la camisa roja y tu madre el vestido azul.

Y tu madre ha encontrado ese sermón del que te hablaba, el de Pentecostés, el que pronuncié la primera vez que la vi. Estaba al lado de mi plato, envuelto en papel de seda, con un lazo. «Ahora, no se te ocurra retocarlo — me dijo ella—. No necesita retoques». Y me besó en la coronilla, lo cual, en ella, era una auténtica extravagancia.

De modo que ya tengo setenta y siete.

Ayer fue un día estupendo. Glory vino en el coche y nos llevó de pícnic junto al río. Tobias vino con nosotros, el buen Tobias. Hubo globos e incluso petardos y un pastel de chocolate con un baño de chocolate. El río llevaba escaso caudal pero estaba bonito, con las primeras hojas amarillentas flotando en la corriente. Lamenté no haber dormido mejor la noche antes, que hubiera habido tanta agitación en la zona del corazón. Pero a pesar de todo la fiesta transcurrió bastante alegremente. Ahora, Glory y tu madre son buenas amigas, y tú y T. os habríais quedado allí eternamente, haciendo carreras con hojas corriente abajo y, en general, chapoteando y jugando en la orilla.

Me turba pensar que vaya a morir privado de sosiego, no sé si me explico. Jack Boughton ha vuelto a casa para alegría de su padre, mi querido amigo. Por lo que yo sé, no ha causado mal a nadie y, por lo que yo sé, no tiene intención de causarlo. Y, sin embargo, el mero hecho de su presencia me inquieta.

Me preguntaste si él vendría a la fiesta de cumpleaños. Te llevaste una decepción al saber que no. Glory improvisó una especie de excusa y tu madre, con discreción casi audible, no dijo nada. Tengo que preguntarme qué saben, de qué han estado hablando. ¿Cómo podrían no sentir lástima de él? Yo mismo lo compadezco. Lamento absolutamente no poder hablar con él de la manera que corresponde a un pastor, sabiendo, como sé, cuán atormentado está su espíritu. Es vergonzoso.

Uno de los mejores rasgos de las buenas personas es que aman al que compadecen. Y eso es más cierto de las mujeres que de los hombres, de

modo que se ven atraídas a situaciones que pueden ser perjudiciales para ellas. He visto una y otra vez cómo sucedía y siempre he tenido dificultades para encontrar el modo de prevenir de ello a mis fieles. Ya que es, en pocas palabras, propio de Cristo.

No ha contestado a la nota que le envié.

Le escribí otra, expresándole lo profundamente que sentía cualquier falta que pudiera haber cometido, etcétera, y la llevé en mano a casa de los Boughton. Me disponía a depositarla en el buzón, pero Jack estaba en el jardín de la casa y me vio, de modo que se la entregué directamente. A decir verdad, dio la impresión de que se resistía un poco a cogerla. Le dije que era otra disculpa, más considerada que la primera, y él me dio las gracias y estoy seguro de que el alivio que vi en su expresión era auténtico. Sospecho que no había leído la primera nota, tal vez porque había creído que contendría reproches de alguna clase. La que ahora le tendía sí que la abrió. La leyó rápidamente y volvió a darme las gracias.

«Si quieres que hablemos —le dije—, estaré encantado de recibirte en cualquier ocasión».

Y él dijo: «Sí, quiero hablar con usted, si está seguro de que le parece bien». Así pues, ya veremos qué sale de esto.

Me alegré de que todo hubiera discurrido tan agradablemente. Me quitó un peso de encima. Reconoceré que uno de los motivos para que escribiera la segunda nota fue que no quería que tu madre lo compadeciese por algún daño que yo le hubiera causado. Aun así, me sentí bien haciéndolo. Me satisfizo ver que cambiaba de expresión como lo hizo. Por un momento, pareció rejuvenecer.

Otra vez, no he pegado ojo. He estado recordando la mañana que bauticé a Jack Boughton. Hice que uno de los diáconos empezara el servicio sin mí para poder estar en la iglesia de Boughton. Lo habíamos hablado previamente: el niño se llamaría Theodore Dwight Weld. Se me antojó un nombre excelente. Mi abuelo había oído a Weld predicar todas las noches

durante tres semanas hasta que hubo convertido al abolicionismo a toda una colonia de *doughfaces*, y el viejo contaba el episodio entre las experiencias más profundas de su vida. Sin embargo, en aquel momento, cuando le pregunté a Boughton: «¿Qué nombre deseas que imponga a tu hijo?», él dijo: «John Ames». Me quedé tan sorprendido que repitió el nombre, con las lágrimas surcando su rostro.

Sencillamente, no era propio de Boughton, en absoluto, ponerme en una situación como aquélla. En primer lugar, no resultaba nada presbiteriano. Escuché unos sollozos en los bancos. Tardé bastante en perdonárselo. Te estoy diciendo la verdad, nada más.

Creo que mis sentimientos habrían sido muy distintos si hubiera tenido tiempo para reflexionar, aunque sólo fuese una hora. Según fueron las cosas, se me heló el corazón y pensé: «Este no es mi hijo», algo que, lo digo de veras, nunca se me había ocurrido pensar de ningún niño. No sé muy bien qué es la codicia pero, según mi experiencia, no es tanto desear la virtud o la felicidad de otro, como rechazarla y considerar una ofensa la belleza que hay en ella.

Eso es interesante. Desde luego, se puede extraer un sermón acerca de ello. «Dichoso aquél para quien no soy motivo de escándalo». Este sería el texto de partida. Espero tener tiempo de considerar todos los aspectos.

Ahora te diré una perfecta tontería. De vez en cuando, he pensado que el niño notó mi frialdad durante el bautizo, lo lejos que estaban mis pensamientos del acto de bendecirlo. Bueno, todo esto no es más que pensamiento mágico. Es superstición. Me avergüenzo de haberlo dicho, pero intento ser sincero. Y, efectivamente, siento el peso de la culpa respecto a ese niño, a ese hombre, mi homónimo. Nunca he sido capaz de mostrarme afectuoso con él. Nunca.

Me alegro de haberlo dicho. Me alegro de verlo escrito con mis propias palabras, de mi propia mano. Porque ahora me doy cuenta de que no es verdad. Y eso supone un gran alivio para mí.

Ojalá pudiera bautizarlo otra vez, por mi bien. La primera, estaba tan aturdido por mis propios malhadados pensamientos, que no sentí ese

carácter sagrado que siempre noto en mi mano, esa sensación de que el niño me bendice a mí. Qué lástima.

John Ames Boughton es hijo mío. Si hay un ápice de verdad en algo de lo que creo, esto también es cierto. Por «hijo mío» me refiero a otro yo, un yo más querido. Este lenguaje no es suficiente pero, de momento, no encuentro nada mejor.

Me puse a pensar en ese pasaje de los Institutos donde dice que la imagen del Señor en cualquier ser humano es razón mucho más que suficiente para amarlo y que el Señor espera para tomar sobre Sí los pecados de nuestros enemigos. Así pues, seguir culpando a nuestro enemigo es rechazar la realidad de la gracia. Estas cosas no pueden sino ser ciertas. Me parece que las personas tendemos a olvidar que debemos amar a nuestro enemigo, no por cumplir con cierto modelo de rectitud, sino porque Dios, su Padre, lo ama. Habré predicado sobre esto más de cien veces.

No es que vaya a llamar enemigo a Boughton hijo. No llegaré a tanto. Calvino sólo plantea el caso más extremo: *a fortiori*, ¿cuánto más dispuesto debería estar yo a olvidar unas transgresiones que, en general, no pasarían de significar meras molestias, en el caso de que llegaran siquiera a afectarme? Jack ha afligido a su padre terriblemente y ha sido perdonado siempre, al instante, y yo mismo no he hecho más que afligir a mi viejo amigo, también, cuando ha notado que yo era remiso en perdonar a Jack. Creo que la mayor parte de esa aflicción era mera melancolía del viejo Boughton por su hijo, que tan extraño ha sido para él y para todos nosotros.

Esto es de lo que te quería hablar, porque éste es el pensamiento que me vino a la cabeza mientras exponía todo esto al Señor. Lo fundamental y lo sagrado es la existencia. Si el Señor decide que nuestras transgresiones no son nada, nada son. O bien, toda la realidad inherente a ellas resulta trivial y condicional frente al exquisito hecho principal de la existencia. Por supuesto, el Señor las limpiará como yo te limpio el polvo de la cara, o como te enjugo las lágrimas. Al fin y al cabo, ¿por qué habría de molestarle el Señor en esos tiznones, esas manchas, que no son parte de Su Creación?

Hay muchas y buenas razones para que lo hiciera. Nosotros, los seres humanos, causamos daño real. La historia de la humanidad haría llorar a una piedra. Soy consciente de que, en este punto, una significativa

confusión penetra mis pensamientos. Estoy cansado y tal vez eso sea parte del problema, aunque me recuerdo zozobrando, incluso en la flor de la vida, cada vez que he contrapuesto la verdadera gravedad del pecado con la libre gracia del perdón. Si el joven Boughton es hijo mío, por la misma razón aquella hija suya es también hija mía y lo que le sucedió fue terrible, y eso es indiscutible. Como soy un cristiano creyente, jamás podría decir otra cosa.

Al repasar estos pensamientos que anoche puse por escrito, me doy cuenta de que he eludido la que, para mí, constituye la cuestión esencial. Esto es: ¿cómo debo afrontar estos temores que tengo de que Jack Boughton os haga daño a ti y a tu madre, sólo porque puede, por la taimada e incontestable ruindad de hacerlo? Esta mañana, tú ya has preguntado por él dos veces.

Dañarte a ti no es dañarme a mí en el sentido estricto y eso es gran parte del problema. A mí, podía hacerme caer por las escaleras de un empujón y, antes de que llegara al fondo, encontraría la teología para perdonarlo. Pero si a ti te causara el menor daño, me temo que la teología no me ayudaría.

Ahora que lo pienso, tal vez eso sea gran parte de mi temor.

Lo oigo en el porche hablando contigo y con tu madre. Os estáis riendo, los tres. Es un alivio, realmente. A mí, siempre me ha parecido un hombre que vive demasiado cerca del fuego, tolerando el dolor con el pensamiento, sabiendo que está a medio paso de algo peor. Incluso cuando ríe tiene ese aire, al menos cuando trata conmigo, aunque verdaderamente pienso que siempre he procurado no ofenderlo. Ah, soy un hombre limitado y viejo y él seguirá siendo su inexplicable ser mortal cuando yo ya sea polvo.

Más de una vez he vagado hasta los límites de mi entendimiento, perdido en esa desolación, en ese Horeb, en ese Kansas, y también me he asustado, muchas veces, cuando he dejado atrás cualquier lugar conocido, o así me lo parecía. Y hacerlo cabe contarse entre los verdaderos placeres de mi vida.

De noche y con luz, en el silencio y en la dificultad, siempre me ha parecido riguroso y bueno. Creo que fue Edward quien me lo recomendó, y también mi reverendo abuelo, cuando hizo su última huida al desierto. Puede que en alguna ocasión me haya imaginado a mí mismo como otro de aquellos severos ancianos, decididos a zambullirse bajo tierra y permanecer allí latentes hasta el día del Juicio. En cambio, ahora estoy distraído de tal proyecto. Mis perplejidades presentes son un territorio nuevo que me hace dudar de que alguna vez haya estado perdido de verdad.

Aunque debo decir que todo esto me ha dado una nueva visión del devenir del mundo. En efecto, volamos olvidados como un sueño, permitiendo que el desmemoriado mundo que dejamos atrás pisotee, emborrone y extravíe todo lo que alguna vez nos ha importado. Así es como sucede, y es notable.

Jack trajo calabacines, un saco entero. Tu madre le dio tomates verdes a cambio. Ah, esas extrañas riquezas de finales de verano, las orondas calabazas y los jugosos calabacines. Cada ráfaga de viento trae una rociada de bellotas contra el tejado. Con todo, la granizada es leve. Las arañas llevaban tiempo tejiendo sus redes por doquier y ahora todas esas telarañas están hechas jirones, de modo que supongo que podemos imaginar a unas arañas bien alimentadas, escondidas en el humus de hojas viejas y adormecidas hasta olvidar la idea misma de tejer.

Recuerdo una vez en que mi padre y mi abuelo, sentados en el porche, se dedicaban a cascar y descascarar nueces de nogal negro. A los dos les encantaba su mutua compañía cuando no andaban arrojándose el uno al cuello del otro. Es decir, cuando estaban callados, como sucedía aquel día.

Mi abuelo citó: «El verano termina y todavía no hemos sido salvados». «Esta es la verdad del Señor», dijo mi padre.

Después, volvió el silencio. En ningún momento levantaron la vista de su tarea. Hablaban de la sequía, cuyos estragos ya se hacían sentir y que proseguiría durante años, una verdadera calamidad. Recuerdo un viento suave y fragante como el que tenemos hoy. No hay trabajo más aburrido que cascar nueces negras y los dos se dedicaban a ello todos los otoños del

mundo. Mi madre decía que sabían a mueble y no estoy seguro de que nadie discrepara de ello, pero siempre las tenía a mano, de modo que las empleaba.

Tobias y tú estáis en los escalones del porche clasificando calabazas por tamaños, colores y formas, escogiendo vuestras favoritas y poniéndoles nombre. Unas son submarinos y otras son tanques y otras más son bombas. Supongo que debo esperar otra visita del padre de T. en breve. Hoy, todos los niños juegan a la guerra. Todos hacen esas imitaciones del ruido de los aviones y de las bombas y de las explosiones. Nosotros hacíamos las mismas cosas, jugando a lanzar andanadas de cañonazos y cargas a la bayoneta.

Ciertamente, no hay nada en ese hecho que tranquilice.

Por mucho que este mundo sea una catarata en los ojos, es extraordinario considerar lo que habita en él.

Me detuve a pensar en un sermón que pronunció mi padre después de que se hiciera pública su ruptura con Edward y de que tuviera un poco de tiempo para reflexionar sobre ello. Era absolutamente impropio de él hacer referencia a cuestiones privadas o de carácter personal, salvo en los términos más abstractos. Sin embargo, aquella mañana agradeció a Dios que le permitiera conocer mínimamente qué era la defección, que le permitiera entender lo que él mismo le había hecho a su padre aquellos días, después de la guerra, cuando se había marchado con los cuáqueros y había dejado que aquél acarrear solo su terrible carga. Contó una cosa que no le había oído nunca: que su madre, que llevaba meses sin acercarse por la iglesia porque estaba muy enferma y padecía intensos dolores, quiso acudir, en cambio, cuando se enteró de que él había dejado de ir. Sus hermanas, que para entonces siempre estaban con ella, la portaron en brazos, relevándose. El trayecto de ascensión debió de hacerseles larguísimo. Llegaron tarde, porque su madre no les había pedido que la llevaran hasta aquella misma mañana, y lo hicieron acaloradas y desarregladas por culpa de las prisas, de

la precipitación en una tarea que resultaba lenta y delicada pues, para entonces, su madre apenas soportaba que la tocaran. La mujer estaba blanca y calva, y resultaba demasiado menuda para la ropa con la que habían tenido que vestirla con tan doloroso cuidado. Entraron en la iglesia en mitad del sermón ataviadas con sus batas de trabajo, sudorosas y con la cabeza descubierta. Amy, la mayor, transportaba en brazos a su madre como si llevara un niño en edad de crecimiento. Mi padre contaba que el viejo reverendo dejó de predicar, se quedó mirándolas y retomó el sermón, que trataba, como todos los que daba en esos tiempos, sobre el profundo misterio de sufrir por los demás. Predicó unos minutos, rezó unos cuantos más, dio la bendición y, a continuación, se acercó a su esposa, la tomó en brazos, la besó en la frente y la llevó de vuelta a casa, dejando a su grey al largo sabbat de los metodistas.

«No puedo expresar la vergüenza que sentí —decía mi padre—. Mis hermanas me contaron lo que había sucedido porque temían que mi madre insistiera en volver por la iglesia si yo dejaba de hacerlo otra vez. Amy me dijo: “¡Si nos haces pasar por esto de nuevo, te odiaré hasta que me muera!”. Y, naturalmente, no volví a hacerlo».

Mi padre se decía a sí mismo, y nos decía a los demás, que las transgresiones de Edward eran triviales en comparación con las suyas. También decía, a sí mismo y al resto de nosotros, que veía en aquel episodio de desconcierto y decepción una idoneidad que lo convertía en algo valioso e instructivo para él, que había en aquello un aparente designio que podía considerarse una muestra de la benevolencia del Señor, una especie de parábola destinada a hacerlo ahondar en la comprensión de sí mismo. Sin duda, esta interpretación del asunto habría vedado o, al menos, habría disuadido cualquier impulso que pudiera sentir de echarle la culpa a Edward. La acción desconsiderada de un individuo, cuando se aprecia que está al servicio de la voluntad del Señor, no puede justificar la cólera.

Yo mismo he empleado esta clase de razonamiento en alguna ocasión, cuando he sentido la necesidad y he tenido la oportunidad. Y lo cierto es que muy rara vez las ofensas que uno sufre no vienen absolutamente

presagiadas por las que uno ha cometido. Dicho esto, nunca me ha quedado claro en qué ayuda saberlo a la hora de afrontar la dificultad práctica de controlar la ira. Tampoco he encontrado ninguna manera de aplicarlo a la circunstancia del momento, aunque todavía no he cejado en el empeño.

Esta tarde se ha celebrado una reunión en la iglesia que ha resultado ser bastante desalentadora: vino poca gente y no se sacó absolutamente nada en claro. Estas son las cosas que me desaniman. Así pues, cuando volví a casa, eché una siesta hasta pasada la hora de la cena. Cuando desperté, era de noche y la casa estaba vacía, así que salí al porche. Tú y tu madre estabais sentados en el columpio, envueltos en una colcha. Ella dijo: «Tal vez sea la última noche templada». Me hizo sitio a su lado y me cubrió las piernas con la colcha y apoyó la cabeza en mi hombro. El momento no podía ser más plácido. Este verano ha plantado lo que ella llama el huerto del búho. El búho en cuestión soy yo. Ha leído en alguna parte que las flores blancas son las más fragantes de noche, así que a lo largo de la fachada delantera ha plantado todas las flores blancas que se le han ocurrido. Ahora sólo quedan unas cuantas rosas, alhelíes y petunias.

Así que allí estuvimos un rato, sentados a oscuras, tú más o menos dormido mientras tu madre te acariciaba el pelo. Entonces, oímos unos pasos en el camino y, como ya habrás supuesto, era Jack Boughton. Creo que sólo pasaba a darnos las buenas noches con la intención de continuar su camino, pero tu madre lo invitó a entrar un momento, a lo que accedió. Cruzó la verja y tomó asiento en los peldaños. He observado que siempre se muestra complaciente con ella.

«Estábamos disfrutando de la calma», dijo ella. Y él: «No hay mejor lugar en el mundo para eso». Y a continuación, como si temiera que lo fuéramos a malinterpretar o, en cualquier caso, habernos ofendido en algo, dijo: «Realmente, es estupendo haber vuelto aquí por un tiempo. —Soltó una carcajada y añadió—: En el pueblo, hay gente que no tiene la menor idea de quién soy. Es maravilloso».

Luego, se llevó la mano a la cara, a los ojos. Estaba oscuro, pero reconocí el gesto. Lleva haciéndolo toda la vida, creo.

«Tenerte aquí ha sido una gran felicidad para tu padre», dije.

«Ese hombre es un santo», dijo él.

«Tal vez sea cierto lo que dices pero, aun así, has hecho bien en venir».

«Ah», exclamó como haría alguien si, de repente, se abriera un abismo bajo sus pies.

Durante unos minutos, reinó el silencio; luego, tu madre se levantó, te alzó de la colcha y se te llevó para acostarte.

«Yo también me he alegrado de verte por aquí», dije, pues así era, me alegraba por el viejo Boughton.

Él no replicó nada a mis palabras.

«Lo digo sinceramente».

Jack estiró las piernas y apoyó la espalda en la columna del porche.

«No me cabe duda», dijo.

«Sobre una pila de Biblias».

«¿De qué altura?», preguntó, riéndose.

«De un codo, o así».

«Bastará, creo».

«¿Te tranquilizaría más que fuese de dos codos?».

«Desde luego. —Y luego, recordando los buenos modales, dijo—: Me he alegrado de volver a verlo, reverendo. Y de conocer a su esposa. A su familia».

Tras esto, guardó silencio durante un rato.

«Me ha impresionado que conozcas a Karl Barth», dije.

«Oh —dijo él—. De vez en cuando todavía intento descifrarlo».

«Vaya —dije—, admiro tu tenacidad».

«Tal vez no lo haría —dijo él—, si supiera cuáles son mis motivos».

No debía de haber en el mundo un hombre con el que fuese más difícil conversar. Así pues, dije: «Da igual, la admiro de todos modos».

Y él me dijo: «Gracias».

Y después nos quedamos callados durante un rato. Tu madre salió con un cazo de sidra caliente y unas tazas y la buena mujer se sentó a nuestro lado en silencio. Y estuve pensando cómo sería si Jack Boughton fuese realmente mi hijo y hubiese vuelto a casa marchito de la vida que había llevado, fuese la que fuese, y estuviera allí sentado y en aparente paz bajo

aquella apacible noche. Encontré una considerable satisfacción en este pensamiento. Había tenido muy presente una idea de la gracia, de la misericordia, como una especie de fuego extático que reduce las cosas a su esencia. Allí, en la quietud y la oscuridad, sentí que podía olvidar todos los tediosos detalles y sentir sin más la presencia de su ser mortal e inmortal. Y me asaltó una sensación, una especie de delicioso temor, que me hizo pensar en el temor de Boughton a los ángeles.

En aquel momento tal vez estaba dormitando, pero surgió en mí un pensamiento que aún me acompaña. Deseé sentarme a los pies de aquella alma eterna y aprender. En aquel instante, me pareció el ángel de sí mismo, que reflexionaba sobre los misterios que describe su vida mortal, sobre las cosas profundas del hombre. Y, por supuesto, eso es exactamente lo que es: «Pues ¿quién conoce los pensamientos del ser humano sino su espíritu, que mora en él?». Todos constituimos un gran secreto para los demás, en todas las cosas importantes, y creo que existe un lenguaje distinto en cada cual, como también una estética y una jurisprudencia distintas. Cada uno de nosotros es como una pequeña civilización edificada sobre las ruinas de un sinnúmero de civilizaciones anteriores, pero con nuestro propio y diferente concepto de lo que es hermoso y de lo que es aceptable (el cual, me apresuro a añadir, en general no satisfacemos y por el cual nos esforzamos en nuestra vida). Tomamos los parecidos fortuitos entre nosotros por una verdadera semejanza, porque quienes nos rodean también han caído presos de las mismas costumbres, porque comercian en la misma moneda, porque aceptan, más o menos, los mismos conceptos de decencia y de cordura. Pero todo esto sólo nos permite, en realidad, coexistir con los espacios inviolables, infranqueables y absolutamente inmensos que existen entre nosotros.

Tal vez debería haber dicho que somos como planetas, pero entonces parte de mi argumento de que somos como civilizaciones se hubiera resentido. Si bien los planetas pueden haberse formado todos de la misma estrella, el símil con ellos carecería de la dimensión histórica y es cierto que todos vivimos en las ruinas de las vidas de otras generaciones, de modo que se da una aparente continuidad muy importante en tanto que nos lleva a engaño. Tengo edad suficiente para recordar cuando muchos de nosotros

salíamos al monte y nos desplegábamos en círculo para luego cerrarlo, asustando a los conejos y obligándolos a escapar por delante de nosotros hasta que quedaban atrapados en el centro y entonces los matábamos a bastonazos. Eso fue durante la Depresión, cuando la gente pasaba hambre y hacíamos lo que podíamos. No lo estoy censurando. (No comíamos esas grandes liebres de nuestras praderas, sólo conejos comunes. Todos sabíamos que había algo objetable en las liebres, aunque no recuerdo haber oído nunca a nadie explicar de qué se trataba, exactamente). Había gente que comía marmotas. Los niños iban a la escuela sin otra cosa en la fiamblera que una patata hervida o un pedazo de pan untado con sebo. En esos tiempos, las ventanas de la iglesia se inundaban de tanto polvo, que había que encaramarse a una escalera y pasarles una escoba para que entrase luz suficiente y los feligreses pudieran leer los himnarios.

Fueron tiempos terribles, pero era lo que había y nos acostumbramos. Esa era nuestra civilización. El valle de las sombras. Y, por lo que todos saben ahora, bien hubiera podido ser la Ur de los caldeos. De lo cual doy gracias a Dios, por supuesto, aunque, ya que tenía que suceder, no lamento haber pasado por ello. Te da otra perspectiva de las cosas. A más de uno le he oído decir que esa época le enseñó que en la vida hay algo más que la seguridad y las comodidades materiales, pero conozco por aquí a mucha gente de más edad que, en recuerdo de los malos tiempos, apenas soporta desprenderse de unos céntimos. No soy yo quien para recriminárselo, aunque ello haya implicado que la iglesia apenas empieza ahora a salir de su propia Depresión. «Hay quienes reparten y les es añadido más, y hay quienes retienen más de lo justo y acaban en la miseria». En este mismo pueblo, muchas cosas demuestran la verdad de tal proverbio. El caso es que la iglesia está destartada por la misma razón por la que todavía sigue en pie, así que, en realidad, no debería quejarme. Es bueno saber lo que es ser pobre, y mejor si se hace en compañía.

Creo que pensaron que me había dormido como hago con bastante frecuencia, lo sé. Se pusieron a hablar. Tu madre dijo, en voz baja: «¿Has decidido cuánto tiempo te quedarás?».

«Me temo que ya empieza a parecer suficiente... aunque, a mí, no tanto».

Se produjo un silencio. Luego, ella dijo: «¿Volverás a St. Louis?».

«Es posible».

Otro silencio. Él encendió una cerilla. Capté el olor del humo de un cigarrillo.

«¿Quieres uno?».

«No, gracias —se rió ella—. Me apetece, claro, pero no resulta apropiado en la esposa de un predicador».

«¡“No resulta apropiado”! Imagino que no te dejan en paz».

«No importa —dijo ella—. Tarde o temprano alguien tenía que decirme unas cuantas cosas. Ahora, llevo tanto tiempo así que casi empieza a gustarme».

Él se rió.

Ella dijo: «Pero sí que me costó bastante tiempo hacerme a este lugar, de eso no hay duda».

«Bueno, en mi caso no es éste el problema. El sitio me resulta familiar. En cierta manera es como volver al escenario del crimen».

Al cabo de un momento, ella dijo: «Todo el mundo habla de ti con mucho afecto, ya lo sabes».

«¿De veras? Qué interesante. Supongo que debo creerte».

Ella se rió: «No he dicho una mentira en años».

«Hum..., eso suena agotador».

«Dicen que puedes acostumbrarte a cualquier cosa».

«¿El reverendo Ames aún no te ha prevenido contra mí?», preguntó él.

Ella buscó mi mano y la tomó entre sus cálidas palmas.

«l nunca habla mal de nadie».

Hubo un silencio. Como puedes imaginarte, yo me sentía bastante incómodo, y estaba a punto de dar alguna señal de que empezaba a despertarme para poder liberarme de aquella vergonzosa situación en la que yo mismo me había puesto, que casi me parecía la de un espía.

Pero tu madre dijo: «Una vez estuve en St. Louis. Fuimos un grupo a buscar trabajo. No hubo suerte», se rió.

Él dijo: «Es un lugar atroz para andar sin dinero».

«Si hay alguno bueno, yo no lo encontré, desde luego. Y probé en todos».

Se rieron los dos.

Jack dijo: «Cuando era joven, pensaba que si no te andabas con cuidado era eso lo que te esperaba, una vida establecida».

Ella dijo: «Yo siempre supe que no era así. Lo que yo buscaba era justamente una vida de esa clase. De noche, solía mirar por las ventanas de las casas y me preguntaba cómo sería».

Él se rió. «Así es cómo yo pensaba pasar esta noche, precisamente...».

Otro silencio.

«Bien —dijo ella, y su voz era muy dulce—, bien, Jack, bendito sea tu corazón».

Y él dijo: «Vaya, te agradezco eso, Lila. —A continuación, se puso en pie—. Dale las buenas noches al reverendo de mi parte». Y se marchó.

Estuve toda la noche despierto en la cama, excepto las horas que pasé sentado a la mesa, escribiendo esto y reflexionando. Por supuesto, me había conmovido el orgullo de tu madre por mi tendencia a evitar la maledicencia. En efecto, es algo que trato de evitar, aunque tú sabes muy bien el esfuerzo que me ha representado en este caso.

Sin embargo, no puede sino llamarme la atención la sorpresa del joven Boughton al saber que, usando sus propias palabras, no la he prevenido contra él. Fue casi como si lo considerase una negligencia por mi parte. ¿Y quién mejor que él para juzgar eso? Tal vez piensa que conozco hechos que ignoro y da por supuesto que Boughton me ha confiado más cosas de lo que nunca ha hecho, o cree que me han llegado habladurías sobre él, lo cual sólo ha sucedido muy rara vez. Siempre he sospechado que la gente andaba con mucho tacto en lo que a él se refería.

«El escenario del crimen». Era una broma, estoy seguro. Pero me lleva a preguntarme cuánta de la pena que percibo en él es consecuencia del hecho de hallarse aquí, donde sucedieron cosas que aún es posible que le causen sufrimiento, vergüenza tal vez.

Ojalá pudiera ponerle la mano en la frente y aliviarlo de todo sentimiento de culpa y compunción exagerado o equivocado, o que no tiene rectificación posible en este mundo. Entonces podría ver con qué me enfrento realmente.

Teológicamente, se trata de un concepto por completo inaceptable. Me ha venido la idea a la cabeza, eso es todo. Pido disculpas por ello.

Ya que estoy intentando decir la verdad, he aquí otra cosa. Mientras hablaba con tu madre, la irritación desapareció de su voz. Casi diría que pareció relajarse. Daba la impresión de alguien que hablaba con un amigo. Y ella, también.

Creo que empiezo a ver dónde está la gracia en esto. He rezado bastante y he dormido un rato, también, y noto que comienzo a estar más despejado.

Nunca he estado en St. Louis, lo cual lamento ahora.

He estado revisando estas páginas y me he dado cuenta de que llevo bastante tiempo preocupándome de mí, principalmente, cuando mi intención original era hablarte a ti. Me proponía dejarte un testamento razonablemente sincero de mi mejor yo y ahora me parece que lo que debes de ver aquí es sólo a un viejo que lucha con la dificultad de entender con qué está luchando.

Sin embargo, creo posible haber encontrado una salida de la cueva de esta cargante preocupación. Merece la pena probar. Así pues:

Anoche, cuando estaba ahí, en el porche, fingiendo más o menos que dormitaba y tu madre me tomó la mano y la sostuvo entre las suyas, ese gesto me produjo una gran felicidad (veo que lo he escrito incluso, «entre sus cálidas palmas») y noté que, al mismo tiempo, hablaba de mí más benévolamente de lo que merezco. Sólo al reflexionar sobre ello me di cuenta de que tu madre hablaba como si lo hiciera desde esa vida establecida que decía que siempre había querido y como si no pudiera perderla, aunque sabe que en todos los sentidos prácticos, materiales, así será. Eso también me complació. Al recordar las palabras de ambos

respecto a asomarse a las ventanas y preguntarse por las vidas de otras personas, me sentí igual a ellos. Podría haberles dicho que los tres éramos iguales porque, bien lo sabe el Señor, yo hice exactamente lo mismo durante muchos años. Sin embargo, en aquel momento y por su forma de hablar, me dio la impresión de que, para ella, todo aquel preguntarse por la vida había quedado contestado de una vez por todas. Y si esto es verdad, es maravilloso. La idea es fuente de paz para mí.

Una vez soñé que Boughton y yo estábamos en el río, buscando algo en las aguas someras —cuando éramos chicos, habrían sido renacuajos— y mi abuelo salía de improviso de entre los árboles con aquel gesto furioso tan propio de él, llenaba el sombrero de agua y la arrojaba hacia nosotros, de modo que se nos venía encima una cortina de agua, hinchándose en el aire como un velo, y nos bañaba. A continuación, volvía a ponerse el sombrero y se esfumaba de nuevo entre los árboles, dejándonos allí plantados, en medio del río centelleante, asombrados y resplandecientes como los apóstoles. Menciono esto porque me parece que en la vida suceden transformaciones tan bruscas como ésta que se producen sin pensarlo, sin esperarlo, y que exceden tus esperanzas y tus merecimientos. Esto me vino a la cabeza mientras reflexionaba acerca del día en que vi a tu madre por primera vez, aquel Pentecostés lluvioso y bendito.

Aquella mañana empezó algo que fue como si tentaran a mi alma a separarse de mi cuerpo, y lo digo en serio. Aún no te he contado cómo sucedió todo, cómo fue que nos casamos. Y saqué muchas lecciones de la experiencia, créeme. El mero hecho de saber que tal transformación puede producirse amplió mi concepto de la esperanza. Y, por extraño que pueda parecerte, me ha endulzado grandemente la visión de mi muerte.

Aunque me decía a mí mismo que esa mañana apenas había reparado en ella, pasé toda la semana siguiente esperando a que volviera. Me reprendí enérgicamente por haber olvidado preguntarle cómo se llamaba, al despedirla en la puerta, y traté de convencerme de que aquello entraba en mis obligaciones para con las «ovejas descarriadas» y las «almas perdidas», expresiones ambas que nunca he usado, ni siquiera en mis pensamientos, y

que desde luego nunca le habría aplicado a ella. Un aspecto interesante de la experiencia fue que, sencillamente, no podía ser sincero conmigo mismo y tampoco podía engañarme. Era terrible. Me sentía un completo estúpido. Pero, verás, tenía muy en cuenta su juventud y mi edad. Y no sabía nada de ella, si tal vez estaba casada o no. Por eso, no era capaz de aceptar que, simplemente, quería verla otra vez, oír de nuevo su voz. Ella dijo: «Buenos días, reverendo», eso fue todo. Pero recuerdo que intenté retener el sonido, volver a escucharlo en mi cabeza.

Te diré que si mi abuelo me impuso su manto, por decirlo así, lo hizo mucho antes de que yo viniera a este mundo. La santidad de su vida infundió santidad a la mía, o a mi vocación, y he procurado que disminuyera lo menos posible a lo largo de los años. He procurado tener buen cuidado de mi reputación y también del papel que represento. He intentado llevar los Evangelios como estandarte de mi vida y de mi predicación. Y, sin embargo, allí estaba, tratando de escribir un sermón cuando lo único que deseaba con fervor era recordar el rostro de una joven.

Si hubiese tenido esa experiencia antes en la vida, habría sido mucho más sabio, mucho más compasivo. Realmente, no entendía qué hacía tan indiferentes al buen juicio, al sentido común, a las personas que acudían a mí; o por qué decían «lo sé, lo sé» cuando las instaba a que fuesen un poco razonables, y por qué aquello significaba, «no importa, me da igual». Eso es lo que dicen los santos y los mártires. Y ahora sé que es la pasión lo que los mueve a sus pródigas renunciaciones. Parecerá que estoy comparando un hecho grandioso y santo con una cosa nimia y corriente, es decir, el amor de Dios con el amor mortal. Sin embargo, yo no las veo en absoluto como cosas separadas. Si una migaja divina puede alimentarnos y un contacto divino bendecirnos, el tremendo placer que encontramos en la contemplación de un rostro concreto puede, ciertamente, instruirnos en la naturaleza del más grandísimo amor. Devotamente creo que esto es así. Recuerdo que en esos días amaba a Dios por la existencia del amor y, sumido en las profundidades de mi aflicción, estaba agradecido a Él por la existencia de la gratitud. Me di cuenta entonces de muchas cosas para cuya expresión no me alcanzan las palabras. Y, por supuesto, esos sentimientos se serenaron con el tiempo, lo cual es una bendición.

De Louisa y yo se esperaba que nos casáramos casi desde que éramos niños. Así pues, nada me había preparado para encontrarme pensando día y noche en una absoluta desconocida, una mujer mucho más joven, probablemente casada. Era la primera vez en la vida que sentía que podía ser arrancado de mi papel, de mi vocación, de mi reputación, como si pudieran desmenuzarse igual que una vaina seca. Nunca hasta entonces había sentido que todo lo que yo creía ser se reducía a las ropas que vestía y a los libros de mis estantes y a la agenda que llevaba, llena de obligaciones pendientes y de obligaciones cumplidas. Como he dicho, fue un anticipo de la muerte. Por lo menos, de estar muriendo. ¿Y por qué habría de parecer extraña tal cosa? Al fin y al cabo, la palabra que usamos es «pasión».

Las cosas empeoraron aún más si cabe. Ella continuó viniendo todos los domingos, menos uno, y yo escribí todos aquellos sermones, lo confieso, con el afán de agradarla, de impresionarla. Pugnaba por no mirarla con demasiada frecuencia, ni demasiado rato, pero aun así me convencía de que veía cierta decepción en su rostro y entonces me pasaba la semana siguiente rezando, postrado de rodillas, para que me diera otra oportunidad. Me sentía muy ridículo. Pero aun así hablaba de aquello con el Señor, le pedía que me fortaleciera en el ejercicio de mis responsabilidades pastorales, y ni una sola de mis palabras fue sincera, pues en realidad sólo era —y tenía perfecta conciencia de ello— un viejo estúpido pidiendo al Todopoderoso que no tuviera en cuenta su estupidez. Y mis oraciones obtuvieron respuesta y ésta excedió todo cuanto hubiese podido esperar. Una esposa y un hijo. Jamás lo habría creído posible.

Hubo aquel domingo, aquel único domingo terrible en que ella no vino. Qué muerta y qué triste y qué sofocante fue aquella mañana, qué andrajosos parecíamos todos, qué desvencijada la iglesia. Naturalmente, mi sermón de aquel día versó sobre acoger al forastero porque puedes «acoger a un ángel sin saberlo». Detesté leer aquello. Sentí que todos los presentes sabían que, allí plantado, estaba confesando mi insensatez. Me pareció inevitable que ella no volviera nunca más. Así pues, pasé una semana espantosa resignándome a la pequeñez de mi existencia, a su monotonía, y agradeciendo al Señor que no hubiera llegado a hacer el ridículo por completo, que nunca la hubiera tomado de la mano a la salida de la iglesia

con la intención de iniciar una conversación, aunque mentalmente había ensayado lo que le diría, incluso lo había escrito. Pero debo decir también que me recriminaba a mí mismo lo estúpido que había sido al no haberlo hecho, al no haberle hablado. Pasé aquella semana intentando obligarme a describir qué era lo que me atraía tan poderosamente de ella, pensando que, como no sería capaz, tal vez la atracción se desvanecería. Y pasé la semana echándola de menos como si fuese la única amiga que hubiese tenido nunca en el mundo. (Y también cavilé acerca de la cuestión práctica de conocer cómo se llamaba y de averiguar dónde vivía, so pretexto de disfrazar mi interés de preocupación pastoral. Qué humillación).

El domingo siguiente allí estaba otra vez. Me sentí abrumado de alivio, temeroso de echarme a reír sin motivo y de mirarla durante demasiado rato, intentando recordarme a mí mismo que era una desconocida, aun cuando había sido mi máspreciado e íntimo pensamiento durante semanas, y que no debía sobresaltarla con la menor familiaridad injustificada. Yo había ido al barbero y llevaba una camisa nueva, ya que parecía prudente suponer que mis constantes, apasionadas y muy indignas plegarias pudieran tener respuesta. Y había hecho un pequeño experimento con tónico capilar. Boughton salió a mi encuentro en la calle, como solía hacer a la sazón, y me miró y soltó una risilla y yo pensé, qué absoluto y transparente estúpido estoy hecho.

Aquel día, cuando ella salía de la iglesia, sí que le tomé la mano y le dije unas palabras: «La semana pasada la echamos de menos, es magnífico que volvamos a verla por aquí».

«Oh», dijo ella y se sonrojó y apartó la mirada como si mi gentileza la hubiera sorprendido, aunque apenas era la cortesía más elemental y rutinaria por parte de un predicador y lo máximo que sentía que podía permitirme en aquellas circunstancias.

«Estoy enfermo de amor». Esto aparece en las Escrituras. Río al recordar que en mi crisis recurrí a la Biblia, como siempre suelo hacer. ¡Y el texto que fui a escoger era el Cantar de los Cantares! Si hubiera sido más joven y si hubiera tenido la certeza de que tu madre no estaba casada, quizás habría

aprendido de él que pesares como el mío eran hermosos a los ojos de Dios. En cambio, esta vez, la belleza de los poemas no hizo sino herir mis sentimientos.

Oh, pero la semana siguiente la tomé de la mano y le dije que los domingos por la noche celebrábamos una reunión de estudio de la Biblia, a la que sería muy bienvenida. Después, me fui a casa y recé para que mi argucia se viera recompensada, y volví a afeitarme, e intenté leer hasta el atardecer. Regresé a la iglesia temprano y allí estaba, aguardándome junto a la escalinata, a la espera de tener un momento para hablar conmigo. En aquel punto empecé a sospechar, como ya me ha sucedido alguna que otra vez, que la gracia es una bromista redomada. Pues ella le confió a este indigno viejo enamorado con el pelo perfumado que había acudido a él para que le administrara el sacramento del bautismo.

«Nadie se ocupó de hacerlo cuando era pequeña —dijo—, y he estado sintiendo esa carencia». Ah, aquella pureza triste, descarnada, de su mirada.

Le dije: «Bien, querida mía, nos ocuparemos de usted», y luego, como si lo hiciera sólo por seguir conversando, le pregunté si tenía familia por allí.

Ella negó con la cabeza y, en un tono de voz muy bajo, susurró: «No tengo familia ninguna». Sentí una oleada de tristeza por ella y aun así, en mi torturado corazón, di gracias al Señor.

Así pues, instruí a tu madre en las doctrinas de la fe y, a su debido tiempo, la bauticé como era su deseo, y me fui acostumbrando felizmente a verla, a su serena presencia, y empecé a agradecer haber sobrevivido a lo peor de mi pasión sin llevar mi buen nombre a la ruina y a la desolación, sin echar a correr tras ella por la calle, como estuve a punto de hacer en una ocasión cuando la vi salir de la tienda de comestibles y alejarse. En esa ocasión, me asusté tanto, que empecé a sudar profusamente. Así de fuerte fue el impulso. ¡Y eso que ya tenía sesenta y siete años! Pero te prometo que siempre actué rigurosamente con gran respeto por su juventud y por su soledad. Siempre tuve sumo cuidado al respecto. Juzgué prudente reclutar a unas cuantas mujeres de más edad, las más amables, para que la

acompañaran en la instrucción, pero creo que esto la cohibió de hablar, lo cual lamenté muchísimo.

Dos o tres de aquellas damas habían expresado opiniones sobre ciertos puntos de la doctrina, en especial el pecado y la condenación, que nunca habían oído de mis labios. Yo echo la culpa a la radio por sembrar un mar de confusión en lo que a la teología se refiere. Y la televisión es peor. Pasas cuarenta años enseñando a la gente a cobrar conciencia de la realidad del misterio y entonces llega un individuo cualquiera, sin más conocimientos teológicos de los que pueda tener un conejo, se hace con un ministerio por la radio y todo tu trabajo cae en el olvido. Me pregunto cómo acabará esto.

Pero incluso aquello fue para bien, puesto que una de las mujeres, Veda Dyer, entró en un estado de considerable excitación hablando de las llamas, es decir, de la perdición, de modo que me vi obligado a abrir los Institutos y leerles el pasaje sobre el destino de los réprobos, sobre que sus tormentos «nos son expresados figuradamente mediante fenómenos físicos», el fuego eterno y demás, para darnos a entender «lo espantoso que es estar separado de toda compañía de Dios». Tengo el pasaje delante de mí. Resulta alarmante, en efecto, pero no es ridículo. Les dije: «Si queréis haceros una idea de la naturaleza del infierno, no pongáis la mano sobre la llama de una vela, sino pensad en el más despreciable y desolado rincón de vuestra alma».

Todas reflexionaron un buen rato, y yo también, mientras escuchaba el viento vespertino y las cigarras. Casi me alarmé con el pensamiento de la soledad extendiéndose ante mí y la nueva amargura que me producía y cómo detestaba el secretismo y la renuncia que me exigían el honor y la decencia y que me imponía el sentido común. Pero cuando alcé la vista, tu madre me miraba, me sonreía levemente, y me tocó la mano y dijo: «Todo irá bien».

Qué suave era su voz. Que existiera tal voz en el mundo entero y que fuese yo quien la escuchaba me pareció entonces, y así me lo parece ahora, una gracia insondable.

Ella empezó a venir por casa cuando lo hacía alguna de las otras mujeres, para llevarse las cortinas a lavar, para descongelar la nevera. Y luego empezó a venir sola para cuidar de los jardines, que enseguida

estuvieron hermosos y florecientes. Y una tarde, al verla allí entre las magníficas rosas, le dije: «¿Cómo puedo compensarla por todo esto?».

Y ella dijo: «Deberías casarte conmigo». Y lo hice.

He aquí lo que pienso: si tuviera que poner mi mano en su frente y bendecirla puramente, como si fuese de verdad y por entero un ministro del Señor, me conformaría con que la experiencia significara para ella tanto como para mí. Oh, sé que me tiene mucho cariño y que me es muy leal, pero me gustaría que alguna vez el Cantar de los Cantares la sobresaltara, como si hablase desde su propio corazón. Realmente, no puedo forzarme a creer que sus sentimientos pudieran ser, en absoluto, parecidos a los míos. ¿Y por qué me preocupo tanto de ese Jack Boughton? El amor es sagrado porque es como la gracia: lo que realmente importa no es nunca la valía de su objeto. Bien podría estar instándola a una felicidad mayor de la que yo le he dado, aun admitiendo las dificultades. A veces pienso que he visto en ella el principio de eso. Si el Señor me está permitiendo ser testigo por un instante de una gracia que Él se propone concederle, yo debería interpretarlo como una muestra de extrema bondad hacia mí.

Esta mañana, un amanecer espléndido pasó sobre nuestra casa camino de Kansas. Esta mañana, Kansas se despezó de su sueño bajo un sol que se anunciaba majestuosamente, que proclamaba por todo el firmamento la llegada de uno más del muy finito número de días en que esta vieja pradera ha recibido el nombre de Kansas, o de Iowa. Pero todo ha sido un día, ese primer día. La luz es constante y nosotros, simplemente, damos vueltas en ella. Así pues, cada día es, en realidad, la misma tarde y la misma mañana. La sepultura de mi abuelo giró hasta quedar a la luz y el rocío de aquel pequeño espacio de mortalidad cubierto de zarzas resultó glorioso.

«En Edén, el huerto de Dios, estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura, de sardónice, topacio y diamante».

Ahora que lo pienso: cuando seas un viejo como yo, deberías plantearte escribir una especie de relato de tu vida como estoy haciendo yo. Según mi

experiencia, con la edad se tiende a que el sentido de uno mismo cueste más de mantener, a que la firmeza se debilite en algunos aspectos.

¿Por qué me encanta imaginarte viejo? Esa primera punzada de la artritis en tus rodillas con la misma ternura que sentí cuando me enseñaste el diente que se te había caído. Sé diligente en tus oraciones, anciano. Espero que hayas visto más mundo del que yo he conocido (de lo cual sólo yo tengo la culpa). Y espero que hayas leído alguno de mis libros. Y Dios bendiga tus ojos, y también tus oídos y, por supuesto, tu corazón. Ojalá pudiera ayudarte a llevar el peso de muchos años, pero esta satisfacción paternal le corresponderá al Señor.

Hoy ha sido un día extraño, perturbador. Glory llamó para invitaros al cine a ti y a tu madre. Luego, cuando vino a buscaros, se presentó con Boughton, padre, y lo ayudó a apearse del coche y a recorrer el sendero y a subir los peldaños. Últimamente, sale tan poco de casa que me sorprendió de veras encontrarlo a mi puerta. Lo sentamos a la mesa de la cocina y le dimos un vaso de agua y luego os marchasteis los tres. Todo aquel trajín parecía haberlo dejado exhausto, puesto que se quedó allí sentado con una expresión más o menos sociable, pero con los ojos cerrados, carraspeando de vez en cuando como si estuviera a punto de decir algo, pero luego se lo pensara mejor. Sintonicé una emisora en la radio y la escuchamos un rato. Si daban algo interesante, se reía entre dientes. Calculo que llevaba casi una hora allí cuando, por fin, empezó a hablar.

Entonces dijo: «Jack todavía no está en paz consigo mismo, ¿sabe usted? Todavía no está en paz», y meneó la cabeza.

Y yo dije: «Hemos hablado de eso».

«Hablar, habla, es cierto —dijo Boughton—, pero todavía no me ha dicho por qué ha vuelto. Ni se lo ha dicho a Glory. Se suponía que tenía un trabajo en St. Louis. No sé qué habrá sido de eso. Pensábamos que se habría casado, yo creo que lo estuvo, durante un tiempo. Tampoco sé qué fue de eso. Al parecer, tiene un poco de dinero. De eso no sé nada». Y dijo: «Sé que habla con usted y con su esposa. Eso sí que lo sé».

Boughton hijo llegó caminando hasta los peldaños del porche mientras todavía estábamos sentados allí. Le dije que entrara y le ofrecí asiento, pero se quedó en la puerta un par de minutos, observándonos y sacando unas conclusiones que, a tenor de su expresión, estaban muy cerca de la verdad. Siempre parece sospechar que la gente se confabula contra él. Y con bastante frecuencia así es, sin duda, como lo era en aquel momento. Y en sus ademanes hay una especie de frustración o de incomodidad cuando percibe el disimulo —como al parecer siempre hace—, que me hace sentir vergüenza de formar parte de ello y, también, lástima de él. Además, hay cierta cólera, y esto me preocupa.

Jack dijo: «Llegué a casa y no había nadie. Me he alarmado un poco».

Su padre, con esa voz animada que aún sabe poner cuando quiere que suene como si estuviera diciendo la verdad, exclamó: «¡Lo siento, Jack! ¡Ames y yo hemos estado cuidándonos mutuamente mientras las mujeres iban al cine! ¡Pensábamos que tardarías un poco más en volver!».

«Sí. Bien, no tiene importancia», dijo él y, cuando volví a pedirle que se sentara, lo hizo y mantuvo la mirada fija en mí, con esa media sonrisa que esboza cuando quiere que sepas que él sabe lo que está sucediendo realmente y que no puede dar crédito a que persistas en el intento de engañarlo. Entonces, Boughton se quedó adormilado, como acostumbra a hacer cuando la conversación se complica, y no puedo recriminárselo, aunque yo también tengo que pensar en mi corazón. Porque a mí me producía una considerable tensión —como me ha sucedido siempre, me parece— pensar qué le diría a Jack. Me daba pena, lo digo en serio. La manera en que es capaz de entrever las intenciones de las personas me parece casi una maldición. Desde luego, no podía ser sincero con él, de modo que allí estaba, siendo deshonesto con él, y allí estaba él, contemplándome como si tuviera ante él al mayor mentiroso del mundo, como si lo estuviera insultando. Y supongo que, en efecto, lo estaba haciendo.

«Tu padre ha sentido la necesidad de salir de casa», comenté.

«Es comprensible», dijo él.

En realidad, aquella apreciación por su parte era ridícula, teniendo en cuenta que Boughton apenas es capaz de llegar de la cama a su silla en el porche.

Dije: «Supongo que quería aprovechar el buen tiempo mientras dure».

«Seguro que sí».

«Bien —dije al cabo de un minuto—, ¡éste es buen año para las bellotas!». Lo cual era absolutamente lamentable.

Jack se rió abiertamente.

«Los grajos han hecho una demostración impresionante —continuó él—. Y las calabazas son especialmente grandes y abundantes, creo». Y mientras hablaba no dejaba de mirarme, como si dijera: seamos sinceros el uno con el otro durante cinco minutos.

Lo cierto es que me excuso en que, con franqueza, no sé cuál es la verdad. Creo que su padre vino aquí a prevenirme sobre él, en efecto, pero no estoy absolutamente seguro de ello. Y, en cualquier caso, mal puedo traicionar una confidencia, sobre todo una tan incendiaria e injuriosa como ésa; desde luego, no con el viejo Boughton ahí, sentado a un paso de mí y pendiente, muy probablemente, de toda la conversación. Pero una falsedad es una falsedad y que te la descubran es humillante, sobre todo si no tienes más remedio que persistir en ella bajo la mirada de la indignación en persona, por así decirlo.

Por otra parte, como anciano que le lleva dos años a su padre a pesar de mi relativo vigor, sea el que sea, siento que tengo derecho a que no se me importune así. Si de lo que se trata es de irritarme, irritado estoy mientras escribo esto. De hecho, mi corazón está tramando algo que alarma al resto de mi cuerpo. Debo ir a rezar. Me pregunto qué sabe Jack de mi corazón.

El caso es que debe de saber bastante, por supuesto, ya que tu madre lo reclutó para trasladar el estudio al piso de abajo.

Cuando rezo por todo esto, lo que más me viene a la cabeza es la sensación de tristeza que hay en él. Es un hombre al que debe perdonársele mucho, en vista de tan extraño padecimiento.

Y cuando regresasteis los tres, bastante pronto a mi juicio, las cosas fueron mucho mejor. Al principio, Glory parecía un poco sorprendida de encontrar allí a Jack, pero tu madre se alegró de verlo, como siempre, creo.

La película te gustó. A Tobias no lo dejan ir al cine, así que le llevaste casi la mitad de tu caja de palomitas endulzadas, lo cual consideré un gesto muy honrado por tu parte. Me pregunto si tú también deberías dejar de ir a ver películas. Sin embargo, con la televisión en casa, no parece que tenga sentido prohibírtelas. Naturalmente, Tobias tampoco puede ver la televisión. Tu madre le prometió a la suya que nos ocuparemos de ello cada vez que venga por casa, como suele hacer con frecuencia para que te pierdas el Cisco Kid en más ocasiones de las que querrías. No eres el niño más sociable del mundo y tengo un poco de miedo de que, si te dieran a elegir entre Tobias y la televisión, tu mejor amigo se quedaría solo. De momento, ya pasa más tiempo esperando en el porche del que debería. De vez en cuando, nos has parecido un niño muy solitario y ahí está Tobias, un chiquillo valioso, una respuesta a nuestras oraciones, y tú lo dejas esperando en el porche hasta que terminan los dibujos animados. Pero en estos tiempos no me siento inclinado a las prohibiciones. El padre de T. es joven. Le esperan años y años con sus chicos, si Dios quiere.

Bien, tu madre y tú y Glory entrasteis, contentos y oliendo a palomitas, y me sentí más aliviado de lo que puedo expresar en palabras. Luego, después de una breve charla, tu madre y Glory ayudaron a Boughton a llegar hasta el coche y lo llevaron a casa, que ya es el único lugar donde se siente cómodo, y luego prepararon allí la cena para todos. Tú fuiste a buscar a Tobias para contaminar su buena mente luterana con tonterías sobre pistoleros y alguaciles federales. Y yo me senté a la mesa con Jack Boughton, que no dijo una palabra. Sencillamente, se tomó un poco de tiempo en decidir marcharse. No volvió a casa de su padre a cenar y nadie comentó nada al respecto, pero sé que nos preocupó a todos. Cuando la mesa estuvo recogida, tu madre y Glory salieron de paseo para disfrutar de la tarde, dijeron, pero cuando volvieron Glory dijo que habían visto a Jack y que les había dicho que regresaría más tarde. Adiviné que lo habían encontrado en el bar. No dieron detalles y Boughton no preguntó.

Jack Boughton tiene esposa y un hijo.

Me enseñó una foto de ellos. Sólo me dejó verla medio minuto y volvió a guardarla. Me quedé un poco desconcertado y, aunque él ya debía de esperar aquella reacción, me di cuenta del esfuerzo que le suponía no tomarlo como una ofensa. La esposa es una mujer de raza negra. Sí, eso me sorprendió.

Ayer por la mañana estaba en la iglesia, en mi estudio, revisando unos viejos papeles con la idea de que, si apartaba los interesantes, los verdaderos registros, tal vez no los desecharan con el material sin valor. Hay cajas y cajas de memorandos, artículos de revista, anuncios y facturas. Da la impresión de que nunca he tirado nada. Temo que un nuevo ministro quizá no tendría la paciencia necesaria para clasificar todo esto, y sería culpa mía.

Bien, allí estaba, sintiéndome relativamente sucio y lleno de telarañas y también un poco malhumorado y, debo decirlo, temiendo una interrupción, ya que en cualquier momento puedo dejar de sentirme con ánimo para estos quehaceres. No llevaba media hora con ello y ya estaba cansado.

Y entonces entró Jack Boughton, otra vez con traje y corbata, otra vez limpio y afeitado, pero con un aspecto algo desgastado a pesar de todo, con una fatiga en la mirada, Dios lo bendiga. Verlo allí me despertó interés, más interés que placer, lo reconozco. Con toda aquella suciedad en la cara y en las manos no me sentía cómodo para hablar con él, así que me disculpé, fui al baño y, cuando volví, él todavía estaba en la puerta; había olvidado ofrecerle asiento, de modo que esperaba de pie. Estaba absolutamente pálido y me avergoncé de mi desconsideración. Sin embargo, es tan grande su temor de ofender sin pretenderlo, que se rige por unos modales que la mayoría de la gente olvida tan pronto los aprende, y eso casi puede interpretarse como que su pretensión no sea otra que sientas vergüenza. Así es como me sentí, por lo menos, y sé que era injusto por mi parte.

Luego, cuando ya se había sentado, fui a levantar unas cajas del escritorio y él se puso en pie otra vez y me cogió una de ellas de las manos, un gesto muy amable por su parte, pero que me irritó un poco a pesar de todo. Antes caer muerto haciendo algo por mí mismo, que añadir un día a mi vida haciéndome el desvalido. Pero su intención era buena. Bajó las dos cajas al suelo y como tenía sucias las manos y la pechera del traje, sacó el

pañuelo y se aseó un poco. Le sugerí que saliéramos a la zona de los bancos, pero dijo que le parecía bien el despacho. Así pues, nos sentamos allí y durante un rato permanecimos en silencio.

Luego, él dijo: «Me ausenté de este pueblo durante mucho tiempo. Como cortesía hacia mi padre, principalmente. Pude no haber vuelto nunca».

Le pregunté qué lo había hecho cambiar de idea. Tardó un rato en responder.

«Por varias razones, sentí que necesitaba hablar con él. Con mi padre. Pero, en cierto modo, cuando volví no esperaba que estuviese tan viejo».

«Los últimos años han sido muy duros para él».

Él se llevó la mano a los ojos.

Dijo: «Le ha sentado bien tenerte aquí».

Él movió la cabeza. «Usted habló con él ayer».

«Sí. Y parecía un poco preocupado por ti».

Jack se rió. «Hace unos días, Glory me dijo: “Está frágil. No vayamos a matarlo”. ¡Nosotros! Pero es verdad.

No quiero matarlo. Por eso he pensado que podría hablar con usted. Será mi último intento, se lo prometo».

Estuve a punto de recordarle que mi propia salud tampoco es perfecta, lo cual habría sido una tontería pues, pensándolo bien, no se me alcanzaba que ninguna revelación que él fuese a hacer pudiera acabar conmigo.

Sacó del bolsillo del pecho una carterita de piel, la abrió y la sostuvo delante de mí. No tenía la mano muy firme y tuve que ponerme las gafas de leer, pero entonces pude ver bastante bien la fotografía que me mostraba: era un retrato de él, una mujer joven y un chico de cinco o seis años. La mujer estaba sentada, con el niño de pie a su lado y Boughton hijo plantado detrás de ellos. Eran Jack Boughton, una mujer de raza negra y un niño de tez más clara.

Él contempló la foto. Luego, cerró la carterita con gesto enérgico y volvió a guardarla. «Ya ve —dijo en un tono de voz tan mesurado que sonó desagradable—, ya ve, yo también tengo esposa y un hijo». Tras decir esto,

se me quedó mirando durante un par de minutos con la visible esperanza de no tener que ofenderse.

«Se ve una familia magnífica», dije yo.

«Sí, ella es una mujer magnífica —asintió—. Y él, un niño muy bueno. Soy un hombre afortunado», sonrió.

«¿Y temes que esto fuese a matar a tu padre?».

Jack se encogió de hombros. «Estuvo a punto de matar al padre de ella. Y a la madre. Los dos maldicen el día en que nació. —Se echó a reír y se tocó el rostro con la mano—. Como usted sabe, tengo bastante experiencia en ganarme la enemistad de la gente, pero esto raya a un nivel absolutamente distinto».

Yo me hallaba sumido en mis propias reflexiones, de modo que él añadió: «Tal vez no. Tal vez sólo me lo parece a mí...», y se quedó allí sentado, estudiándose las manos.

Entonces dije: «Bien, ¿y cuánto tiempo llevas casado?». Y lamenté haber hecho la pregunta.

Él carraspeó. «Estamos casados a los ojos de Dios, como dicen. Ante Dios, que no proporciona certificados, pero que tampoco hace cumplir las leyes contra el mestizaje. El Deus Absconditus en Su aspecto más benigno. Lo siento. —Sonrió—. Somos marido y mujer a los ojos de Dios desde hace unos ocho años. Hemos vivido como marido y mujer un total de diecisiete meses, dos semanas y un día».

Apunté que en Iowa nunca habían regido aquellas leyes y él dijo: «Sí, Iowa, la estrella radiante del radicalismo».

Así que le pregunté si había vuelto aquí para casarse, pero él negó con un movimiento de cabeza.

«Su padre no quiere que se case conmigo. Su padre también es ministro, por cierto. Supongo que era inevitable. Y en Tennessee hay un buen cristiano, amigo de la familia, que está dispuesto a casarse con mi mujer y adoptar a mi hijo. Los padres de ella creen que es muy bondadoso por su parte. Supongo que debe de serlo. Creen que sería lo mejor para todos. Y lo cierto —continuó—, es que he tenido no pocas dificultades para cuidar de mi familia. De vez en cuando, en momentos en que las cosas se ponían demasiado difíciles, mi mujer y el niño han regresado a Tennessee. Allí

están ahora. —Jack carraspeó y añadió—: En vista de las circunstancias, no puedo pedirle que rompa definitivamente con los suyos...».

Hubo un silencio, y luego dijo: «¿Sabe qué es lo principal que su padre tiene contra mí? ¡Cree que soy ateo! Della dice que cree que todos los blancos son ateos, la única diferencia estriba en que algunos son conscientes de ello. Della es mi mujer».

Yo dije: «Bueno, también yo tengo la impresión de que eres un ateo, por ciertas cosas que has dicho».

Jack asintió. «Probablemente, sería más exacto decir que me encuentro en un estado de categórica incredulidad. Ni siquiera creo en la no existencia de Dios, vea lo que le digo. Naturalmente, esto también es fuente de preocupación para mi mujer, en parte por mí mismo y en parte por el niño. Durante un tiempo, le mentí un poco al respecto. Cuando le conté la verdad, pienso que creyó que podía rescatarme. Como le he dicho, la primera vez que me vio, me tomó por un clérigo. Mucha gente comete el mismo error —se rió—, y normalmente lo aclaro enseguida. Así lo hice con ella».

El hecho es que no sé cómo se habría tomado todo aquello el viejo Boughton. Me sorprendió darme cuenta de ello. Creo que es un asunto que nunca tratamos en todos nuestros años de hablar sobre tantas cuestiones. Sencillamente, no salió en la conversación.

«Supongo que se lo habrás contado a Glory», dije.

«No. No puedo hacerlo. Le rompería el corazón. Mi hermana sabe que me ronda algo en la cabeza. Probablemente, piensa que estoy en apuros. Y creo que mi padre también lo cree».

«Me parece que sí».

Él asintió y me miró. «Ayer estaba llorando. Lo he decepcionado otra vez», dijo. Y luego, controlando la voz: «No he sabido una sola palabra de mi mujer desde que salí de St. Louis. Estoy impaciente por tener noticias de ella. Le he escrito varias veces... ¿Cómo dice el proverbio, “La esperanza que se demora es tormento del corazón”? Incluso he recurrido al alcohol para encontrar alivio».

«Esto lo comprendo», dije yo, y se echó a reír.

«“Dad una bebida fuerte al afligido y vino al de ánimo desolado”. ¿Lo he citado bien?».

Palabra por palabra.

«Las primeras palabras que me dijo Della fueron: “Gracias, reverendo”. Volvía a casa bajo una granizada, sujetando entre los brazos un montón de libros y papeles (era maestra) y se le cayeron algunos a la calzada y el viento empezó a dispersarlos, así que la ayudé a recogerlos y luego, como llevaba paraguas, la acompañé hasta su puerta. No pensé demasiado en lo que estaba haciendo. Mis modales impecables».

«Recibiste una buena educación».

«Es muy cierto —dijo él—. El padre de Della me dijo que si fuese un caballero la habría dejado en paz. Comprendo por qué se siente así. Ella tenía una buena vida. Y yo no soy un caballero».

No me permitió poner reparos a aquello y continuó: «Sé bien lo que significa esa palabra, reverendo. Con todo, ahora puedo afirmar que la influencia de mi esposa obró en mí un cambio a mejor. Por lo menos, temporalmente».

Luego, añadió: «No quiero fatigarlo con eso. Sé que lo he interrumpido. Le contaré por qué he seguido intentando hablar con usted».

Le dije que podía tomarse todo el tiempo que quisiera en explayarse. «Es muy amable», dijo en respuesta y, tras guardar silencio unos momentos, continuó: «Si pudiéramos encontrar la manera de ganarnos la vida, creo que se casaría conmigo, lo cual a mi juicio aplacaría los reparos más importantes que esgrime su familia. Dicen que soy incapaz de proporcionar una vida decente a los míos y, en realidad, así ha sido hasta hoy.

»Si tiene un momento —prosiguió tras un carraspeo—, se lo explicaré. Gracias. Verá, conocí a Della en un momento de mi vida en que estaba bastante decaído, no seré más explícito sobre este punto. Della se comportaba de un modo muy agradable conmigo, muy complaciente, de modo que me descubrí más de una vez paseando por aquella calle a aquella hora, y a veces la encontraba y hablábamos. Le juro que no había intención alguna en ello, ni honorable ni de otro tipo. Sencillamente, me encantaba ver su rostro. —Se rió—. Siempre me decía: “Buenas tardes, reverendo”. Por entonces, yo no estaba acostumbrado a que me trataran como a un hombre respetable. Debo decir que me gustó. Me gustó tanto que paseaba por su calle aun sin intención de encontrarla, sólo porque el mero hecho de

recordarla me producía cierto consuelo. Y entonces, una tarde, tropecé con ella y conversamos un poco y ella me preguntó si quería entrar a tomar un té. Compartía casa con otra mujer que enseñaba en la escuela para negros. Fue agradable. Tomamos el té los tres. Entonces le aclaré que no era ministro. Así se enteró de ello. Creo que si me invitó a entrar en su casa fue, precisamente, porque tenía la impresión de que lo era, pero fui sincero con ella. En esto. No parecía que tuviese demasiada importancia.

»No sé cómo sucedió. Pasé por allí para dejarle prestado un libro que había comprado para ese fin —como si procediese de mi propia biblioteca: incluso doblé las esquinas de unas cuantas páginas— y ella me invitó a la cena del día de Acción de Gracias. Sabía que yo no mantenía muy buenas relaciones con mi familia y dijo que no podía permitir que pasara la festividad a solas. Yo pretexté que me sentía incómodo entre desconocidos y ella me prometió que todo iría bien. De todos modos, me tomé un par de copas antes de ir y llegué más tarde de lo que había previsto. Yo había dado por sentado que acudía a una reunión, pero allí estaba, absolutamente sola y con una expresión terriblemente compungida.

»Me disculpé lo mejor que supe y me ofrecí a marcharme, pero ella dijo: “¡Usted siéntese y calle!”, de modo que nos sentamos y comimos, sin que ninguno de los dos dijera nada. Sólo comenté que la cena estaba deliciosa, a lo que ella replicó: “Tal vez lo estuviera hace rato”. Luego, dijo: “Dos horas tarde, con aliento a alcohol...”, hablándome como si yo fuera..., en fin, lo que era, y me asaltó el pensamiento de que no tenía nada que hacer allí, de que no era merecedor de su respeto, y sentí una pesadumbre que me dejó estupefacto. Me levanté, le di las gracias y, excusándome, me marché.

»Pero no bien había caminado unas cuantas manzanas, me di cuenta de que ella me seguía. Y cuando me alcanzó, dijo: “Sólo quería decirle que no se lo tome tan mal”.

»Y yo dije: “Ahora tendré que acompañarla hasta su puerta”.

»Y ella se echó a reír y dijo: “Desde luego que sí”.

»Así que lo hice. Y entonces llegó a la casa Lorraine, la mujer con la que compartía piso. Celebraban una cena en su iglesia, pero Della se había disculpado diciendo que no se encontraba bien y se había quedado en casa.

Yo debería haberme marchado hacía mucho ya, pero allí estábamos, comiendo nuestro pastel de calabaza. ¿Qué podía haber más comprometedor?». Se echó a reír.

«Todo fue de lo más respetable, pero de algún modo la noticia llegó a Tennessee y su hermana se presentó de visita con la clara intención de meterme el miedo en el cuerpo para que desistiera. Yo acudí a la casa por la tarde con un libro de poesía y nos leímos el uno al otro mientras su hermana permanecía allí sentada, lanzándome miradas envenenadas. Era ridículo. Y maravilloso. Pero cuando terminó el año escolar, llegaron sus hermanos y se la llevaron de vuelta a Tennessee. Della le dejó a Lorraine una nota de despedida para mí. Yo sabía que no me costaría mucho localizar a su padre, puesto que era reverendo, de modo que me dirigí allí, a Memphis, y encontré su iglesia, una iglesia Metodista Episcopaliana Africana con una grey muy numerosa. Y como al día siguiente era domingo, quise oírlo predicar. Sabiendo que Della estaría allí, por supuesto. Y con la esperanza de poder hablar con el hombre. Pensé que, si conseguía mostrarme franco y viril, quizá ganaría algunos puntos delante de él. Saqué lustre a mis zapatos y me arreglé los cabellos.

»La iglesia estaba llena y me senté en uno de los últimos bancos, pero como era el único blanco presente la gente reparó en mí. La hermana de Della estaba en el coro y, evidentemente, me vio. Y advertí que su padre, por cómo me miraba, sospechaba quién era yo. Predicó sobre “los que vienen entre vosotros cubiertos con pieles de corderos, pero en su interior son lobos feroces”. También habló de sepulcros blanqueados, llenos en su interior de huesos de muertos y toda suerte de inmundicias. Sin apartar sus ojos de mí, continuamente, desde luego.

»Pero aun así, conseguí hablar con él en la puerta. Le dije: “Sólo quiero asegurarle que mi amistad con su hija ha sido completamente honorable”. Y él dijo: “Si fuera usted un hombre honorable, la dejaría en paz”.

»A lo que respondí: “Sí, lo haré. He venido aquí para asegurárselo a usted”. Lo cual era mentira, por supuesto. Me proponía dejar de verla, pero era una intención que me había formado en su iglesia aquella misma mañana. Se me había ocurrido que la relación de Della con su familia podía mejorar si yo causaba en su padre la impresión de que, en el fondo, era un

hombre decente. Y la única manera que tenía de hacerlo era alejándome de ella. Y me di cuenta de la magnífica vida que Della había tenido con ellos. No estoy seguro de cuáles eran mis intenciones al presentarme allí. Desde luego, nunca habría imaginado que me marcharía sin decirle una palabra. Pero lo hice. Volví a St. Louis aquella misma noche. No estoy seguro de que el reverendo quedara muy impresionado con mi galantería, pero a Della sí que la impresioné. Luego, llegó el otoño y yo deambulaba por su calle, como hacía sin venir a cuento cada semana, más o menos, y allí estaba. Me llevé la mano al sombrero y ella rompió a llorar. Y desde aquel momento nos hemos considerado marido y mujer.

»La noticia llegó a Tennessee y en cierto sentido la familia la repudió, y luego se quedó embarazada y la despidieron de la escuela. Por entonces, yo vendía zapatos: eso no da mucho dinero, pero tampoco te detienen por hacerlo. Así pues, cuando su madre llegó unas semanas antes de la fecha prevista para el parto, nos encontró en un estado próximo a la indigencia, viviendo en una pensión de una zona poco agradable de la ciudad. Fue humillante, pero, naturalmente, no pudimos encontrar un alojamiento respetable y el empleado del hotel donde nos dieron habitación me cobró un dinero extra por hacer la vista gorda, dijo, o algo parecido. Había un término para la ley que estábamos quebrantando: ¿“cohabitación perniciosa”? ¿“cohabitación lasciva”? ¡Lascivia! No sé por qué, siempre olvido esa palabra. No puede usted imaginarse de cuántas maneras puede la gente ponerte las cosas difíciles, reverendo.

»Entonces vinieron su padre y sus hermanos y los cinco tuvimos una conversación franca sobre el bienestar de Della, que empezó su padre diciendo: “Debe usted dar gracias de que soy un buen cristiano”. Es un personaje imponente y me convenció de que debía decirle a Della que volviera a casa, donde podrían atenderla. Hice lo que me decía y Della se marchó con ellos. ¡Ah, qué desolación! ¡Qué alivio! Pensar en aquel niño me tenía aterrado. En el fondo de mi miserable corazón sabía que algo saldría mal y que yo tendría la culpa. Intenté disimular el alivio que sentía, pero Della se percató de mi reacción y supe que le dolía. Le dije que iría a Memphis tan pronto hubiera ahorrado el dinero. Me llevó semanas conseguirlo, pues tenía algunas deudas y los acreedores dieron conmigo. Yo

preveía que esto sucedería, lo cual fue otra razón de que me alegrara su partida, aunque no podía decírselo, naturalmente. Por último, escribí a mi padre y le expuse que necesitaba dinero —no había tenido noticias mías desde hacía un año, por lo menos— y me envió el triple de lo que le pedía. Y una nota en la que decía que usted se casaba.

»Durante aquellas dos semanas se celebró a la vera del río una prolongada reunión evangélica, un campamento de oración. Yo me acercaba por allí todas las noches porque encontraba gente y animación y no había mucho alcohol. Una noche, un hombre que estaba justo a mi lado, tan cerca como está usted ahora, cayó fulminado al suelo como si le hubiesen disparado. Cuando se levantó, me rodeó con los brazos y dijo: “¡He sido aliviado de mis cargas! ¡Me he convertido en un niño!”. Pensé que si hubiera estado dos palmos a mi izquierda, aquello tal vez me habría sucedido a mí. Estoy bromeando, desde luego. Más o menos. Pero es cierto que, si hubiera podido cambiarme por él, toda mi vida hubiera sido diferente, en el sentido de que habría sido capaz de mirar a los ojos al padre de Della, e incluso al mío, tal vez. De que dejaría de ser considerado una amenaza tan grande para el alma de mi hijo. Aquel hombre estaba allí, de pie otra vez, con serrín en la barba, proclamando: “¡Yo era el peor de los pecadores!”, y por su aspecto se diría que era verdad. Allí estaba, llorando de arrepentimiento y de alivio, mientras yo lo observaba con las manos en los bolsillos, sintiendo sólo inquietud y vergüenza. Y un cierto regocijo, si me perdona usted. Pero al día siguiente llegó la carta de mi padre y me hice con un abrigo decente y un pasaje de autobús y entonces me sentí bien.

»Cuando llegué a Memphis, el niño acababa de nacer, precisamente el día anterior, y la casa estaba llena de tías y de mujeres de la iglesia entrando y saliendo. Me permitieron pasar y sentarme en un rincón. No creo que nadie supiera qué hacer conmigo hasta que llegara el padre de Della, de modo que todas se limitaron a seguir con sus tareas. Si el día hubiera sido más cálido, creo que me habría sentado fuera, en la galería. Una mujer me dijo: “Los dos están bien. Duermen”, y me trajo un periódico, un gesto muy amable por su parte. Tener algo en que fijar la vista alivió mi incomodidad.

»Y cuando su padre llegó finalmente, la habitación se vació y la casa quedó en completo silencio. Me levanté, pero no hizo ademán de tenderme

la mano. Éstas fueron las primeras palabras que me dirigió: “Tengo entendido que no es usted veterano de guerra”. Ah. Le conté no sé qué mentira respecto a mi corazón y me arrepentí al instante, porque pensé que aquello me hacía parecer débil; pero no debería haberme preocupado por eso, pues vi claramente que no se creía una palabra. Según recuerdo, en el Deuteronomio se dice que la cobardía excluye de alistarse en el ejército. “¿Alguien tiene miedo y le falta valor? Que se retire y vuelva a su casa, no sea que transmita a sus hermanos su propia cobardía”. Así que tenía una justificación en las Escrituras, aunque preferí no mencionarlo.

»Él dijo: “Tengo entendido que es usted descendiente de John Ames, de Kansas”. Por supuesto, cualquier otro hubiera aclarado enseguida aquel malentendido, pero yo pensé que quizá me resultara provechoso dejar que lo creyera. Se refería al abuelo de usted, por supuesto. Era el primer comentario ligeramente positivo que me dirigía. Dijo que conocía gente cuya familia procedía de Missouri antes de la guerra y, al parecer, contaban algunas historias asombrosas de él, relacionadas con emboscadas e incursiones. Le dije que había crecido oyendo contar anécdotas del viejo, lo cual era verdad. Se trataba, principalmente, de episodios de huidas con la colada auestas, pero evité mencionárselo. Recuerdo que mi padre contaba que una vez, cuando era un chiquillo, el viejo se presentó en nuestra iglesia y se sentó al fondo y, cuando llegó el cesto de la colecta hasta él, se limitó a vaciarlo en su sombrero».

Es cierto que mi abuelo siempre sospechó que los presbiterianos acumulaban riquezas, de modo que no es improbable que hiciera algo así, ni mucho menos. Y vaya si hizo uso de aquel sombrero.

Jack continuó: «Tuvimos unos minutos de conversación, pero hube de andarme con cautela. No sabía lo suficiente de los viejos tiempos para arriesgarme a contar mentiras, así que dije que mi familia se había vuelto pacifista después de la guerra. Y no di pie a continuar hablando del asunto. Tenía razón en lo que dije, ¿no?».

Absolutamente.

«El conocía mi nombre completo, ya que era el que Della quería ponerle al niño. Al oír aquello, me sentí muy aliviado. Su padre dijo: “Ella te ha estado esperando”. Y me pasé toda aquella tarde sentado al lado de su

cama, conversando un poco si ella tenía ganas. Contemplando al bebé de vez en cuando. Las mujeres se lo llevaban si lloraba. Trajeron algo de cenar. Llegué a pensar que tal vez las cosas estaban mejorando, pero las mujeres se limitaban a comportarse como buenas cristianas. Al anochecer, el padre me dijo que sería mejor que me marchara. “Esta vez no apelo a su honor”, dijo. Supongo que tenía derecho a decirlo. Allí atendían bien a Della y no vi cómo podría hacerlo yo, de modo que mi pensamiento fue regresar a St. Louis y encontrar un trabajo decente, ahorrar un poco de dinero y tratar de ingeniármelas. Porque ella me había hablado de traer el bebé a casa, y se refería a St. Louis.

»Le dejé todo el dinero de mi padre que pude. Y tres meses después ella se presentó con el niño y su hermana en la vieja casa, la de Lorraine, donde vivía cuando la conocí. Por entonces, yo tenía otra habitación, muy limpia y barata y también muy respetable, lo cual quería decir que me echarían a la calle si llevaba a vivir allí a una negra con un niño. Si quería ahorrar un mínimo, no podía permitirme volver a la miseria de antes. Al final, nunca le he devuelto el dinero a mi padre. Ni un centavo.

»Así pues, durante todos estos años hemos estado yendo y viniendo y ella ha vuelto a Memphis cuando las cosas tomaban un mal cariz, por el bien del chico. Es un muchacho maravilloso. Creo que nunca le ha faltado nada, realmente. Tiene tíos y primos y a su abuelo se le cae la baba con él. Al padre de Della.

»Mi hijo se llama Robert Boughton Miles. Se porta muy bien conmigo, es muy respetuoso y educado. No muestra una actitud tan relajada conmigo como el hijo de usted.

»Finalmente, hace un par de años, conseguí un trabajo que me permitía ahorrar un poco. Pagué la entrada de una casa en un barrio mixto y Della y Robert vinieron. No es gran cosa, pero la pinté un poco y encontré unas cuantas alfombras y sillas. Pasamos allí casi ocho meses. Pero entonces empezamos a despreocuparnos y salimos juntos al parque donde, casualmente, mi jefe paseaba con su familia. Al día siguiente, me llamó a su despacho y me dijo que tenía que pensar en su reputación. Yo lo agredí, lo cual fue una estupidez por mi parte. Lo golpeé dos veces, cayó contra su escritorio y se partió una costilla. Pensé que lo había convencido de que no

acudiese a las autoridades, prometí pagarle las minutas de los médicos e indemnizarle los daños, pero aquella misma noche la policía vino a hablar con nosotros y mencionaron esa ley sobre cohabitación. Resultó humillante, pero me mantuve con la cabeza alta. Creo que a un esposo y padre le corresponde evitar la cárcel siempre que sea posible. Me ocupé de dejar a mi familia en un autobús camino de Memphis y puse la casa en alquiler. Y regalé el perro a un vecino.

»Una vez hube resuelto la situación lo mejor que supe, vine aquí con la idea de que tal vez encontraría algún modo de vivir con mi familia. Me refiero a mi esposa y mi hijo. Incluso he pensado que sería un placer presentar a Robert a mi padre. Me gustaría que supiera que por fin tengo algo de lo que sentirme orgulloso. Es un niño muy guapo, muy brillante. Y, créame, está siendo educado dentro de la iglesia. Quiere ser predicador. Sin embargo, ahora veo lo débil que está mi padre y no quiero matarlo. De veras que no. Ya llevo suficiente carga sobre mis hombros».

Y entonces añadió: «No me diga que esto es un castigo divino».

«Nada más lejos de mi pensamiento».

«Estaba bastante seguro de que podía confiar en que no lo diría».

«Gracias», dije yo.

Él exhaló un largo suspiro. «Usted conoce muy bien a mi padre», dijo.

«Pero no puedo darte ninguna seguridad respecto a esto, sea en un sentido o en otro. No querría equivocarme. Tendrás que darme un tiempo para reflexionar».

Entonces, él añadió: «Si se tratase de usted y no de mi padre...».

Entendí por qué planteaba aquella cuestión, pues en general Boughton y yo coincidimos en muchísimas cosas. Sin embargo, no era un asunto tan sencillo como el joven podía pensar e hice una pausa para meditar qué le decía.

Él me observó durante un minuto y luego, con una sonrisa, me dijo: «Usted también ha hecho un matrimonio bastante..., bastante poco convencional. Conoce un poco qué representa ser objeto de escándalo. El yugo desigual y todo eso. Por supuesto, Della es una mujer instruida». Éstas fueron sus palabras textuales.

Esto resultaba muy propio de él. Esta ruindad. Su comentario no venía a cuento en absoluto. Y yo nunca he sentido que hubiera nada de escandaloso, ni un ápice, en mi matrimonio. A su modo, tu madre es una mujer muy refinada. Y si unos pocos hicieron alguna observación al respecto, los perdoné tan pronto, que fue como si no los hubiera oído, pues hacían mal en juzgarme y ellos deberían saberlo.

Pero entonces se adueñó de Jack aquel aire tan propio de él, de absoluto cansancio, aquel aspecto marchito, y se cubrió el rostro con las manos. Y no pude sino perdonarlo.

Me había acostumbrado tanto a ver ruindad en la raíz de todo cuanto él hacía que pensé que, cuando vacilé en perdonarlo, tenía mis razones para dudar de sus motivos para comprometerse con aquella mujer con la que no se había casado, y para sacar a colación aquel hijo. Tal vez me equivocara, pero lo que planteaba su pregunta no era cómo debía yo reaccionar, sino cómo estaba obligado a hacerlo. Con su padre, aquello podía resultar completamente distinto, ya que él tenía en mucho mejor concepto a Jack, o eso había creído yo siempre.

«Me encantaría conocer al niño —dije—. Sobre todo, si me lo explicaras todo tal como lo has hecho». Y entonces añadí: «Desde luego, tu padre tomó afecto a esa otra hija tuya...».

Jack Boughton me lanzó una mirada como no he visto otra en mi vida. Se puso blanco como el papel. Luego, sonrió y citó: «Corona de los viejos son los nietos...».

Yo dije: «Tienes que perdonarme. He dicho una tontería. Estoy cansado. Soy un viejo».

«Sí —dijo él, y su voz sonó muy mesurada—. Y yo le he robado demasiado de su tiempo. Se lo agradezco. Sé que puedo confiar en su discreción de pastor».

«No permitamos que esta conversación finalice aquí», dije, pero estaba tan fatigado, tan descorazonado que no pude sino levantarme de la silla. Él se detuvo en la puerta y yo me acerqué y lo abracé. Por un instante, llegó a apoyar la cabeza en mi hombro. «Estoy cansado», dijo, y percibí su soledad. En esta situación, se esperaba de mí que fuese un segundo padre para él. Quise decirle algo a este respecto, pero me pareció una tarea

demasiado ardua y me sentía exhausto como para analizar las posibles implicaciones. Tal vez diera la impresión de que intentaba establecer alguna suerte de equivalencia entre sus flaquezas y las mías, cuando lo que realmente deseaba decirle era esto, que era mejor persona de lo que yo nunca había considerado que pudiera ser. Así pues, le dije: «Eres un buen hombre», y él me dirigió una mirada, puramente valorativa, y se rió y dijo: «Fíese de mi palabra, reverendo, los hay peores».

Pero, a continuación, añadió: «¿Qué me dice de este pueblo? Si viniéramos aquí y nos casáramos, ¿podríamos vivir aquí? ¿Nos dejarían en paz?».

Tampoco tenía respuesta para aquello, aunque me parecía que sí.

Él dijo: «Hubo un incendio en la iglesia de los negros».

«Fue apenas un conato. Y sucedió hace muchos años».

«Y hace muchos años que no hay una iglesia de negros».

Por supuesto, no había mucho que replicar a eso.

«Usted tiene influencia aquí», dijo él.

Respondí que tal vez fuera verdad, pero no podía prometerle que viviría lo suficiente para hacer uso de ella. Mencioné mi corazón.

Él dijo: «No tenía derecho a fatigarlo con mis problemas», lo cual interpreté como que no había tenido intención de hacerlo. Consideré que nuestra conversación había sido beneficiosa, en definitiva, y así se lo dije. Él asintió y se despidió. Y luego, al cabo de un momento, añadió: «No importa, papi. En cualquier caso, creo que los he perdido a los dos».

Volví a sentarme y me quedé allí, con la cabeza apoyada en el escritorio, y estuve pensando en todo aquello y rezando hasta que tu madre vino a buscarme. Pensó que había tenido alguna clase de episodio y dejé que lo creyera. Me parecía como si hubiera debido tenerlo. Y, en cualquier caso, no podía decirle nada.

Tal vez te preguntes si no faltó a mi discreción como pastor al escribir todo esto. Bien, por un lado es mi modo de reflexionar sobre las cosas. Por el otro, Jack es un hombre del que quizá no oigas decir nunca nada bueno y no encuentro otra forma de hacerte ver la belleza que hay en él.

Eso fue hace dos días. Ahora, vuelve a ser domingo. Cuando te dedicas a un trabajo como el mío, parece que siempre es domingo, o sábado por la noche. Terminas de preparar la semana y ya es la semana siguiente. Esta mañana leí uno de esos viejos sermones que tu madre sigue dejándome por ahí. Era de Romanos i: «Se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. Pretendiendo ser sabios, se hicieron necios», etcétera. El texto del Antiguo Testamento estaba extraído del Éxodo, la plaga de la oscuridad. El sermón era una especie de ataque al racionalismo y al irracionalismo, centrado en que ambos veneran a la criatura, en lugar de al Creador. Yo le había echado un somero vistazo pero, al leerlo con detenimiento, me sorprendió, a veces porque parecía muy acertado y otras por parecer embarazosamente equivocado, y en todo momento porque me producía la impresión de que lo había escrito otra persona. Jack Boughton estaba presente, sentado a tu lado con aquel gastado traje y corbata, y tú estabas muy complacido y creo que también tu madre.

Bien, esto de leer un puñado de hojas amarillentas llenas de lo que en algún momento debí de pensar, intentando al mismo tiempo restar importancia a las certidumbres que expresé por escrito una noche oscura de hace media vida, no encaja en absoluto con mi idea de lo que significa predicar. Y allí, en el segundo banco, estaba Boughton hijo, que siempre parece entrever mis pensamientos. Y yo, recién convencido de que aquel hombre tal vez acudía a la iglesia con cierta esperanza, por cínica que fuese, de encontrar una Verdad inmanente, me veía obligado a poner voz a aquellas palabras muertas mientras él estaba allí sentado, sonriéndome. Creo que tiene sentido relacionar racionalismo e irracionalismo, es decir, materialismo e idolatría, y si hubiera tenido fuerzas para apartarme del texto quizás habría podido profundizar en ello. Sin embargo, me limité a leer el sermón y, después de estrechar todas aquellas manos, regresé a casa y dormí una siesta en el sofá. Tuve la sensación de que al joven Boughton debía de haberle tranquilizado la ausencia, en mi prédica, de la menor referencia a lo que había sucedido entre nosotros, a nada que tuviera relación con él, Dios bendiga a ese pobre diablo. Lo cierto es que, allí plantado, deseé tener motivos para mis viejos resquemores. Aquello me dejó perplejo, pues en

aquel momento sentía que, de ser posible tal deseo, le habría dejado en testamento esposa e hijo si con ello podía suplir la pérdida de los suyos.

Esta mañana he despertado pensando que este pueblo, a pesar de toda la verdad que hay en él, bien podría erigirse sobre el mismísimo infierno. Y que yo soy tan culpable de ello como cualquiera. He pensado en las cosas que han sucedido aquí en el transcurso de mi vida: las sequías, la gripe, la Depresión y tres guerras terribles. Ahora me da la impresión de que nunca hemos levantado la vista de la dificultad por la que atravesábamos para plantearnos la pregunta obvia, esto es, qué era lo que el Señor quería darnos a entender. La palabra «predicador» significa, en su origen, lo mismo que profeta. ¿Y cuál es el propósito de un profeta, sino encontrar sentido en la dificultad?

Bien, nunca nos formulamos la pregunta, de modo que no le dimos la importancia que merecía. Nos hicimos como la gente que no sigue la Ley, como los que no distinguen su mano derecha de la izquierda. Nos quedamos encallados aquí. Un forastero se preguntaría por qué existe siquiera una población en este lugar. Tal vez nuestros propios hijos se lo pregunten. ¿Y quién podría responderles? El pueblo era un pequeño puesto avanzado que sobrevivía a duras penas en las colinas de arena, a tiro de piedra de Kansas. En realidad, éste era el motivo de que se hubiese levantado allí. Era un reducto al que podían retirarse John Brown y Jim Lane cuando necesitaban recuperarse y descansar. Debía de haber un centenar de pueblecitos como aquél, erigidos al calor de una vieja urgencia que hoy está completamente olvidada, y su pequeñez y su estado ruinoso, que daban la medida del coraje y la pasión que se había puesto en establecerlos, los hacían parecer ahora desgarbados, provincianos y ridículos incluso a los ojos de la gente que había vivido en ellos el tiempo suficiente para saber que no lo eran. Me parece ridículo. Sinceramente, sospecho que nunca he salido de aquí porque temía que no querría regresar.

He mencionado que mis padres se marcharon del pueblo. Lo hicieron, en efecto. Edward compró unas tierras en la costa del Golfo y construyó una casita de campo para su familia y para ellos. Lo hizo, sobre todo, para

alejar a mi madre de este clima brutal y fue un acto de bondad por su parte, pues el reuma de tu abuela empeoró con la edad. La idea era que ellos dos pasarían un año en aquellas tierras, instalándose, y luego regresarían a Gilead y sólo viajarían al sur para pasar lo más crudo del invierno hasta que mi padre se jubilara. Así pues, durante aquel primer año ocupé su púlpito. Y resultó que ya no regresaron más, salvo un par de ocasiones de visita, una cuando perdí a Louisa y otra para convencerme de que me marchara con ellos. La segunda vez, le pedí a mi padre que predicara y él movió la cabeza y dijo: «Yo ya no puedo hacerlo».

Me dijo que no había sido su intención abandonarme aquí. De hecho, tenía la esperanza de que yo buscaría una vida con más expectativas que ésta. Tanto él como Edward estaban firmemente convencidos de mi capacidad de sacar un provecho excelente de una experiencia más dilatada. Me confió que contemplar Gilead desde cierta distancia hacía que pareciese una reliquia, un arcaísmo. Cuando me referí a la historia del pueblo, se rió y dijo: «Sucesos desgraciados, lejanos en el tiempo, y batallas de otra época». Y aquello me irritó. «Sólo hay que ver cómo es este lugar —dijo—. Cada vez que un árbol alcanza un tamaño decente, llega el viento y lo abate». Él me exponía las maravillas de un mundo más extenso y yo, entretanto, estaba tomando la rotunda decisión de no arriesgarme nunca a experimentarlas. «Me he dado cuenta —dijo— de que aquí vivíamos bajo los estrictos límites de unos conceptos muy antiguos y muy localistas. Quiero que entiendas que no tienes por qué ser leal a ellos».

Mi padre pensaba que podía dispensarme de mi lealtad, como si fuese lealtad a él, como si sólo se tratara de un error bienintencionado que él podía corregir por mí, como si no fuera lealtad a mí mismo cuando menos, dejando aparte al Señor, por así decirlo, ya que por aquel entonces yo conocía perfectamente, y desde hacía años y años, que el Señor trasciende absolutamente cualquier noción que yo tenga de Él, lo que hace de la lealtad a Él algo diferente de la lealtad a cualquier costumbre y doctrina y recuerdo que pueda asociar a Él. Lo sé ahora y lo sabía entonces. ¿Hasta dónde creía mi padre que alcanzaba mi ignorancia? Yo había leído a Owen, a James, a Huxley y a Swedenborg, incluso a Blavatsky, por el amor de Dios, como él bien sabía, puesto que los había leído por encima de mi

hombro, prácticamente. Y estaba suscrito a *The Nation*^[17]. Nunca fui Edward, pero tampoco era tonto, y a punto estuve de decírselo.

Pero de hecho no recuerdo que llegara a decir nada, tal era mi perplejidad. En fin, lo único que consiguió mi padre fue que sintiera añoranza de un lugar que nunca había dejado. No di crédito a que me hablara como si yo no fuese competente para otorgar mis lealtades como yo considerara conveniente. ¿Cómo podía aceptar el consejo de alguien que me tenía en tan pobre estima? Estos eran mis pensamientos en aquel momento. Vaya día fue aquél. Después, al cabo de una semana, recibí una carta suya. Te he hablado de la soledad y de la oscuridad y de que por entonces ya las conocía, pero aquel día fue como si me barrieran un viento frío como no había sentido otro jamás, y que aquel viento soplara durante años y años. Mi padre me obligó a recurrir a mis propios sentidos y al Señor. Así sucedió, de modo que casi no tengo nada de lo que lamentarme. Sufrí una inmensa pena por ello, pero aprendí la lección.

¿Por qué me ronda esto en la cabeza? Estaba pensando en las frustraciones y decepciones de la vida, de las que hay tantísimas. No he sido completamente sincero contigo al respecto.

Esta mañana, fui al banco e hice efectivo un cheque con la intención de ayudar un poco a Jack. Pensé que, probablemente, tendría que desplazarse a Memphis, no de inmediato quizá, pero sí en algún momento. Fui a casa de Boughton y esperé allí, hablando de banalidades y perdiendo un tiempo que no podía desperdiciar, hasta que tuve oportunidad de hablar con él a solas. Le ofrecí el dinero y él se rió y volvió a ponérmelo en el bolsillo de la chaqueta mientras me decía: «¿Qué haces, papi? Tú no tienes un centavo». Y entonces me lanzó una de sus gélidas miradas y dijo: «Me marchó. No se preocupe». Yo había cogido tu dinero, el dinero de tu madre, que es una cantidad verdaderamente irrisoria, y había intentado hacer donación de él, y he aquí cómo se recibía mi gesto.

«¿Vas a Memphis, entonces?», dije.

Y él dijo: «Me voy a cualquier sitio que no sea éste. —Sonrió y carraspeó, y añadió—: He recibido esa carta que estaba esperando».

La pesadumbre se apoderó de mi corazón. Boughton estaba sentado en su sillón Morris, con la mirada perdida. Glory me dijo que las únicas

palabras que habían salido de su boca en todo el día habían sido: «¡Jesús no tuvo que hacerse viejo!». Glory está fuera de sí y Jack es despreciable y allí están los dos, charlando cortésmente conmigo de naderías mientras debían de preguntarse por qué no me marchaba y yo rogaba al Cielo poder irme a casa. Entonces, se me presentó la ocasión de poder tener con Jack la pequeña cortesía que había ido a ofrecerle, y lo único que conseguí fue ofenderlo.

Luego, volví a casa y tu madre me obligó a acostarme y a ti te mandó con Tobias. Bajó las persianas, se arrodilló a mi lado y me acarició el pelo durante un rato. Y después de descansar unas horas, me he levantado y he escrito esto, que ahora acabo de releer.

Jack se marcha. Glory estaba tan enfadada con él, que vino a hablar del asunto conmigo. Ha dado la voz de alarma a sus hermanos y hermanas para que abandonen sus tareas humanitarias y regresen a casa. Cree que al viejo Boughton no le queda mucho tiempo de vida. «¡Cómo es posible que se marche ahora!», dice. Es lógico que se lo pregunte, supongo, pero creo que conozco la respuesta. La casa se llenará de esos seres encomiables y de sus maridos y esposas y de sus hermosos hijos. ¿Cómo podría Jack desenvolverse en medio de todo ello con aquel triste y espléndido tesoro en su corazón: Yo también tengo esposa y un hijo?

Te aseguro que yo, si estuviera casado con una dama alegre y optimista que me hubiera dado diez hijos, y cada uno de éstos me hubiera dado a su vez diez nietos, también los abandonaría a todos por Nochebuena, la noche más fría del mundo, y caminaría mil kilómetros sólo por ver tu carita y el rostro de tu madre. Y si no diera contigo, me consolaría en esa esperanza, mi esperanza solitaria y singular, que no existiría en ningún lugar de toda la Creación, excepto en mi corazón y en el corazón del Señor. Esta es sólo una manera de expresar que nunca le estaré lo bastante agradecido a Dios por el esplendor que ha ocultado al mundo —con excepción de a tu madre, por supuesto— y que me ha revelado en tu rostro dulcemente corriente. Aquellos bondadosos hermanos y hermanas Boughton se avergonzarían de la riqueza de sus propias existencias en comparación con la aparente

pobreza en la vida de Jack y él, absoluta y amargamente, preferiría cuanto había perdido a todo lo que ellos tenían. No es éste un estado de ánimo tolerable y soy muy consciente de ello.

Y el viejo Boughton, si pudiera levantarse de su sillón, si pudiera despojarse de su decrepitud, de su irritabilidad y de su dolor y de sus limitaciones, abandonaría a todos aquellos hermosos hijos suyos, por dulces y agradables que sean, e iría tras ese otro hijo al que nunca ha conocido, al que ha apoyado como se hace con un herido, y lo protegería como no puede hacerlo un padre, lo defendería con una fuerza que no tiene, lo sostendría con una generosidad más allá de todos los recursos que nunca habría soñado tener. Si Boughton hubiera sido el de antes, habría perdonado por completo cualquier transgresión pasada, presente o futura, fuese o no una transgresión de verdad y aunque no le correspondiera a él perdonarla. Hasta este extremo habría llegado su prodigalidad. Es algo que me encantaría presenciar.

Como te he dicho, yo mismo fui el buen hijo, por así decirlo. El que nunca abandonó la casa de su padre (aunque mi padre sí lo hizo, un hecho que seguramente pone mis credenciales fuera de toda duda). Soy uno de esos justos por quienes el regocijo en el Cielo será relativamente contenido. Y está bien que así sea. En el amor no hay justicia, ni proporción, y no es necesario que las haya porque cualquier ejemplo concreto es sólo un vislumbre, una parábola de una realidad inabarcable, impenetrable. No tiene ningún sentido porque es la irrupción de lo eterno en lo temporal. ¿Cómo habría, pues, de subordinarse a causa o efecto algunos?

Merece la pena vivir lo suficiente para sobrevivir a cualquier sensación de agravio que uno pueda adquirir. Otra razón por la que debes cuidar tu salud.

Creo que voy a poner fin a todo este escrito. Lo he releído, más o menos, y he encontrado algunas cosas de interés, sobre todo la manera en que he vuelto a este mundo mientras lo escribía. La expectativa de la muerte con la que empecé ahora se lee, a mi juicio, como una especie de vigor juvenil. La novedad de la empresa, está claro, despertó en mí un gran interés.

Esta mañana vi a Jack Boughton caminando hacia la parada del autobús, cargando con una maleta que parecía no pesar casi nada. Se lo veía demasiado delgado para la ropa que llevaba. Y se apreciaba que había dejado bastante atrás su juventud. Tenía el aspecto de alguien con quien te disgustaría que se casara tu hija. Un aire un tanto elegante y gallardo.

Lo llamé y se detuvo y me esperó, y lo acompañé hasta la parada. Llevaba conmigo *La esencia del Cristianismo*, que había dejado en la mesa junto a la puerta con la esperanza de tener la oportunidad de dárselo. Él lo hojeó, sin poder evitar reírse un poco de lo manoseado que estaba. «Lo recuerdo desde... ¡desde siempre!», dijo. Quizá pensaba que era una de aquellas cosas que solía recibir a escondidas en los viejos tiempos. Al sobrevenirme aquella idea me hizo sentir que el libro, realmente, era suyo. Creo que le gustó tenerlo. Marqué la página 20, doblando la esquina de la hoja: «Sólo puedo dudar de lo que supera mi esencia. ¿Cómo podría, por lo tanto, dudar de Dios, que es mi propia esencia? Dudar de mi Dios significa dudar de mí mismo». Etcétera. Aprendí de memoria aquello y un buen fragmento más, para poder comentarlo con Edward, pero no quise echar a perder el buen rato que pasamos aquel día jugando a lanzar la pelota y ya no volvió a presentarse la ocasión.

Había dos puntos más que consideraba que debería haber planteado en nuestras anteriores charlas, uno de los cuales era que la doctrina no es creencia, sino sólo una manera de referirse a ella; el otro punto era que la palabra griega *sozo*, que normalmente se traduce por «salvado», puede significar también curado, restaurado, o algo semejante. Así, la traducción convencional constriñe el sentido de un término de tal manera, que crea falsas expectativas. Pensé que él debía ser consciente de que la gracia no es algo tan pobre que no pueda presentarse de diversas formas. Bueno, también estaba hablando por hablar. Sabía que él debía de haber oído más o menos las mismas cosas de boca de su padre en más de una ocasión. Mi primer pensamiento fue que nadie debería estar tan solo como me había parecido que él lo estaba, caminando con la maleta. Y creo que se alegró de

tener compañía. Asentía de vez en cuando y tenía una expresión muy atenta y cortés.

Mientras caminábamos, él iba contemplando todo aquello a lo que nunca prestas atención, realmente, cuando vives en un pueblo: el desconchado de una fachada, el camino deteriorado que atraviesa un solar vacío, una hamaca colgada entre un álamo y el poste de un tendedero de la ropa. Pasamos por delante de la iglesia. «No volveré a ver nunca este lugar», dijo, y en su voz había un tono de pesarosa admiración que reconocí. Me dio un vuelco el corazón. Así que le dije: «Cuídate. Puede que un día te necesiten». Al cabo de un minuto, asintió, aceptando tal posibilidad.

Entonces, se detuvo, me miró y dijo: «Ya ve, una vez más hago lo peor que puedo hacer. Marcharme ahora. Glory nunca me perdonará. Ella dice: “Se acabó. Esta es tu obra maestra”». Sonreía, pero en sus ojos había auténtico miedo, una especie de desconcierto, y era lógico que lo hubiera. Verdaderamente, estaba haciendo algo horrible: abandonar a su padre en el trance de su muerte. Una de esas cosas que sólo su padre le perdonaría.

Así que dije: «Glory me habló de todo eso. Le dije que no juzgara, que podía haber más cosas en juego».

«Se lo agradezco».

«Comprendo por qué tienes que irte, de veras». Fue lo más sincero que he dicho en mi vida. Y te diré que, por desconcertante que me pareciera, en aquel momento sentí gratitud por todo mi antiguo rencor.

Él carraspeó. «Entonces, ¿no le importará despedirse de mi padre en mi nombre?».

«Lo haré. Desde luego que sí».

Llegado este punto, no supe cómo continuar la conversación, pero aún no quería dejarlo y, en cualquier caso, tuve que sentarme en el banco a su lado a causa de mi débil corazón. Allí estábamos, pues. Dije: «Sería un acto de amabilidad por tu parte si aceptaras unos cuantos dólares de ese dinero mío».

Él se rió y dijo: «Supongo que podría considerar seriamente su ofrecimiento».

Así pues, le di cuarenta dólares y él se guardó veinte y me devolvió el resto. Estuvimos allí sentados un rato más.

Entonces dije: «Lo que me gustaría de verdad es bendecirte».

Él se encogió de hombros. «¿En qué consistiría eso?».

«Bueno, según lo concibo, consistiría en ponerte la mano en la frente y pedir la protección de Dios para ti. Pero si te resulta embarazoso...». Por la calle pasaban algunos transeúntes.

«No, no —dijo él—, eso no importa», y se quitó el sombrero y se lo puso sobre las rodillas y cerró los ojos y bajó la cabeza, casi apoyándola en mi mano, y yo lo bendije hasta el límite de mis poderes, sean cuales sean, repitiendo la bendición de Números, por supuesto: «El Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti su rostro y te dé la paz». No pude encontrar palabras más hermosas, o más expresivas de mis sentimientos, desde luego, o más suficientes. Y luego, al ver que no abría los ojos ni levantaba la cabeza, dije: «Señor, bendice a John Ames Boughton, este amado hijo y hermano y marido y padre». A continuación, él volvió a retrepase en el banco y me miró como si despertara de un sueño.

«Gracias, reverendo», dijo, y su tono de voz me invitó a pensar que quizá se había llevado la impresión de que yo mencionaba todo lo que creía que él ya no era. Nada más lejos de mi intención, sin embargo; el sentido de mis palabras era, precisamente, todo el contrario. Sea como fuere, le dije que era un honor bendecirlo. Y esto también era absolutamente cierto. De hecho, había pasado por el seminario y me había ordenado y había vivido desde entonces sólo para llegar a aquel preciso momento. Él me miró de esa manera tan propia en él. Entonces, llegó el autobús. Yo dije: «Todos te amamos, ya lo sabes», y él se rió y dijo: «Sois todos unos santos». Hizo una pausa en la puerta, se quitó el sombrero y, un momento después, se había marchado, Dios lo bendiga.

Desanduve mis pasos hasta la iglesia, entré y descansé allí durante un buen rato. Creo que, mientras caminaba con Jack Boughton, advertí en su rostro una mueca de ironía por haber depositado una esperanza en este triste

rincón del mundo; también aprecié el coste que representaba para él abandonarlo. Y supe qué esperanza se había formado. Era precisamente la que el pueblo pretendía fomentar, que allí se podía llevar una existencia sencilla sin sobresaltos. «Aún han de morar ancianos y ancianas en las calles de Jerusalén, cada cual con un bastón en la mano por lo avanzado de su edad. Y las calles de la ciudad estarán llenas de muchachos y muchachas que jugarán en ellas». Así reza la profecía, una visión del profeta Zacarías, quien predice que esa existencia será maravillosa a los ojos de la gente, y que asimismo podría serlo para todos en casi cualquier lugar de este triste mundo. Jugar a lanzarse pelotas al atardecer, oler el río, oír pasar el tren. Estos pequeños pueblos fueron una vez baluartes destinados a resguardar esa paz.

Tu madre parece dispuesta a que cada cena sea mi cena favorita. Me sirve carne mechada con frecuencia y siempre hay postre. Y pone velas en la mesa, pues ya empieza a oscurecer temprano. Sospecho que las trae de la iglesia, y me parece bien. Muchas tardes se pone el vestido azul. A ti, la camisa roja se te ha quedado pequeña. La familia del viejo Boughton se ha reunido al completo, excepto ese hijo por el que suspira su corazón. Nos presentan sus respetos y nos invitan a cenar, pero últimamente nos encanta quedarnos en casa los tres. Tú entras oliendo al aire de la tarde, con las mejillas y los dedos enrojecidos por el frío y un brillo en la mirada, demasiado hermoso para mis ancianos ojos a la luz de las velas. El frío ha silenciado todos los insectos. La oscuridad parece invitarnos a hablar en susurros, como discretos conspiradores. Tu madre bendice la mesa y te unta mantequilla en el pan. Ojalá Boughton hubiera visto cómo su hijo recibía la bendición, cómo inclinaba la cabeza. Si se lo hubiera contado, si hubiese entendido lo que le decía, se habría sentido celoso, celoso de no haber sido él quien confería la bendición. Es casi como si sintiera su mano en la mía. Lo imagino más allá del mundo, volviendo la mirada hacia mí con una sorprendida constatación: «¡Para esto hemos llevado esta vida!». Existen mil millares de razones para haber llevado esta vida, cada una de ellas suficiente.

Le había prometido al joven Boughton que me despediría de su padre en su nombre, de modo que me acerqué por la casa después de cenar, a una hora en que sabía que el viejo estaría dormido y, cuando la habitación se vació, susurré unas palabras. Mi buen amigo está tan cerca de abandonar este mundo que las nubes han cubierto su entendimiento mortal. Y el oído hace años que le funciona deficientemente. Sabía que si le mencionaba aquel nombre mientras estaba despierto, lucharía por concentrarse, se mostraría ávido de entender qué le decía, y yo habría creado en él un ansia, un anhelo que no podría, ni entonces ni nunca en la vida, aplacar de ninguna manera. Como si algo de cuanto yo dijera pudiera resolverle parte alguna de su gran misterio... Boughton se encontraría solo en las tinieblas de su pesadumbre y, simplemente, no me sentía con fuerzas para presenciarlo.

Pensé en lo bueno que sería que Boughton se asemejara al anciano Jacob, que el hijo bienamado que daba por perdido le trajera al espléndido muchacho, Robert Boughton Miles, para que lo bendijera: «No pensaba yo ver más tu rostro, ¡y Dios me ha dejado ver también a tu descendencia!». Imaginar lo hermoso que habría sido, más bello que una visión de ángeles, fue un pensamiento gozoso. Se me antoja que, cuando algo tiene que ser realmente verdad, es tan poderosa su certeza, que me lleva a pensar de nuevo en el Cielo. Bueno, a esto último dedico buena parte del tiempo, como ya sabes.

La pobre Glory acercó una silla a la cama de Boughton y me senté a su lado un buen rato. Yo solía colarme por la ventana de aquella habitación de buena mañana, todavía a oscuras, a despertarlo para salir a pescar. Como su madre se enfadaba si la despertábamos también, procurábamos movernos con mucho sigilo. A veces, se resistía a despertarse y yo le tiraba del pelo y de la oreja y le cuchicheaba y en ocasiones, si se me ocurría algo ridículo que decirle, abría los ojos riéndose. De todo eso hace mucho tiempo. Ayer por la tarde, allí estaba, dormido, vuelto sobre el costado derecho como siempre, en el seno del Señor, no tengo ninguna duda de ello, aunque sabía que si lo despertaba volvería a encontrarse en Getsemaní. Así pues, mientras dormía le dije, he bendecido a ese chico suyo en su nombre,

reverendo. Todavía siento el peso de su frente en mi mano. Dije, lo quiero tanto como usted quería que lo quisiera. Tenga la certeza de que sus oraciones han sido finalmente escuchadas, viejo amigo. Y las mías también, las mías también. Hemos tenido que esperar mucho tiempo, ¿verdad?

Al salir, vi a Glory en el pasillo, desde donde observaba el murmullo de las conversaciones que se desarrollaban en la sala entre sus hermanos y hermanas y los maridos y mujeres de todos ellos y sus hijos, mayores o a medio criar. Comentaban noticias, hablaban de política y jugaban a cartas. También estaban en la cocina. Y en el piso de arriba. Ya me iba cuando me encontré a cinco o seis más, que habían salido a dar un paseo. Me avergüenza no haber pensado hasta aquel instante en lo cruel que debía de haber sido para ella que Jack se hubiera ido y la hubiera dejado sola en aquella disciplinada turbulencia de fecundidad y contento, por no hablar de soportar toda aquella amabilidad sincera y llena de tacto sin el sostén de nadie que sonriera siquiera con ella ante aquel infierno interminable. Y nadie a quien defender, que es la peor clase de abandono. Sólo el propio Señor puede consolar de esto.

En ocasiones, creo que el Señor sopla sobre las pobres brasas grises de la Creación y éstas adquieren un nuevo brillo, sea durante un instante, un año o el transcurso de una vida. Y luego vuelven a encerrarse en sí mismas y, al verlas, nadie diría que guardan relación con el fuego o con la luz. Esto es lo que dije en el sermón de Pentecostés. He reflexionado sobre ese sermón y veo cierta verdad en él. Pero el Señor es más constante y más pródigo de lo que mis palabras parecen dar a entender. Donde quiera que uno vuelva los ojos, el mundo puede resplandecer como una transfiguración. Uno no tiene que poner nada de su parte, salvo una mínima voluntad de ver. Sólo que, ¿quién tendría valor para mirar?

Le pediré a tu madre que haga quemar esos viejos sermones míos. Los diáconos pueden encargarse de ello. Hay suficiente papel para hacer un buen fuego. Estoy pensando en perritos calientes y dulce de malvavisco, algo para celebrar la primera nevada. Por supuesto, es libre de apartar todos los que desee conservar, pero no quiero que malgaste muchos esfuerzos en ello. Tuvieron importancia o no la tuvieron, y punto final.

Hay dos ocasiones en las que la sagrada belleza de la Creación se hace deslumbrantemente visible, y las dos se producen al unísono. Una es cuando percibimos nuestra insuficiencia mortal para el mundo; la otra, cuando percibimos la insuficiencia mortal del mundo para nosotros. Agustín dice que el Señor nos ama a cada uno como si fuéramos su único hijo y tal cosa tiene que ser cierta. «El Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros». No desmerece un ápice la belleza del versículo decir que eso es exactamente lo que se requerirá.

Los teólogos hablan de una gracia preveniente que precede a la propia gracia y que nos permite aceptarla. Creo que también debe de existir un valor preveniente que nos permite ser valientes, es decir, aceptar que existe más belleza de la que nuestros ojos son capaces de soportar, que nos han sido puestas en las manos cosas preciosas y que no hacer nada por honrarlas es causar un gran perjuicio. Y, por tanto, este valor nos permite, como decían los ancianos, hacernos útiles. Nos permite ser generosos, que es otra manera de decir exactamente lo mismo. Pero esto es lo que uno dice desde un púlpito. ¿Qué tengo yo para dejarte, sino las ruinas del viejo valor y el acopio de la vieja gallardía y esperanza? Bien, como te digo, todo esto son brasas ahora y el buen Señor volverá algún día, sin duda, a reavivar la llama con Su aliento.

¡Amo la pradera! Tantas veces he visto llegar el amanecer y la luz bañar la tierra y volverse todo radiante a la vez, tengo tan profundamente arraigada en el alma la palabra «bueno», que me asombra que se me haya permitido presenciar tal cosa. Puede haber existido un primer momento más

maravilloso, «cuando alababan juntas todas las estrellas del alba y se regocijaban todos los hijos de Dios», pero, hasta donde se me alcanza, las alabanzas y el regocijo continúan y buen motivo hay, ciertamente. Aquí, en la pradera, no existe nada que distraiga la atención del atardecer y de la mañana, nada en el horizonte que abrevie o retrase. Desde este punto de vista, las montañas no serían sino una impertinencia.

Me parece muy propio de Cristo ser tan sencillo como lo es este lugar, tan poco apreciado. Imagino —no puedo evitarlo— que tarde o temprano te irás, lo cual me parece bien, tanto si ya lo has hecho como si tienes intención de hacerlo. Todo este pueblo es en cierta medida en lo que se convierte la esperanza cuando ésta empieza a marchitarse, primero un poco, luego un poco más. Pero aun así, la esperanza sigue siendo esperanza. Amo este pueblo. A veces, concibo el hecho de que me entierren aquí como un último gesto impetuoso de amor: también mis rescoldos aguardarán aquí el momento en que se produzca la gran incandescencia general.

Rezaré por que al crecer seas un hombre valiente en un país valiente. Rezaré por que encuentres una manera de ser útil.

Rezaré, y luego dormiré.



MARILYNNE ROBINSON (Sandpoint, Idaho, EE. UU., 26 de noviembre 1943). Doctora en Literatura inglesa por la Universidad de Washington. Ha compaginado una extensa trayectoria profesional en el mundo de la docencia con su faceta investigadora y ensayística —ha publicado numerosos artículos en *Harper's*, *The Paris Review* y *The New York Times Book Review*—, amén de convertirse, con tan sólo tres novelas, en una de las voces más influyentes de la narrativa americana de las últimas décadas.

Su ópera prima, *Vida hogareña* (*Housekeeping*, 1980), se alzó con el premio PEN/Hemingway y fue finalista del Pulitzer. Tuvieron que transcurrir veinticuatro años hasta que viera la luz la novela que encumbró definitivamente a Robinson: *Gilead*, el testimonio de un pastor metodista en una pequeña localidad de Iowa, narrada en clave epistolar a su hijo de siete años, que fue galardonada, entre otros, con el premio Pulitzer 2005 y el National Book Critic Circles Award 2004. En 2008 publicó *En casa* (*Home*), cuya acción es contemporánea a *Gilead* y la complementa, y que se alzó con el premio Orange a la mejor novela de ficción. En 2010, Marilynne Robinson fue elegida miembro de la American Academy of Arts and Sciences.

Notas

[1] Gilead es la transliteración inglesa del término hebreo Galed (Galaad) que aparece citado por vez primera en *Génesis* 31 y posteriormente en diversos pasajes de la Biblia. Galaad, «montón del testimonio» o «montón de la alianza», alude allí al pacto que Jacob y Labán sellaron a instancias de Yahvé, para lo cual reunieron varias piedras conmemorativas formando un montón con ellas, una tradición ancestral con la que los pueblos semíticos honraban a sus dioses. En *Jeremías* 8, 22 y 46, 11, Galaad se invoca como el lugar donde se halla un bálsamo curativo, capaz de preservar la paz y la salvación en tiempos convulsos. Tanto el topónimo como la lectura que se hace del bálsamo (consuelo, salvación, esperanza) son elementos recurrentes en la corriente protestante americana, así como en obras de Edgar Allan Poe, Margaret Atwood y Mark Twain. (Salvo indicación contraria, todas las notas son de los traductores). <<

[2] El *Free Soil Party* (Partido de la Tierra Libre) fue un partido de corta vida (1848-1854) cuyo principal propósito fue oponerse a la expansión de la esclavitud en los territorios occidentales del país, con el argumento de que el concepto «hombres libres en tierra libre» conformaba un sistema superior, moral y económicamente, al esclavismo. <<

[3] En el año 700 a. C. el rey asirio Senaquerib emprendió una campaña militar contra la ciudad de Jerusalén, que fracasó por causas nunca esclarecidas. Según el relato bíblico «salió el ángel de Yahvé e hirió en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil. Cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todos ellos eran cadáveres, estaban muertos». <<

[4] John Brown (1800-1859) fue un abolicionista norteamericano y héroe popular que abogó y practicó la insurrección armada como medio de poner fin a toda esclavitud. Murió ejecutado. James Henry Lane, también conocido por Jim Lane (1814-1866) fue senador de Estados Unidos, general unionista y guerrillero durante la guerra de Secesión. Se integró en el movimiento abolicionista de Kansas y se le atribuyó a menudo el liderazgo de la milicia abolicionista de los jayhawkers. Estos grupos practicaban tácticas de guerrilla y tuvieron frecuentes enfrentamientos con partidas esclavistas y con unidades de las milicias de Kentucky. Con la integración de Kansas como estado libre en 1861, jayhawker se convirtió en sinónimo de natural de Kansas. <<

[5] Lane y Oberlin son universidades fundadas, ambas, por religiosos presbiterianos. <<

[6] Nombre que recibían los grupos guerrilleros que actuaban durante la guerra de Secesión en ambos bandos, sobre todo en áreas rurales. Normalmente, los bushwhackers no obedecían al mando militar de ninguno de los dos bandos. Aunque realizaron unas pocas incursiones organizadas en las que quemaron ciudades, la mayoría de los ataques consistían en emboscadas a individuos o familias en áreas rurales. <<

[7] Trabalenguas infantil inglés, que juega con el nombre de las letras, cuya pronunciación suena parecida a las frases «¿Has visto el pececillo?» y «¡Diablos, yo no soy ningún pececillo!». La L que molesta al señor Smith es, lógicamente, la que suena como «diablos». <<

[8] Doctrina cristiana que, admitiendo en parte la Revelación, no reconoce en Dios más que una sola persona, rechazando el dogma de la Santísima Trinidad. <<

[9] Andersonville, en Georgia, fue la sede de una prisión militar confederada entre 1864 y 1865, durante la guerra de Secesión. De infausta fama por sus terribles condiciones, más de una cuarta parte de sus prisioneros unionistas, casi trece mil almas, murieron en ella. En 1865 el capitán Henry Wirz, encargado del reclusorio, fue sometido a juicio por un tribunal militar y ajusticiado en la horca. <<

[10] Carey Estes Kefauver (1903-1963) fue un político estadounidense que se opuso a la concentración del poder económico y político en una élite rica y exclusiva y que apoyó la igualdad racial. Miembro del Partido Demócrata, fue candidato a vicepresidente con Adlai Stevenson en las elecciones presidenciales de 1956, que ganó Eisenhower. <<

[11] A Isaac Watts (1674-1748), poeta, predicador, teólogo, lógico y pedagogo inglés, se le considera el padre de la composición de himnos: escribió más de 750 himnos litúrgicos cristianos, muchos de los cuales siguen utilizándose hoy en día. <<

[12] John Donne (1572-1631) es, sin duda, el más importante poeta metafísico inglés. Su obra incluye poesía amorosa, religiosa, traducciones, epigramas, canciones y sermones en prosa. En lo que respecta al poeta, orador y sacerdote galés George Herbert (1593-1633), a lo largo de su vida escribió poemas religiosos caracterizados por una precisión de lenguaje, una versatilidad métrica y un uso magistral de imágenes y conceptos muy apreciados por la escuela de poesía metafísica. Karl Barth (1886-1968) fue un influyente teólogo, considerado uno de los pensadores cristianos más relevantes del siglo xx. A partir de su experiencia como pastor, rechazó su formación en la típica teología liberal predominante, heredera del protestantismo del siglo xix. En su lugar, tomó un nuevo rumbo teológico, llamado inicialmente «teología dialéctica», debido a su énfasis sobre la naturaleza paradójica de la verdad divina. El pensamiento teológico de Barth recalca la soberanía de Dios, principalmente a través de su innovadora «doctrina de la elección». <<

[13] Comediante estadounidense que se hizo famoso con su espectáculo semanal Jack Benny Program, que se transmitió en la radio desde 1931 hasta 1955 y en la televisión de 1950 a 1965. <<

[14] El catecismo católico, a partir de *Mateo* 22, 37-39, resume los mandamientos: «Estos diez Mandamientos se sintetizan en dos; amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo». Sin embargo, las discrepancias entre las distintas observancias cristianas y judías derivan de la interpretación, y a menudo también de qué otras fuentes se considera oportuno atender. El resultado son listas alternativas por su formulación u orden. La versión más popular entre las iglesias protestantes dice:

1. No tendrás dioses ajenos delante de mí.
2. No te harás imagen.
3. No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano.
4. Acuérdate del sábado para santificarlo.
5. Honra a tu padre y a tu madre.
6. No matarás.
7. No cometerás adulterio.
8. No hurtarás.
9. No darás contra tu prójimo falso testimonio.
10. No codiciarás. <<

[15] Reuniones religiosas que se celebran bajo tiendas de campaña o al aire libre. <<

[16] El apelativo despreciativo *doughface* («cara de masa»), que actualmente se usa para referirse a un político tímido, acomodadizo y fácilmente maleable, se aplicó en principio, en la época de la guerra de Secesión, a los nordistas que abrigaban simpatías por las posiciones esclavistas del Sur. <<

[17] Semanario estadounidense, publicado en Nueva York y dedicado a la política y la cultura, que se proclama «buque insignia de la izquierda». Fundada en 1865, es la revista de periodicidad semanal que más tiempo lleva publicándose ininterrumpidamente en Estados Unidos. The Nation se sostiene en parte gracias a más de treinta mil donantes que aportan fondos al periódico que exceden el precio de suscripción. <<

Índice de contenido

Cubierta

Gilead

Sobre la autora

Notas